EL MILLÓN PERDIDO

WILLIAM LE QUEUX

Sobre esta edición

Obra original: *The Lost Million* – William Le Queux, 1913.
Edición: Traducción por Fernando Guzmán, 2026.
Nota legal: La obra original en inglés está en dominio público en todo el mundo.
La portada de esta edición ha sido realizada parcialmente mediante IA.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0).
Para consultar los términos de esta licencia visite
http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/
Se autoriza su libre impresión, difusión y/o comercialización, así como la realización de obras derivadas, siempre que se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español.

Capítulo 1 Un hombre y su secreto

—¡Mire! Está… está en mi bolsa de viaje, allí. La cosa… aquello ante lo cual el mundo entero quedará asombrado

El hombre, delgado, de rostro pálido y barba gris, que yacía de espaldas en la cama, hizo un esfuerzo por incorporarse ligeramente y, con un dedo huesudo, señaló su resistente aunque maltrecha bolsa de cuero, arrinconada en un extremo de la pequeña habitación del hotel.

—Las llaves… en mi cadena… señor Kemball… —jadeó con voz apenas audible, mientras un lento rubor le teñía el rostro—. Ábrala, deprisa… ¡Ah, no! No puede engañarme, querido amigo. Me estoy muriendo. Escuché lo que el médico le dijo… aunque lo susurrara. Pero, señor Kemball, aunque usted es joven, voy… voy a confiarle una responsabilidad… una responsabilidad muy singular. Confío en usted porque fue bondadoso conmigo durante el viaje. Todos me rehuían… todos, excepto usted. No conocían mi verdadero nombre —y el anciano dejó escapar una risita amarga—. Y difícilmente podían conocerlo

—Se encontraba usted enfermo durante la travesía, señor Arnold, y era, sin duda, mi deber…

—¿Deber? ¿Qué deber tendría usted hacia mí? ¿Con un completo desconocido… con un aventurero, por lo que sabe? —exclamó el anciano, con quien había entablado una amistad tan insólita—. No, señor Kemball; usted ha obrado como un verdadero hombre, como un amigo… uno de los pocos que se encuentran en este mundo duro y fatigoso.

Se llevó la mano al cuello con un gesto desesperado, mientras sus mejillas hundidas adquirían poco a poco un intenso rubor febril.

—Abra la bolsa… sáquela… antes… antes de que pierda el conocimiento —añadió.

Tomé del tocador el manojo de llaves sujeto a su cadena de reloj de acero y me dirigía hacia la bolsa cuando volvió a llamarme:

—Escuche, señor Kemball. Soy un hombre moribundo. ¿Me hará una promesa solemne? ¿Accederá a un último ruego sincero? Dentro de media hora… quizá antes… estaré aquí tendido, muerto. Pero aún vivo; soy un hombre que ha visto mucho, que conoce cosas extrañas; un hombre que ha pasado por innumerables pruebas y que ha permanecido en pie viendo morir a otros hombres como si fueran moscas. ¡Dios mío! ¡Si me atreviera a contarle siquiera la mitad!... Pero…

—Bien, señor Arnold —pregunté con calma, regresando junto a la cama y contemplando aquel rostro gris y demacrado—. ¿Qué desea que haga?

—Ya lo he escrito aquí. Lo redacté a bordo, después de mi primer ataque —respondió, sacando lentamente de debajo de la almohada un voluminoso sobre arrugado, que me entregó con mano temblorosa—. ¿Me promete que no lo abrirá hasta después de que me hayan sepultado y que cumplirá exactamente lo que le he pedido?

—Por supuesto, señor Arnold —respondí—. Una promesa hecha a quien está a punto de partir al Más Allá es sagrada.

Sus dedos descarnados estrecharon mi mano en silencioso agradecimiento. No dijo una palabra, pero la expresión de sus ojos revelaba una gratitud profunda. Guardé el sobre en el bolsillo interior de mi chaqueta. Parecía contener algo más además de la carta.

—Vaya a abrir la bolsa —susurró tras un breve silencio.

Así lo hice y, para mi enorme sorpresa, encontré en su interior dos grandes fajos de billetes del Banco de Inglaterra, de cincuenta y de cien libras, cada uno de varios centímetros de grosor y atado con una descolorida cinta rosa.

Me hizo señas para que los tomara y, cuando volví a situarme junto a la cama, escogió uno de los billetes y dijo:

—Quiero que destruya todos los demás… Quémelos ahí, en la chimenea, para que pueda verlo con mis propios ojos.

Y soltó una risa áspera, antinatural, una carcajada espantosa nacida de la desesperación.

Lo miré, vacilante. Aquel pobre anciano debía de haber perdido la razón. En mis manos sostenía billetes de un valor enorme. Y, sin embargo, quería destruirlos sin la menor compasión.

Advirtió mi indecisión y, con tono rápido e impaciente, me preguntó si no pensaba cumplir su voluntad. Al mismo tiempo me entregó el billete que había apartado, diciéndome que con él debía pagarse su entierro.

—Como usted desee —respondí, no sin cierta resistencia.

—Pero ¿es justo, cuando aquí, en Londres, hay tanta miseria, destruir deliberadamente semejante cantidad de dinero?

—Tengo un motivo, señor Kemball; un motivo muy poderoso —contestó en voz baja.

No tuve más remedio que desatar los fajos y separar los billetes. Los coloqué en la chimenea y encendí el fuego. Lo alimenté una y otra vez hasta que el último billete quedó reducido a cenizas y no quedó más que un montón de restos ennegrecidos. Confieso que, mientras lo hacía, deseé haber anotado los números de algunos de aquellos billetes para reclamar después su importe al Banco de Inglaterra.

Los ojos desorbitados del anciano, encendidos por un brillo febril y antinatural, siguieron las llamas hasta que se extinguieron y, cuando el fuego murió por completo, dejó escapar un profundo suspiro de alivio.

Luego, con gran esfuerzo, se volvió hacia mí y, extendiendo una mano, dijo:

—En el fondo de la bolsa… encontrará un cilindro metálico sellado.

Busqué donde me indicó y extraje un pesado cilindro de bronce antiguo, de unos cuarenta y cinco centímetros de largo y cerca de ocho de diámetro. Observé que la tapa había sido soldada hacía muchísimo tiempo, pues alrededor de la unión se había formado una espesa capa de corrosión verdosa.

Cuando se lo acerqué, me miró fijamente con aquellos ojos hundidos y vidriosos, cuya expresión me perseguiría durante mucho tiempo, y dijo:

—Le confío eso, señor Kemball, porque… porque estoy seguro de que hará exactamente lo que le indique. No intente averiguar… no trate de

descubrir lo que contiene. Ese secreto debe permanecer oculto… incluso para usted. Espero… espero que respete mi deseo… por su propio bien.

Sostuve el misterioso cilindro entre las manos, lleno de asombro. Evidentemente lo estimaba mucho más que toda su fortuna y lo había traído a Londres con un propósito muy concreto que ahora, debido a su enfermedad del corazón, ya no podía cumplir.

—Hay otras cosas… otras cosas en la bolsa. Tráigamelas —dijo con voz baja y débil, hablando con enorme dificultad.

Le acerqué la bolsa y vacié todo su contenido desordenadamente sobre el suelo. Entre las prendas de vestir había unas cuantas cartas antiguas que, por indicación suya, arrojé al fuego, donde terminaron de consumirse entre las cenizas de los billetes.

Continuando la búsqueda, encontré una pequeña estatuilla que, por su aspecto, parecía muy antigua. Representaba a una figura de pie sosteniendo una especie de lanza. Medía unos dieciocho centímetros de altura, estaba muy desgastada, descansaba sobre una base cuadrada y era de oro macizo. Alrededor de la figura advertí una inscripción en jeroglíficos.

—Eso… —alcanzó a decir mi moribundo amigo entre jadeos— es una antigua imagen… del dios egipcio Osiris, hijo de Seb y Nut, es decir, del Cielo y la Tierra, y esposo de Isis. Se creía que había padecido sufrimientos… que había muerto… que había resucitado y que, finalmente, se había convertido en el Juez de los Muertos. Sus misterios y sus ritos eran… eran la parte más importante de la sabiduría egipcia. La inscripción demuestra que fue realizada por un tal Mersekha durante el reinado del rey Radadef, de la Cuarta Dinastía… es decir, unos tres mil quinientos años antes de la era cristiana. Quédesela usted, señor Kemball —añadió el anciano, con la voz ya perceptiblemente más débil—. Le servirá de talismán y quizá le recuerde al hombre sin amigos a quien hoy ha brindado su ayuda.

Permanecí junto a él en silencio, pues advertí que un cambio evidente se había apoderado de su estado.

Tomé el vaso en el que el médico había dejado un medicamento, dándome instrucciones para administrárselo, y conseguí hacerle pasar entre los dientes unas cuantas gotas.

La tarde era cálida y sofocante. El crepúsculo comenzaba a caer y, por la ventana abierta, llegaba el rumor apagado del tráfico de automóviles que circulaba a unos cientos de metros, por el Strand. El hotel donde nos alojábamos era un establecimiento pequeño, tranquilo y sin pretensiones, situado en Surrey Street, al que, dos días antes, al desembarcar del barco, había logrado convencerme de acompañarlo. Según me dijo, alguien le había recomendado hospedarse allí en lugar del Savoy o el Carlton.

A bordo del *Miltiades*, al que había subido en Nápoles, no había mostrado el menor signo exterior de riqueza ni de ser un hombre con dinero de sobra. Por el contrario, vestía de manera pobre y descuidada, y el escaso guardarropa contenido en sus dos viejas y maltrechas bolsas jamás habría hecho pensar que se trataba de una persona acomodada. Sin embargo, suele ser peligroso juzgar a un hombre por su apariencia.

El viejo reloj de la iglesia de St. Clement Danes dio las ocho y, pocos instantes después, unos suaves golpes sonaron en la puerta. El médico volvió a entrar y se inclinó con preocupación sobre su paciente.

Le administró unas gotas más del medicamento, pero el anciano hizo un gesto de impaciencia y se negó a tomar más.

Me pregunté qué petición contendría aquella carta arrugada y bastante abultada que llevaba guardada en el bolsillo interior de mi chaqueta.

En el pasillo, el médico me dijo que el final estaba ya muy próximo y me sugirió que procurara obtener del anciano algún dato acerca de sus familiares o amigos.

—El señor Arnold ya me lo ha dicho —respondí—. No tiene amigos.

Ante esa respuesta, el médico se encogió de hombros y bajó las escaleras.

De regreso junto a la cama, en la luz cada vez más tenue de aquella calurosa tarde de comienzos de junio, tomé la mano huesuda del anciano en una silenciosa despedida.

Volvió los ojos hacia mí y me contempló con una intensidad extraña, como si tratara de leer en lo más profundo de mi alma.

Intentó hablar, pero, aunque acerqué el oído a sus labios, no logré distinguir palabra alguna. Sus manos delgadas y nerviosas se crisparon, su barba gris tembló y luchó desesperadamente por comunicarme algo, aunque en vano. Entonces hizo un gesto con la mano derecha para indicar que deseaba escribir.

Enseguida le acerqué una pluma y un trozo de papel.

Durante largo rato, su mano tembló tanto que le fue imposible escribir nada inteligible. Al fin, sin embargo, consiguió trazar lentamente, y con infinita dificultad, unas palabras torcidas y desiguales:

«Recuerde el nombre de Harford; sea amistoso con él, pero desconfíe de él y de la Mano.»

Observó mi rostro con ansiedad mientras las leía.

De pronto, la vida abandonó su semblante ceniciento. La pluma cayó de sus dedos finos e inertes, una gota de sangre escarlata manchó el papel y un profundo y prolongado suspiro escapó de sus labios.

Después se hizo un inmenso silencio, roto únicamente por el lejano rumor del tráfico londinense.

Y comprendí que Melvill Arnold, el hombre del misterio, había muerto.

Capítulo 2 Varias sorpresas

Durante algunos momentos permanecí contemplando el rostro transformado del difunto, sin saber cómo proceder.

Yo, Lionel Kemball, había aceptado —quizá con muy poca prudencia— una responsabilidad verdaderamente extraña. Había actuado con absoluta indiscreción.

De regreso de Australia, adonde había viajado por motivos de salud, el vapor en que navegábamos hizo escala en Nápoles, y allí se embarcó el señor Melvill Arnold. Al día siguiente de zarpar supe que había sufrido un repentino ataque al corazón y que permanecía recluido en su camarote. Por qué motivo exactamente, no sabría decirlo, pero fui a visitarlo y pasé muchas horas conversando con él y haciéndole compañía.

Tal vez se debía a que yo mismo había estado enfermo durante algún tiempo y conocía la tediosa monotonía de permanecer postrado en una cama. Podía comprender a cualquiera que atravesara esa situación.

Desde el principio advertí que Arnold no era un hombre común. Dotado de una inteligencia clara y despierta, era una persona culta, pese a su aspecto algo tosco, y poseía una filosofía serena y sensata. Me daba la impresión de que había vivido muchos años en el extranjero y que, por ello, había perdido el contacto con Inglaterra. Nunca me dijo de dónde venía, salvo por un comentario casual en el que afirmó que había sido un gran viajero y que había “vivido durante años en tierras salvajes”. La posesión de aquella imagen de oro del dios egipcio parecía indicar que procedía de Egipto.

—Hoy en día Londres ya no ejerce ningún atractivo sobre mí —me dijo cierta vez—. Solo voy allí porque me veo obligado. Hace muchísimo tiempo que terminé con Londres.

Mientras yo, hombre práctico y acostumbrado al mundo, permanecía sentado en aquel estrecho camarote, navegando por el Mediterráneo rumbo a Gibraltar, jamás habría imaginado que en su vieja bolsa de viaje, cubierta de descoloridas etiquetas de hoteles, descansaba una fortuna en billetes de banco.

Había sido completamente sincero en un punto: era un hombre que no tenía un solo amigo. Y ahora sabía, además, que tenía un enemigo… y que se llamaba Harford.

Al poco rato me incliné sobre la bolsa del difunto y, tras examinarla minuciosamente, descubrí que una carta había quedado sin quemarse. Llevaba un matasellos de Londres y había sido enviada dos años antes. Estaba dirigida, con una fina y angulosa letra de mujer, a:

«Señor Arnold Edgcumbe, Lista de Correos, Kingswear, South Devon.»

Aquel nombre me hizo reflexionar. ¿No me había confesado que Melvill Arnold no era su verdadero nombre? ¿No era lógico suponer que su auténtico apellido fuese Edgcumbe?

La carta era, cuando menos, una comunicación singular. No llevaba remite y, en la única hoja que contenía, aparecían escritas, con la misma letra femenina, estas palabras:

«Sin duda habrá visto los periódicos del 6 de septiembre y la sentencia dictada por el tribunal contra la persona conocida como Lancaster. Tenga la seguridad de que su traición no quedará sin venganza. —Su Amigo.»

Permanecí contemplando aquella carta que, evidentemente, el difunto había creído que yo había arrojado al fuego. No sería difícil consultar los ejemplares de los periódicos correspondientes al 6 de septiembre de 1908 y averiguar por qué delito había sido condenado un preso llamado Lancaster. Quizá aquella información me condujera a algún nuevo descubrimiento.

Guardé cuidadosamente la carta aparte y registré con el mayor detenimiento la ropa del difunto y todas sus demás pertenencias, pero no encontré absolutamente nada más.

Después crucé sus manos consumidas, cubrí con delicadeza su rostro pálido con la sábana y abandoné la habitación. Bajé a la recepción e informé al gerente del hotel de lo ocurrido; este, a su vez, telefoneó a una funeraria.

Los efectos personales del fallecido quedaron bajo la custodia del gerente del hotel, en espera de que pudiera abrirse la carta con las instrucciones que me había confiado, mientras yo llevaba a mi propia habitación el

antiguo cilindro de bronce y la imagen de oro que habría de servirme de talismán.

La muerte de un huésped en un hotel siempre ocasiona inconvenientes a la administración, que la considera perjudicial para la reputación del establecimiento. Por ello, el cadáver fue trasladado durante la noche en espera de su sepultura, mientras yo me mudaba al Hotel Cecil.

Sin embargo, esa misma noche se presentó en mi habitación un empleado de la funeraria, quien, con cierto aire misterioso, me preguntó qué sabía acerca del difunto.

—Era amigo mío —respondí—. ¿Por qué lo pregunta?

—Verá, señor —contestó—, el patrón me ha enviado para decirle que descubrió que llevaba una barba postiza. ¡Se le cayó!

La afirmación del hombre me dejó desconcertado, sobre todo cuando añadió:

—El cuerpo pertenece a un hombre mucho más joven de lo que aparentaba el caballero. El patrón cree que hay algo extraño en todo este asunto.

—Probablemente tenga razón —respondí.

Pero la discreta entrega de una moneda de oro bastó para zanjar la conversación, y mi visitante se despidió con una reverencia.

Me sentía vivamente tentado de abrir el sobre de aquella carta que el misterioso hombre, ya muerto, había preparado con tanta previsión. Sin embargo, en el sobre se leían claramente estas palabras:

«No abrir hasta después de mi entierro.»

Aquella sencilla instrucción me contuvo.

No obstante, a la mañana siguiente me dirigí por Fleet Street hasta las oficinas del *Daily Telegraph* y pedí consultar la colección correspondiente a septiembre de 1908.

No tardé en hojear las páginas del ejemplar del día indicado. Busqué durante algún tiempo, hasta que mis ojos dieron, por fin, con el apellido Lancaster en la crónica de un juicio celebrado en el tribunal penal de Old Bailey.

El artículo llevaba por título:

LADY LETTICE LANCASTER

Asombrosa historia de una aventurera

«La historia de una mujer aventurera siempre resulta interesante, y la de Lettice Earnshaw, conocida también como lady Lettice Lancaster, no constituye una excepción. Es una mujer rodeada de misterio. Nacida hace treinta y cuatro años en el oeste de Inglaterra, ha pasado gran parte de su vida viviendo, en mayor o menor medida, de su ingenio. Siempre envuelta en el misterio, ha utilizado numerosos nombres y residido en distintos lugares, cambiando de identidad y domicilio cuando las reclamaciones de sus acreedores se volvían demasiado insistentes. Se han hecho muchos intentos por atraparla, pero siempre consiguió escapar, hasta ayer, cuando fue declarada culpable en el tribunal de Old Bailey de retirar el mobiliario de su vivienda con el fin de defraudar a sus acreedores y condenada a nueve meses de prisión.

»Las investigaciones policiales han revelado una historia verdaderamente extraordinaria. Su nacimiento siempre estuvo rodeado de misterio, aunque es probable que, hasta cierto punto, tuviera derecho a utilizar el apellido Lancaster. Su padre, al parecer pariente lejano de un conocido noble, se casó con una actriz. Como es natural, el nacimiento de una hija provocó serias dificultades. La familia trató de ocultar el matrimonio y la pequeña fue enviada a Camborne, en Cornualles, donde su madre tenía un hermano que era policía. Lettice creció convirtiéndose en una muchacha despierta y muy bonita, con un aspecto que la hacía parecer bastante mayor de lo que realmente era. En 1890 conoció a un estudiante de medicina que se alojaba en la región. Aunque por entonces solo tenía quince años, aparentaba algunos más y, el 9 de abril, contrajo matrimonio en Exeter con aquel estudiante, cuyo nombre figuró como Henry Earnshaw.

»A tan temprana edad, la joven esposa inició la larga lista de identidades falsas que habría de utilizar. Según el registro matrimonial, tenía diecinueve años —cuatro más de los que realmente contaba— y aparecía

inscrita con el nombre de Edith Jane Lucy Haddon, tomando el apellido de la hija de su nodriza.

»Se desconoce cómo transcurrieron los primeros tiempos de su vida matrimonial, pero aproximadamente un año después residía en Manchester, donde, según declaró el fiscal en el juicio celebrado el día anterior, se ganaba la vida actuando en una pantomima. Su estancia en aquella ciudad fue, quizá, la más prolongada que pasó en un mismo lugar, y no alcanzó notoriedad hasta algunos años más tarde. En Manchester era conocida como la honorable Lucy Huntingdon y también como lady Ella Earnshaw. La honorable Lucy era soltera, mientras que lady Ella figuraba como mujer casada.»

«Con sus múltiples identidades falsas y con un marido y un hermano de crianza que intercambiaban convenientemente sus papeles según lo exigieran las circunstancias, lady Lettice Lancaster —por darle el nombre con el que es más conocida— logró casi siempre disfrutar de la vida a expensas de los demás. Cuando empezaban a llegar las facturas, negaba toda responsabilidad; el marido o el hermano al que se remitía a los acreedores resultaba imposible de localizar y, entretanto, en cuanto se presentaba una oportunidad favorable, ella desaparecía para reaparecer en otro lugar y continuar con el mismo juego. La historia de la extraordinaria vida de esta asombrosa mujer nunca se ha publicado, pero ahora estamos en condiciones de ofrecer numerosos e interesantes detalles sobre su trayectoria.

»El nombre de lady Lettice Lancaster no comenzó a utilizarse hasta hace unos seis años, cuando hizo su aparición en Londres, alquiló un apartamento en Hyde Park Court y se la veía con frecuencia paseando en carruaje por el West End. Fue entonces cuando puso en práctica un sistema aún más ingenioso para defraudar a sus acreedores.

»He aquí una lista de algunas de las residencias que ocupó, y que abandonó, en todos los casos, con bastante precipitación:

1903.— Tufnell House, Teddington.
1903.— Skelton, York.
1903.— St. Catherine's, Guildford.
1904.— Hackthorn, Lincoln.
1904.— Kiltoon, Athlone.

1905.— Saham Toney, Thetford.
1906.— Gloucester Terrace, Londres.
1907.— St. John's, Woking.
1907.— Stuston Hall, Chelmsford.
1908.— Portleven Mansions, Maida Vale.
1908.— Brancaster, Norfolk.

»Fue mientras jugaba al golf en Brancaster cuando lady Lettice fue arrestada y trasladada a Londres, en aplicación de la Ley de Deudores, por un asunto relacionado con su estancia en Maida Vale.

»Aunque tuvo numerosos domicilios, estos eran pocos en comparación con la cantidad de nombres que utilizó. He aquí algunos de los nombres por los que fue conocida esta extraordinaria mujer:

»Lady Lettice Lancaster, lady Ella Earnshaw, la honorable Lucy Huntingdon, la honorable Mary Trelawnay, señora Emily Dewar, señora Gertrude Curtis, señora Evans, señora Shaw, Lettice Leyton, Alice Lethbridge, Grace Fane y Grace Fitzjames.

»Utilizaba cada uno de estos nombres como si fuera su verdadera identidad y, además, tenía la costumbre de citar alguno de los otros como referencia. En el caso por el que acaba de ser condenada utilizaba el nombre de señora Gertrude Curtis y había dado como referencia el de lady Ella Earnshaw.»

A continuación, el artículo exponía un ejemplo del ingenioso método con el que aquella extraordinaria mujer conseguía eludir el pago a sus acreedores, demostrando hasta qué punto era una aventurera fuera de lo común.

«A comienzos del año pasado —continuaba el periódico— tomó en arrendamiento una magnífica mansión amueblada, Stuston Hall, cerca de Chelmsford, utilizando el nombre de la señora Gertrude Curtis. Casi inmediatamente después apareció en el lugar un hombre conocido en el pueblo como Hoare, a quien todos creían su mozo de cuadra. Unos dos meses más tarde, la señora Curtis llegó desde Londres, pero para entonces ya se había acumulado una considerable deuda. Se abonaron algunas cantidades a cuenta; sin embargo, al poco tiempo los comerciantes empezaron a inquietarse por el cobro de sus créditos y se

presentaron numerosas demandas ante el tribunal de condado. Estas quedaron sin contestación y, una vez dictadas las sentencias, se descubrió que la mujer y un hombre conocido como Ralph Lancaster, a quien se decía que era su hermano de crianza, habían trasladado los muebles y las antigüedades a Londres, donde fueron vendidos. La defensa alegó que Hoare era en realidad Earnshaw, el marido de la acusada, y que era él quien debía responder de las deudas, pues había sido quien realizó los encargos.

»En el estrado de los testigos, la señora Curtis admitió que Hoare era su marido y que su verdadero apellido era Earnshaw. Explicó que había alquilado la casa bajo el apellido Curtis porque deseaba alejarse de su esposo, quien, cuando bebía, se volvía extremadamente cruel y en una ocasión llegó incluso a romperle un brazo. Sin embargo, él logró encontrarla y, de hecho, se instaló en Stuston Hall mucho antes de que ella llegara. Afirmó tener un "derecho moral" a usar el título de lady Lettice Lancaster, aunque, "por razones familiares", se negó a explicar el motivo. Si lo hacía, dijo, perdería la renta que recibía. Añadió que percibía cinco libras semanales de un despacho de abogados de Londres. La defensa no prosperó y tanto la mujer como Ralph Lancaster fueron condenados a nueve meses de prisión.

»La forma en que estas tres personas confundían deliberadamente sus vínculos resulta verdaderamente curiosa. Earnshaw, o Hoare, era hijo de un oficial de alto rango de la Marina Real y aparecía unas veces como mozo de cuadra, otras como mayordomo, chófer, marido o hermano de crianza, mientras que Ralph Lancaster era presentado indistintamente como hermano de crianza, marido o hermanastro. El verdadero marido casi siempre era tratado como si fuera el mozo de cuadra y, cuando los tres residían en Yorkshire, lady Lettice fue denunciada por tener un sirviente sin la licencia correspondiente… ¡y aquel sirviente era su propio marido! Aquella no fue la única ocasión en que las autoridades fiscales actuaron contra lady Lettice. En cierta oportunidad fue procesada por tener un perro sin licencia y Lancaster compareció ante el tribunal de policía en su representación. En aquella ocasión declaró que ignoraba si ella era hija de un duque o de un conde, pero aseguró que era su esposa.

»Mientras vivía cerca de Lincoln, la mujer volvió a ser noticia por una singular agresión contra el dependiente de una carnicería que había

acudido a reclamar el pago de una cuenta. Al encontrar cerrada la verja de la casa, la sacudió para llamar la atención. Lady Lettice salió entonces empuñando una fusta de caza y gritó a su hija:

"¡Suelta a los perros! ¡Lo matarán y lo devorarán!"

Los perros, sin embargo, ni lo mataron ni lo devoraron, pero la mujer le descargó un golpe en la cabeza con la fusta y lo derribó de su bicicleta. Aquella pequeña diversión le costó una multa de dos libras, además de las costas del procedimiento judicial.

»Lady Lettice siempre sintió pasión por los caballos y, por lo general, mantenía excelentes ejemplares en sus establos. Durante algunos años dirigió, junto con Ralph Lancaster, una escuela de equitación en el West End y se afirma que obtenía por ese concepto unos ingresos cercanos a las quinientas libras anuales. Cuando residía en Woking, en 1907, era conocida como "la dama tratante de caballos" y gozaba de gran popularidad en la localidad, hasta que la presión de sus acreedores la obligó a buscar nuevos horizontes. Al instalarse en Stuston Hall declaró que había alquilado la finca con el propósito de impartir clases de equitación y alojar a aficionados a la caza. Sin embargo, aunque tenía allí varios caballos, los únicos que los montaban eran lady Lettice, los dos hombres y los niños. La mayor de los hijos, una muchacha de dieciséis años, llamaba con frecuencia la atención por su extraordinaria habilidad como amazona y actualmente se gana la vida montando a caballo.

»Mientras lady Lettice vivió en Stuston Hall, la casa fue considerada, en mayor o menor medida, una auténtica mansión de misterio, y circulaban extrañas historias sobre el poco respeto que aquella mujer mostraba por las normas sociales, especialmente durante los meses de calor. Además, sus horarios resultaban muy poco habituales para sus vecinos. Como Stuston era una pequeña aldea, la mayoría de sus habitantes se retiraban temprano; sin embargo, si han de creerse las explicaciones que se daban a quienes preguntaban por ella, lady Lettice solía acostarse tan pronto como a las seis de la tarde. A pesar de ello, se decía que en ocasiones era vista paseando por los jardines durante la noche con una vestimenta que solo puede calificarse de escasa. Naturalmente, los comerciantes del lugar vigilaban la casa con especial atención y fue precisamente gracias a esa vigilancia como se descubrió el traslado del mobiliario. El cartero y el

tendero del pueblo, a quienes adeudaba cerca de diez libras, observaron cómo se sacaban los muebles y los siguieron hasta Londres, donde fueron vendidos. Durante el juicio, la policía dejó entrever también la posibilidad de que, una vez cumplidas sus condenas, se formularan contra ellos otras acusaciones por delitos de mucha mayor gravedad.»

En el centro del reportaje aparecía una fotografía de «lady Lettice», tomada por una agencia de noticias. Era un retrato de busto de una mujer atractiva, elegantemente vestida con sombrero de tweed y chaqueta de sastre para el campo. Sus facciones eran marcadamente aristocráticas; nadie habría imaginado, al verla, que se trataba de una aventurera.

Cuando terminé de leer el artículo —que reproduzco aquí para que el lector conozca con mayor detalle las extrañas aventuras que me ocurrieron— compré un ejemplar del periódico y regresé con él a mi habitación del Hotel Cecil.

¿Quién era aquella misteriosa corresponsal del difunto que había jurado vengarse? ¿Quién era la amiga de Lettice Lancaster? ¿Por qué había escrito aquella carta? ¿Qué relación podía tener aquel anciano de modales tranquilos y aspecto modesto con semejante grupo de hábiles estafadores?

Tal vez fuera una suerte que la carta no hubiera sido consumida por el fuego, pues al menos me había puesto en conocimiento de ciertos hechos curiosos que, de otro modo, habrían permanecido ocultos.

Durante los tres días siguientes estuve muy ocupado con mis propios asuntos, descuidados a causa de mi año de ausencia en las Antípodas. Sin embargo, una y otra vez me asaltaba la inquietud de saber qué contenía la carta de instrucciones del difunto y qué ocultaba aquel corroído cilindro de bronce.

Por fin acompañé los restos mortales de mi enigmático amigo hasta el cementerio de Highgate, siendo el único presente en el funeral. Después de ver cómo el ataúd descendía a la tumba, regresé al hotel, donde la estatuilla de Osiris permanecía sobre mi mesa. Allí, con dedos impacientes, abrí el sobre de la carta.

La leí de principio a fin.

Luego permanecí inmóvil, contemplando aquellas palabras escritas con una caligrafía irregular, como un hombre sumido en un sueño.

Lo que acababa de leer me dejó horrorizado, asombrado y completamente atónito.

Capítulo 3 Lo que el señor Arnold dejó tras de sí

La carta, escrita en papel con membrete del **R.M.S. *Miltiades***, llevaba fecha de cuatro días antes de nuestra llegada a Londres.

Quizá no pueda hacer nada mejor que reproducirla íntegramente.

> **Al señor Lionel Kemball.**
>
> **Estimado señor Kemball:**
>
> Ahora, después de mi muerte, deseo dejar aquí constancia de la inmensa deuda de gratitud que tengo con usted por su bondad y su compasión. Nada sabía de mí, y, sin embargo, se apiadó de

este hombre solitario y desdichado. Además, me hizo la solemne promesa de actuar conforme a mis instrucciones.

Ante todo, deseo ser completamente franco con usted y confesarle que no era quien decía ser. Ciertos capítulos de mi azarosa existencia deberán permanecer ocultos para siempre, incluso para usted, que tan generosamente ha aceptado actuar como mi amigo. Lo lamento profundamente, pero revelarlo todo solo acarrearía desgracia a una persona inocente. Por esa razón moriré llevándome mi secreto.

Ignoro cuánto tiempo seguiré con vida después de escribir esta petición. Por ello procuraré expresarme con la mayor claridad posible y le ruego encarecidamente que proceda de la siguiente manera:

Preséntese en la estación ferroviaria de Totnes, en Devon, a las cinco de la tarde del próximo 20 de junio, y allí espere a un hombre que acudirá en secreto a buscarlo. Llevará una corbata roja, un clavel en el ojal y un bastón de ébano. Es posible que esté siendo vigilado; por tanto, no se acerque a él hasta que se desabroche los guantes y se los quite. Entréguele entonces la carta adjunta y, si desea seguir sirviendo los intereses de quien aquí le expresa su más profunda y sincera gratitud, vigílelo, conviértase en su colaborador y haga cuanto él le indique..., pero no confíe plenamente en él.

Algunas de estas circunstancias podrán parecerle extraordinarias e injustificadas; sin embargo, le suplico que no intente resolver misterios que deberán permanecer ocultos para siempre. Es posible que la persona de que le hablo necesite desesperadamente un amigo que le brinde ayuda y consejo; tenga la certeza de que cualquier favor que le preste no quedará sin recompensa.

En cuanto al cilindro de bronce, guárdelo con el mayor cuidado y consérvelo cerrado, en depósito para mí y con toda seguridad, hasta que hayan transcurrido seis mese**s** desde la fecha de esta carta; es decir, hasta el **3** de noviembre, día en que deberá

entregarlo, sin hacer preguntas, a la persona que se presente a reclamárselo.

Lo que encontrará adjunto y dirigido a usted, le ruego que lo acepte como una modesta muestra de la gran estima que le profesó el hombre solitario y olvidado que, en los últimos años de su vida, fue conocido con el nombre de...

Melvill Arnold.

Rasgué el sobre dirigido a mí y encontré en su interior cuatro billetes del Banco de Inglaterra de quinientas libras cada uno. Mi misterioso compañero de viaje, aquel hombre que había tenido dinero suficiente para arrojarlo al fuego, me legaba la suma de dos mil libras.

El otro documento adjunto, una carta asegurada con tres sellos de cera negra, iba dirigida al **s**eñor Arthur Dawnay.

Mi misión de confianza era, en verdad, de lo más extraña, acrecentada además por el ruego del difunto de que entablara amistad con un hombre sin amigos y, al mismo tiempo, por la advertencia de que no depositara en él una confianza excesiva.

Intenté imaginar qué clase de persona iba a encontrar, tan misteriosamente, en algún lugar de Devonshire. ¿Por qué, me preguntaba, no podían los asuntos del señor Arnold resolverse de manera normal por medio de sus abogados? Pero quizá, siendo un hombre tan enigmático, confiar en unos procuradores habría significado revelar su verdadera identidad. Una cosa, sin embargo, resultaba evidente: ya había concertado una cita secreta con el señor Dawnay. Con toda probabilidad había viajado a Inglaterra expresamente para verlo.

De él, seguramente, obtendría alguna información acerca de aquel Hombre de Ninguna Parte que me había hecho el tan bienvenido regalo de dos mil libras.

El hecho de que la barba gris no fuera auténtica y de que fuese bastante más joven de lo que aparentaba era, por sí solo, motivo de profundas reflexiones. Era un completo misterio, y nada más podía decirse de él.

Muchas veces sostuve entre mis manos el antiguo cilindro, preguntándome qué contendría en realidad. A juzgar por su peso, era de metal macizo, de aproximadamente un centímetro de espesor, pues estaba muy bien fabricado y parecía haber sido perforado a partir de un bloque sólido. El extremo soldado había sido cerrado con gran esmero y limpieza, y era evidente que había permanecido durante muchos años en un lugar húmedo o, más probablemente, sumergido bajo el agua, a juzgar por la corrosión que lo cubría.

Mis instrucciones eran custodiarlo con el mayor celo y, sin embargo, entregarlo sin hacer preguntas a quienquiera que, el 3 de noviembre, se presentara a reclamarlo.

Lo hacía girar una y otra vez entre mis manos, preguntándome cuál sería la naturaleza de aquel objeto, el mayor tesoro de un hombre que, sin duda, había sido rico.

Confieso que albergaba ciertas inquietudes. Movido únicamente por la compasión, había entablado amistad con Melvill Arnold, sin imaginar jamás que acabaría convertido en el ejecutor de un encargo tan extraordinario. Además, al no existir testamento alguno, empecé a preguntarme cuál era realmente mi situación desde el punto de vista legal.

El misterio que rodeaba al difunto se había acrecentado tanto por el descubrimiento de su disfraz como por la franqueza de su carta, en la que admitía sin rodeos que no era quien decía ser. ¿Por qué había recibido aquella carta en la que se amenazaba con vengar la condena de la aventurera que se hacía llamar lady Lettice Lancaster? ¿Qué relación podía haber tenido con semejantes estafadores?

Todo el asunto constituía un enigma absoluto. Tal vez había obrado con una ligereza imperdonable al involucrarme en los asuntos de un perfecto desconocido, y conforme pasaban los días esa idea iba arraigando cada vez más en mi ánimo.

Supongo que, para que el lector comprenda bien los hechos, debo decir ahora algo acerca de mí.

Yo, Lionel Kemball, tenía entonces veintisiete años. Mi padre, un célebre cirujano londinense que había sido nombrado caballero por sus servicios

a la ciencia quirúrgica, había fallecido dos años antes, dejándome como herencia una confortable casa solariega llamada Upton End, cerca de Newport Pagnell, en Buckinghamshire, y una renta anual de unas dos mil libras. Tres años antes de su muerte se había retirado del ejercicio de la profesión y había abandonado su residencia de Cavendish Square, prefiriendo una vida más tranquila y saludable en el campo. Yo había estudiado Medicina y aprobado los primeros exámenes en Edimburgo cuando comenzaron a manifestarse en mí unos ligeros problemas pulmonares, por lo que me aconsejaron emprender un viaje a Australia. Para mi satisfacción, regresé rebosante de salud y completamente restablecido.

Había visitado Ceilán, las ciudades de Sídney, Brisbane y Perth; había contemplado algunas de las maravillas de Nueva Zelanda y, a mi regreso, me veía envuelto en aquella historia tan extraña y desconcertante.

El día en que abrí la singular carta del señor Arnold era el 8 de junio; por tanto, aún debían transcurrir doce días antes de que pudiera viajar a Devonshire para encontrarme con el misterioso señor Dawnay.

Aquellos fueron días calurosos y agitados. Hacía años que Londres no sufría un junio tan abrasador. El calor diurno daba paso a unas tardes sofocantes, inmóviles, envueltas en aquella bruma rojiza de polvo que solo puede verse en nuestra gran metrópoli. El Derby ya se había disputado y los hoteles londinenses estaban abarrotados. El inmenso Cecil, donde solía alojarme, rebosaba de visitantes estadounidenses, y el West End se entregaba, como en todas las temporadas, al bullicio, la alegría y el derroche.

Quizá, afortunadamente para mí —pues ello impidió que mi mente se concentrara por completo en el extraordinario encargo que había aceptado—, me vi envuelto en ciertos problemas relacionados con unas tierras de Upton End y tuve que mantener numerosas entrevistas con los abogados que habían llevado los asuntos de mi difunto padre. Se anunciaba un litigio, y todo hacía pensar que podría perder varios cientos de libras al año.

Mi madre había fallecido cuando yo apenas tenía diez años y, aunque siempre había sentido predilección por la vida en el campo, desde la muerte de mi padre ya no soportaba la soledad de aquella pintoresca

mansión. Era, desde luego, una residencia encantadora, con varias habitaciones revestidas de paneles de roble y rodeada de antiguas leyendas sobre parlamentarios y realistas. Su vieja bolera al aire libre y sus jardines, cubiertos en verano por rosales trepadores de un rojo intenso, resultaban deliciosos; pero, al fin y al cabo, para un soltero como yo no dejaba de ser un lujo inútil. Por eso había conservado únicamente a un par de los viejos criados que, junto con Tucker, el jardinero mayor, y su ayudante, se ocupaban del mantenimiento de la finca, pues acariciaba en secreto la idea de alquilarla amueblada.

Las dificultades surgidas por la propiedad de una parcela de terreno perteneciente a la granja anexa a la casa, así como otros asuntos que habían quedado desatendidos durante mi ausencia en Australia, absorbían buena parte de mi tiempo. Aun así, una tarde encontré ocasión para tomar un automóvil de alquiler hasta el cementerio de Highgate, con el propósito de comprobar que la tumba de mi difunto amigo hubiera quedado debidamente cerrada y arreglada.

Serían alrededor de las seis de la tarde cuando llegué. Había numerosos familiares y amigos regando con esmero las flores depositadas sobre las tumbas de sus seres queridos. Sin mucha dificultad encontré el montículo de tierra aún reciente, pero, para mi sorpresa, vi también que sobre él descansaba una magnífica cruz de flores blancas.

La examiné con atención, aunque no llevaba ninguna tarjeta.

Sin duda, quien la había depositado allí debía de haberse equivocado de sepultura, pues el señor Arnold no tenía amigos y yo había sido el único que acompañó su entierro. Su fallecimiento no había sido anunciado en la prensa; por tanto, ¿cómo podía alguien conocer siquiera la noticia de su muerte?

Permanecí allí unos minutos, contemplando la cruz y reflexionando.

De pronto vi acercarse al sepulturero y me dirigí hacia él. Le señalé la tumba y le pregunté si sabía algo acerca de aquella cruz.

—Supongo que se refiere a la tumba del señor Arnold, caballero —respondió el hombre.

—¿Cómo sabe que es la del señor Arnold? —pregunté.

—Pues verá, señor: al día siguiente del entierro vino una señorita preguntando dónde habían sepultado a un tal señor Melvill Arnold. Consulté el registro y se lo indiqué. Desde entonces ha venido todos los días y siempre deja flores frescas.

—¿Una señorita? ¿Cómo era? —quise saber.

—Tendrá unos veinte años, diría yo. Es muy bonita, de cabello oscuro y vestida de luto —respondió—. Viene todos los días hacia las cinco, casi siempre en un automóvil particular, un coche grande de color gris. Y, por lo que veo, esas flores deben de costarle una buena suma, porque no son precisamente corrientes.

—¿Hacia las cinco? —exclamé—. ¿Ha venido hoy?

—No. Y ayer tampoco apareció —contestó el hombre—. Tal vez venga más tarde. Ahora, en esta época del año, no cerramos hasta las siete y media.

Así pues, esperé pacientemente por los alrededores, atento a la llegada de la única persona, aparte de mí y del empresario de pompas fúnebres, que conocía el lugar donde descansaban los restos del misterioso hombre que había destruido deliberadamente su fortuna.

Paseé entre las tumbas durante cerca de una hora, hasta que, de pronto, el sepulturero se acercó y, en voz baja, me dijo:

—Mire, allí, señor. Esa joven alta vestida de negro, cuyo chófer lleva una corona de flores... Esa es la señora que viene todos los días a la tumba del señor Arnold.

Miré en la dirección que me indicaba y, curiosamente, vi que se daba media vuelta y abandonaba el lugar sin depositar la corona que había traído.

—Alguien la está observando, señor —comentó el hombre—. Quizá lo haya reconocido a usted. ¡Se lleva otra vez la corona!

El chófer caminaba muy cerca de ella por la avenida principal, como si ambos se dispusieran a salir del cementerio, cuando, de improviso, la joven atravesó el césped hasta una tumba recién abierta y allí su acompañante depositó la corona.

Había advertido que alguien la vigilaba; quizá sospechó al ver al sepulturero conversando conmigo. Fuera como fuese, recurrió al ardid de dejar la corona sobre la tumba de un desconocido.

Por fortuna, había podido observar con detenimiento sus hermosos y distinguidos rasgos, y decidí que era un rostro que reconocería en cualquier lugar.

Miré a mi alrededor, pero no vi a nadie que pudiera haber despertado sus sospechas.

A nadie, salvo a mí.

¿Por qué me temía? ¿Cómo había llegado a enterarse de la muerte de aquel hombre misterioso o de que yo había sido su amigo?

La vi darse la vuelta y abandonar el cementerio, seguida por su chófer.

¿Por qué profesaba tal estima al difunto que acudía allí todos los días para depositar, con manos delicadas, flores frescas sobre su tumba? ¿Qué parentesco la unía a él? ¿Y por qué visitaba en secreto el lugar de su último descanso?

Capítulo 4 El hombre de la corbata roja

Por necesidad tuve que regresar a Upton End para ver al viejo Tucker y a su esposa, quienes habían cuidado de la propiedad durante mi ausencia.

Thomas Tucker, un hombre alto, delgado, activo y de bigote canoso, de sesenta y cinco años, pertenecía a esa antigua escuela de servidores cuya fidelidad parecía inquebrantable. Durante treinta y dos años —desde el mismo día de su matrimonio— había vivido en la pintoresca casita cubierta de rosales que guardaba la entrada de la finca, y había pasado al servicio de mi padre como parte integrante de la propiedad. Tan alta era la estima en que el gobernador lo tenía que le concedía plena autoridad en todos los asuntos del exterior; mientras que su esposa, una mujer de rostro redondo, muy bien conservada para su edad y tan entregada a su amo como él, tenía a su cargo la supervisión del servicio doméstico y de las demás tareas de la casa.

Así pues, cuando me convertí en propietario de la finca, deposité en aquella fiel pareja la misma confianza que mi padre siempre les había dispensado. Pero ahora que él había muerto y yo me encontraba solo, Upton End me parecía, por desgracia, un lugar sombrío y silencioso. Es cierto que la vieja mansión, con sus rincones pintorescos y sus evocaciones históricas, sus oscuros paneles de madera, sus pisos relucientes y sus muebles antiguos, sus altos setos de boj, sus extensos céspedes y la profusión de rosales, habría entusiasmado a un artista o a un anticuario; pero yo, hombre moderno al fin y al cabo, encontraba allí muy pocas cosas capaces de atraerme.

Era una casa construida para recibir invitados y solo resultaba agradable cuando se llenaba con una alegre reunión de amigos. Los jardines, el parque y los prados lucían en todo su esplendor durante aquellos templados días de junio; sin embargo, mientras paseaba escuchando a Tucker explicarme algunas mejoras que había introducido en la plantación de árboles y en los invernaderos, me sorprendí pensando si realmente valía la pena seguir manteniendo aquella propiedad, ahora que apenas la visitaba.

La tranquilidad del campo acabó por hastiarme de tal manera que, sentado en la amplia veranda y fumando mientras contemplaba la puesta del sol, la tercera tarde después de mi llegada, tomé la decisión de marcharme al día siguiente. Así lo hice, muy a pesar de Tucker.

El viejo me vio subir al coche de caballos y, en respetuoso silencio, se llevó la mano al sombrero de paja. Sabía cuánto le desagradaba al pobre hombre que su amo estuviera lejos de casa.

De regreso en Londres, aguardé con impaciente expectación hasta el día diecinueve del mes, cuando partí desde Paddington con destino a Totnes, en Devon. Descubrí que era una pintoresca población enclavada entre verdes colinas, atravesada por el serpenteante río Dart, con una larga y empinada calle principal, una antigua puerta de la ciudad y comercios construidos sobre las aceras, semejantes a los del Borgo Largo de Pisa.

Me alojé en el Hotel Seymour, situado junto al puente y con vistas al río, un establecimiento muy frecuentado por pescadores y turistas veraniegos. Pero aquel día, que jamás habría de olvidar, ni la pesca ni el paisaje despertaban en mí el menor interés. Era el día señalado para acudir a la extraña cita concertada por el hombre que ya había muerto.

Las instrucciones del señor Arnold eran precisas: debía «estar presente en la estación de ferrocarril de Totnes a las cinco de la tarde». No especificaba si debía esperar en el andén o en la taquilla. Consulté el horario y comprobé que entre las cuatro de la tarde, cuando llegaba el tren procedente de Plymouth, y el tren ascendente de las cinco y cuarto con destino a Exeter y Taunton, no había ninguna otra llegada ni salida. Desde luego, pasaban varios trenes expresos, pues Totnes se encontraba en la línea principal del Great Western Railway, entre Plymouth y Londres.

Aquello me hizo pensar que el misterioso hombre con quien debía reunirme ya estaría en Totnes y acudiría a la estación únicamente para encontrarme. Durante todo el día, por tanto, mantuve los ojos bien abiertos, buscando a cualquier individuo que llevara una corbata roja o un clavel en el ojal.

El señor Arnold sospechaba que aquel hombre podía estar siendo vigilado.

¿Por qué? ¿Qué era lo que temía?

Yo no debía acercarme a él hasta que se desabrochara los guantes y se los quitara.

Durante todo aquel día, que jamás habría de olvidar, pasé las horas sin hacer nada junto a las frescas aguas del río, permanecí largo rato cerca del impetuoso azud observando a los pescadores recoger sus redes cargadas de salmones y recorrí sin prisa las tranquilas y antiguas calles de aquella población, algo adormecida, aguardando con impaciencia la llegada de las cinco de la tarde.

Como la estación se encontraba a cierta distancia del pueblo, emprendí el camino hacia ella alrededor de las cuatro y media. La tarde era abrasadora y apenas se veía un alma por las calles; hasta los perros dormían a la sombra, y una somnolencia provocada por el calor parecía envolverlo todo.

Una y otra vez había intentado imaginar qué clase de hombre sería el señor Arthur Dawnay. Aquella misma mañana había visto en la calle Mayor a un joven vestido con una chaqueta Norfolk de tweed, evidentemente un turista, que llevaba una corbata roja, aunque sin el clavel en el ojal. Lo seguí discretamente hasta una casa situada en las afueras del pueblo, donde, al parecer, se hospedaba. ¿Se llamaría Dawnay?, me pregunté. Si realmente era el hombre con quien debía encontrarme, desde luego tenía un aspecto de lo más vulgar.

No obstante, seguí esperando con paciencia y, llevando en el bolsillo interior de mi chaqueta la carta del difunto, atravesé la taquilla y salí al andén.

Había allí varias personas, individuos de apariencia corriente, como los que uno encuentra a diario en la estación de una pequeña ciudad de provincias; pero no vi a ningún hombre que llevara ni una corbata roja ni un clavel en el ojal.

Encendí un cigarrillo y me puse a pasear de un extremo a otro del andén donde se encontraba la taquilla. Como el acceso al andén de salida permanecía cerrado con llave, cualquier persona que quisiera entrar tendría que pasar necesariamente por la taquilla.

Dos veces cruzaron la estación, a toda velocidad, los trenes expresos que transportaban el correo procedente de los grandes vapores llegados a Plymouth con destino a Londres, mientras las manecillas del gran reloj se acercaban lentamente a las cinco.

Aquella cita debía de haber sido concertada mucho tiempo atrás por el hombre que ahora estaba muerto, semanas antes, cuando aún se encontraba en el extranjero; pues recordaba perfectamente que la carta había sido escrita a bordo del transatlántico, durante la travesía entre Nápoles y Londres. Sin embargo, lo que más me intrigaba era el motivo por el cual aquella carta debía entregarse con tanto sigilo.

Un hombre con corbata roja resulta muy fácil de distinguir, y me precio de tener una vista muy aguda; sin embargo, aunque fueron transcurriendo los minutos hasta que el reloj marcó ya las cinco y cuarto, no apareció nadie que respondiera a la descripción proporcionada por el difunto señor Arnold.

A eso de pronto, en el andén opuesto, llegó el expreso de Plymouth con destino a Bristol; sospechando que él pudiera venir en ese tren, subí corriendo las escaleras de dos en dos y crucé el puente peatonal. Cuando iba a mitad del descenso, me detuve, pues desde allí podía abarcar de un vistazo todo el andén de salida.

Habían descendido pocos pasajeros, pero entre ellos distinguí al instante a un hombre que llevaba una corbata de satén escarlata. Vestía un elegante traje gris de calle y lucía un clavel rosa en el ojal. En la mano sostenía un antiguo bastón de ébano negro con empuñadura de plata.

Permanecía de pie, mirando de un extremo al otro del andén, como si estuviera buscando a alguien. Bajé apresuradamente los escalones que me quedaban y me dirigí hacia él, aunque todavía no había podido verle bien el rostro.

De pronto, cuando me hallaba a unos cinco o seis metros de distancia, recordé las palabras que el difunto había escrito y me detuve en seco.

Seguía llevando puestos unos guantes grises de ante. No se los había quitado; por tanto, ¡seguía temiendo que lo estuvieran vigilando!

Encendí otro cigarrillo y, con aire despreocupado, pasé junto a él para observar mejor sus facciones.

Vi que era de estatura mediana y rondaba los cincuenta años. Su rostro bien afeitado, de mandíbula ancha y cuadrada, estaba cubierto de granos y algo hinchado; un rostro que, de algún modo, me produjo repugnancia, pues era el semblante de un hombre entregado a una vida disipada y excesivamente aficionado al alcohol. Su traje gris, el sombrero flexible de fieltro del mismo color y los guantes grises le conferían cierto aire de elegancia y distinción; sin embargo, aquellos pequeños ojos castaños, que recorrían el andén con una expresión extraña e indescriptible, eran los ojos de un hombre lleno de astucia y doblez.

Desde el primer instante en que posé la vista sobre él, me inspiró una profunda desconfianza; y él, al parecer, también desconfiaba de alguien más. Miré a mi alrededor, pero no pude descubrir a nadie que justificara sus recelos. Los que nos rodeaban no eran más que honrados habitantes de Devon.

El hecho seguía siendo el mismo: no se había quitado los guantes. Mis instrucciones eran no acercarme a él si no lo hacía. Tenía el aire de un auténtico *bon vivant*, incluso por la forma en que colocó el bastón de ébano bajo el brazo para encender un excelente cigarro.

La mayoría de los pasajeros cruzó el puente para salir de la estación, mientras otros abandonaban el recinto por la pequeña puerta lateral; algunos incluso subieron al polvoriento autobús que hacía el servicio hasta Paignton.

Solo una vez, una única vez, sus pequeños y estrechos ojos castaños se encontraron con los míos, y advertí en ellos una mirada de rápida inquisición y de sagaz astucia.

Luego, todavía con los guantes puestos —señal para que yo me mantuviera alejado—, cruzó tranquilamente el puente hacia el andén de llegada y echó a andar por la calurosa y polvorienta carretera que conducía al pueblo.

Hasta donde pude observar, nadie seguía sus movimientos; sin embargo, solo podía suponer que tenía poderosas razones para ser tan precavido, pues de otro modo me habría permitido acercarme y hablarle.

Era cierto que había una anciana de aspecto extraño e insignificante, vestida de un negro descolorido, que ya se encontraba en el andén

cuando yo llegué. También ella cruzó el puente, esperó el tren procedente de Plymouth y ahora regresaba hacia Totnes por el mismo camino que seguíamos nosotros.

¿Era posible que él la temiera?

Se me ocurrió que quizá había comprendido que yo había viajado hasta allí para reunirme con él en lugar del difunto Arnold; por eso apresuré el paso y me coloqué delante, con la esperanza de que, si así lo deseaba, pudiera seguirme hasta el Hotel Seymour.

Pero imagínese mi contrariedad cuando, al entrar por fin en la calle principal, mientras yo descendía hacia el puente, él tomó la dirección opuesta, demostrando así que no había advertido mi deseo de hablar con él. Y la anciana siguió sus pasos.

De pronto se me ocurrió una idea. Era más que probable que el señor Dawnay hubiera acudido allí para encontrarse con Arnold, ignorando que este había muerto. Así pues, después de dejar que se alejara un trecho, di media vuelta y lo seguí.

Sus movimientos eran, sin duda, muy extraños. Evidentemente trataba de eludir la inoportuna vigilancia de la anciana, quien ahora parecía actuar en combinación con un hombre moreno, de mediana edad, cejas pobladas, traje marrón raído y un sombrero de paja de la temporada anterior.

El hombre de la corbata roja entró en una posada de Fore Street y permaneció allí durante una hora entera, mientras el otro hombre vigilaba los alrededores. Al salir, entró en una farmacia y luego volvió a dirigirse hacia la estación.

Comprendí que su intención era abandonar Totnes. Por ello, en vez de seguirlo a pie, tomé un coche de alquiler hasta la estación.

En ningún momento se había quitado aquellos guantes grises de ante, a pesar del sofocante calor del día, pues en el andén de salida el hombre del sombrero de paja seguía merodeando detrás de él. Varias personas aguardaban la llegada del tren y yo, al comprender que el señor Dawnay tenía intención de viajar, entré en la taquilla y compré un boleto para Exeter.

Por fin el expreso con destino a Londres entró rugiendo en la estación. El hombre a quien había acudido a encontrar subió rápidamente a un compartimiento de primera clase con pasillo lateral y, mientras yo permanecía atento, vi que el misterioso vigilante ocupaba un vagón situado unos coches más atrás. Entonces, justo cuando el tren emprendía la marcha, salté al compartimiento contiguo al del señor Dawnay.

Dejé que el tren avanzara durante unos diez minutos y, mientras ascendíamos lentamente la empinada cuesta de Stony Coombe, entre Totnes y Newton Abbot, recorrí el pasillo y entré en el compartimiento del fugitivo.

Sus ojos, rápidos y vigilantes, se clavaron en mí al instante, y lo vi sobresaltarse visiblemente cuando cerré tras de mí la puerta que daba al pasillo.

—Creo —dije de inmediato— que usted es el señor Arthur Dawnay.

En un abrir y cerrar de ojos —antes incluso de que pudiera darme cuenta — me encontré mirando directamente el ancho cañón de una pesada pistola Browning.

—¿Y bien? —preguntó el hombre de la corbata roja, sin levantarse del asiento, aunque sin dejar de apuntarme con el arma—. ¿Y qué si lo soy?

En su rostro se dibujaba una sonrisa dura y maliciosa, y comprendí que, desde luego, no era un hombre con quien resultara prudente jugar.

—¿Cree que esta vez me ha acorralado, verdad? —continuó con voz seca y áspera—. Pero levante un dedo y, ¡por Dios!, le meto una bala en el cuerpo. Así que será mejor que admita su derrota y me deje escabullirme en Newton Abbot. ¿Entendido?

En ese preciso instante, por desgracia, el tren entró en un túnel y quedamos sumidos en la más completa oscuridad.

Capítulo 5 La señal de los guantes

Aquellos instantes de tensión me parecieron horas mientras permanecía sentado con la pistola apuntándome.

Sin duda, era una manera muy extraña de dar la bienvenida.

Por fin volvió la luz del día cuando comenzamos a descender la pendiente hacia Newton Abbot; pero advertí que su mano —sin duda experta en el manejo de las armas, por la rapidez con que había desenfundado la pistola— seguía apuntándome.

—De verdad, señor, no tiene motivo para alarmarse —le aseguré con una sonrisa—. No podía acercarme a usted abiertamente, de modo que recurrí al ardid de viajar en el mismo tren para poder hablarle. Usted vino hoy a Totnes para encontrarse conmigo, ¿no es así?

—No, desde luego que no —respondió, mientras la expresión de su rostro revelaba la profunda perplejidad que le causaban mis palabras.

—Entonces quizá vino a reunirse con el señor Melvill Arnold —sugerí.

—¿Y por qué desea saber eso, si puede saberse? —preguntó con la voz refinada de un caballero, sin dejar de mirarme con recelo. Sus pequeños ojos, muy juntos, me observaban con expresión de hurón, mientras alrededor de su boca afeitada se dibujaba una extraña dureza y su mano seguía sosteniendo el arma apuntando hacia mí.

—Porque lleva las señales: la corbata escarlata, el clavel y, además, veo que lleva ese bastón de ébano —respondí con calma. Hacía un esfuerzo por no mostrar el menor signo de temor ante aquella amenazadora arma.

—¿Y qué si las llevo? ¿Qué le importa a usted? —replicó con resentimiento y evidente inquietud.

—Me importa si usted es el señor Arthur Dawnay —dije—. Lamento decirle que el señor Melvill Arnold ha muerto y...

—¿Muerto? —exclamó jadeando, bajando el arma y mirándome fijamente mientras el color desaparecía de su rostro—. ¿Arnold ha muerto? ¿Es cierto eso? ¿Está usted completamente seguro?

—El desgraciado caballero murió en mi presencia.

—¿Dónde? Supongo que en el extranjero.

—No; en un pequeño hotel cerca del Strand —respondí.

La noticia que acababa de comunicarle pareció dejarlo atónito y desconcertado.

—¡Pobre Arnold! ¡Muerto! —repitió para sí con voz apagada, sentado con ambas manos sobre las rodillas, pues había arrojado la pistola sobre el asiento—. ¡Ah! —exclamó de pronto, levantando la vista hacia mí.

—Perdóneme por haberlo recibido de esta manera tan hostil, señor; pero... usted no sabe lo que la muerte de Arnold significa para mí. Lo significa todo para mí; todo lo que... —Se interrumpió bruscamente, cerrando los labios sin concluir la frase.

—Pocos instantes antes de morir me entregó esta carta, con instrucciones de reunirme hoy con usted en Totnes —dije, tendiéndole el mensaje del difunto.

Con ansiedad, y con dedos temblorosos, rompió los sellos negros; pero la carta estaba dentro de un segundo sobre, también cuidadosamente lacrado con cera negra. Lo abrió igualmente y leyó, conteniendo el aliento, las apretadas líneas escritas por la mano del muerto.

Se mordió los gruesos labios rojos; sus mejillas adquirieron una palidez cenicienta y las aletas de su nariz se dilataron.

—Qu... quiero darle las gracias por haber cumplido las instrucciones de Arnold —acertó a decir con dificultad—. Fui a Totnes para encontrarme con él, pues habíamos concertado la cita hacía tres meses. Sin embargo, parece que presentía que no podría acudir personalmente; de otro modo no me habría indicado que llevara una corbata roja, un clavel y este bastón antiguo de ébano que él mismo me regaló hace mucho tiempo.

Le relaté brevemente cómo lo había conocido cuando embarcó en Nápoles, su repentina enfermedad y el desenlace fatal en el hotel del Strand.

—Sí... —suspiró el señor Dawnay, el hombre a quien yo debía ayudar, aunque sin confiar plenamente en él—. El pobre Arnold fue un gran

viajero; siempre estaba de un lado para otro. Pero desde hacía años sabía que tenía el corazón delicado.

Estaba a punto de hacerle nuevas preguntas acerca del hombre que tan extrañamente me había dejado un legado, cuando Dawnay exclamó de repente:

—Usted y yo no debemos ser vistos juntos, señor Kemball; pues por esta carta veo que ese es su nombre.

—¿Dónde podré encontrarlo nuevamente? —pregunté, recordando las palabras del difunto acerca de que mi extraño compañero podía hallarse en grave necesidad de un amigo.

—Apenas lo sé —respondió apresuradamente mientras guardaba la pistola en el bolsillo—. Me vigilan estrechamente. Probablemente usted vio al hombre; un individuo con sombrero de paja.

—Sí, y también a la anciana.

—¡Ah! Entonces es usted muy observador, señor Kemball —exclamó con una leve sonrisa—. Sí, estoy en peligro; en un peligro grave en este momento, y no sé cómo escapar.

—¿Escapar de qué?

—De ser detenido.

—¿Ese hombre de aspecto joven es un agente de policía? —pregunté, muy sorprendido.

—Sí; es mayor de lo que parece. Jamás debí haberme atrevido a ir a Totnes.

—¿Por qué no a Totnes? —pregunté.

—Me mantenía oculto por cierta razón, señor Kemball. Todos tenemos que lavarnos alguna vez en aguas turbias, ya sabe —dijo con una sonrisa sombría—. Usted es un hombre honrado, sin duda; yo también lo fui alguna vez.

—Y ahora la policía lo busca, ¿verdad? —pregunté.

Así pues, mi primera impresión sobre aquel hombre no había estado muy equivocada.

Él asintió lentamente.

Cayó un silencio entre nosotros. Aquel descubrimiento, unido a la misteriosa relación de Arnold con el juicio de la aventurera que se hacía llamar lady Lettice Lancaster, me hizo reflexionar profundamente. Arnold me había advertido que no confiara plenamente en él.

El tren descendía ahora velozmente por la pendiente y en pocos momentos llegaría a Newton Abbot, el punto de enlace hacia Torquay.

Sin decir una palabra, mi compañero se levantó de pronto y, sacando del bolsillo una llave ferroviaria, salió al pasillo y cerró con llave ambas puertas situadas en los extremos del vagón, de modo que nadie pudiera pasar por allí.

Luego regresó junto a mí y dijo:

—Quizá sería mejor, señor Kemball, que mientras permanezcamos detenidos usted pasara al compartimiento siguiente. No debemos dar la impresión de conocernos.

Apenas tuve tiempo de entrar en el compartimiento contiguo cuando el tren se detuvo. Encendí un cigarrillo y me senté contemplando distraídamente por la ventanilla, cuando, como era de esperar, el hombre del sombrero de paja que había viajado en la parte posterior del tren pasó caminando sin rumbo aparente y, al llegar junto al compartimiento ocupado por Dawnay, miró hacia dentro para cerciorarse de que seguía allí.

La espera fue larga, pues estaban acoplando los coches procedentes de Torquay que continuarían hasta Londres. Pero al fin reanudamos la marcha y, tan pronto como el tren volvió a avanzar, regresé junto al misterioso fugitivo.

—Dígame, señor Dawnay, algo acerca del señor Arnold —le pedí con insistencia, sin rodeos—. Tuvo la bondad de confiarme ciertos asuntos puramente personales, pero no me dio ninguna información acerca de quién era ni de qué se trataba.

—Melvill Arnold era una persona extraordinaria —declaró el hombre de la corbata roja—. Dividía su tiempo entre la vida en Londres y la exploración de los restos de la civilización desaparecida en Egipto.

—¿Entonces vivía en Egipto?

—Principalmente en los desiertos. Sus conocimientos de egiptología eran, quizá, incomparables. La última carta que recibí de él procedía de El Fasher, en Darfur.

—¿Arnold no era su verdadero nombre?

—No exactamente su nombre de bautismo —respondió Dawnay riendo ligeramente—. Difícilmente le habría convenido utilizarlo.

—¿Cuál era entonces? ¿Hay alguna razón por la que yo no deba saberlo?

—Sí. Difícilmente traicionaría a mi amigo muerto, señor Kemball.

Guardé silencio ante aquel severo reproche. En un momento sentí repulsión al contemplar su rostro lleno de granos; pero al instante siguiente experimenté una extraña sensación de fascinación. El misterio de todo aquello se había vuelto sumamente intrigante. El pensamiento del cilindro de bronce y de lo que pudiera contener cruzó por mi mente, y entonces le pregunté si Arnold había tenido alguna dirección permanente en Londres.

—No. Por lo general le escribía al apartado de Correos de Charing Cross. Siempre fue un hombre escurridizo y, cuando estaba en Londres —lo cual ocurría en contadísimas ocasiones—, parecía cambiar de residencia cada día. Se jactaba de que nunca dormía dos noches seguidas en la misma cama. Tenía sus motivos para ello; los mismos motivos, a decir verdad, que yo tenía.

—Temía a la policía, ¿eh?

El rostro regordete de Dawnay volvió a relajarse en una sonrisa sombría.

—Pero ahora que Arnold ha muerto tengo que asegurar mi propia seguridad —exclamó rápidamente—. Estoy metido en una maldita trampa aquí, en este tren. ¿Quién sabe si no seré arrestado al bajar de él?

—¿Y el arresto traería consigo consecuencias graves? —pregunté lentamente, con la mirada fija en él.

—Sí, consecuencias muy graves. Por mí mismo no me importa demasiado, pero para otra persona… para una mujer… sería, por desgracia, fatal —añadió con voz ronca.

¡Una mujer! ¿Se refería acaso a aquella extraordinaria aventurera cuyos detalles había leído en aquel viejo ejemplar del periódico?

Recordé que Arnold, en la carta que me había dejado, me había pedido que ayudara a aquel hombre, quien evidentemente era su amigo más íntimo.

—Debe usted eludir a esa persona que lo está vigilando —dije—. ¿Cómo puede hacerse?

Él se encogió de hombros con una expresión que revelaba desconcierto.

De pronto se me ocurrió una idea.

—Usted y yo tenemos casi la misma complexión. ¿No podríamos intercambiar nuestras ropas? —sugerí—. En Exeter podría usted caminar hasta la parte delantera del tren y escapar de la estación, mientras yo permanecería aquí sentado, de espaldas a la ventanilla. El detective creerá que usted sigue en el tren.

—¡Magnífico! —exclamó, poniéndose en pie de un salto—. ¡Un plan excelente, señor Kemball! ¡Por Júpiter, tiene usted recursos!

Y comenzó a quitarse rápidamente el saco y los pantalones.

—Este tren es expreso hasta Exeter; por lo tanto, no se detendrá ni en Teignmouth ni en Dawlish.

Me quité el saco, el chaleco, la corbata y los pantalones, y en cinco minutos había cambiado mis prendas por las suyas y me había puesto la corbata escarlata en lugar de la mía, mientras él, por su parte, se enfundaba mi traje, que, sin embargo, parecía quedarle algo ajustado. Rio de buena gana al vernos mutuamente transformados con tanta rapidez.

Me puse los guantes de ante gris, algo grandes para mí, incliné el elegante sombrero gris sobre los ojos y luego me acomodé junto al pasillo, de modo que cuando el tren entrara en la estación de St. David, en Exeter, únicamente pudiera verse mi espalda.

Dawnay salió al pasillo para observar críticamente el efecto.

—¡Perfecto! —exclamó—. ¡Perfecto! ¡El tipo se llevará una sorpresa mayúscula!

—Sí —reí—; será realmente divertido observar su cara cuando venga a arrestarme.

—Pero quizá no venga hasta que llegue a Paddington… después de medianoche. ¿Y qué explicación dará usted por haber cambiado de ropa conmigo?

—Oh, no se preocupe por eso —dije, disfrutando bastante con la perspectiva de la broma, aunque sin imaginar la grave situación en la que me estaba colocando—. ¿Dónde podré encontrarlo de nuevo?

—¡Ah! Tenga cuidado… mucho cuidado, señor Kemball. Sin duda lo vigilarán. Sospecharán que pretende encontrarse conmigo otra vez en secreto y, por esa razón, mantendrán una estricta vigilancia sobre usted. Use el nombre de Hamilton Davis y escríbame al apartado de Correos de Charing Cross. Es tan seguro como cualquier otro lugar. Yo estaré en Londres; pero debo marcharme ahora, y en cuanto el tren se detenga saldré de allí inmediatamente. Seguramente habrá una multitud en el andén de Exeter. ¡Ah! No puede imaginar el gran servicio que me ha prestado esta noche al asumir mi identidad: me ha salvado. ¡Adiós, y mil gracias!

Entonces, con un gesto de la mano y una alegre sonrisa, aquella persona escurridiza —porque sin duda eso era— salió al pasillo y desapareció.

Yo adopté de nuevo mi posición anterior, de manera que cuando el tren entró en Exeter me encontraba sentado de espaldas a la ventanilla, con una pierna sobre el asiento, leyendo perezosamente un periódico que había encontrado en el bolsillo de Dawnay.

En el andén reinaba gran agitación, y comprendí que el agente de policía había pasado por allí para cerciorarse de que yo no había escapado. Durante unos diez minutos permanecí sentado con absoluta tranquilidad, hasta que finalmente el tren volvió a ponerse en marcha y quedé libre de vigilancia una vez más.

No lograba comprender, por mucho que lo intentara, por qué aquel hombre había temido ser visto en mi compañía. Arnold debía haber previsto de algún modo que su amigo sería vigilado, y por ello había dispuesto de antemano la señal de los guantes. Quizá había esperado que otro enemigo, y no la policía, estuviera observándolo. Sin embargo,

incluso allí, en el tren, Dawnay había expresado temor de que nos vieran juntos. Era un detalle cuyo verdadero significado no lograba comprender por completo.

En Taunton nos detuvimos nuevamente, y adopté mi actitud de antes, con la espalda hacia la ventanilla, cuando de repente la puerta del compartimiento se abrió bruscamente, y una voz masculina exclamó:

—¡Alfred Dawnay! ¡Soy agente de policía y tengo una orden de arresto contra usted!

Me incorporé lentamente y, mirando al hombre que se había dirigido a mí, observé con tono tranquilo:

—Creo que ha cometido usted un pequeño error, ¿no es así? Mi nombre no es Dawnay.

El hombre del sombrero de paja lanzó una exclamación de sorpresa y se quedó mirándome atónito, mientras que el individuo que estaba a su lado —evidentemente un agente de la policía de Taunton vestido de civil— nos observaba a ambos con expresión de asombro.

—Si usted no es Dawnay, entonces ¿dónde está Dawnay? —exigió saber rápidamente el detective.

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—¡Pero usted lleva su ropa! ¡Usted lo ayudó a escapar! Por lo tanto, tendrá que dar alguna explicación.

—No tengo ninguna explicación que ofrecer —respondí—. Si quieren a Dawnay, será mejor que lo busquen. No tienen ninguna orden para arrestarme simplemente porque llevo unas prendas parecidas a las de él.

—Quizá no, mi querido señor —replicó el detective, visiblemente molesto por haber sido burlado de esa manera—. Pero le aseguro que será mucho mejor para usted mostrarse completamente franco y sincero con nosotros. ¿Cuándo abandonó Dawnay este tren? Dígamelo.

—No lo sé —respondí, lo cual era la pura verdad.

El desconcierto de los dos agentes de policía era ahora completamente evidente.

—Pero no olvide que se ha hecho usted responsable de un posible proceso judicial —dijo el hombre del sombrero de paja—. Ese hombre, Alfred Dawnay, alias Day, es buscado por un delito muy grave.

—¿Por cuál? —pregunté rápidamente.

—No importa cuál. Usted lo ha ayudado a escapar y tendrá que responder por ello.

Y cerró la puerta con enfado, pues el tren estaba a punto de ponerse nuevamente en marcha rumbo a Londres.

¿Qué delito tan grave podía pesar contra Alfred Dawnay?, me pregunté.

Capítulo 6 Entre los vivos y los muertos

A mi regreso a Londres tuve la muy desagradable experiencia de ser vigilado estrechamente por detectives, tal como el fugitivo había previsto. Era evidente que la policía pretendía volver a dar con Dawnay valiéndose de mí.

Escribí al «señor Hamilton Davis», al apartado de Correos de Charing Cross, indicándole mi dirección en Londres, en el Hotel Cecil, así como mi domicilio en Upton End, con la esperanza de que me enviara una cita. Sin embargo, se mostraba tan cauteloso que apenas creía que fuese a revelar de inmediato su escondite. Estaba sumamente ansioso por volver a encontrarme con él, pues esperaba obtener más información de su parte y resolver el misterio del hombre a quien yo había conocido como Melvill Arnold.

Con el fin de evadir la inoportuna vigilancia de los detectives, me trasladé a Upton End durante algunos días, pues sabía que, si algún extraño rondaba por los alrededores, el viejo Tucker seguramente lo advertiría. En efecto, no habían transcurrido ni tres días desde mi llegada cuando, una mañana, al bajar a desayunar, lo encontré demorándose en regar las plantas del invernadero, y me declaró que estaba intrigado por el hecho de que un hombre —«un hombre de aspecto decente», según sus palabras— parecía pasar una y otra vez frente a la entrada del pabellón.

—No puedo imaginar, señor, qué asunto puede traerlo por aquí —dijo—. No me gusta nada su aspecto. Tal vez sea uno de una banda que pretende asaltar la casa, señor. Por eso le he dicho a Thomas y a Mason que mantengan los ojos bien abiertos.

Se refería al mozo de cuadra y al ayudante del jardinero.

—Casi estoy por soltarle los perros —añadió—. Con que se atreva a entrar en el camino de acceso, dejaría que Prince se encargara de él. Después de eso, ¡ni el traje completo que lleva puesto valdría seis peniques!

—Supongo que será algún curioso, Tucker —dije, intentando tratar el asunto con absoluta indiferencia—. No creo que unos ladrones vinieran por aquí.

—No lo crea, señor. Hay muchas cosas… cuadros y objetos curiosos que su padre, el difunto sir Lionel, reunió durante años, y que alcanzarían un precio elevado en Londres, ya sabe, señor.

—Bueno —dije riendo—, si realmente los ladrones llegan a visitarnos, Prince se ocupará de ellos. Me daría pena enfrentarme a ese perro si yo fuera un ladrón.

—A mí también, señor. Aunque existe algo llamado una dosis de estricnina en un trozo de carne, ya sabe.

—En el extranjero, sí. En Italia es el recurso favorito de los ladrones, Tucker. Pero aquí, en Inglaterra, estamos mucho más seguros.

Y entonces, regadera en mano, el fiel anciano salió, mientras yo me sentaba a tomar mi solitario desayuno.

Una semana después de haber escrito al apartado de Correos de Charing Cross recibí una nota fechada en el Hôtel de la Boule d'Or, en Provins, una pequeña ciudad situada unos sesenta kilómetros al este de París.

Decía:

«Me complace mucho tener su dirección. En este momento mis movimientos son muy inciertos, pero tan pronto como pueda volver a verlo le escribiré a Upton End. Sin embargo, tenga cuidado de que, cuando se reúna conmigo, no sea vigilado. Temo que pueda verse molestado por observadores inoportunos. Si así ocurre, le ruego que me perdone y recuerde cuán agradecido estoy por el servicio que me ha prestado y que algún día espero poder devolverle.»

Eso era todo. No llevaba firma alguna.

Y así me vi obligado a esperar una nueva comunicación del hombre que, sin duda alguna, se encontraba oculto en aquella antigua y apartada ciudad del valle del Voulzie.

Una y otra vez sacaba aquel cilindro corroído —en cuyo interior había algo que el difunto había declarado que haría que el mundo entero se quedara horrorizado— y lo sostenía en la mano lleno de asombro.

Sobre la mesa de la gran biblioteca, de aspecto antiguo, se encontraba la extraña figurilla del antiguo dios de los egipcios: el gran Osiris. Cada vez que entraba allí, contemplarla me hacía recordar aquella hora del crepúsculo en el pequeño hotel cerca del Strand, la hora en que Melvill Arnold había partido silenciosamente hacia el Más Allá.

Tres semanas transcurrieron en ansiosa espera. Mediante cuidadosas averiguaciones y una vigilancia prudente, llegué a la conclusión de que la policía de Scotland Yard había retirado la vigilancia que mantenía sobre mí. Por lo tanto, supuse que habían encontrado alguna pista del fugitivo que buscaban. Probablemente, si se trataba de un delincuente conocido, su presencia en Francia habría sido comunicada a través de la Prefectura de Policía de París. Tal era parte del sistema internacional de cooperación policial.

¿Se encontraba Alfred Dawnay nuevamente en peligro de ser arrestado?, me pregunté.

Sin embargo, una mañana recibí el mensaje que tanto había esperado, pues entre mi correspondencia encontré una nota en la que se me pedía que estuviera solo, fuera de Lathbury —una pequeña aldea situada a poca distancia de Newport Pagnell, en el camino hacia Northampton—, a las tres de aquella tarde. La letra pesada era la misma que la de la carta enviada desde Provins, y comprendí que provenía de Dawnay.

Por ello, con considerable impaciencia, salí alrededor de las dos para caminar hasta el lugar señalado para nuestro encuentro. Atravesé la larga calle de Newport Pagnell, pero nadie me siguió. Era día de cierre temprano de los comercios, y el lugar se encontraba adormecido y desierto. Al salir nuevamente a la polvorienta carretera principal no encontré a nadie, salvo a un hombre de mediana edad que iba en motocicleta y que pasó junto a mí a toda velocidad; más tarde, cuando me aproximaba a la posada de Lathbury, lo vi detenido, haciendo alguna reparación en su vehículo.

De pronto lo observé con sospecha. ¿Era posible que me estuviera siguiendo para vigilar mis movimientos?

Al pasar junto a él, levantó la vista y me miró directamente al rostro; entonces tuve la certeza de que ya lo había visto en alguna parte. Pero no lograba recordar dónde.

Estuve a punto de regresar y así despistarlo, si acaso se trataba de un detective; sin embargo, obligado como estaba a actuar con cautela, continué caminando por el pueblo y salí nuevamente al camino abierto, subiendo la colina en dirección a Gaythurst.

Miré mi reloj y descubrí que ya eran las tres y cuarto. Pero todavía no aparecía nadie. Probablemente Dawnay se encontraba oculto en algún lugar detrás del seto, esperando asegurarse de que todo estuviera despejado antes de acercarse a mí.

A cierta distancia detrás de mí escuché el zumbido de un automóvil que se aproximaba y, apartándome hacia el borde del camino, me preparé para ser envuelto por la espesa nube de polvo blanco que levantaría.

El automóvil atravesó el pueblo y subió velozmente la colina; pero al acercarse a mí redujo la velocidad, hasta pasar a mi lado casi lentamente. Entonces observé que era una poderosa limusina, pintada y tapizada en color gris piedra, y en su interior viajaba una mujer sola.

A unos cuantos metros delante de mí se detuvo bruscamente, y la mujer se inclinó hacia afuera de la puerta. Para mi absoluta sorpresa, reconocí que era la misma joven hermosa que había visto en el cementerio de Highgate: la misteriosa persona que había colocado con tanta ternura flores frescas sobre la tumba de Melvill Arnold.

—¡Discúlpeme! —exclamó, dirigiéndose a mí con una voz melodiosa mientras abría la puerta—. Creo que usted es el señor Kemball, ¿no es así?

—Ese es, en efecto, mi nombre —respondí, levantando instintivamente mi sombrero de paja.

—Bien, yo… yo he venido aquí para encontrarme con usted —dijo riendo alegremente—. ¿Querría entrar? Así podré explicarle todo.

Aceptando su invitación, subí al automóvil y me senté a su lado. El vehículo volvió a ponerse en marcha rápidamente y, al instante siguiente, avanzábamos hacia Northampton, pues el conductor evidentemente ya había recibido sus instrucciones.

—Supongo que debo explicarle, señor Kemball, que el señor Harvey Shaw, el caballero a quien usted conoce como Dawnay, consideró más prudente no venir personalmente a encontrarse con usted, porque… bueno… —y rio dulcemente, mostrando una hilera perfecta de dientes blancos—. Creo que probablemente comprende usted la razón.

—Completamente —respondí, todavía sorprendido por la frescura de su aspecto—. Pero mientras venía hacia aquí sospeché de un motociclista que se detuvo frente a la posada. Es un hombre al que creo haber visto en alguna otra parte.

—Oh, él es un amigo. Está allí como explorador nuestro —dijo ella—. Ha estado vigilándolo y nos ha indicado que todo está despejado, de modo que podemos continuar sin temor. El señor Shaw me ha pedido que lo lleve hasta él.

—¿Dónde está él? —pregunté.

—En Rockingham, más allá de Kettering —respondió ella; y al volver hacia mí sus magníficos ojos castaños, calculé que tendría unos diecinueve o veinte años, y comprendí que su rostro poseía una belleza más perfecta que cualquiera que hubiera contemplado hasta entonces. El sobrio vestido negro realzaba aún más la palidez de su tez; sin embargo, sus labios eran llenos y rojos, sus suaves mejillas mostraban hoyuelos delicados y una armonía perfecta en sus contornos, mientras que sus grandes y espléndidos ojos revelaban una dulzura y un encanto indescriptibles. Desde el primer instante advertí que era una joven de carácter alegre, dotada de buen humor y de una disposición luminosa, aunque al mismo tiempo discreta en sus maneras y poseedora de una exquisita elegancia.

La expresión de aquellos ojos grandes y abiertos quizá revelaba apenas un matiz demasiado perspicaz; y, a medida que comenzamos a conversar, me pareció que poseía una inteligencia vivaz, un ingenio espontáneo y una peculiar filosofía de la vida.

De su extraordinaria y cautivadora belleza no podía haber dos opiniones. Era perfecta, desde la coronilla de su pequeño y elegante sombrero de automovilista hasta la punta de sus zapatos de cuero marrón brillante. Sus manos eran pequeñas y estaban cubiertas por finos guantes; y su barbilla delicadamente puntiaguda confería a su rostro dulce y refinado un aire de encantadora despreocupación que aumentaba considerablemente su atractivo.

Entre el elegante chófer y nosotros había una ventanilla cerrada; por lo tanto, podíamos conversar sin temor a ser escuchados.

—El señor Shaw me contó cuán generosamente lo ayudó usted cuando se encontraron en Totnes —dijo al fin—. ¡Ah, señor Kemball! —añadió, poniéndose de pronto muy seria—, no puede imaginar la magnitud del servicio que nos prestó entonces.

—¿Nos? —repetí sorprendido—. Entonces supongo que usted es pariente suyo.

—Su hija —respondió—, o, para ser completamente exacta, su hija adoptiva. Mi nombre es Asta… Asta Seymour. Así que quizá me permita agradecerle, señor Kemball, la generosa ayuda que brindó para asegurar la huida de mi padre adoptivo.

—No hay necesidad de agradecerme nada, señorita Seymour, se lo aseguro —declaré—. Pero dígame, ¿por qué teme tanto a la policía?

—Eso lo sabrá usted muy pronto, me temo —respondió con una voz más dura y diferente, en la que se percibía una lejana nota de tristeza.

—Sí. Pero ¿no existe un grave peligro en regresar a Inglaterra?

—Se vio obligado a hacerlo: primero, para encontrarse con usted en Totnes, y ahora por una segunda razón relacionada con la desafortunada muerte del pobre señor Melvill Arnold.

—Usted, naturalmente, conocía al señor Arnold —dije—. Es su mano la que ha colocado esas flores frescas sobre su tumba.

Guardó silencio. Después, con voz baja, respondió:

—Admito que fui yo quien lo hizo, porque él siempre fue mi amigo… siempre. Pero, por favor, no diga nada a mi padre acerca de lo que he hecho.

—Para mí, un gran misterio rodea al señor Arnold —dije—. ¿No puede usted contarme algo sobre él? ¿Quién era y qué clase de hombre fue? Por el poco conocimiento que tuve de él, siento instintivamente que no era una persona común.

—Y su impresión era completamente acertada, señor Kemball. Fue uno de los hombres más extraordinarios que han existido.

—Usted sabía de su muerte. ¿Cómo?

—Sabía que estaba en Londres, porque me escribió una breve nota indicándome su dirección, pero pidiéndome que no se la revelara a nadie, ni siquiera a mi padre —dijo en voz baja y algo ronca—. Fui a verlo por un asunto urgente, porque él deseaba hablar conmigo; pero, por desgracia, en el hotel me dijeron que había muerto apenas unas horas antes. Entonces me marché, temiendo revelarme ante usted, pues me dijeron que era amigo suyo. Dos días después hice algunas averiguaciones y descubrí dónde lo habían enterrado. Luego, como homenaje a la memoria de un hombre cuya grandeza de corazón y cuyos extraordinarios conocimientos han permanecido ignorados por el mundo, deposité flores sobre su tumba.

—¿Por qué temió revelarse ante mí, señorita Seymour? —pregunté con seriedad, mirándola directamente a sus suaves ojos castaños mientras el automóvil avanzaba velozmente.

Pero ella evitó mi mirada, mientras un rubor cubría sus mejillas y delataba su turbación.

—Porque… bueno, porque no sabía hasta qué punto podía confiar en usted —respondió con franqueza después de una breve vacilación—. En realidad, ni siquiera ahora sé si seguiría siendo nuestro amigo y guardaría el secreto si llegara a conocer la desagradable verdad.

Capítulo 7 La confesión de Dawnay

Su curiosa respuesta me dejó profundamente desconcertado. ¿Qué podía ser aquella “desagradable verdad” a la que se había referido?

A su lado permanecí sentado en silencio durante algún tiempo. El automóvil avanzaba velozmente por una amplia carretera recta, entre setos cubiertos de polvo y numerosas líneas telegráficas; y al mirarla de reojo observé que mantenía la vista fija al frente, con una expresión extraña y severa en su hermoso rostro.

Quizá podía estar equivocado, pero cuando mencioné al hombre muerto me pareció percibir en sus ojos el brillo de unas lágrimas que no habían llegado a derramarse.

Atravesamos la bulliciosa ciudad de Northampton y volvimos a salir por el camino que conducía a Kettering, una ruta que conocía bien, pues la había recorrido muchas veces en automóvil. En el centro de esta última población giramos bruscamente hacia la izquierda y tomamos la carretera de Oakham. Poco después pasamos por el pueblo de Great Oakley y, al descender de pronto por una colina muy pronunciada, en cuya cima se alzaba un castillo, nos encontramos en la amplia y dispersa calle principal del pueblo de Rockingham.

Mi bella acompañante apenas habló. Parecía haberse vuelto de repente extrañamente absorta. En verdad, tuve la impresión de que se había apoderado de ella una súbita inquietud, provocada por un pensamiento que por primera vez cruzaba su mente. Su actitud había cambiado por completo.

—¿Su padre ha estado en Francia desde que lo conocí? —comenté, buscando algún tema de conversación.

—Sí —respondió ella—; ha estado trasladándose rápidamente de un lugar a otro por razones que no necesito mencionar.

—Pero ¿por qué ha regresado si el peligro continúa? —pregunté.

—No creo que exista ya ningún peligro mayor… al menos por ahora —contestó.

Su respuesta me desconcertó, aunque no por mucho tiempo, como relataré más adelante.

El automóvil atravesó Rockingham y, unos dos kilómetros más adelante, giró bruscamente por una elegante entrada flanqueada por dos portones de piedra, internándose en un amplio parque lleno de árboles majestuosos. Finalmente se detuvo ante una larga mansión jacobina de aspecto antiguo, que desde su terraza de piedra gris dominaba una magnífica vista de las verdes colinas ondulantes y los ricos pastizales que la rodeaban.

Aquel viejo edificio cubierto de hiedra, con sus frontones puntiagudos y sus ventanas con parteluces, era un magnífico ejemplo de la señorial residencia inglesa. Cuando el automóvil se detuvo frente al pórtico, la gran puerta fue abierta por un pulcro sirviente, quien hizo una profunda reverencia mientras entrábamos en el espacioso vestíbulo, donde observé que las losas de piedra estaban gastadas y hundidas por el paso de generaciones.

La casa estaba construida alrededor de un patio cuadrangular y tenía dos pisos de altura, con hermosos motivos heráldicos en los ventanales de vidrio coloreado. Parecía contar con amplios corredores que conducían, mediante sólidas puertas de roble, a habitaciones aún más espaciosas en el interior: algunas revestidas con paneles de madera, otras con techos moldurados y chimeneas de piedra tallada.

Todo el lugar tenía un aire de capa y espada, como si hubiera sido construido en aquellos tiempos en que el viejo caballero realista, empobrecido y amargado, había guardado su espada en la vaina, pero seguía contando los meses hasta que el Rey pudiera volver a ocupar su legítimo trono.

Seguí a Asta Seymour por el vestíbulo y, al girar hacia un corredor situado a la izquierda, me encontré de pronto en una agradable sala de estar, donde el hombre a quien yo conocía como Dawnay permanecía de pie, con las manos detrás de la espalda, esperándome.

Al entrar, ella cerró la puerta tras nosotros. La habitación tenía un aire antiguo y acogedor, con muebles cubiertos de cretona y llena del perfume de los popurrís.

—¡Al fin, señor Kemball! ¡Al fin! —exclamó el fugitivo, acercándose rápidamente a mí y estrechándome la mano con cálida bienvenida—. Así que Asta logró encontrarlo sin dificultad, ¿eh?

—Su aparición fue ciertamente una sorpresa —respondí—. Esperaba que usted mismo viniera a verme.

—Bueno —rió él, con sus pequeños ojos, juntos y penetrantes, llenos de un alegre brillo—. No habría sido precisamente una decisión prudente. Por eso envié a Asta, a quien, ya que estamos, debo decirle que confío todos los asuntos que requieren la más absoluta discreción. Pero siéntese, señor Kemball. Déme su sombrero y su bastón.

Y acercó hacia mí un cómodo sillón, mientras la joven, disculpándose, nos dejó a solas.

Cuando hubo salido, mi amigo me miró al rostro y rompió a reír, exclamando:

—Supongo, señor Kemball, que debe ser una sorpresa para usted descubrir que Harvey Shaw, el propietario de Lydford Hall, y Alfred Dawnay son una misma persona, ¿verdad?

—Lo es —admití—. He pasado muchas veces junto al límite de su parque en mi automóvil, pero jamás imaginé que usted viviera aquí.

—Bien —dijo—, confío en su discreción. Usted fue extremadamente amable conmigo el otro día, y por ello no veo razón para no ser un poco más sincero con usted.

—Sus asuntos, naturalmente, no son de mi incumbencia —declaré—. Pero cualquier cosa que decida revelarme la trataré, sin duda, con la más estricta confidencialidad.

—¡Ah! Estoy seguro de ello. Melvill Arnold jamás lo habría hecho partícipe de su confianza si no hubiera estado convencido de que podía confiar en usted. Era uno de los hombres más astutos de toda Inglaterra; de otro modo nunca habría alcanzado el éxito extraordinario que tuvo.

Desde las altas ventanas, cuyos pequeños cristales estaban divididos por plomos, podía contemplar, desde el lugar donde me hallaba sentado, la amplia extensión del parque con su magnífica avenida de hayas. Sobre la gran chimenea destacaban numerosos motivos heráldicos tallados en

piedra, mientras que contra los oscuros paneles de roble resaltaban los brillantes tejidos de cretona, limpios y frescos. El buen gusto se manifestaba en todas partes: el gusto propio de un hombre refinado.

El señor Shaw, como aparentemente era conocido allí, vestía de manera muy distinta a la ocasión en que lo había encontrado en Totnes. Entonces había adoptado la apariencia de un hombre del mundo de las carreras; pero bajo su aspecto de caballero rural llevaba ahora una levita de corte algo anticuado y pantalones de tono gris jaspeado, un atuendo que le daba una apariencia tranquila y cierta distinción.

Me senté frente a él, sorprendido por su extraordinaria doble personalidad: el hombre perseguido por la policía y el rico propietario de aquella magnífica mansión campestre.

Sus pequeños ojos astutos parecieron comprender el curso de mis pensamientos mientras se reclinaba despreocupadamente en su sillón junto a la ventana, observándome con calma.

—Le prometí, señor Kemball, que volvería a verlo tan pronto como se presentara la oportunidad —dijo—; y, estando seguro del espíritu de camaradería que existe entre nosotros, esta tarde le he permitido conocer el secreto de mi doble vida. Aquella noche en Exeter estuve a punto de caer —¡por Júpiter!, fue una de las escapatorias más estrechas de toda mi vida—. Un enemigo, alguien a quien yo había considerado mi amigo, me traicionó por completo. Evidentemente, la policía esperaba encontrarme a través de usted, porque lo estuvieron vigilando constantemente. Dondequiera que iba, lo seguían.

—¿Usted sabe eso?

—Lo sé —respondió—. La verdad es que tengo un guardián personal que vigila constantemente mis movimientos y me advierte de los peligros. Usted lo vio en su motocicleta en Lathbury. Él lo observó mientras yo me encontraba ausente en Francia, tratando de librarme de esos sabuesos de la ley.

—Y ahora supongo que ha logrado deshacerse de ellos.

—Eso creo. Afortunadamente, Scotland Yard jamás ha relacionado todavía a Harvey Shaw, juez de paz del condado de Rutland y uno de los magistrados visitantes de la prisión de Oakham, con Alfred Dawnay, alias

Day, a quien tanto desean arrestar —y soltó una risa sombría—. Le aseguro que mi situación resulta bastante divertida: sentarme en el estrado y juzgar prisioneros, sabiendo perfectamente que cada agente de policía que comparece como testigo estaría, si conociera la verdad, más que dispuesto a ejecutar la orden de arresto que pesa sobre mí.

Y su rostro ancho y bonachón volvió a iluminarse con una sonrisa.

—Ciertamente, comprendo el humor sombrío de la situación —dije.

—Y si usted no me hubiera ayudado, señor Kemball, en este momento estaría detenido en la prisión de Su Majestad en Brixton —dijo—. Por cierto, debo devolverle el traje que tuvo la amabilidad de prestarme. Mi criado lo tiene arriba, preparado y empaquetado. Se lo enviaré por correo. Gates se sorprendió bastante al encontrar ropa de otro hombre entre mis pertenencias. Pero, por fortuna, está acostumbrado a mis peculiaridades y las considera simples excentricidades de su amo. Además, es siempre discreto. Lleva diez años conmigo.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí, señor… eh…?

—Shaw —interrumpió rápidamente.

—Señor Shaw. ¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí? Creía que la propiedad pertenecía a lord Wyville.

—Así es, al menos a los albaceas del difunto lord. La he alquilado durante los últimos tres años. De modo que en el condado soy una persona completamente respetable, y creo que también bastante estimada.

—La situación es, cuando menos, poco común —declaré.

—Quizá yo sea un hombre poco común, señor Kemball —dijo, levantándose y cruzando la habitación.

Observé entonces que llevaba en su corbata verde oscuro un magnífico diamante, y que sus modales y su porte eran los de un caballero rural de noble origen. Sin duda, era una persona extraordinaria.

—Espero —continuó, deteniéndose de pronto frente a mí— que, puesto que usted se ha relacionado con mi querido e íntimo amigo Melvill Arnold, llegue ahora a ser también mi amigo. Por esa razón me he atrevido a acercarme a usted como lo he hecho hoy.

—Bien —respondí, mientras mi natural prudencia volvía a imponerse al recordar las instrucciones escritas del hombre muerto—, debo admitir, señor Shaw, que me encuentro profundamente confundido intentando comprender el misterio de esta situación. Desde mi encuentro con el pobre señor Arnold, parece que he estado viviendo en un verdadero laberinto de circunstancias inexplicables.

—No me cabe duda. Pero todo será explicado a su debido tiempo. ¿Arnold no le dio ninguna explicación?

—Ninguna. De hecho, en la carta que me escribió y que abrí después de su entierro, me confesó que no era lo que había aparentado ser.

—Me temo que pocos lo somos —rió él—. Todos somos, en mayor o menor medida, hipócritas y farsantes. Hoy en día, en esta época de criminalidad y búsqueda constante de notoriedad, el arte de evitar ser descubierto se ha convertido en un verdadero arte de supervivencia. ¡Ay! El viejo proverbio escolar que dice que la honradez es la mejor política parece ya no ser cierto. Ser deshonesto es enriquecerse rápidamente; permanecer honrado es acabar frente al síndico en un tribunal de quiebras. Un hombre sin escrúpulos acumula dinero y llega a ser grande y respetado gracias al esfuerzo de su agente de publicidad. El hombre honrado lucha contra las artimañas de los inescrupulosos y, tarde o temprano, termina siendo derrotado.

—Lo que dice, me temo, es demasiado cierto —suspiré—. Ojalá no lo fuera. La virtud recibe muy poca recompensa en estos tiempos de tratos sin escrúpulos en todos los ámbitos de la vida, desde el palacio hasta el barrio más humilde.

—Entonces entiendo que usted no desprecia a un hombre que, al enfrentarse al mundo, ha utilizado las mismas armas que sus adversarios —preguntó.

—¿Cómo podría hacerlo? En un duelo deben emplearse las mismas armas.

—Exactamente, señor Kemball; ahora comenzamos a comprendernos mutuamente, y…

En ese momento la puerta se abrió sin previo aviso y Asta volvió a entrar. Había cambiado de vestido y llevaba una bonita blusa de muselina con una falda gris paloma.

—¿Van a tomar el té aquí, papá, o en el césped? —preguntó.

—Oh, creo que en el césped, querida. Solo quiero terminar mi conversación con el señor Kemball, si no te importa.

—Lo siento muchísimo por haber interrumpido —rió ella—. Pensé que ya habían terminado.

Y con una dulce sonrisa dirigida hacia mí, cerró la puerta y volvió a dejarnos solos.

¡Qué delicada parecía! ¡Qué exquisita era su figura! Sin duda, su gracia era perfecta.

—La verdad —dijo mi acompañante— es que no sé qué haría sin Asta. Es todo cuanto tengo en el mundo, y es un verdadero prodigio de discreción y diplomacia.

—Es, ciertamente, muy encantadora —dije con absoluta franqueza.

—Me alegra que piense así. Le aseguro que tiene muchos admiradores. Y temo que la están malacostumbrando. Pero, como decía, señor Kemball —continuó—, espero que ahora nos comprendamos perfectamente. El pobre Arnold era un amigo mío muy querido e íntimo, y ambos estábamos igualmente interesados en muchos proyectos financieros; por eso me ha desconcertado mucho que haya buscado un entierro tan humilde como lo hizo, y que sus asuntos no estén en manos de algún abogado responsable. ¿Le mencionó algo acerca de las disposiciones de su testamento?

—Jamás pronunció una palabra al respecto. De hecho, no tengo idea de si había hecho alguno.

—¡Ah! —suspiró mi acompañante—. Muy propio del pobre Arnold. Siempre tuvo la costumbre de dejar para mañana aquello que podía hacerse hoy. Su testamento, si es que hizo uno, sería sin duda interesante, porque sus bienes deben ser bastante considerables. Era un hombre rico.

Recordé entonces el incidente de la quema de los billetes de banco, y aquel recuerdo me hizo reflexionar.

—¿Cree usted que hizo testamento? —pregunté.

—No lo creo —respondió Shaw—. Sé que sentía una fuerte aversión hacia la idea de hacer un testamento, porque temía que después de su muerte la verdad pudiera salir a la luz.

—¿La verdad acerca de qué?

—Acerca de cierto capítulo de su vida que durante años había permanecido cuidadosamente oculto. La realidad es, señor Kemball, que temía ser descubierto.

—¿De qué?

—De algunos hechos bastante desagradables. Y por esa razón evitó cuidadosamente darle muchas explicaciones sobre quién era realmente. Tenía motivos —motivos muy poderosos— para ocultar su verdadera identidad.

—¿No puedo conocerlos? —pregunté muy despacio, fijando mis ojos en los suyos.

—Algún día —fue su respuesta, pronunciada con cierta tensión—. No ahora… algún día, algún día. Espero estar en condiciones de explicárselo todo; de revelarle ciertos asuntos que lo dejarán completamente mudo de asombro y sorpresa.

Capítulo 8 La historia del cilindro

Estaba tomando el té bajo los árboles con mi anfitrión y Asta, cuando se acercó un joven alto, atlético, de cabello oscuro, vestido con pantalón de franela gris y sombrero de paja. Sonreía alegremente, y el súbito brillo que iluminó los ojos de la muchacha al verlo bastó para revelarme que eran amigos muy cercanos.

Se estrecharon la mano, mientras Shaw exclamaba con su lento y deliberado tono de voz:

—¡Hola, Guy! Creía que habías ido a Londres.

—No. Recibí un telegrama que aplazó mi cita hasta el jueves, así que he venido a tomar una taza de té.

Entonces ella me presentó al joven como Guy Nicholson.

Se acomodó en una de las largas sillas de mimbre y, mientras Asta le servía el té, ambos comenzaron a conversar sobre un torneo de tenis que iba a celebrarse en una casa vecina. Poco después se dirigió a mí y sostuvimos una larga conversación. Tenía el porte inconfundible de un caballero: elegante, pulcro y erguido; su atractivo rostro sonriente estaba bronceado por el sol y rebosaba buen humor.

Desde el primer momento me cayó bien por instinto. Shaw me explicó que el joven era un vecino muy cercano, cuyo padre, un industrial del hierro del norte de Inglaterra, había fallecido un par de años antes, dejándole una considerable fortuna.

—Siempre anda con Asta —añadió en voz baja, con confianza—. Y sospecho que ella le ha tomado mucho cariño.

Al dirigir la mirada hacia ellos comprendí lo bien que se complementaban. Ella parecía la personificación de todo lo hermoso. Su fresca blusa de muselina y su falda gris se adaptaban con gracia a su joven figura; el ondulado cabello oscuro, ya sin el gorro de automovilista, enmarcaba sus grandes ojos castaños, haciéndolos parecer portadores, en lo más profundo, de un conocimiento misterioso que jamás debía llegar al entendimiento de los hombres, salvo quizá en ese instante en

que el amor arrancara de ellos los secretos que dormitaban en su interior.

Pero aquel no era más que uno de los estados de ánimo de Asta y, casi antes de que pudiera advertirlo, ya reía alegremente con su acompañante mientras le ofrecía un trozo de pastel.

Observé que sus ojos sostenían sin vacilar la mirada firme de los de él; sin embargo, comprendí que bajo aquella delicada blusa latía un corazón acelerado que le hacía darse cuenta de que no era tan imperturbable como había creído.

Ella pensaba que su secreto le pertenecía únicamente a ella. Su corazón no importaba. Nadie podía verlo y, por tanto, nadie podía conocerlo.

Cuando terminamos de tomar el té, ambos se levantaron y se alejaron paseando entre el jardín de rosales, en dirección al parterre, resplandeciente de flores de vivos colores. Y cuando pasaron bajo los arcos cubiertos de rosas trepadoras carmesí y desaparecieron de nuestra vista, mi anfitrión exclamó, con un suspiro y una sonrisa melancólica:

—¡Ah! ¡Qué maravilloso sería volver a ser joven... volver a ser joven como usted, señor Kemball!

Reímos, encendimos unos cigarrillos y continuamos conversando. Confieso que el misterio que envolvía a aquel hombre, quien me había admitido con toda franqueza que era un aventurero y, al mismo tiempo, un magistrado del condado, ejercía sobre mí una enorme atracción. Me sentía fascinado por el conjunto de aquellas circunstancias tan fuera de lo común.

Había advertido un detalle curioso: aunque Asta conocía la muerte de Arnold, jamás se la había comunicado al hombre al que llamaba padre. ¿Qué motivo podía tener para ocultarle la verdad?

Además, resultaba evidente que el joven Nicholson no sospechaba que el señor Harvey Shaw fuese otra cosa que el rico ocioso que aparentaba ser. Y, sin duda, Asta no lo había sacado de su error.

Mientras paseábamos juntos por los hermosos y cuidados jardines, y él me mostraba su garaje, donde había cuatro automóviles de distintos tipos, así como su planta eléctrica y las bombas que abastecían de agua la

propiedad, procuré obtener de él alguna información adicional acerca de Arnold.

Pero, pese a todas mis ingeniosas preguntas, permaneció hermético.

Entonces dirigí mi atención hacia Asta y descubrí que él la había adoptado cuando, siendo apenas una niña de ocho años, quedó completamente sola.

—Mi vida, señor Kemball, ha estado llena de cambios y de experiencias muy diversas. En ocasiones me he visto obligado a vivir durante meses en el más absoluto aislamiento; otras veces, en lugares apenas civilizados. Por ejemplo, pasé un año en las montañas del norte de Albania, conviviendo con una de las tribus de aquellas sierras; y en otra ocasión las circunstancias me obligaron a permanecer ocho meses en una aldea perdida de Corfú. Pero durante todo ese tiempo la pequeña Asta estuvo siempre a mi lado. ¡Ah, sí! ¡Cuántas veces alegró mi existencia solitaria!

Vi que, cualquiera que fuese el verdadero carácter de aquel hombre, sentía por ella un profundo afecto. Y ella, por su parte, había demostrado estar siempre atenta a velar por sus intereses.

—Entonces, en realidad, es toda una cosmopolita —exclamé.

—Desde luego. Habla tres idiomas con absoluta fluidez. Pocas muchachas de su edad han conocido la vida en todas sus facetas como ella: desde la humilde choza de un campesino hasta la existencia en una casa inglesa como esta. Pero —añadió—, cuando Arnold le habló en confianza, ¿no le contó nada?

—¿Sobre qué? —pregunté.

—¿Nada acerca de su pasado?

—Nada.

—Y no me mencionó a mí, ¿verdad? —preguntó mi acompañante.

—Solo para pedirme que le entregara aquella carta en Totnes.

—¿Y no le dio nada más? Tenía entendido que le había confiado ciertos asuntos personales —dijo, mirándome fijamente al rostro.

—Me entregó dos objetos —respondí—. Una pequeña figura de oro del dios egipcio Osiris, una reliquia antiquísima, y un curioso cilindro de bronce muy corroído.

—¡Dios santo! ¡El cilindro de bronce! —exclamó, dando un respingo y quedándose frente a mí con la boca abierta. Al oír aquello, el rostro se le tornó lívido.

—Sí.

—¿Se lo entregó a usted? —preguntó, visiblemente alarmado—. ¿Y aceptó hacerse cargo de él? ¿Fue tan insensato como para hacerlo?

—Por supuesto. ¿Por qué no habría de hacerlo?

—¡Ah! No lo habría aceptado si hubiera sabido el terrible peligro que ahora se cierne sobre usted —respondió con voz baja y ronca, mientras su actitud cambiaba por completo y reflejaba una profunda inquietud. Se le veía nervioso y agitado.

—No acabo de entenderlo —dije, desconcertado por su reacción.

—Naturalmente, usted lo ignora, señor Kemball. Pero al aceptar esa responsabilidad, al conservar en su poder ese cilindro, se ha convertido en un hombre condenado.

—¿Condenado? ¿De qué manera? —pregunté con una sonrisa incrédula.

—Se lo digo con toda franqueza porque ya me ha demostrado que es amigo mío —respondió, con el semblante completamente transformado.

Estábamos de pie junto al borde del césped cuadrado donde se jugaba al croquet, que antiguamente había sido la bolera de la finca. Los enormes boj centenarios estaban recortados en formas fantásticas y, al fondo, se extendía una larga terraza de piedra que daba al amplio parque.

—Creo que me dijo que Arnold le regaló una suma de dinero en billetes —prosiguió Shaw—. ¡Ah! Melvill Arnold sabía demasiado bien la inmensa desgracia, la desdicha y el peligro mortal que implicaba la posesión de ese cilindro. Por eso le hizo aquel obsequio, como una pequeña compensación. ¿Le indicó qué debía hacer con él? —preguntó.

—En una fecha determinada debo entregárselo a una persona que vendrá a reclamarlo.

—¿Entregárselo sin hacer ninguna pregunta?

—Sí, sin formular ninguna pregunta.

Shaw permaneció en silencio durante unos instantes. Fruncía el ceño y reflexionaba profundamente, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Bien —dijo al fin, de pronto—, jamás imaginé que le hubiera confiado el cilindro. Supongo que aún lo conserva en su poder.

—Así es.

—Entonces, si yo estuviera en su lugar, aguardaría con verdadera ansiedad la llegada del día señalado, cuando quede libre de tan pesada responsabilidad. La historia de ese tubo de metal es una sucesión de ruina, desastres y muerte, porque la desgracia, bajo una forma u otra, siempre alcanza a quien lo posee. Su historia es, sin duda, la más extraña y terrible que pueda contarse. Sabía que Arnold estaba en Egipto, pero nunca imaginé que, al fin, se atreviera a sacar el cilindro de su escondite y traerlo hasta aquí, a Inglaterra.

Recordé que, poco antes de morir, mi amigo había asegurado que su contenido dejaría al mundo entero atónito, por lo que le pregunté de inmediato qué encerraba.

—No lo sé —respondió—. Solo Arnold conocía su contenido y, por desgracia, se ha llevado ese secreto a la tumba. Tengo entendido que fue hallado en la tumba del rey Merneptah, el faraón bajo cuyo reinado tuvo lugar el éxodo de los israelitas, unos mil doscientos años antes de la era cristiana. El propio Arnold lo descubrió en Abidos, pero, después de abrirlo, temió permitir que aquello volviera a ver la luz del día y, para impedir que su influencia alcanzara a la humanidad, volvió a enterrarlo en un lugar que solo él conocía; sin duda, en algún punto cercano al gran templo de Amón-Ra, en Karnak.

—¿Por qué quiso ocultar su descubrimiento al resto de la humanidad? —pregunté, profundamente interesado.

—¿Cómo podría saberlo? Después de aquel hallazgo regresó a Inglaterra con la mayor premura y convertido por completo en otro hombre. Nunca quiso revelarme, ni siquiera a mí, que era su amigo más íntimo, qué contenía realmente el cilindro. Lo único que me confesó fue que le

inspiraba un profundo temor y que, si permitía que su contenido saliera a la luz, provocaría la mayor conmoción de nuestra civilización moderna; el mundo entero quedaría paralizado de asombro.

—¿Qué habrá querido decir con eso?

—¡Ah! —respondió mi acompañante—. No puedo decírselo. Lo único que sé es que, junto con el cilindro, descubrió unos antiguos papiros que relataban el terrible destino que aguardaba a quienes lo poseyeran y advertían a cualquiera que no debía tocarlo, conservarlo ni abrirlo.

—Un recurso muy utilizado por los antiguos para impedir el saqueo de sus tumbas —observé con una sonrisa.

—Pero en este caso Arnold, que era un gran arqueólogo y, sin duda, podía descifrar los jeroglíficos, investigó el extraño contenido del cilindro y llegó a la conclusión de que era algo que ningún ojo mortal debía contemplar sin quedar sobrecogido. Esas fueron exactamente las palabras que empleó al describírmelo.

—¿Y como consecuencia de ello le ocurrió alguna desgracia? —pregunté.

—Desde el momento mismo en que llevó a cabo aquella investigación, la desventura no dejó de perseguirlo. Sus amigos fueron muriendo uno tras otro y él mismo fue atacado por aquella afección cardíaca que, como usted sabe, acabó por causarle la muerte.

—¿Hace cuánto tiempo descubrió el cilindro en la tumba del rey Merneptah? —pregunté.

—Hace unos cuatro años —respondió Shaw; advertí que temblaba de excitación—. Y desde ese día hasta el momento de su muerte, el pobre Melvill Arnold nunca volvió a ser el mismo. Aquello que encontró dentro de la Cosa, como él solía llamarla, le produjo una impresión tan terrible que aquel hombre audaz, intrépido y desafiante se convirtió de pronto en una persona débil, temerosa y nerviosa, obsesionada con impedir que el secreto contenido en el cilindro llegara a revelarse. El mensaje de aquellos jeroglíficos, cualquiera que fuese, lo atormentaba día y noche; y en muchas ocasiones me confesó que, por haber desobedecido imprudentemente la advertencia contenida en los papiros, se había convertido en un hombre condenado… condenado, señor Kemball —añadió con una voz baja y extraña, mirándome fija e intensamente al

rostro—; condenado, como mucho me temo que, por desgracia, también lo está ahora usted.

Capítulo 9 Las sospechas de Guy

Todos mis esfuerzos por averiguar de Shaw algo más acerca del misterioso cilindro resultaron inútiles. Al parecer, ignoraba por completo cuál era su verdadero contenido, aquello que el hombre ya fallecido llamaba la *Cosa*.

Más tarde tuve ocasión de conversar con Guy Nicholson mientras paseábamos por los hermosos jardines al atardecer. Era un joven alegre, jovial y despreocupado que había servido durante uno o dos años en un regimiento de caballería. Tras la muerte de su padre se había retirado del ejército y ahora manifestaba un gran deseo de viajar al extranjero. Vivía en Titmarsh Court, entre Rockingham y Corby, según me explicó, e insistió en invitarme a visitarlo.

Mucho tiempo atrás había oído hablar del viejo Nathaniel Nicholson, el gran industrial del hierro de Sheffield, que había comprado aquella finca a un noble arruinado y gastado muchos miles de libras en mejorarla. Mi padre apenas lo había tratado, pues solo coincidían en las jornadas de caza; por eso me complacía conocer ahora a su hijo.

Desde el primer momento simpaticé profundamente con él y ambos nos profesamos una amistad sincera. Los dos éramos solteros y advertí que compartíamos muchas aficiones. Su desenfadada despreocupación y su inagotable buen humor me resultaban muy atractivos; además, era evidente que estaba profundamente enamorado de la encantadora Asta.

Wheaton, el mayordomo —un hombre de rostro pálido, cabello gris y modales algo altivos—, llamó a Shaw porque lo requerían por teléfono, y Nicholson y yo nos quedamos solos en la terraza.

—¿Hace mucho que conoce a Asta? —me preguntó de pronto.

Mi respuesta fue algo evasiva, pues no comprendía el motivo de aquella pregunta, salvo que sintiera celos de ella.

—Según me ha dicho Shaw, usted lo conoce desde hace bastante tiempo, ¿no es así?

—Sí —respondí con cierta vacilación—. Nos conocemos desde hace algún tiempo.

Nicholson me miró fijamente con sus ojos hundidos, ahora inusualmente serios. Luego, tras una breve pausa, dijo:

—Escuche, Kemball. Usted y yo vamos a ser amigos, igual que lo fueron nuestros padres. Quiero hablarle con absoluta franqueza.

—¿Sí? —pregunté, un tanto sorprendido por aquel repentino cambio de actitud.

—Quiero hacerle una pregunta muy sencilla y muy honesta. ¿Qué opinión tiene usted de Harvey Shaw?

—¿Mi opinión? —repetí—. Bueno, no sabría decirle. Me parece un hombre bastante agradable, por lo que conozco de él. Generoso, alegre...

—Sí, sí; mantiene una excelente bodega, es hospitalario, muy leal con sus amigos y todo eso —me interrumpió—. Pero lo que quiero saber es qué piensa realmente de él. ¿No cree que ese aire severo que muestra no es más que una máscara?

—No termino de comprender adónde quiere llegar —respondí.

—¿Puedo hablarle con absoluta confianza?

—Desde luego. No traicionaré esa confianza.

—Bien. Desde hace algún tiempo deseo hablar con alguien que conozca a Shaw, pero no había tenido oportunidad. Como reparte dinero generosamente por toda la comarca, apoya cualquier iniciativa y jamás discute la factura de un comerciante, es natural que goce de enorme popularidad. Nadie dice una sola palabra en su contra. Harvey Shaw parece incapaz de hacer nada malo. Pero eso ocurre en cualquier distrito rural: el dinero, por sí solo, compra la popularidad y la buena reputación.

—¿Y por qué habría alguien de hablar mal de él? —pregunté—. ¿No es amigo suyo, igual que mío?

—Lo es, pero... bueno, lleva ya varios años viviendo aquí y yo conozco a Asta desde entonces. De hecho, le confieso que siento un profundo cariño por ella. Pero si no fuera por Asta, jamás volvería a cruzar el umbral de esta casa.

—¿Por qué? —pregunté, realmente sorprendido.

Él vaciló unos instantes antes de responder y bajó la voz.

—Porque hay algo que no está bien en él.

—¿Algo que no está bien? ¿Qué quiere decir?

—Exactamente eso. Me interesa mucho la fisiognomía, y el rostro de Harvey Shaw es el rostro de un hombre inclinado al mal.

—Así que desconfía de él, ¿eh? ¿De qué, exactamente?

—La verdad es que no lo sé. Pero se lo digo con absoluta franqueza. No me gustan esas miradas furtivas que, a veces, dirige a Asta. Son miradas de odio.

—Mi querido amigo —reí—, me parece que en eso está completamente equivocado. Está enteramente entregado a ella. Él mismo me lo ha dicho.

—¡Ah, sí! Siempre hace grandes demostraciones de afecto paternal, lo sé; pero su rostro revela que esas palabras no le nacen del corazón. La odia.

—¿Y por qué habría de odiarla? Según tengo entendido, ella ha sido su compañera durante años, desde que era una niña.

—Lo sé. Usted es amigo de Shaw y, naturalmente, resta importancia a cualquier sospecha que pueda recaer sobre él. Asta está totalmente entregada a sus intereses y, por eso mismo, no ve el profundo odio que él oculta con tanta habilidad.

—¿Y qué es lo que le hace sospechar semejante cosa? —pregunté, mirándolo muy seriamente. Estaba apoyado sobre el viejo muro cubierto de líquenes, con el rostro pensativo vuelto hacia el sol poniente.

—No se trata solo de sospechas, Kemball. Tengo pruebas.

—¿Pruebas de qué?

—De lo que le estoy diciendo —respondió en voz baja y confidencial—. Ese hombre, Shaw, no es el individuo tranquilo, generoso y despreocupado que aparenta ser.

Guardé silencio. ¿Qué podía saber? Estaba seguro de que Asta no había traicionado a su padre adoptivo.

—Pero dice que tiene pruebas. ¿Qué clase de pruebas?

—Pruebas irrefutables. Ese hombre, bajo cuya tutela Asta ha permanecido todos estos años, ha cambiado con respecto a ella. Hay maldad en su corazón.

—Entonces teme que... bueno, que pueda ocurrir algo, ¿verdad?, ¿que llegue a tratarla mal? ¡Seguro que no es cruel con ella!

—¿Cruel? ¡Oh, no!, en absoluto. Siempre es muy indulgente y encantador con ella. Precisamente por eso ella confía plenamente en él.

—Pero afirma que posee pruebas de que no es el hombre generoso que aparenta ser.

—Sí, las tengo. Mis sospechas comenzaron hace unos dos meses, porque, detrás de su apariencia serena, siempre parecía nervioso e inquieto por algo, como si ocultara un gran secreto.

Contuve la respiración. ¿Qué era lo que sabía?

—¿Y bien? —pregunté, esforzándome por ocultar mi propia inquietud.

—Lo vigilé y mis sospechas no hicieron sino confirmarse. Desde hacía mucho tiempo me intrigaban sus frecuentes y misteriosas ausencias,

sobre todo porque Asta nunca quiso darme una explicación. En ocasiones ella permanecía sola durante meses enteros en esta enorme casa, acompañada únicamente por los sirvientes. ¿Por qué desaparecía y reaparecía tan de repente? Pues bien, hace dos meses —esto se lo cuento, por supuesto, bajo la más estricta confidencialidad— regresaba en mi motocicleta desde la estación de Corby, una noche oscura y lluviosa, cuando alcancé a un hombre de aspecto miserable, mal vestido y empapado hasta los huesos. Le di las buenas noches y, al responderme, reconocí con sobresalto la voz de Harvey Shaw. Entonces desmonté con el pretexto de reparar la motocicleta, para darle tiempo de acercarse de nuevo. Pero él permaneció rezagado, aunque lo bastante cerca para que pudiera distinguir claramente sus facciones cuando dirigí hacia atrás la luz de mi lámpara de acetileno. Al día siguiente pregunté a Asta, como quien no quiere la cosa, dónde se encontraba Shaw, y ella me respondió que estaba en París por asuntos de negocios. Sin embargo, no regresó aquí hasta dos semanas después.

—Bien, ¿y qué deduce de ese episodio? —pregunté.

—Que aquella noche vino a la propiedad en secreto, mientras Asta creía que estaba en el continente.

—¿Y el disfraz?

—¡Ahí está precisamente la cuestión! Un caballero no se viste con harapos ni recorre kilómetros bajo el barro y la lluvia sin un motivo siniestro. El expreso procedente de Londres había parado en Corby veinte minutos antes, de modo que deduje que había llegado en ese tren y que se dirigía aquí para realizar una visita secreta.

—¿Está completamente seguro de que Asta no sabía nada?

—Completamente seguro.

—¿No le dijo nada?

—Claro que no. He guardado silencio y he mantenido los ojos bien abiertos. Cada día resulta más evidente que nuestro amigo no es quien pretende ser.

Comprendí que la situación era sumamente delicada. El joven estaba profundamente enamorado de Asta y, convencido de que Shaw ocultaba

algún mal indefinido, vigilaba todos sus movimientos con la misma atención con que un gato acecha a un ratón. Aquello resultaba curioso, teniendo en cuenta las palabras de advertencia que Arnold había dejado por escrito. Al parecer, las sospechas del difunto habían surgido después de llegar a Londres.

—¿Ha comentado esto con alguien? —le pregunté.

—Con nadie.

—Entonces, si me permite darle un consejo —dije—, no diga una sola palabra a nadie, ni siquiera a la señorita Seymour. Yo lo ayudaré y seguiremos observando juntos.

—¡Magnífico! —exclamó—. Deme la mano, Kemball.

Y nos estrechamos la mano.

—Tengo el presentimiento de que algo va a sucederle a Asta —dijo con voz baja y ronca—. Tal vez mis sospechas sean injustas y yo esté equivocado, pero no puedo librarme de un claro presentimiento de desgracia.

—Personalmente, no creo que deba preocuparse por eso —respondí—. La señorita Seymour es su única compañera; probablemente también su confidente, pues tiene muy pocos amigos.

—Exactamente. Pero quizá ella sepa un poco más de la cuenta, ¿no cree?

Yo no había considerado el asunto desde ese punto de vista. El descubrimiento de mi compañero era, sin duda, de los que obligaban a reflexionar; sin embargo, la idea de que Shaw odiara a Asta me parecía demasiado absurda. Aunque, cuando un hombre está enamorado, suele precipitarse fácilmente en sus conclusiones.

—Bien —dije—, ya que ha sido tan sincero conmigo y me ha hecho partícipe de sus confidencias, Nicholson, ¿por qué no me dice qué es exactamente lo que sospecha?

—Usted es amigo de Shaw. Tal vez no debí hablarle de este asunto —respondió.

—No soy más amigo suyo que usted —contesté, recordando la advertencia de Arnold acerca de **la Mano**, fuese lo que fuese aquello—.

¿Acaso no le he dicho que también encuentro sospechosas las circunstancias y que lo ayudaré a vigilar? ¿Qué conclusión ha sacado realmente?

—¡Chist! —murmuró.

Al instante oí unos pasos ligeros detrás de mí y, al volverme, me encontré de nuevo frente a Asta.

—Están volviendo loco a papá por teléfono desde Londres —dijo entre risas—. Se desespera con esas llamadas. La verdad es que a veces son insoportables. Lo llaman y luego lo hacen esperar media hora.

—Lo sé —rió Guy—. A mí me pasa exactamente igual. Sin ir más lejos, el otro día quise llamarte y tardé casi media hora en conseguir la comunicación.

De pie, con la luz del sol bañándole el rostro, Asta parecía de una delicadeza y un encanto indescriptibles. En verdad, Guy Nicholson era un hombre afortunado. Al parecer, todavía no estaban comprometidos, pues él aún no había pedido a Shaw la mano de la muchacha. Quizá vacilaba precisamente por la oscura sospecha que se había instalado en su mente.

Vi el brillo del amor en los magníficos ojos castaños de ella mientras reía junto a él. Guy sacó un cigarrillo de su pitillera, golpeó suavemente la punta, como acostumbran hacer algunos hombres, y lo encendió.

Pocos momentos después se reunió con nosotros Shaw, sonriendo alegremente. Apenas llegó, dio una amistosa palmada en la espalda a Guy y dijo:

—Ustedes dos se quedarán a cenar, ¿verdad? Me alegra que sean amigos, como debe ser.

—La verdad, creo que debo marcharme —dije—. Me llevará horas regresar a casa en tren.

—¿En tren? ¡Pero si Gray lo llevará de vuelta en el automóvil, por supuesto! —exclamó—. No se preocupe por cambiarse para la cena. Asta sabrá disculparnos, y usted se queda.

Así pues, tras intercambiar una mirada significativa, ambos aceptamos la invitación, y muy pronto nos hallábamos sentados en el largo y elegante

comedor, donde la mesa, cubierta con una magnífica vajilla de plata antigua, estaba decorada con exquisito gusto con rosas.

Wheaton nos atendía con toda la solemnidad que correspondía a su cargo; sin embargo, mientras observaba su rostro gris y bien afeitado, tuve la impresión de que en su expresión había una extraña y misteriosa astucia, impropia del semblante de un criado de una casa señorial. No obstante, la manera en que desempeñaba su servicio era impecable. En más de una ocasión, durante la animada cena, dirigí una mirada a Guy Nicholson y me pregunté qué estaría pasando por su mente.

Por fortuna, no dejó traslucir nada en su semblante. Bromeaba y reía con su anfitrión, al tiempo que elogiaba el excelente clarete que Wheaton servía con tanta dignidad.

La joven solo tenía ojos para el hombre que amaba, mientras que Shaw, sentado a la cabecera de la mesa, rebosaba buen humor y cordialidad. ¡Qué extraña era toda aquella situación!

Después de cenar tomamos el café y los licores en la veranda, pues la noche era serena y tibia, y el aire estaba impregnado del dulce perfume de las flores.

Más tarde, tras una larga conversación a solas con Shaw, a las diez y media ordenaron que el automóvil me llevara de regreso y este fue conducido hasta la entrada principal.

Antes de partir logré hablar unos instantes a solas con Nicholson.

—Vendrá a visitarme, ¿verdad? —le pregunté—. No me falle.

—No, no lo haré. —Luego añadió en voz baja y apresurada—: Le dije que tenía ciertas pruebas. He estado arriba. Cuando vaya a verlo, se las mostraré. Lo dejarán atónito, y además confirman plenamente lo que he observado esta noche. Tal vez a usted se le escapó. Tenga cuidado con Wheaton. Solo lleva aquí seis meses, pero yo sé algo... he visto algo.

Nos estrechamos la mano y nos despedimos.

Capítulo 10 El mal de las diez plagas

En los días que siguieron sentí un intenso deseo de volver a visitar Lydford Hall, pero había recibido una nota de advertencia de Shaw en la que me instaba a no hacerlo sin tomar toda clase de precauciones. Podían estar siguiéndome, pues el peligro de ser descubiertos aún no había desaparecido.

Por ello permanecí aguardando con impaciencia la visita de Guy. Me había prometido vagamente que iría a verme “en un par de días”. Sin embargo, transcurrió una semana sin tener noticias suyas, así que le escribí. Por correo de vuelta recibí una respuesta en la que me informaba que iría en automóvil a visitarme y almorzaría conmigo el domingo.

«Tengo algo de la mayor importancia que decirle —concluía su carta—; por ello espero que le sea posible estar en casa ese día.»

Recibí la carta el jueves por la mañana y respondí de inmediato que lo esperaría en casa. Aguardaría su visita con la mayor impaciencia.

Los cálidos y sofocantes días en Upton End transcurrían con desesperante lentitud. A decir verdad, la vida allí me resultaba sumamente monótona. Tenía muchos amigos en los alrededores, pero en su mayoría eran personas de edad avanzada o jóvenes de educación refinada y modales severos. Poco tenía en común con ellos, y ya empezaba a sentir de nuevo el deseo de viajar.

En más de una ocasión, mientras fumaba mi solitario cigarro antes de retirarme a dormir, había sacado el misterioso cilindro de la gran caja fuerte empotrada en el muro de la biblioteca y lo había sostenido entre las manos, sumido en profundas reflexiones. ¿Qué sería aquella *Cosa* que contenía, aquella *Cosa* que, según se decía, habría de asombrar al mundo?

La extraña historia que Shaw me había contado acerca de él no dejaba de perseguirme; pero ¿qué mal podía acarrearme su posesión? Había oído hablar, desde luego, de relatos auténticos acerca de ciertas momias egipcias que habían llevado la desgracia y la muerte a quienes

perturbaban su largo sueño; sin embargo, en mi caso yo no era más que el involuntario depositario de un encargo ajeno.

La noche en que recibí la carta de Nicholson, cuando todos se habían retirado ya a descansar, permanecía, como de costumbre, fumando con la alta ventana abierta hacia la veranda, pues el aire era pesado y sofocante. Afuera la noche era espléndida; la luna brillaba con intensidad y no soplaba el más leve viento.

Abrí la puerta de acero empotrada en el muro, junto a la chimenea, y saqué de la caja fuerte la carta que el difunto me había dirigido, junto con el pesado cilindro. Había en mí una curiosa inclinación a tomarlo entre las manos y examinarlo una y otra vez.

Leí y releí aquella carta escrita por la mano del hombre a quien había conocido como Arnold, pero cuyo verdadero apellido parecía haber sido, con toda probabilidad, Edgcumbe. Después volví a leer aquella extraña carta que amenazaba con venganza y sostuve entre mis manos el viejo ejemplar del periódico donde se relataba la singular historia de lady Lettice Lancaster.

Todo era un misterio; pero, sin duda, el mayor de todos era aquel cilindro de bronce. ¿Por qué el difunto había temido revelar al mundo lo que contenía?

Se decía que la civilización entera quedaría sobrecogida por aquella revelación. ¿Qué terrible secreto de los tiempos antiguos podía ocultarse en su interior? ¿Por qué el difunto lo había llamado una *Cosa*? ¿Sería realmente algún ser viviente encerrado dentro de aquella sólida e irrompible envoltura?

Llevé el cilindro hasta la lámpara de pantalla verde que había sobre mi escritorio y, tomando una potente lupa, lo examiné detenidamente. Al cabo de un rato llegué a la conclusión de que la soldadura con la que había sido sellado se había realizado hacía incontables siglos. Hasta donde pude apreciar, jamás había sido abierto. ¿Cómo, entonces, podía Arnold saber lo que contenía?... A menos que los papiros descubiertos junto a él ofrecieran alguna explicación.

De pronto se me ocurrió que la existencia de unos papiros de semejante importancia probablemente sería conocida en el Departamento de

Antigüedades Egipcias del Museo Británico. Quizá, haciendo algunas averiguaciones allí, podría descubrir algo. Así pues, resolví que, después de la visita de Guy, iría a Londres para hablar con alguno de los especialistas. Como Arnold era egiptólogo, sin duda sería conocido allí y sus descubrimientos estarían registrados.

Tenía el cilindro en la mano y cruzaba la habitación para devolverlo a la caja fuerte cuando mis ojos advirtieron una sombra oscura proyectada sobre el césped. Sin embargo, desapareció con tal rapidez que por un instante estuve a punto de creer que no había sido más que una ilusión de mi imaginación. Parecía una sombra alargada, como si alguien hubiera atravesado, bajo la luz de la luna, el alto terraplén situado al otro lado del jardín. Pero mi collie, que ladraba al menor ruido durante la noche, permanecía echado cerca de mí sin emitir un solo ladrido ni un gruñido. Salí a la veranda y miré a mi alrededor, pero todo estaba completamente inmóvil. El mundo entero parecía dormir bajo el resplandor de la gran luna llena.

Permanecí allí unos minutos, desconcertado. A aquella hora no debía haber ningún intruso en los alrededores. Sin embargo, el hecho de que Prince no hubiera mostrado la menor inquietud terminó por tranquilizarme. Cerré la ventana, guardé cuidadosamente el cilindro y la correspondencia en la caja fuerte y, por último, subí a acostarme.

Mi habitación estaba justo encima de la biblioteca y un impulso inexplicable me llevó a permanecer alerta. Apagué la luz y me senté a observar por la estrecha rendija entre la persiana y el marco de la ventana. Durante casi media hora permanecí inmóvil, con la vista fija en el amplio césped bañado por la luz de la luna.

De pronto volví a ver la sombra, esta vez con absoluta claridad. La oscura silueta pasó nuevamente ante mis ojos.

Probablemente se trataba de un cazador furtivo procedente del bosque cercano. Sabía que estaban colocando lazos de alambre para atrapar mis conejos; por ello decidí avisar a Johnson, el guardabosques, a la mañana siguiente, y finalmente me acosté.

Al día siguiente encontré entre mi correspondencia una carta de mis abogados que hacía indispensable mi presencia inmediata en Londres.

Una vez despachados mis asuntos en Bedford Row, me dirigí tranquilamente al Museo Británico.

No me resultó difícil localizar al profesor Stewart, cuyo conocimiento de la egiptología era, probablemente, el más amplio de cualquier hombre vivo.

Sin entrar en demasiados detalles, le relaté la historia que había oído acerca del hallazgo de un cilindro de bronce en la tumba del rey Merneptah y de ciertos papiros encontrados junto a él. Le pregunté si podía proporcionarme alguna información al respecto.

—Bueno..., algo sí —respondió el alto profesor, de barba gris y cabeza calva, mientras me observaba pausadamente por encima de sus anteojos —. Creo que es cierto que en la tumba de Merneptah, contemporáneo de Moisés, fue hallado un interesante cilindro metálico y, junto a él, algunos fragmentos de papiro bastante bien conservados. Sin embargo, al examinarlos se comprobó que no pertenecían a la dinastía XIX, como cabría esperar.

—¿Quién los examinó? —pregunté con vivo interés.

—Yo mismo, hará unos dos años, si no recuerdo mal —respondió el profesor—. Me los trajo un día un caballero cuyo nombre ahora no consigo recordar. Era un hombre de edad, con barba gris, y parecía poseer amplios conocimientos sobre temas egipcios. Me dejó los papiros para que los descifrara, pues deseaba comparar mi traducción con la suya. Pero, curiosamente, nunca volvió a presentarse. Los papiros siguen guardados bajo llave, esperando su regreso.

—¿Entonces los tiene usted aquí? —exclamé con entusiasmo.

—Desde luego. ¿Le gustaría verlos?

Respondí afirmativamente con evidente interés, y el profesor se ausentó durante unos minutos. Regresó llevando una gran carpeta de cartón que abrió ante mí, mostrando media docena de fragmentos de una sustancia marrón, quebradiza y semejante al papel, cubierta de enigmáticos jeroglíficos. Junto a ellos había varias hojas de papel tamaño oficio azul en las que había escrito su traducción.

—Esto es lo que dice el texto —explicó.

—Si le interesan estas cuestiones, quizá quiera leerlo. Es un documento muy curioso, que al parecer pertenece al período faraónico de la dinastía ptolemaica —entre el 323 y el 30 a. C.—, la que concluyó con Cleopatra.

Tomé entre mis manos las hojas modernas y leí lo siguiente, escrito con la difícil caligrafía del profesor:

«...Porque, en verdad, la muerte, la enfermedad o el dolor —¿quién puede saber cuál de ellos?— pueden caer sobre ti. Por tanto, guárdate de la ira de Ra; guárdate de que este cilindro de bronce sea abierto y su secreto revelado a los hombres, pues en su interior yace la Cosa, que no hablará hasta el Día del Despertar.»

«Porque:

»Aquel que busque conocer lo que permanece oculto será maldito por Amón con las diez plagas, y lo hará bajo su propio riesgo, debiendo afrontar su destino bajo la maldición de Osiris, el dios lobo y soberano del mundo subterráneo. En verdad, es preferible perder la vida antes que satisfacer la curiosidad por aquello que aquí se contiene.

»No toques el cilindro con tu mano, pues si...

»Déjalo reposar aquí, en la tumba del gran Merneptah, Rey de Reyes, Señor..., donde ha sido colocado para dormir hasta que Osiris lo libere; aquel ante quien todos los reyes y príncipes doblan la rodilla y a quien...

»Contempladlo: Él es todo gloria; de su beneplácito depende la fortuna, en su valor reside la victoria y en su ira habita la muerte.

»Porque:

»...aunque una gema se ate a los pies y un trozo de vidrio se lleve sobre la cabeza, el vidrio seguirá siendo vidrio y las gemas seguirán siendo gemas.

»Se dice:

»La sabiduría es de mayor importancia que la fuerza. Carecer de ella es un estado de desdicha. Así como durante la noche la oscuridad es contenida por el señor de las sombras (la luna), del mismo modo el amor, al ver y ser visto, deleita a los jóvenes. La mujer...

»Asimismo:

»Jamás puede conseguirse que las mujeres sean completamente fieles y obedientes; ni con regalos, ni con honores, ni con sinceridad, ni con servicios, ni con severidad, ni con enseñanzas. Lo que las mujeres comen es doble; su astucia es cuádruple; su perseverancia, séxtuple; sus pasiones, óctuples, y su paciencia, décuple. Por ello, aquel cuyo entendimiento permanece inalterable ante los acontecimientos inesperados podrá superar las mayores dificultades. Quien posee juicio y adora al Dios Sol posee fortaleza. ¿Dónde está la fuerza de quien carece de discernimiento? ¿Dónde está...

»El hombre perverso encuentra deleite en la ruina del justo, y...

»No conviene alarmarse por un simple sonido cuando se desconoce la causa que lo produce.

»Porque:

»A orillas del gran río, en la ciudad de Tebas, existía en tiempos de Sekhomab una población llamada Aa-tenen, cuyos habitantes creían que un gigantesco cocodrilo, al que llamaban Nefer-biu, infestaba aquellas aguas. La verdad era esta: un ladrón, mientras escapaba nadando con una campana que había robado, fue alcanzado y devorado por un cocodrilo. La campana cayó de su mano, fue arrastrada hasta la orilla y recogida por unos monos que, de cuando en cuando, la hacían sonar entre los árboles junto al río... Los habitantes de la ciudad, al descubrir que un hombre había muerto allí y escuchar continuamente el sonido de la campana, afirmaban que el gigantesco Nefer-biu, enfurecido, estaba devorando hombres mientras hacía sonar una campana. Así, todos los principales habitantes abandonaron la ciudad.

»Y así...

»Finalmente, guiada por el dios Horus... de las Estrellas de Sopdu, una pobre mujer, después de reflexionar sobre el asunto, descubrió que eran los monos quienes hacían sonar la campana. Se presentó entonces ante el rey Sekhomab, amado de Ra y favorito de Montu, y, en presencia de los sacerdotes de Amón, dijo: "Si, oh Rey, Señor de las Dos Tierras, puedo esperar una gran recompensa, me comprometo a silenciar a ese Nefer-biu". El rey quedó complacido y le entregó algunas piezas de plata. Ella, tras trazar ciertos círculos y celebrar de forma visible el culto a dioses

extraños, reunió en secreto los frutos que supuso preferidos por los monos y se dirigió al río. Al esparcirlos por el suelo, los animales abandonaron la campana para lanzarse sobre la fruta. Mientras tanto, la mujer tomó la campana y la llevó ante Sekhomab, quien la colmó de honores y le concedió una magnífica recompensa. Desde entonces, en la ciudad de Aa-tenen fue venerada por sus habitantes, y su cartucho fue inscrito en el templo de Amón-Ra... y del Dios Sol...

»Por ello digo que no conviene alarmarse por un simple sonido cuando se desconoce la causa que lo produce.

»Y por ello repito que, para evitar una gran desgracia sobre ti mismo, no permitas que tu mano toque este cilindro de bronce, que contiene la *Cosa*, la cual permanecerá prisionera en los dominios del Tuat (el inframundo) hasta que Osiris la libere en el Día del Despertar... en este vigésimo quinto día del mes de Tybi.

»Quedad, pues, advertidos, porque si desobedecéis, con toda certeza caerá pesadamente sobre vosotros la ira del Dios Sol y de Osiris el Eterno. Y Harnekht los herirá.

»Que la desgracia sobrevenga únicamente en la casa de tus enemigos. Que los traidores sean conducidos, día tras día, por el Tiempo hacia su destrucción, y que permanezcan para siempre en Amentet, el lugar de las tinieblas...»

—Curioso —comenté, alzando la vista hacia el grave rostro barbado del profesor, que me observaba por encima de sus lentes.

—Sí. La fábula es muy interesante. Todavía no he podido determinar con exactitud la fecha de estos papiros. Pero, sin duda, son muy posteriores al reinado de Merneptah —respondió—. Aquí, en el Museo, conservamos numerosos cartuchos de su época, y existen muchos otros repartidos por Europa, en lugares como San Petersburgo y Darmstadt. Sin embargo, los jeroglíficos presentan ciertas diferencias. Por ello soy de la opinión de que el cilindro de bronce al que se hace referencia —si realmente fue hallado y aún existe— fue depositado junto con estos papiros en la tumba en una época muy posterior.

—¿No sabe nada más de la persona que se los trajo? —pregunté.

—Solo que se apellidaba Arnold; veo que tomé nota de ello en aquel momento —respondió el profesor—, y que se hospedaba en el Hotel Savoy.

—Es extraño que nunca regresara para reclamar su hallazgo.

—Muy extraño. Mi impresión es que quizá tuvo que marcharse precipitadamente al extranjero y que algún día volverá. Parecía un hombre extraordinariamente inteligente.

—¿Y el cilindro? ¿Qué cree usted que podía contener? ¿Qué es esa Cosa a la que se refieren los papiros?

El anciano profesor se encogió de hombros.

—¿Cómo podríamos saberlo si el cilindro ya no existe? Lo más probable es que fuera saqueado de la tumba real hace un millar de años y abierto por personas sacrílegas incapaces de descifrar estos escritos, y que nada les importó la maldición de las diez plagas lanzada contra quien lo hiciera —dijo con una leve risa.

Entonces comprendí que el señor Arnold, evidentemente, no había revelado al profesor la existencia del cilindro. ¿Por qué? Porque, dominado por el temor, ya lo había vuelto a ocultar.

—Tenemos muchos registros de objetos escondidos, pero la mayoría de las cosas mencionadas en los papiros desaparecieron hace siglos —añadió el eminente egiptólogo, quien me condujo por la galería y me mostró la momia del gran faraón Merenptah, precisamente cuya tumba había albergado los fragmentos de aquellos papiros.

El profesor se mostró extraordinariamente amable y me prestó su desciframiento para que pudiera copiarlo. Después de comprobar que no podía obtener ninguna información adicional sobre el señor Arnold y que este no era conocido como egiptólogo, le di las gracias y me despedí, sin decirle una sola palabra acerca de la existencia del cilindro.

Aquella misma noche regresé a Upton End con la intención de mostrarle a Guy Nicholson aquel curioso texto cuando viniera a visitarme el domingo.

A la mañana siguiente —era sábado— abrí el periódico que, como de costumbre, encontré sobre la mesa de la biblioteca después del desayuno. Apenas posé la vista sobre un titular, sentí que el corazón se me detenía.

Las palabras impresas parecieron bailar ante mis ojos atónitos. Durante un instante permanecí inmóvil, como un hombre atrapado en un sueño. Contuve la respiración y leí con avidez la breve noticia, apenas media docena de líneas, cuyo contenido me hizo llevarme la mano a la frente ardiente y exclamar involuntariamente:

—¡Dios mío! ¡No puede ser verdad… no puede ser verdad!

Capítulo 11 Sensación en el condado

El párrafo que acababa de leer era realmente estremecedor: breve, pero asombroso.

Al parecer, a Londres habían llegado muy pocos detalles, pues decía lo siguiente:

«El señor Guy Nicholson, hijo del difunto señor Nathaniel Nicholson, el conocido industrial siderúrgico de Sheffield y durante veinticinco años diputado por South Cheshire, fue hallado muerto ayer por la mañana en circunstancias bastante extraordinarias. Al parecer, la noche anterior había ofrecido una cena a varios invitados en su residencia, Titmarsh Court, cerca de Corby, en Northamptonshire, y el último de sus amigos se retiró alrededor de la medianoche. Hacia las dos de la madrugada, un

amigo que se alojaba en la casa y cuya habitación se encontraba justo encima de la biblioteca fue despertado por unos gritos desgarradores, como de alguien presa del horror. Prestó atención y oyó un fuerte golpe sordo procedente de abajo. Después volvió a reinar el silencio. Como era la primera vez que se hospedaba allí, no dio la alarma y, tras permanecer despierto más de una hora, terminó por volver a dormirse. Sin embargo, por la mañana, la criada que acudió a limpiar la biblioteca encontró la puerta cerrada por fuera, como de costumbre, pero al entrar descubrió horrorizada a su patrón tendido sobre la alfombra. Llevaba varias horas muerto. El caso está rodeado de un considerable misterio y ha causado una profunda conmoción en la comarca, donde el joven era muy conocido y gozaba de gran popularidad.»

¿Qué podía haber sucedido realmente?

Leí y releí aquel párrafo. Después llamé por teléfono a Stokes, mi chófer, y poco después avanzábamos a toda velocidad por la carretera de Northampton.

Un par de horas más tarde cruzábamos la gran entrada de Titmarsh Court, que resultó ser una magnífica residencia antigua en la que el padre de Guy debía de haber invertido sumas enormes en mejoras. Era un espléndido ejemplo de una casa señorial rodeada por un foso, situada en unos terrenos poblados de árboles majestuosos y a la que se llegaba por una larga avenida sombreada de castaños cuyas copas se unían sobre el camino.

Un joven criado abrió la puerta y, al principio, se mostró poco dispuesto a hablar. Pero de pronto advertí el automóvil gris de Shaw estacionado junto al garaje y pregunté por él.

A los pocos minutos apareció. Se mostraba sereno y grave y, creo, bastante sorprendido de verme allí.

—Esto es realmente espantoso, mi querido Kemball —exclamó con el rostro pálido—. No me enteré hasta muy entrada la noche de ayer. La policía y los médicos, al parecer, mantuvieron el asunto en secreto todo el tiempo que pudieron.

—Lo vi en el periódico y vine inmediatamente —respondí—. ¿Cuál es su opinión? —pregunté con ansiedad—. ¿Se sospecha que hubo un crimen?

—La verdad es que no lo sé —contestó vagamente mientras permanecíamos en el amplio vestíbulo de la antigua mansión—. En cualquier caso, es algo terrible. ¡Pobre Asta! Está destrozada por el dolor.

—Sí... —suspiré—. Le tenía un gran cariño; me di cuenta el otro día.

Entramos juntos en un elegante salón, que supuse sería la sala de estar de la mañana. Allí me presentó a un médico de la localidad, procedente de Corby, un hombre mayor, inquieto y vestido con ropa de tweed, llamado Redwood. Era un individuo franco, de rostro enrojecido, completamente afeitado, el perfecto ejemplo del médico rural aficionado a la caza del zorro.

—Bien, señor Shaw —dijo con viveza—. El doctor Petherbridge, de Northampton, y yo hemos practicado la autopsia y hemos llegado a la conclusión de que la muerte se debió a causas naturales: una inflamación del cerebro. Hemos realizado un examen minucioso y no hemos encontrado el menor indicio de violencia ni de intervención criminal.

—¿Y tampoco hay indicios de suicidio? ¿Por ejemplo, mediante veneno? —preguntó Shaw, apoyado de espaldas contra la mesa, mientras el sol iluminaba con fuerza la pálida alfombra azul.

—En absoluto. Naturalmente hemos considerado esa posibilidad, pero no hemos encontrado el menor rastro de ella, aunque el doctor Petherbridge está llevando el contenido del estómago a Northampton para someterlo a un análisis, con el fin de despejar cualquier duda. No obstante, nuestra conclusión es que, probablemente, mientras estaba sentado en su sillón de la biblioteca leyendo el periódico, como tenía por costumbre antes de acostarse, sufrió un ataque repentino, lanzó un grito de dolor y se desplomó casi de inmediato. Este tipo de crisis mortales no es, en modo alguno, infrecuente.

—Pero, doctor, los periódicos dicen que se oyó un ruido como de martillazos —observé.

—Al parecer, el capitán Cardew, que fue quien escuchó el grito, no está completamente seguro de haber oído esos martillazos —respondió Shaw —. El pobre muchacho estaba de excelente ánimo y gozaba de perfecta salud cuando Asta y yo nos despedimos de él, hacia las once y cuarto. Cenamos aquí con unos señores de apellido Sweetman, los Vane, de

Oundle, y el juez Michelmore, que se aloja con ellos. Cuando nos marchamos, el juez estaba conversando con Guy en los escalones de la entrada.

—Ninguna de las personas que asistieron a la cena ha presentado síntomas extraños; de lo contrario, podría sospecharse una intoxicación alimentaria —comentó el médico de Northampton, un hombre bajo, canoso y de pequeña estatura que acababa de entrar en la habitación—. Mi opinión es que, aunque el caso resulte muy misterioso, la muerte obedeció a causas completamente naturales.

—Supongo que ese será el testimonio que presentará mañana ante el forense, ¿verdad? —preguntó Shaw.

—Exactamente. Desde luego, mandaré realizar un análisis exhaustivo del contenido del estómago. De hecho, estoy a punto de partir hacia Northampton con ese propósito. Pero no espero encontrar nada. El joven Nicholson no era el tipo de hombre que se quita la vida.

—No —dije—. A mí tampoco me dio nunca la impresión de tener inclinaciones suicidas. Sin embargo, por lo que cuentan los periódicos, el caso resulta de lo más enigmático.

—¡Los periódicos! —rió Shaw con desdén—. Siempre buscan el sensacionalismo. Una buena historia les reporta cientos de libras. Pero —añadió— debo marcharme, Kemball. Precisamente estaba a punto de irme cuando usted llegó. A las doce tengo que ocupar mi puesto en el tribunal.

—Le ruego que transmita a la señorita Seymour mi más sincero pésame —dije—. Sin duda volveremos a vernos muy pronto.

—Mi querido amigo, venga cuando quiera. Solo le aconsejo que me llame antes por teléfono para comprobar que estamos en casa, porque con este buen tiempo solemos salir mucho en el automóvil.

Y, estrechándome la mano, aquel hombre que llevaba una doble vida —magistrado del condado y que estaba a punto de sentarse en el estrado para administrar justicia— salió de la habitación, seguido por el médico de Northampton, a quien un instante después vi llevando en las manos dos grandes frascos de vidrio para mermelada. Sin embargo, casi de inmediato oí un silbido bajo y peculiar procedente de la habitación contigua. ¡Shaw silbaba para sí mismo, aun cuando la casa estaba de luto!

Cuando me quedé a solas con el doctor Redwood, empecé a hacerle preguntas y le expliqué que era amigo del hombre recién fallecido.

—Bueno —respondió—, no puedo decirle gran cosa, señor Kemball. El capitán Cardew, que era huésped del señor Nicholson, está en la biblioteca. Al menos allí lo dejé hace un rato. Vamos a buscarlo.

Me condujo por un pasillo cubierto con una espesa alfombra, cuyas puertas, advertí, eran de caoba pulida. Abrió una de ellas y entré en una habitación larga, de techo bajo y aspecto antiguo, cuyas paredes estaban cubiertas de libros de lomo marrón desde el suelo hasta el techo artesonado. Sentado a la mesa había un joven alto, rubio y de porte marcial, ocupado en escribir varias cartas.

Me presenté y él se puso en pie de inmediato, manifestando que respondería gustosamente a cualquier pregunta, puesto que ambos habíamos sido amigos del pobre Guy. El médico, que tenía algunos asuntos que tratar con su colega, nos dejó solos.

Cuando salió, cerré la puerta y, volviéndome hacia el huésped del difunto, le dije en voz baja:

—Me pregunto, capitán Cardew, si podría hablar con usted con absoluta confidencialidad.

—Desde luego —respondió—. Ambos éramos amigos del pobre Guy.

—Bien —continué—. Ante todo, quisiera que me dijera con toda franqueza cuál es su opinión personal sobre esta terrible tragedia. ¿Cree usted que hubo intervención criminal?

Vi que vacilaba.

—Bueno —contestó al fin—, existen ciertas circunstancias bastante extrañas que, sin duda, podrían apuntar en esa dirección, aunque tengo entendido que los médicos no han vacilado en afirmar que la muerte se debió a causas naturales.

—¿Le importaría describirme, con todo el detalle que pueda, lo que oyó aquella noche? —le pregunté—. Tengo un motivo para hacerlo. Supongo que ya habrá contado su versión varias veces.

—Sí. A los médicos y también a la policía —respondió—. Pues bien, ocurrió así. Estoy destinado en Canterbury y Guy, que había servido conmigo en el mismo regimiento y se retiró hace aproximadamente un año, me invitó a pasar unos días con él. Llegué hace tres días y lo encontré de excelente humor, muy entusiasmado con el tenis. Me llevó a conocer a un hombre llamado Shaw y a su hija, por quien sé que sentía un gran afecto. Anteanoche ofreció una pequeña cena a unos cuantos invitados, entre los que estaban Shaw y la muchacha. Después de cenar salimos todos al jardín para tomar el café. El lugar estaba adornado con faroles chinos y tenía un aspecto encantador, pero toda la atención de Guy estaba puesta en entretener a la hija de Shaw. Los vi cruzar el césped a la luz de la luna y pasear juntos por los jardines; cuando regresaron, oí que Shaw le reprochaba a la joven su ausencia. Shaw conversó durante buena parte de la velada con el juez Michelmore, mientras que a mí me dejaron en compañía de una señora Vane, una dama bastante corpulenta. Le aseguro que envidié a Guy, porque la muchacha es realmente encantadora.

—¿Jugaron al bridge?

—Sí, durante aproximadamente una hora en el salón. Shaw y el juez no jugaron. Antes de las once los invitados empezaron a marcharse, y los Vane, los últimos en hacerlo, se fueron alrededor de la medianoche. Cuando todos se hubieron ido, me quedé con Guy en la biblioteca durante media hora fumando un cigarro. No hablaba de otra cosa que de Asta Seymour y, cuando le pregunté por qué no le pedía matrimonio, permaneció pensativo un instante y luego me confesó, bajo la más estricta reserva, que lo haría de inmediato… si no fuera por cierta circunstancia.

—¿Le explicó cuál era esa circunstancia? —pregunté con ansiedad.

—No. Insistí, pero se negó a decírmelo. «Es mi secreto, Teddy —me dijo —. Un secreto que, por desgracia, se interpone para siempre entre mi felicidad y yo». Mientras fumábamos, advertí que, contrariamente a la costumbre, aquel ventanal estaba abierto y se lo comenté. Se levantó y, diciendo que probablemente el criado había olvidado cerrarlo, lo hizo él mismo y echó los postigos. Verá usted que son muy sólidos, y por la

mañana los encontraron cerrados y atrancados exactamente como él los había dejado. De hecho, fui yo quien quitó la tranca.

—¿Entonces fue allí donde se despidió de él? —pregunté.

—No. Apagó la luz y salió conmigo, cerrando la puerta con llave, porque, al parecer, siempre procuraba que todas las puertas de la planta baja quedaran cerradas por la noche. Subió conmigo la escalera, me dio las buenas noches muy animadamente frente a la puerta de mi habitación y, prometiéndome llevarme en automóvil a Oakham al día siguiente, siguió hasta su cuarto. Esa fue la última vez que alguien lo vio con vida.

—¿Qué fue lo siguiente que oyó?

—Me despertó un grito agudo y estremecedor; era el grito de un hombre presa de un terror indescriptible. Nadie más dormía en esta ala de la casa; de lo contrario, sin duda también lo habría oído. Aquel sonido tan extraño me sobresaltó por completo. El reloj que tenía sobre la repisa de la chimenea dio las dos. Permanecí atento durante unos minutos, hasta que escuché un ruido que parecía provenir de la biblioteca, aquí abajo, como si alguien se estuviera moviendo, probando la puerta y golpeándola con fuerza. Aquello me dejó perplejo y contuve la respiración para escuchar mejor. Debí de permanecer así durante casi una hora. Mi intención era ir a la habitación de Guy si volvía a oír algo. Naturalmente, dudé antes de despertar a toda la servidumbre. Pero, como no se produjo ningún otro ruido, supongo que terminé por quedarme dormido, porque cuando desperté de nuevo ya brillaba el sol. Me levanté y me dirigía hacia la ventana para mirar al exterior cuando oí el grito de una mujer pidiendo ayuda. Salí corriendo en pijama y, al bajar las escaleras, encontré al pobre Guy tendido justamente aquí.

Se acercó a un punto situado a unos cuatro metros de la puerta y señaló la alfombra roja.

—¿La habitación estaba desordenada? —pregunté.

—No, que yo pudiera apreciar. Los postigos seguían cerrados y atrancados, así que los abrí y traté de reanimar a mi amigo. Pero, por desgracia, el aspecto ceniciento de su rostro me hizo comprender de inmediato que ya estaba muerto. Aún llevaba puesto el esmoquin, exactamente igual que cuando lo dejé la noche anterior. Puede

imaginarse el horror de los criados. Pobre Guy… era uno de los mejores hombres que he conocido.

—¿Cuál es su teoría, capitán Cardew?

—¿Mi teoría? La verdad es que no lo sé. Fui un necio y jamás me perdonaré no haber dado la alarma en cuanto escuché aquel grito. Debí comprender que algo iba mal. Pero hay momentos en la vida en que, al despertarse bruscamente, uno actúa de manera irreflexiva. Eso fue exactamente lo que me ocurrió.

Capítulo 12 El grito en la noche

—Después de dejarlo en la puerta de su habitación, debió de regresar a la biblioteca —le dije a Cardew—. ¿Habían apagado todas las luces cuando subió con usted?

—¡Por Júpiter, no! —respondió—. No apagó la lámpara del pasillo, aquí mismo, junto a la puerta de la biblioteca. ¡No había recordado ese detalle hasta este momento!

—¿Vio algún periódico por aquí?

—Sí. Había uno junto a aquel sillón de allá.

Señaló un amplio sillón orejero tapizado en felpa verde oscura, sobre el que descansaba, aplastado y arrugado, un gran cojín bordado en

terciopelo violeta pálido, tal como había quedado cuando el infortunado joven se levantó de él.

—Entonces es probable que, después de despedirse de usted, decidiera volver a la biblioteca para leer el periódico, como hacía de costumbre —dije—. Debió de encender de nuevo la luz y dejarse caer en su sillón favorito para ponerse a leer.

—Y mientras leía sufrió el ataque fatal, ¿eh? Esa es, al menos, la teoría de la policía —comentó el capitán.

—Pero usted dice que la criada, cuando vino a limpiar la habitación, encontró la puerta cerrada por fuera —observé.

No sé por qué, pero mientras hablábamos me pareció advertir una extraña evasividad en la actitud del capitán. ¿Estaría contándome todo lo que sabía?

—Sí —respondió—. Sin duda alguna, estaba cerrada con llave desde el exterior. Es un hecho de lo más misterioso.

—¿Por qué misterioso? —pregunté—. Si Nicholson hubiera querido suicidarse rodeando su muerte de misterio, habría podido preparar fácilmente la escena para que lo encontraran tras puertas cerradas. Le habría bastado con salir por la puerta, cerrarla con llave y volver a entrar por la ventana de la biblioteca para atrancarla desde dentro. Al llegar advertí que la puerta principal tiene una cerradura de resorte, de modo que se cierra sola al cerrarse.

—¡Vaya! No se me había ocurrido eso —admitió el capitán—. Claro; de ese modo lo habrían encontrado encerrado.

—Pero usted sospecha que hubo intervención criminal —dije—. Puede admitirlo, capitán Cardew.

—Bueno, no veo ningún motivo para ocultarlo —respondió con una sonrisa—. La verdad es que, después de reflexionar detenidamente sobre los hechos durante más de veinticuatro horas, debo reconocer que he llegado a una conclusión bastante distinta de la de los médicos.

—Y yo coincido con usted —declaré—. Hay un punto que debemos considerar: ¿qué hizo el pobre Guy desde el momento en que se despidió

de usted hasta las dos de la madrugada? No podía tardar hora y media en leer un periódico.

—No, aunque pudo haber estado leyendo otra cosa. No escribía cartas, porque esa misma idea se me ocurrió a mí y busqué si había dejado alguna escrita, pero no encontré ninguna.

—Entonces surge la posibilidad de que regresara a la biblioteca para reunirse allí en secreto con alguien —exclamé—. Esa persona pudo haber entrado por la ventana para encontrarse con él y, después, salir por la puerta y abandonar finalmente la casa por la entrada principal.

El semblante redondeado del capitán, coronado por un fino bigote rubio, cambió al instante.

—¡Por Júpiter! ¡Jamás había pensado en eso! —exclamó con asombro—. Entonces, según su teoría, desde las doce y media hasta las dos no estuvo solo, ¿verdad? ¿Qué le hace sospechar que no murió por causas naturales, señor Kemball? Yo he sido completamente sincero con usted; ¿no podría ser igualmente franco conmigo?

—Tengo razones muy poderosas para creer que a ciertas personas les convenía que Guy muriera de forma repentina —respondí—. Eso es todo.

—¿No piensa decirme quiénes son esas personas?

—No hasta que obtenga pruebas. Puede que esté equivocado. Puede que esté juzgando con extrema injusticia a personas completamente inocentes; por eso no formulo ninguna acusación concreta contra nadie.

Respondí con calma mientras contemplaba la amplia y sombría estancia antigua, desde la que se dominaba una hermosa vista de la larga avenida y del parque. Era una habitación silenciosa, apacible y reposada, donde el anterior propietario —un destacado político y escritor— había pasado innumerables horas de estudio.

—Pero si alberga sospechas fundadas, ¿no debería ponerlas en conocimiento de la policía?

—¿Y permitir que los agentes locales echen a perder una investigación tan difícil y delicada? Francamente, no lo creo —respondí con una sonrisa, mientras seguía recorriendo la habitación con la mirada y

preguntándome qué habría sucedido realmente en aquel largo salón de otro tiempo durante las silenciosas horas de aquella noche fatal.

—Aquí no se ha tocado nada —observó Cardew—. Yo recogí el periódico, pero todo lo demás permanece exactamente igual que cuando bajé corriendo al oír el grito de horror de la criada.

La habitación no mostraba el menor signo de desorden. Sobre la gran mesa cuadrada, cubierta con un tapete de felpa verde, había varios libros recién publicados y, en el centro, un gran cuenco de plata lleno de rosas. El escritorio —un antiguo mueble de caoba— estaba, observé, cubierto de cartas, facturas y recibos: la correspondencia descuidada de un hombre poco ordenado. Mientras permanecía allí, advertí que el gran sillón donde él había estado sentado se hallaba colocado exactamente frente a la ventana y que, al alcance de la mano, sobre un pequeño soporte fijado a la pared, se encontraba el aparato telefónico. Resultaba extraño que, si se había sentido repentinamente enfermo y no hubiera podido pedir ayuda a gritos, no hubiese intentado llamar por teléfono.

—¿El golpeteo que oyó era claramente perceptible? —pregunté.

—Perfectamente. Ahora parece completamente posible que estuviera intentando salir de esta habitación cerrada con llave.

El hecho de que la puerta hubiera sido cerrada con llave desde el exterior me desconcertaba profundamente. Sin embargo, se me ocurrió una nueva posibilidad: que, después de que todos se hubieran retirado, algún criado, al recordar que la ventana había quedado abierta y la puerta sin asegurar, hubiera bajado para ocuparse de ello. Pero, en ese caso, habría encontrado a su amo en la habitación, con la luz todavía encendida. No; la única explicación era que alguno de los sirvientes hubiera echado la llave al pasar por el corredor, después de que su señor regresara allí y mientras se dirigía a acostarse.

Sin embargo, se examinara como se examinara aquella tragedia, estaba llena de circunstancias extraordinarias. En alguna parte había un misterio... un gran e inexplicable misterio.

Y yo estaba decidido a resolverlo, costara lo que costara.

Con ese propósito entrevisté a la doncella que había encontrado el cuerpo de su joven amo y escuché el relato directamente de sus labios.

Probablemente toda la servidumbre me consideró excesivamente entrometido; aun así, les hice ver la imperiosa necesidad de esclarecer el asunto para satisfacción de todos y, tanto a la ama de llaves, una mujer de carácter vivaz, como al resto de los criados, les manifesté que los hechos encerraban graves motivos de sospecha.

El inspector de la policía del condado no parecía especialmente perspicaz y, en cuanto los médicos emitieron su dictamen, dejó de interesarse profesionalmente por el caso. Se trataba de una muerte repentina y, en tales circunstancias, la policía suele limitarse a asistir a la investigación judicial y presentar el informe correspondiente.

Creo que el oficial se sintió algo molesto por la insistencia de mis averiguaciones, pues cuando le señalé lo sospechoso que resultaba la puerta cerrada con llave, me respondió tajantemente que la declaración de los médicos le bastaba por completo.

La joven Kate Hayes, quien encontró a su amo —una doncella morena, de buen aspecto y unos veintiséis años— llevaba ocho años en Titmarsh Court. Mientras conversábamos en el largo comedor de la servidumbre, me explicó que el señor Guy tenía la costumbre de leer siempre el periódico antes de acostarse.

—Con frecuencia encuentro la puerta de la biblioteca sin cerrar antes de subir a mi habitación, señor; y anteanoche también estaba sin llave.

—¿La cerró usted? —pregunté con rapidez.

—No, señor. Una vez dejé al señor Guy encerrado por accidente, así que desde entonces siempre miro primero dentro antes de echar la llave —respondió—. Miré y vi al señor Guy. En ese momento estaba sacando un libro de uno de los estantes junto a la ventana. Le pedí disculpas por la interrupción y le deseé buenas noches.

»—Buenas noches, Hayes —me respondió.

»Entonces cerré la puerta y me fui. No oí nada durante la noche. Pero cuando fui a la biblioteca a la mañana siguiente encontré la puerta cerrada con llave. Lo recuerdo muy bien porque al principio la llave no quería girar. Al fin conseguí abrirla y lo primero que vi, a la tenue luz gris que se filtraba por las rendijas de las contraventanas, fue al pobre señor

Guy acurrucado en el suelo, con las rodillas casi pegadas al pecho... y completamente muerto.

—¿Está absolutamente segura de que la ventana estaba perfectamente cerrada? —pregunté.

—El capitán Cardew fue quien la abrió, señor. Yo salí corriendo a buscar a los demás criados.

Una vez más advertí que el capitán no mostraba demasiado interés en profundizar en el asunto, pues me interrumpió diciendo:

—No veo cómo interrogar a los sirvientes puede ayudarnos. Ya sabemos todo lo que ellos saben.

—Lo que necesitamos averiguar es si el pobre Nicholson recibió a algún visitante clandestino durante las primeras horas de la madrugada —respondí—. A mí me parece muy probable que así fuera.

—Entonces está usted completamente en desacuerdo con la teoría de los médicos —exclamó.

—Y usted también, ¿no es cierto? —repliqué.

—En cierto modo, sí... aunque no del todo. Hay que reconocer que los médicos poseen conocimientos cuando se trata de la muerte.

—Les reconozco todos los conocimientos del mundo —me apresuré a responder—; solo que, en este caso, temo que no hayan valorado suficientemente todos los hechos conocidos e indiscutibles.

—Si realmente hubiera existido un crimen, habría señales de ello —dijo.

—No siempre —contesté—. En muchos casos de asesinatos cometidos en secreto, los médicos han certificado que la muerte se debió a causas naturales.

Advertí que los criados, todos ellos gente del campo, consideraban ridículas mis sospechas. El doctor Redwood había afirmado que su amo había muerto de una enfermedad cerebral, y eso bastaba para ellos. La policía también estaba plenamente satisfecha y los familiares del joven —dos de los cuales llegaron apresuradamente mientras yo permanecía allí— aceptaron, naturalmente, el dictamen de los médicos, que sería el testimonio presentado al día siguiente en la investigación judicial.

A mí me parecía muy extraño que Cardew, al oír el grito, no hubiera intentado averiguar su causa. Es cierto que escuchó atentamente y que el alarido no volvió a repetirse. Yo mismo habría considerado sospechosa su pasividad si no me hubiera ocurrido más de una vez despertar sobresaltado de un sueño convencido de haber oído un grito de auxilio.

El alarido de terror —o, mejor dicho, de horror, como lo había descrito Cardew— constituía por sí solo una circunstancia sumamente singular. Existe una diferencia muy clara entre un grito de dolor y un alarido de horror.

No; estaba convencido de que los médicos no habían prestado la debida atención a ese detalle tan extraordinario. Pero cuando traté de discutirlo con el capitán, este se limitó a decir que jamás podría explicarse el origen de aquel grito. Quizá el conocimiento repentino de que iba a morir fue lo que lo llenó de espanto.

Yo, sin embargo, estaba decidido a buscar una explicación más profunda. No dejaba de pensar que el hombre que había muerto de forma tan misteriosa pensaba visitarme el domingo para revelarme algo... algo relacionado con Harvey Shaw.

Shaw había sido uno de los invitados aquella noche, pero estaba demostrado, más allá de toda duda, que había abandonado la casa dos horas y media antes, acompañado por Asta. Por ello, me propuse averiguar de inmediato si Shaw había podido regresar, sin que la joven lo supiera, y volver secretamente a Titmarsh Court.

Confieso abierta y sinceramente que sospechaba que se había cometido un crimen. Por ello, no escatimé esfuerzo alguno en investigar a fondo aquellas extrañas circunstancias, realizando una labor que la policía habría llevado a cabo de no haber sido tan categóricas y concluyentes las declaraciones de los dos médicos.

Vi el cuerpo de mi amigo tendido en un dormitorio en penumbra del piso superior, cubierto con una sábana. No levanté el sudario: me sentía demasiado horrorizado. Ya se le había practicado la autopsia y el cadáver aguardaba la llegada del ataúd.

¿Qué era lo que el difunto había querido revelarme? Evidentemente había descubierto algo comprometedor para Shaw. De ello estaba convencido, pues ¿acaso no me lo había insinuado él mismo?

—¿El pobre Guy se comportó como de costumbre antes de que ocurriera todo esto? —pregunté a Cardew media hora más tarde, cuando volvimos a encontrarnos en la larga y sombría habitación donde había muerto.

El ambiente estaba impregnado por el intenso perfume de las rosas, y en torno a aquel silencioso aposento parecía flotar un aire de misterio.

—Pues, para decir la verdad, en aquel momento no advertí nada fuera de lo común en su comportamiento. Pero después, al reflexionar sobre ello, recordé que parecía extremadamente preocupado por la hija de Shaw; como si temiera que algo fuera a sucederle y se sintiera desesperado.

En ese instante un criado llamó al capitán para decirle que el superintendente de policía de Northampton deseaba hablar con él. Así pues, me quedé solo en la habitación y tuve la oportunidad de examinarla detenidamente.

Miré el gran y cómodo sillón donde el infortunado se había sentado e intenté reconstruir en mi imaginación lo que había ocurrido allí durante las silenciosas horas de la noche. ¿Por qué había lanzado aquel grito de horror? ¿Qué había visto?

Sin duda había sufrido una impresión espantosa, aterradora, pues de otro modo jamás habría escapado de labios de un hombre un alarido tan desgarrador.

Examiné la ventana, las contraventanas y la cerradura de la pesada puerta de caoba pulida; pero nada despertó mi curiosidad. Nada había sido forzado ni manipulado.

Mi propia teoría era que Guy Nicholson, mientras leía el periódico, había visto algo y que, tras lanzar aquel grito de horror, había golpeado desesperadamente la puerta con las manos en un frenético intento por escapar de la habitación. Prisionero en ella, había recibido un golpe mortal antes de tener tiempo de abrir las contraventanas, y había caído al suelo para expirar entre atroces sufrimientos.

Capítulo 13 Se aclara un punto

Al día siguiente, doce respetables vecinos de Corby y sus alrededores se reunieron alrededor de la larga mesa del comedor de Titmarsh Court y, basándose en el testimonio de los dos médicos, resolvieron que el joven propietario de la finca había fallecido por causas naturales.

Yo estuve presente y escuché cómo un abogado, en representación de los familiares, formulaba una pregunta al forense acerca de aquel grito oído durante la noche. Pero el funcionario declaró con frialdad que el jurado solo estaba allí para determinar la causa de la muerte y que, cualesquiera que hubiesen sido las circunstancias, únicamente podía valorar las pruebas médicas.

El doctor Petherbridge, de Northampton, auxiliado por el analista del condado, había examinado el contenido del estómago y realizado la prueba de Dragendorff para detectar estricnina, aplicado el método de Stas para los alcaloides y la prueba de Pettenkofer para los ácidos minerales, además de buscar arsénico mediante el aparato de Marsh. En todos los casos, el resultado había sido negativo. El señor Guy Nicholson, sin duda alguna, no había muerto envenenado.

Tras el veredicto de “muerte por causas naturales”, llevé a Shaw de regreso a Lydford en mi automóvil. Allí vi a la pobre Asta, demacrada y pálida, vestida con un profundo luto. Estaba sentada en un sillón bajo de su acogedora habitación, llena de libros y flores, un pequeño aposento artístico decorado en tonos azul pálido que comunicaba con el gran salón.

La persiana estaba bajada, pues el sol abrasaba en el exterior. Pero cuando tomó mi mano advertí los oscuros círculos que rodeaban sus ojos y comprendí que había llorado hacía poco.

Apenas sé qué palabras de simpatía pronuncié mientras estrechaba entre las mías su pequeña mano. Ella, sin embargo, tenía el corazón demasiado lleno para hablar y rompió a llorar desconsoladamente.

Shaw, incapaz de soportar el espectáculo de su dolor, le apoyó con ternura una mano sobre el hombro y la exhortó a sobreponerse; pero ella

no hizo más que mover tristemente la cabeza, sumida en su profunda aflicción.

Permanecí allí sin saber qué decir; pero unos instantes después, cuando Shaw salió de la habitación y nos quedamos solos, también posé mi mano sobre su hombro e intenté consolarla.

—Tiene toda mi más sincera simpatía, señorita Seymour —le dije—. Me he permitido venir hoy para saber si puedo serle de alguna utilidad.

—¡Ah! ¿Qué ayuda puede prestarme ahora, señor Kemball, cuando el pobre Guy ha muerto..., ha muerto! —exclamó con voz ronca, mirando fijamente al frente—. Hoy se celebró la investigación judicial. ¿Qué han resuelto?

—Que el pobre muchacho murió por causas naturales. Padecía una enfermedad cerebral que nadie había sospechado.

—Ah, sí —suspiró—. Ya esperaba que dijeran algo por el estilo. Pero... —se interrumpió bruscamente sin terminar la frase.

—Usted cenó con él apenas unas horas antes —observé, pues había ido allí expresamente para interrogarla y apenas sabía cómo comenzar, temiendo que mi impaciencia me hiciera cometer algún error.

—Sí. ¿Quién habría imaginado que, cuando me despedí de él, no volvería a verlo jamás?

—Ustedes se marcharon antes que los Vane, ¿verdad?

—Sí. Poco antes de las once, mi padre me dijo que no se encontraba bien, así que mandé traer el automóvil y regresamos a casa, después de una velada verdaderamente encantadora. El tiempo era magnífico y todo había salido a la perfección. De camino a casa, papá se quejó de un fuerte dolor de cabeza, y eso me alarmó. De hecho, cuando llegamos aquí se encontraba tan extraño que intenté convencerlo de que me dejara llamar por teléfono al doctor Redwood. Pero no quiso ni oír hablar de ello. Me rogó que me fuera a acostar, pero permanecí con él en la sala de fumar hasta cerca de las tres de la madrugada.

—¿Hasta las tres? —repetí—. ¿Y no lo dejó solo ni un momento?

—No. Porque se encontraba realmente muy extraño. Le preparé varias veces coñac con agua, e intentó fumar, pero no pudo.

—¿Por qué se oponía tanto a que llamaran al médico?

—Oh, decía que enseguida se le pasaría, que solo era un fuerte dolor de cabeza. Me contó que, hacía mucho tiempo, cuando estaba en el extranjero, había sufrido ataques semejantes. Pero aseguró que hacía años que no le ocurría.

—¿Y después de las tres se retiró a descansar?

—Eran las tres y media y ya estaba amaneciendo cuando lo acompañé hasta la puerta de su habitación. Tenía un aspecto terriblemente pálido y agotado, muy distinto de lo habitual. Me dijo que sufría accesos de extrema nerviosidad, y observé que, por momentos, le temblaban los miembros. Se lo hice notar, pero mis comentarios parecieron irritarlo. Así que no insistí. A las nueve de la mañana siguiente bajó a desayunar completamente restablecido. Luego... luego, poco después de las diez de la noche de ayer, el capitán Cardew le telefoneó para comunicarle el... el espantoso hallazgo en Titmarsh.

Su relato aclaraba por completo un hecho: Shaw, fuera quien fuese en realidad, quedaba absolutamente libre de toda sospecha.

—¿No le parece extraño que su padre se pusiera enfermo? —pregunté—. ¿No se lo comentó a los médicos?

—No. Porque dijo que, hacía mucho tiempo, cuando estaba en Sudamérica, ya había sufrido ataques semejantes, y que su indisposición no podía guardar relación alguna con la muerte del pobre Guy.

Hablaba con suma gravedad, con los ojos tristes y enrojecidos por el llanto fijos en la alfombra azul. Vestida de riguroso luto, ofrecía la imagen de una delicada y conmovedora figura, aunque aquel negro profundo no hacía sino realzar aún más su extraordinaria belleza.

La interrogué con mayor detalle acerca de los acontecimientos de aquella noche fatal y me convencí de que Shaw no había tenido la menor oportunidad de regresar a Titmarsh Court después de haberse despedido del pobre Nicholson.

Las sospechas que había albergado quedaron entonces completamente disipadas. Su declaración, sencilla y sincera, demostraba el afecto y la preocupación que sentía por el hombre al que siempre había considerado su padre. Desde el primer día en que nos conocimos me había hablado con absoluta confianza, y no había motivo para creer que ahora me estuviera engañando.

Mientras permanecía allí, observándola, me sentía cada vez más desconcertado por las extrañas circunstancias que rodeaban la muerte del hombre que me había prometido visitarme para hacerme ciertas revelaciones en la más estricta confidencia. Mis sentimientos hacia Shaw habían sido siempre contradictorios. Había sido franco conmigo y me había confesado que llevaba una doble vida. Asta, por su parte, me había tratado como a un amigo; por ello, había decidido proteger su secreto frente a Nicholson en la medida de lo posible. Sin embargo, la curiosidad me consumía. Necesitaba saber qué era exactamente lo que él había descubierto, hasta dónde había logrado llegar en el conocimiento de la verdad.

Las significativas palabras que había dicho a Cardew la noche de su muerte demostraban que aquel descubrimiento le había hecho vacilar antes de pedir a Asta que fuera su esposa. La amaba con toda la pasión de su corazón; y cuando un hombre ama de ese modo, solo un obstáculo verdaderamente grave puede impedirle arrojar la prudencia al viento y casarse con la mujer que ha elegido.

Poco después regresó Shaw y me invitó a quedarme a almorzar, invitación que acepté. Pero, por desgracia, fue una comida profundamente sombría. Asta, absorta en el recuerdo de su amante muerto, apenas pronunció palabra alguna, mientras que el propio Shaw parecía preocupado y ensimismado.

—El forense fue un completo necio —declaré mientras comentábamos los acontecimientos de aquella mañana—. Apenas permitió que se mencionara el grito de horror que Cardew oyó lanzar al pobre Guy.

—Ah, mi querido Kemball —respondió mi amigo—, en muchos casos las investigaciones judiciales sirven para muy poco, cuando no son completamente inútiles. Los forenses con demasiada frecuencia imponen su criterio al jurado y prácticamente le indican el veredicto que debe

emitir. En casi todos los casos comprobará usted que el jurado, ignorante en la mayoría de las ocasiones, aunque de buena fe, dicta un veredicto conforme al testimonio del médico local, que suele ser precisamente el mismo que atiende a ellos y a sus familias. Cuando enferman, lo llaman y aceptan su dictamen sin discutirlo. En una investigación judicial hacen exactamente lo mismo. Nunca analizan ni valoran por sí mismos los hechos.

—Asta acaba de decirme que usted también se encontraba muy indispuesto aquella noche —observé de pronto, y advertí que, al oír mis palabras, dirigía una mirada de disgusto hacia la joven.

—Sí —respondió con una ligera risa—. No me encontraba demasiado bien; un fuerte dolor de cabeza, igual que los que solía padecer hace años. Pero no fue nada importante. No tenía relación con nada de lo que hubiera comido o bebido. Lo sabía perfectamente y por eso no llamé por teléfono al doctor Redwood. Sí —añadió—, pasé una noche bastante mala. Asta llegó a alarmarse.

—Bien —dije—, ¿cuál es su teoría acerca de la muerte del pobre muchacho?

—¿Teoría? Bueno, después del informe médico y del veredicto del jurado, ¿qué puede pensar uno? —replicó—. Desde luego hay muchos aspectos extraños en todo este asunto, y el principal, a mi juicio, es el hecho de que lo encontraran encerrado en aquella habitación.

—Ese es precisamente el punto que me preocupa. Él no pudo haberse encerrado a sí mismo.

—Sin embargo, recuerde que solo contamos con el testimonio de la muchacha Hayes para afirmar que estaba encerrado. En su precipitación por entrar en la habitación, parece que tuvo dificultades con la cerradura y, naturalmente, en medio de la impresión del hallazgo, pudo haberse confundido y creer que la llave había sido girada.

Hasta entonces no había considerado su declaración desde ese punto de vista, y aquella observación me hizo reflexionar. Pero al instante siguiente pregunté:

—Si la puerta no estaba cerrada con llave, ¿por qué habría golpeado intentando salir?

—Pero ¿está realmente demostrado que golpeó? —replicó Shaw—. Ya sabe que los sonidos nocturnos siempre se perciben de forma engañosa.

—Por favor, papá, no sigan hablando de ese asunto tan horrible —suplicó Asta.

—Querida, perdóname —exclamó él, volviéndose apresuradamente hacia ella—. Sé que no debí mencionarlo. Tanto Kemball como yo compartimos profundamente tu dolor. Nunca me hablaste del cariño que sentías por Guy, pero lo había adivinado hacía mucho tiempo. Se lo dije a Kemball, ¿verdad? —añadió, mirándome.

—Sí, así fue —respondí.

—¡Ah, el pobre Guy! —suspiró—. Era un hombre íntegro como pocos, y yo había esperado, Asta, que te casaras con él y fueras feliz. Pero, por desgracia, el destino ha querido otra cosa.

—Me... me siento completamente confundida, papá —dijo la muchacha—. No puedo creer que de verdad haya muerto.

Y, levantándose de improviso, rompió nuevamente a llorar y abandonó la habitación con paso vacilante.

—¡Pobre muchacha! —comentó Shaw en voz baja cuando ella hubo salido —. Ha sido, sin duda, un golpe terrible para ella. No tenía idea de que estuviera tan profundamente enamorada de él. Tenía muchos admiradores en los alrededores, pero era evidente que él era el hombre al que más quería. Y, entre nosotros, Kemball —añadió bajando aún más la voz, mientras sostenía la copa de vino entre sus blancos dedos—, era uno de los solteros más codiciados de todo el condado: ocho mil libras al año, además de la mitad de la participación en Nicholson Brothers, de Sheffield. Yo soñaba con ver a Asta convertida en la señora de Titmarsh Court. Pero, naturalmente, nunca se lo dije. Creo que una muchacha debe ser libre para elegir por sí misma al hombre con quien desea compartir su vida. Los asuntos del corazón, cuando los mayores se entrometen en ellos, casi siempre terminan mal.

Y así continuó conversando mientras fumábamos nuestros cigarrillos; y, al contemplar aquellos pequeños y extraños ojos suyos, me fui convenciendo cada vez más de que las sospechas que había albergado el

día anterior carecían de fundamento. Era imposible que hubiese tenido participación alguna en el prematuro fin del pobre muchacho.

No podía saber que Guy tenía la intención secreta de hacerme ciertas revelaciones; e incluso si lo hubiera sabido, conocía perfectamente que yo ya estaba al tanto de que llevaba una doble vida. No; cuando sopesé cuidadosamente todos los hechos, llegué a la conclusión de que el hombre que tenía delante, por misterioso que pudiera ser, tenía todas las razones para desear que Guy Nicholson siguiera con vida. No creo que mi inteligencia fuera muy superior a la del hombre corriente; sin embargo, pensé que, si realmente era un aventurero, como todo parecía demostrar, ¿qué podía haber más natural que procurar que Nicholson se casara con Asta para, más adelante, aprovecharse discretamente de su fortuna? Desde luego, no le convenía en absoluto que aquel joven muriera.

Reconozco que las circunstancias eran profundamente sospechosas; pero los hechos comprobados demostraban con claridad que Harvey Shaw no había intervenido en aquel extraño suceso.

Sin embargo, ¿qué era aquello que había llenado de horror al pobre Guy y que había producido unos síntomas tan semejantes a los de una enfermedad cerebral que había engañado a los médicos y, con ello, inducido a error tanto al forense como al jurado?

Yo seguía convencido de que Guy Nicholson no había muerto de muerte natural. Por ello, estaba decidido a no dejar piedra sin mover en mi empeño por desentrañar aquel extraordinario misterio y descubrir la verdad de lo que realmente había ocurrido en aquella larga y antigua habitación durante las silenciosas horas de aquella noche fatal.

Capítulo 14 Contiene otra sugerencia

Pasó una semana: una semana sofocante y llena de ansiedad.

Había asistido al entierro del pobre Guy en el hermoso cementerio de la iglesia del pueblo de Titmarsh, y al alejarme de la tumba no pude evitar preguntarme qué era aquello que había querido decirme, si tan solo hubiera vivido lo suficiente para hablar.

Pero sus labios estaban sellados. Alguien había conocido sus intenciones y le había impuesto el silencio.

Mi mente estaba constantemente llena de pensamientos sombríos y sospechas oscuras; y, sin embargo, había quedado demostrado con tanta claridad que Harvey Shaw —contra quien él se proponía hablar— no había tenido participación alguna en el asunto. De una cosa, no obstante, estaba convencido: el pobre Nicholson había sido asesinado cruelmente.

Unos ocho días después del funeral, una calurosa tarde, Shaw llegó solo en su automóvil y me encontró fumando en una silla de lona bajo la sombra de un árbol. El motivo de su visita era hablarme del testamento de Guy. Se había descubierto, me dijo, que el joven había legado la suma de diez mil libras a Asta.

—Estaba completamente enamorado de ella, el pobre muchacho —declaró Shaw con un ligero tono de molestia—. Naturalmente, ella no aceptará ni un solo penique. ¿Cómo podría hacerlo? ¡Ah! Cuando redactó ese testamento, hace apenas dos meses, jamás imaginó que encontraría un final tan repentino.

—No —suspiré, con la mente llena de asombro—. En aquel momento muchas ideas extrañas cruzaron por mi cabeza. Todos creemos insensatamente que tenemos muchos años por delante.

—En cuanto Asta se enteró del legado, declaró que no lo aceptaría —observó—. Pero supongo que tendrá que hacerlo, aunque después lo entregue a alguna institución benéfica, como es su intención.

—Puedo comprender perfectamente su rechazo a recibir el regalo del hombre muerto —dije—. Es algo completamente natural. ¿Sigue todavía muy afectada?

—Muchísimo. Apenas sé qué hacer con ella. Sufre de insomnio y pasa horas enteras abatida, llorando en silencio. He estado pensando si un viaje al extranjero podría ayudarla a olvidar. Pero ella asegura que ya ha viajado bastante y que prefiere permanecer en su propia casa. Por eso temo llevármela. Redwood aconseja un viaje por Hungría y Rumania, lugares que serían completamente nuevos para ella. Pero por ahora sigo indeciso.

Permaneció conmigo durante un par de horas y después se marchó. Aquella misma noche recibí una llamada telefónica desde Londres para acudir allí a ver a mi abogado, en relación con el litigio pendiente sobre una parte de mis tierras.

Por fortuna, durante la investigación judicial había conocido al abogado del difunto, el señor Sewell, y, con el propósito de comprobar si la afirmación de Shaw era cierta, fui a visitarlo a Lincoln's Inn Fields. Por lo que pude averiguar, la mayor parte de la propiedad había pasado a manos de un primo, mientras que Asta había rechazado aceptar su herencia y había dado instrucciones para que fuese repartida entre tres hospitales de Londres.

El abogado, al igual que yo, no estaba de acuerdo con el veredicto del jurado del forense. Sin embargo, tampoco podía formular teoría alguna sobre la manera en que su cliente había encontrado una muerte tan prematura.

La tarde de mi regreso a Upton End, cuatro días más tarde, me encontraba en la biblioteca escribiendo apresuradamente una carta para alcanzar el correo, cuando un criado me entregó una tarjeta en la que aparecía el nombre:

«Señora Charles Olliffe».

"La dama ha venido en automóvil, señor, y desea verlo con mucha insistencia", dijo la muchacha.

No me agradaba demasiado recibir visitas en aquel momento; sin embargo, ordené que la hicieran pasar y, pocos instantes después, me

encontré frente a una mujer alta, bien proporcionada, atractiva y elegantemente vestida, de unos cuarenta y cinco años, que llevaba un moderno sombrero de automovilista y un abrigo de viaje. Este último estaba abierto y dejaba ver un magnífico broche de diamantes sobre su blusa de seda blanca.

Al cruzarse nuestras miradas, contuve la respiración; pero al instante siguiente logré dominarme y, tras hacer una reverencia, le ofrecí una silla.

—Espero, señor Kemball, que me perdone esta intromisión. Soy una desconocida para usted, pero deseaba verlo por un asunto de la mayor importancia para mí.

—No hay necesidad de disculparse —le aseguré—. Estoy a su disposición.

Mis ojos permanecían fijos en ella con asombro, pues en el mismo momento en que la había visto la reconocí como la mujer de la fotografía del periódico que yo había guardado bajo llave en mi caja fuerte: ¡el retrato de lady Lettice Lancaster!

Ciertamente tenía el porte y los modales de una dama, y nadie habría sospechado que se trataba de una delincuente condenada. A pesar de su edad, se conservaba extraordinariamente bien. Hablaba en voz baja y con refinamiento, mientras que su actitud era la de una mujer de buena educación. Incluso su sonrisa, mientras me dirigía la palabra, era amable, casi cautivadora.

—La verdad es, señor Kemball —dijo mientras yo tomaba asiento y me inclinaba hacia ella con atención, decidido a no revelar que conocía su identidad—, que creo que usted fue amigo de un gran amigo mío.

—¿De quién se trata? —pregunté rápidamente.

—Del señor Melvill Arnold.

En mi mente surgió de inmediato el recuerdo de aquella carta amenazadora gracias a la cual había descubierto la verdad acerca de la ingeniosa lady Lettice.

—Sí. Es cierto que conocí al señor Arnold —respondí lentamente.

—Precisamente sobre él me he permitido venir a verlo. Vivo cerca de Bath, pero hoy he venido en automóvil con la esperanza de encontrarlo —

dijo—. Me enteré por un amigo común de que usted estuvo presente cuando murió el señor Arnold y de que él le confió ciertos asuntos relacionados con sus bienes. Fue un honor, se lo aseguro, porque él no confiaba en nadie.

Al recordar aquella extraña carta en la que se hablaba de venganza, no me mostré demasiado comunicativo. Ella me hizo numerosas preguntas hábiles, a las cuales evité cuidadosamente dar respuestas satisfactorias. Sabía que estaba tratando de sonsacarme información. Pero no lograba comprender con qué propósito. Por ello, extremé la prudencia en mis contestaciones.

¿A través de qué medio había llegado a saber de mi relación con aquel hombre ahora muerto? Yo había creído que únicamente Shaw y su hija estaban al corriente de ello, pero ella negó tener cualquier conocimiento de ambos.

Sin embargo, me vi obligado a describirle las circunstancias de su muerte, pues, después de examinar detenidamente la situación, comprendí que la actitud más diplomática era aparentar franqueza; de ese modo quizá podría descubrir algún dato nuevo acerca del hombre cuyo pasado se hallaba tan completamente oculto.

Comprendí que era una mujer extraordinariamente astuta e inteligente. La forma en que planteaba sus preguntas, su fingida indiferencia y su profundo pesar por la muerte de Arnold revelaban una habilidad extraordinaria. Y, no obstante, por aquella carta me parecía evidente que el hombre cuya muerte ahora parecía preocuparla tanto había sido precisamente quien la había entregado a manos de la policía.

¡Y aquella mujer refinada, de voz suave y modales elegantes, había pasado varios meses en prisión!

La idea parecía completamente increíble.

Al igual que Shaw, ella parecía sumamente ansiosa por saber si yo tenía conocimiento de que Arnold hubiera hecho testamento. Pero le dije que, hasta donde yo sabía, no existía ninguno y, además, que ignoraba el nombre de su abogado.

—Me temo que el señor Arnold no tenía abogados —dijo—. No confiaba en ellos.

—Entonces, ¿quién se ocupa de los bienes del difunto? —pregunté, esperando obtener alguna información.

—¡Ah! Ese es un misterio completo, señor Kemball —respondió—. Que el señor Arnold era rico —extraordinariamente rico— no admite ninguna duda. Sin embargo, él mismo era tan misterioso como el origen de sus enormes ingresos. Provenían de algún lugar de Oriente, pero ni siquiera los funcionarios de Hacienda conocen su verdadera procedencia.

—Era un completo misterio en muchos sentidos.

—En todos los sentidos. Yo fui una de sus amigas más íntimas, pero confieso que siempre me dejó profundamente desconcertada. Vivió en secreto y, al parecer, también ha muerto en secreto —respondió la señora Olliffe—. Tenía la esperanza, señor Kemball, de que quizá usted pudiera arrojar alguna luz sobre la forma en que dispuso de sus bienes.

—Por desgracia, no sé nada —respondí—. Únicamente me pidió que realizara algunos pequeños servicios en su favor después de su muerte; y una vez cumplidos, ahí termina todo cuanto sé.

Me miró fijamente durante unos instantes con sus ojos penetrantes y hundidos; después, sonriendo, dijo:

—Supongo que pensará que espero obtener algún beneficio de su testamento. Pero, por el contrario, sé perfectamente que no sería así. Lo único que puedo decirle, señor Kemball, es que si usted ha aceptado algún encargo de confianza de Melvill Arnold, entonces solo puede resultar de ello algo malo.

—¿Por qué? —pregunté rápidamente, recordando el carácter de la mujer que tenía delante.

—Porque Arnold era un hombre que obraba el mal.

—Entonces usted no era realmente amiga suya, ¿verdad?

—Sí lo era. Únicamente le he advertido —respondió con rapidez.

Era curioso que Harvey Shaw hubiera hecho también una afirmación semejante. ¿Acaso no me había dicho que el cilindro de bronce que descansaba en la caja fuerte, justo detrás de donde ella estaba sentada, había traído desgracia a quienes lo habían poseído?

Encontraba a la señora Olliffe una persona sumamente interesante. Mientras permanecía conversando con ella, recordé las extrañas historias que se habían contado sobre ella en el Old Bailey, así como la vida curiosamente romántica que había llevado. Ahora que era libre, no cabía duda de que estaba retomando nuevamente sus antiguos manejos. Una vez que una mujer es una aventurera, sigue siéndolo hasta la tumba.

Aunque había negado tener conocimiento alguno de Shaw, me parecía que únicamente a través de él podía haber sabido de mi existencia y de mi relación con el difunto Arnold.

Cada vez parecía más evidente que aquel hombre que había muerto en aquel hotel cercano al Strand poseía una gran fortuna, aunque su origen constituía un misterio absoluto y profundo. Ella lo había conocido íntimamente, pero estaba dispuesta a contarme muy poco acerca de él.

—Era, desde luego, muy excéntrico —declaró—. Una de sus manías era que casi nunca dormía dos noches seguidas en la misma cama. Cambiaba constantemente de domicilio y prefería aparentar que era pobre.

—¿Dónde vivía habitualmente? —pregunté.

—La mitad del tiempo estaba en el extranjero: en Túnez, Argelia o Egipto. Parecía sentir una gran afición por el norte de África. Por qué, nunca pude descubrirlo.

Intenté llevar la conversación hacia Shaw y Asta, pero ella era demasiado cautelosa para dejarse arrastrar a admitir que los conocía, y poco después, tras tomar el té conmigo, se marchó.

En su tarjeta encontré su dirección y resolví hacer algunas averiguaciones acerca de ella. Por ello, dos días más tarde tomé el tren hacia Bath y descubrí que vivía en una magnífica mansión antigua llamada Ridgehill Manor, cerca de Kelston, a unos cinco kilómetros de la ciudad.

En la pequeña posada antigua del pueblo de Kelston tomé el té en la mejor sala y comencé a conversar acerca de las personas de la localidad.

—Ah, sí. La señora Olliffe es viuda —dijo el corpulento posadero de barba blanca cuando mencioné la mansión—. Lleva aquí casi dos años. Todo el mundo la aprecia. El año pasado siempre tenía la casa llena de visitas, muchas personas conocidas; pero este verano no ha recibido a demasiada

gente. Casi nadie, excepto el señor Nicholson… y él siempre está allí, más o menos.

—¡Nicholson! —exclamé, sobresaltado al oír aquel nombre—. ¿Se refiere al señor Guy Nicholson, de Titmarsh?

—No sé de dónde viene, señor, pero su nombre es Guy, señor. Hace una semana o dos que no viene por aquí. A menudo llega en su motocicleta. A veces pasa por aquí, porque yo me encargo de todos los asuntos de la estación para la señora Olliffe. Es un joven caballero muy amable y cordial. Ojalá hubiera unos cuantos más como él.

—Dice usted que es amigo de la señora Olliffe. ¿Lleva mucho tiempo viniendo?

—Desde que ella llegó aquí. Antes se decía que venía a ver a la señorita Farquhar, una joven que se hospedaba en la mansión. Pero sigue viniendo con la misma frecuencia desde que ella se marchó. ¡Ah! —añadió—, ahora lo recuerdo. Hace apenas una semana llevé a la estación un paquete desde la mansión, dirigido al señor Nicholson, en Titmarsh, cerca de Corby, creo que era.

Le pedí al posadero que describiera al joven del que estábamos hablando, y me dio una descripción exacta del propio Guy.

Cuando cayó la oscuridad, recorrí a pie el polvoriento camino principal que ascendía por la colina durante aproximadamente un kilómetro y medio, y pude contemplar claramente la mansión. Descubrí que era una magnífica residencia Tudor antigua, situada en la ladera de una colina dentro de un parque cubierto de hermosos árboles, y completamente visible desde la carretera principal.

¿Habrían mostrado los habitantes de la comarca tanto aprecio por su ocupante si hubieran conocido la extraña verdad?

Mientras permanecía allí contemplando, al otro lado del extenso parque, aquella vieja casa con sus hastiales, cubierta de hiedra, con sus tejados puntiagudos y sus chimeneas retorcidas, escuché el zumbido de un automóvil que se aproximaba, y apenas tuve tiempo de apartarme hacia un seto. En el vehículo iba la propia señora Olliffe.

Pero el descubrimiento que acababa de hacer había abierto ante mí una línea de pensamiento completamente nueva.

Guy había sido amigo de aquella mujer indeseable. ¿Era posible que ella hubiera tenido alguna participación en el misterioso final del pobre muchacho?

Aquella noche permanecí despierto en el hotel York House de Bath, pensando… pensando profundamente.

Capítulo 15 Nuevos hechos salen a la luz

Volví a Londres unos días después, y el capitán Cardew almorzó conmigo en el club.

—Usted era un amigo muy cercano del pobre Guy —comenté mientras estábamos sentados a la mesa—. ¿Alguna vez lo oyó hablar de una señora Olliffe, que vive en los alrededores de Bath?

—Oh, sí —respondió, haciendo girar lentamente su copa de vino por el tallo—. La conocía. Vivía con una sobrina o algo parecido, una señorita Farquhar, y creo que, durante un tiempo, Guy estuvo bastante prendado de ella.

—¿Ha conocido usted a la viuda? —pregunté.

—Guy me las presentó una noche en el Savoy.

—¿Y dónde está ahora esa joven?

—Creo que en la India. Su padre es funcionario de la administración colonial allá.

—Pero esa señora Olliffe —insistí—. ¿No sabe nada más sobre ella?

—Solo que es viuda y muy acomodada. Tengo entendido que posee excelentes cotos de caza de faisanes y que suele ofrecer animadas reuniones de fin de semana.

—¿A qué se dedicaba su esposo?

—Me parece que era banquero, o algo por el estilo.

Sonreí para mis adentros al oír aquella respuesta.

—Evidentemente se mueve en un círculo bastante distinguido —continuó Cardew—, porque con frecuencia he visto en el *Morning Post* crónicas de sus reuniones, a las que suelen asistir bastantes personas de renombre.

—Bueno —dije—, como usted sabe, Cardew, estoy llevando a cabo mi propia investigación. Es un proceso lento y laborioso, pero confío en que dará resultado. Estoy decidido a descubrir de qué manera murió el pobre Guy; por eso me interesan sus amistades, especialmente las mujeres con las que se relacionaba. Esa es la razón por la que trato de averiguar todo lo posible acerca de la señora Olliffe.

Permaneció en silencio unos instantes. Luego, inclinándose hacia mí por encima de la mesa, dijo:

—Nunca se me había ocurrido antes, Kemball, pero ahora que lo pienso, creo que Guy parecía tenerle miedo a la señora de la que acabamos de hablar.

—¿Miedo de ella?

—Sí. Hubo una circunstancia que lo dejó bastante claro. Hace poco más de un mes me hospedaba con él en el Grand Hotel de Eastbourne y quise que me acompañara a Brighton para pasar el fin de semana, pero me dijo que tenía un compromiso el domingo al que no podía faltar. Insistí para que viniera, pero se negó. El domingo por la noche salió alrededor de las nueve y no regresó sino hasta las dos de la madrugada. A la mañana

siguiente lo molesté un poco por ello. Pero estaba pálido y demacrado, y su respuesta fue muy reveladora.

—No, viejo amigo —me dijo—. A veces un hombre se mete en un buen lío. Yo estoy en uno… por culpa de una mujer, como ya podrás imaginar. Y tenía que acudir a esa cita. No podía negarme, porque debíamos tratar un asunto muy serio. ¡Ah! —añadió con un suspiro—. Si pudiera pensar que no volveré a verla jamás, ¡por Dios!, sería un hombre distinto.

—¿Y usted dedujo que se había reunido con la viuda? —pregunté.

—Sé que fue ella, porque más tarde, esa misma mañana, comentó casualmente que tenía que acompañar a la señora Olliffe hasta Hastings para despedirla.

—Entonces ella ejercía algún tipo de influencia sobre él.

—Eso parece. Pero Guy siempre fue muy reservado en todo lo relacionado con sus asuntos personales.

—Eso fue hace poco más de un mes, ¿verdad?

—Tal vez unas seis semanas.

Guardé silencio. ¿Era posible que la tragedia hubiera sido consecuencia de aquella reunión secreta celebrada a medianoche en Eastbourne? Sin embargo, ¿por qué habrían de encontrarse con tanto sigilo cuando él acostumbraba visitar Ridgehill Manor abiertamente? Aquel descubrimiento no hacía sino añadir un misterio más a los que ya existían.

Abandonamos el tema y tomamos el café y los licores en el gran salón de fumadores, cuyas ventanas daban a Piccadilly y al parque. Luego, cuando él se marchó, me dejé caer en un cómodo sillón de la sala de lectura y me sumí en profundas reflexiones.

Repasé todos los hechos, como ya lo había hecho mil veces durante aquellas largas noches de insomnio, y llegué a la conclusión de que Asta, que había amado tanto al difunto, era la única persona capaz de ayudarme a llevar al culpable ante la justicia.

El principal obstáculo era que no lograba formular ninguna teoría convincente acerca de la forma en que Guy Nicholson había sido

asesinado. Se habían empleado medios tan sutiles para cometer el crimen que resultaban casi imposibles de explicar.

Cardew se mostró dispuesto e incluso ansioso por colaborar en mis investigaciones.

—Si necesita ayuda, mi querido Kemball, solo tiene que enviarme un telegrama. Pediré permiso y acudiré donde usted se encuentre —me dijo.

Le di las gracias y, poco después, le hice un gesto de despedida mientras descendía los escalones del club.

Se me ocurrió entonces que debía procurar entablar una relación amistosa con la señora Olliffe. Quizá de ese modo pudiera averiguar algo.

Así pues, una tarde, pocos días después, fui recibido en el encantador salón de Ridgehill Manor, decorado al estilo antiguo y con muebles tapizados en cretona. La viuda, vestida con un fresco traje de muselina estampada, se levantó para recibirme. La acompañaban un hombre de aspecto militar, con bigote canoso, y una joven de unos veinte años, y los tres estaban tomando el té.

Mi interesante anfitriona me dio una cordial bienvenida y, después de presentarme a sus acompañantes, me ofreció una taza de té.

Sí, acepté una taza servida por la misma mano que yo sospechaba había acabado con la vida del pobre Guy en Titmarsh.

Sin embargo, en su hermoso rostro, tan bien conservado, mientras conversaba y reía con sus amigos —que, por lo visto, eran vecinos cercanos—, no había el menor indicio de culpabilidad. Aquel semblante me fascinaba cuando recordaba su extraordinaria trayectoria y la habilidad y astucia con que había vivido aprovechándose de la credulidad ajena.

La joven hablaba de tenis e invitó a su anfitriona a una reunión que tendría lugar al día siguiente.

—Sir Charles estará allí, así que no deje de venir —insistió la muchacha.

—Me temo que no podré. Tengo que ir con mi hermano a casa de los Reid —respondió la viuda—. Él aceptó su invitación hace ya un mes.

Apenas había terminado de decirlo cuando entró un hombre alto, distinguido y afeitado, de unos cuarenta y cinco años, a quien me presentó como su hermano, George King.

Mientras le hacía una inclinación de cabeza, me pregunté si aquel hombre sería el cómplice del que había hablado la policía en el Old Bailey: el marido, Earnshaw, que unas veces se hacía pasar por su hermano, otras por su esposo y, en ocasiones, incluso por un criado.

Cuando tomó asiento a mi lado y comenzó a conversar conmigo, comprendí que era tan inteligente y refinado como su supuesta hermana. Acababa de regresar de un viaje de seis meses por Rusia y el Cáucaso, según me contó, y describió con entusiasmo lo agradable que había sido su estancia.

Por fin, cuando los visitantes de la señora Olliffe se levantaron para marcharse, le pedí que me concediera unos minutos a solas.

—Con mucho gusto —respondió, aunque no sin dirigirme una ligera mirada de sobresalto que no dejó de llamarme la atención—. Pase por aquí.

Y me condujo a su pequeño salón privado, una estancia encantadora, acogedora, decorada con exquisito gusto y de ambiente muy apacible.

Una vez sentados, fui directamente al asunto.

—Recordará usted, señora Olliffe, que la última vez hablamos del difunto Melvill Arnold. Entonces estaba muy interesada en conocer algunos detalles relacionados con su muerte.

—Sí —respondió, con una extraña expresión en su hermoso rostro—. Mi propósito, ya que estamos hablando con franqueza, señor Kemball, era cerciorarme de que había muerto de muerte natural; es decir... de que no había sido víctima de un crimen.

—¡¿Un crimen?! —exclamé, mirándola fijamente—. ¿Es eso lo que usted sospecha?

Ella se limitó a encogerse de hombros, sin responder.

—¿Tenía enemigos? ¿Había alguien que pudiera beneficiarse de su muerte? —pregunté con rapidez.

—Sí.

—¿Y usted sospecha de ellos...?

—No sospecho de nadie —se apresuró a aclarar—. Solo digo que su muerte, tan repentina y misteriosa, resulta extremadamente sospechosa.

—Pues puedo asegurarle que no tiene motivo para sospechar —respondí —. Yo estaba con él a bordo del barco cuando enfermó de repente y permanecí a su lado casi todo el tiempo, hasta el final.

—Casi todo el tiempo. En algunas ocasiones usted se ausentó.

—Desde luego. No estuve con él día y noche sin interrupción.

—Entonces no puede afirmar con absoluta certeza que sus enemigos no hayan tenido acceso a él —replicó.

—Pero, aun suponiendo que lo hubieran tenido, nada pudieron obtener de ello.

—¿Cómo lo sabe? Melvill Arnold era inmensamente rico. ¿Dónde está toda esa fortuna? ¿Quién puede asegurar que no fue despojado de ella en secreto y que no le dieron muerte precisamente para impedir que la verdad saliera a la luz?

Negué con la cabeza y sonreí.

—Me temo, señora Olliffe, que su imaginación se ha dejado llevar un poco demasiado lejos. Arnold murió de muerte natural, y el médico expidió el certificado correspondiente.

—Jamás lo creeré —declaró con firmeza—. Si no hubiera habido un crimen, se sabría dónde se encuentra su inmensa fortuna. Melvill Arnold era amigo mío, un gran amigo, señor Kemball; así que le ruego me disculpe por hablar con tanta franqueza.

—Naturalmente, tiene derecho a sus propias opiniones; pero yo, que conozco perfectamente los hechos y estuve presente en el momento de su muerte, puedo afirmar con toda autoridad que falleció por causas naturales.

—Es curioso que confiara en usted, siendo un completo desconocido —observó con frialdad—. La otra vez no me explicó en qué consistía exactamente ese encargo que le hizo.

—Precisamente sobre ese asunto he venido a verla hoy, señora Olliffe —respondí—. El señor Arnold me entregó una carta dirigida a un tal señor Alfred Dawnay y...

—¡¿A Alfred Dawnay?! —exclamó, poniéndose bruscamente de pie mientras toda la sangre desaparecía de su rostro—. ¿Le escribió a él? —gritó—. Entonces...

Se interrumpió de pronto y, llevándose una mano al pecho, tuvo que apoyarse con la otra sobre el borde de la mesa, pues se tambaleó y estuvo a punto de caer.

Comprendí que lo que acababa de decirle le revelaba algo que jamás había imaginado; algo que echaba por tierra todos sus cálculos anteriores.

—Dígame, señor Kemball —exclamó al fin con una voz tensa y forzada, apenas superior a un susurro—. Dígame... ¿qué le escribió?

—Ah, eso no lo sé. Yo únicamente fui el portador de la carta.

—¿No tiene la menor idea de lo que Arnold le dijo a ese hombre..., de lo que le reveló?

—No sé nada más, salvo que, después de la muerte de Arnold, abrí un paquete y encontré en su interior la carta dirigida a Dawnay.

—¡A Dawnay! ¡Su peor enemigo y su...!

—¿Dawnay era enemigo suyo? —pregunté—. Yo, naturalmente, supuse que era amigo y hombre de confianza del difunto.

La mujer soltó una amarga carcajada. Permanecía de pie frente a mí, con el ceño profundamente fruncido, la boca endurecida y una expresión de férrea determinación en su astuto rostro.

—¡Pobre insensato! Creía que Dawnay era su amigo. ¡Ah, qué fatal imprudencia escribirle..., depositar su confianza en él! Y, sin embargo..., ¿acaso no es esta mi venganza, después de todos estos años?

Y rompió a reír con una risa histérica.

—¿Es ese tal Dawnay una persona tan indeseable? —pregunté con calma.

—¡¿Indeseable?! —exclamó ella, con los ojos centelleantes—. Si Arnold hubiera conocido siquiera la mitad de la verdad, jamás habría depositado su confianza en él.

—Pero es posible que esa carta, después de todo, no fuera precisamente amistosa —sugerí.

—Lo era. Ahora lo veo con claridad. ¡Ah, si lo hubiera sabido hace una o dos semanas! Cuán diferente habría actuado entonces —murmuró con una expresión de absoluta desesperación. Tenía el rostro mortalmente pálido y los labios le temblaban.

—¿Dawnay conocía la verdadera identidad de Arnold? —pregunté.

Estuve a punto de mencionar el misterioso cilindro de bronce, pero vacilé al recordar que aquella mujer no era alguien en quien pudiera confiarse.

—¿Cómo podría saberlo? —respondió con voz ronca—. Sin embargo, por ciertos hechos que han llegado recientemente a mi conocimiento, ahora comprendo cómo Arnold debió de revelar, imprudentemente, el secreto a su peor enemigo.

—¿Qué secreto? —insistí con ansiedad.

Pero ella se mostró desconfiada y evasiva.

—Un secreto asombroso que, según se dice, si llegara a revelarse al público, dejaría al mundo entero atónito —respondió la mujer en voz baja y cavernosa.

¡Qué extraño! Recordé que el propio Arnold se había referido al valioso contenido de aquel antiguo cilindro en términos casi idénticos.

¿Cuál podría ser aquel secreto?

Capítulo 16 La señal de la mano

El problema se volvía cada día más complejo. Por más que lo intentaba, no lograba averiguar la verdadera identidad del hombre a quien yo conocía como Melvill Arnold. Su apellido podía ser Edgcumbe, según parecía desprenderse de la carta que encontré entre sus pertenencias; sin embargo, en los círculos especializados de los egiptólogos nadie lo conocía.

No obstante, ciertos hechos parecían indiscutibles, razonaba yo. En primer lugar, que era un hombre rico no admitía duda. Quizá aquellos grandes fajos de billetes que me había obligado a destruir antes de morir constituían toda su fortuna. Tal vez prefirió destruirlos para evitar que cayeran en manos ajenas. En segundo lugar, parecía evidente que la mujer conocida ahora como la señora Olliffe había sido arrestada y condenada a raíz de alguna revelación hecha por él. En tercer lugar, esa misma mujer buscaba activamente el paradero de la fortuna del difunto; y, en cuarto lugar, era muy probable que Harvey Shaw hubiese sido en realidad amigo de Arnold, y no su enemigo, como ella afirmaba. ¿Acaso Arnold no le había escrito en secreto? ¡Ah!, cuánto habría dado por conocer el contenido de aquella carta

Visité Lydford Hall en varias ocasiones y siempre fui recibido con agrado. Fuera quien fuese Harvey Shaw en realidad, conmigo se mostraba completamente franco y directo, y poco a poco llegué a entablar una sincera amistad tanto con él como con Asta. Con frecuencia iban en automóvil hasta Upton End para almorzar o cenar conmigo, y yo, por mi parte, me convertí en un visitante habitual durante aquellos largos días de verano. Debo confesar, sin embargo, que mi amistad tenía un propósito muy concreto: esclarecer el extraño misterio en el que me encontraba envuelto.

Asta seguía, por desgracia, inconsolable. ¡Pobre muchacha! El tiempo, en lugar de aliviar la herida causada por la repentina muerte de Guy, parecía hacerla más profunda. Cada día se la veía más pálida y más triste. En ocasiones intentaba consolarla, pero ella se limitaba a mover la cabeza, sumida en un silencioso dolor.

A mis ojos parecía extraordinariamente nerviosa e inquieta. El menor ruido la hacía sobresaltarse y volver la cabeza casi con terror. Daba la impresión de que llevaba sobre la conciencia algún peso, algún secreto que temía ver descubierto en cualquier momento.

Una tarde, mientras estábamos sentados junto a la ventana abierta de la sala de fumar de Lydford, comenté su estado con Shaw.

—Sí —suspiró—, tiene usted toda la razón, mi querido Kemball. Yo también lo he notado. ¡Pobre muchacha! La muerte de Guy fue un golpe terrible para ella. Necesita cambiar de ambiente. Hace tiempo le propuse viajar al extranjero, pero no quiso ni oír hablar del asunto. Sin embargo, al fin he conseguido convencerla de que hagamos una excursión en automóvil por Francia. Partiremos la semana próxima. Cruzaremos por Folkestone hasta Boulogne y, desde allí, pasaremos por Beauvais y, evitando el pavé de París, seguiremos por Versalles, Melun, Joigny, Chagny y Lyon hasta Aix-les-Bains. ¿Ha estado alguna vez allí?

—No. Debe de ser un recorrido magnífico —respondí.

—Entonces, ¿por qué no viene con nosotros? —me propuso—. Llevaré el sesenta caballos y habrá sitio de sobra.

Me quedé pensativo. Los días eran cálidos y luminosos, y yo disfrutaba enormemente de los viajes en automóvil. Mi propio coche, al ser de apenas quince caballos de fuerza, no estaba en condiciones de afrontar un recorrido semejante.

—¡Ah! —rió al notar mi indecisión—. Claro que vendrá. Asta estará encantada. Vamos, mi querido amigo, acompáñenos.

—Muy bien —respondí—. Iré, si de verdad hay sitio.

Y así quedó decidido.

Cuando unos minutos después se lo comunicó a Asta, su rostro se iluminó y, volviéndose hacia mí, dijo:

—De veras es una magnífica noticia, señor Kemball. Papá ha viajado muchas veces por el continente en automóvil, pero nunca me había llevado. Siempre pensó que los trayectos tan largos resultarían demasiado fatigados para mí.

—Lo que sea, hija mía, con tal de sacarte de este lugar —dijo él entre risas—. Necesitas un cambio de aires; de lo contrario, acabarás enfermando.

Poco después llegaron un joven y una muchacha, y jugamos al tenis durante una hora. Cuando los visitantes se marcharon, Asta y yo nos sentamos un rato en el salón para refrescarnos. Estaba encantadora con su sencilla blusa de encaje, su falda blanca corta y sus zapatos blancos. El ejercicio había avivado el color de sus mejillas, y en sus ojos volvía a asomar algo de su antigua expresión.

Mientras conversábamos, un extraño silbido, bajo y agudo a la vez, llegó de pronto a nuestros oídos.

Presté atención. El silbido volvió a repetirse y parecía provenir del piso superior.

—Es papá —dijo la muchacha—. Últimamente le ha dado por silbar así. No sé por qué, porque no tenemos perros.

Volvimos a escuchar y el silbido sonó por tercera vez: una llamada breve, aguda y de un tono muy peculiar. Al parecer, Shaw se encontraba en la habitación situada justo encima del salón —el dormitorio— y, como la ventana estaba abierta, podíamos oírlo con toda claridad.

El silbido volvió a repetirse. Entonces Asta se levantó, fue hasta la ventana y gritó:

—¿A quién llamas, papá?

—¡Oh, a nadie, querida! —respondió él—. No... no sabía que estabas ahí. Creí que tú y el señor Kemball estaban en el jardín.

Aquel incidente me dejó pensativo durante varios minutos, pues recordé de pronto que, después de encontrarme con Shaw en Titmarsh, el día en que fue hallado el cuerpo del pobre Guy, había oído exactamente el mismo silbido. Era una nota tan peculiar que, una vez escuchada, difícilmente podía olvidarse.

Unos minutos más tarde encontramos a Shaw en el césped, y Asta le dijo:

—¿Por qué has adquirido la costumbre de silbar de una manera tan horrible, papá? Si tuviéramos perros, todavía se entendería. Pero silbar sin dirigirse a nadie resulta de lo más absurdo.

—Sí, hija, tienes razón —contestó él riendo—. Pero no estaba silbando sin motivo. Intentaba llamar a Muir, el jardinero, desde la ventana. Lo veía trabajando junto a la cancha de croquet, pero el pobre hombre está quedándose muy sordo.

Esa fue la explicación de Shaw. A simple vista no tenía nada de extraordinario; sin embargo, a la luz de lo que sucedería después, aquel detalle cobraría una importancia singular.

Mientras caminaba a su lado y él hablaba del viaje que pensábamos hacer por aquellas magníficas carreteras llanas de Francia, no pude evitar preguntarme por qué había emitido aquel mismo silbido la inolvidable mañana de Titmarsh Court.

Quince días más tarde, bajo el rojo resplandor del magnífico crepúsculo, descendíamos la colina hacia el pintoresco y antiquísimo pueblo de Arnay-le-Duc, en la Côte-d'Or, un lugar tranquilo y adormecido, levantado alrededor de su gran castillo, hoy reducido, por desgracia, a ruinas desde la victoria de los hugonotes al mando de Coligny en 1570. Apenas habíamos entrado en la silenciosa calle principal, cuyo eco despertó nuestra bocina, cuando nos detuvimos frente al largo y bajo edificio del Hôtel de la Poste, pintado de gris, con persianas del mismo color y un elevado tejado de pizarra, semejante a tantas de aquellas antiguas posadas que jalonan las grandes rutas de Francia: las viejas postas de la época de Luis XIV, que hoy lucen la doble A dorada de la Asociación Automovilística.

Éramos un trío de excelente humor, pues desde que habíamos dejado Inglaterra Asta casi había recuperado su antiguo ánimo. El cambio total de ambiente había obrado en ella una transformación maravillosa, y se veía encantadora con su sombrero de viaje color malva pálido y su guardapolvo de seda. Shaw llevaba gafas oscuras, alegando que el resplandor blanquecino de las carreteras le molestaba en los ojos. Sin embargo, yo sospechaba astutamente que las usaba como disfraz, pues, curiosamente, ni siquiera por las noches se las quitaba.

¿Qué era lo que temía en Francia?

Aquella mañana habíamos salido de Melun, donde habíamos pasado la noche en el Grand Monarque. Después de atravesar el hermoso bosque de Fontainebleau, almorzamos en el Hôtel de l'Épée, en la animada Auxerre, y luego continuamos a gran velocidad por la amplia y recta *route nationale*, pasando por Vermenton, Avallon y la apacible ciudad antigua de Saulieu, en medio de la rica región vinícola, hasta superar las empinadas colinas que separan ese lugar de Arnay-le-Duc.

Nuestra intención era llegar esa misma noche a Mâcon, cien kilómetros más adelante; pero mientras cenábamos en el modesto comedor del hotel, degustando una sabrosa comida de trucha y chuletas acompañadas por una excelente y añeja botella de Beaune, Harris, el chófer contratado para el viaje por su conocimiento de las carreteras francesas, se acercó para informarnos de una pequeña avería en el motor cuya reparación le tomaría, por lo menos, un par de horas.

—Entonces es evidente que esta noche no podremos llegar a Mâcon —comentó Shaw.

—Qué lástima, papá —dijo Asta—. Quería pasar allí unas horas. Me han dicho que es un lugar maravilloso para comprar antigüedades, y deseo adquirir algunos crucifijos antiguos para añadirlos a mi colección.

—No importa, querida —respondió él—. Almorzaremos allí mañana. No podemos pretender recorrer Francia sin sufrir un solo contratiempo. Muy bien, Harris —añadió—. Esta noche nos quedaremos aquí.

Compartíamos la mesa con tres viajeros del comercio del vino, hombres que se metían la servilleta dentro del cuello de la camisa y comían y bebían con un apetito formidable. Muy pronto todos conversábamos alegremente en francés, mientras la patrona y sus dos hijas nos atendían.

El comedor estaba situado en la parte posterior y daba al amplio patio de la vieja posada, donde en otros tiempos el correo de Lyon llegaba traqueteando sobre los adoquines. Era una estancia sencilla, con el suelo de roble perfectamente encerado, un espejo en la pared y un antiguo aparador, al estilo de las fondas francesas. Cuando subimos a nuestras habitaciones encontramos la misma sobriedad y la misma impecable limpieza.

La ventana de mi habitación daba a la calle del pueblo. El piso, sin alfombras, estaba cuidadosamente pulido; la cama era una antigua estructura de madera y, aparte de una silla, una cómoda y un lavabo, el único otro mueble consistía en un perchero de hierro esmaltado con varios ganchos para colgar la ropa, ese objeto tan común en los hoteles desde Arcángel hasta Reggio, y desde Ekaterimburgo hasta Lisboa.

Después de asearnos, nos reunimos abajo y salimos a pasear por el pueblo, situado a trescientos kilómetros de París y a doscientos de Lyon. Resultó ser un encantador lugar de otros tiempos; antaño importante, pero hoy, por desgracia, decadente y olvidado en el frenético ritmo del mundo moderno. En pleno corazón de la región vinícola, con los viñedos alineados con admirable regularidad en todas direcciones, seguía siendo un sitio con cierta actividad comercial, aunque ya no tenía la importancia ni el movimiento de la época en que, en promedio, doscientas diligencias de viajeros atravesaban diariamente sus calles.

Pasamos un rato en el viejo patio observando a Harris mientras reparaba el automóvil y, después de fumar un último cigarrillo sentados en el banco de la entrada, nos retiramos todos alrededor de las diez de la noche, hora en que el pueblo entero parecía hallarse ya sumido en un profundo sueño.

Descubrí que la habitación de Shaw estaba junto a la mía, aunque la puerta de comunicación permanecía cerrada y asegurada con el pasador, mientras que Asta ocupaba una habitación al otro extremo del corredor. La larga jornada y el aire fresco me habían producido un intenso cansancio, por lo que me alegró enormemente acostarme. Un viejo campanario hacía resonar sus campanas en algún lugar cuando apagué la vela y, pocos minutos después, debí de quedarme dormido.

No sé cuánto tiempo dormí, pero desperté de improviso al sentir un extraño roce sobre la mejilla: un contacto suave, casi imperceptible y, sin embargo, frío; una sensación muy peculiar que me resulta imposible describir con exactitud. Aquella caricia, fuera lo que fuese, me estremeció. Al abrir los ojos advertí que apenas comenzaba a filtrarse la luz gris del amanecer. Tenía el rostro vuelto hacia la ventana y, al mirar, distinguí con toda claridad sobre la almohada la silueta de una mano oscura y sombría: una mano de dedos extraños, semejantes a garras.

Sobresaltado, me incorporé en la cama; pero, cuando volví a mirar, había desaparecido.

¡Era como si la propia mano del Ángel de la Muerte me hubiera tocado!

En aquel instante recordé las palabras que Melvill Arnold había escrito antes de morir.

Conteniendo la respiración y preguntándome al principio si no habría estado soñando, recorrí con la vista la habitación. Pero no había nada... absolutamente nada.

Mi primer impulso fue gritar, despertar a Shaw y contarle aquella inquietante experiencia; sin embargo, podía oírlo roncar profundamente en la habitación contigua. Así pues, me levanté con sigilo y examiné la puerta de comunicación. Seguía cerrada con el pasador, exactamente igual que la había dejado.

Y, sin embargo, recordaba con absoluta nitidez el roce de aquella mano sobre mi mejilla. Y la silueta negra de aquella mano fantasmal seguía grabada de forma indeleble en mi memoria.

Intenté convencerme de que todo no había sido más que una ilusión nacida de mi imaginación sobreexcitada, pero fue inútil.

¡Había visto realmente Algo con mis propios ojos!

Pero ¿qué podía ser aquella extraña aparición?

¿De qué mal había querido advertirme Melvill Arnold cuando, antes de expirar, garabateó aquellas misteriosas palabras finales?

Capítulo 17 Un nuevo enigma

Había visto la señal de la Mano contra la cual Melvill Arnold me había prevenido con su último esfuerzo antes de expirar.

Ya no pude volver a cerrar los ojos. Completamente desvelado, permanecí acostado intentando convencerme de que todo había sido un mal sueño. Sin embargo, aquel contacto había sido tan nítido que todavía sentía el repulsivo roce que me había estremecido y dejado una impresión tan profunda.

En la incierta luz de la madrugada, la mente suele poblarse de extrañas fantasías, y mientras permanecía allí, preguntándome qué había sucedido, mil conjeturas insólitas e irreales desfilaron por mi imaginación.

No era un hombre viejo; sin embargo, probablemente había viajado más y visto más mundo que la mayoría de los hombres de mi edad. Había tenido, desde luego, una o dos aventuras amorosas. Ninguna había sido seria... ninguna, hasta entonces.

Sí, bien puedo confesarlo ahora.

Amaba a Asta Seymour.

Desde el primer instante en que la encontré en aquel solitario camino rural y me senté a su lado en el automóvil, ejerció sobre mí una fascinación extraña y fatal. Me descubrí cautivado por el hechizo de su deslumbrante belleza.

Una fuerza desconocida, irresistible y misteriosa me atraía hacia ella, del mismo modo que la polilla es atraída por la llama de una vela.

Fascinado tanto por el misterio que rodeaba a su padre adoptivo como por la dulzura melancólica de su rostro, había buscado constantemente su compañía. Mis pensamientos giraban siempre en torno a ella, hasta hacerme olvidar todo lo demás. Ella lo era todo para mí, y yo me había convertido, sin proponérmelo, en su esclavo, tan profundamente había quedado atrapado en la red de su dulce y maravilloso encanto. ¡Sí! La

amaba; la amaba con todas las fuerzas de mi ser, con toda la pasión de mi alma.

Pero no había hablado. Mi secreto seguía perteneciendo únicamente a mí.

Sin embargo, había aceptado la invitación de Shaw, igual que antes lo hiciera Nicholson, para estar cerca de ella y también para protegerla, pues, sabiendo lo que sabía acerca del peligro de arresto que pesaba sobre aquel hombre, me había invadido un oscuro presentimiento de que algún mal podía alcanzarla.

Permanecía despierto, escuchando el tañido de las viejas campanas de un monasterio cercano y reflexionando sobre todo ello. Sí; en aquellas pocas semanas había llegado a amarla, aun cuando era evidente que guardaba algún extraño secreto, si no culpable, al menos inquietante.

Pero ¿cómo podía abrirle mi corazón mientras el recuerdo del pobre Guy seguía ocupando todos sus pensamientos? No; debía esperar y observar con paciencia, mientras mi corazón era consumido sin descanso por el fuego abrasador de un amor que no podía confesar.

Seguía allí, pensando, reflexionando, meditando y tomando resoluciones, cuando de pronto advertí que mi amigo, en la habitación contigua, había dejado de roncar.

Entonces oí un sonido extraño. Lanzó un jadeo rápido y fuerte, como si se hubiera sobresaltado, seguido de un sordo gruñido entre dientes.

¿Estaría hablando mientras dormía?

Agucé el oído hasta percibir un nuevo ruido. Se había levantado y caminaba por su habitación.

Aquello, lejos de inquietarme, me produjo cierto alivio, pues aflojó la tensión que me oprimía y me permitió respirar con mayor tranquilidad. La aparición de aquella mano de dedos semejantes a garras frente a mi rostro había alterado, sin duda, mis nervios.

—¿Es usted, Shaw? —llamé.

Pero no obtuve respuesta.

Todo volvió a quedar en silencio. Los movimientos en la habitación contigua habían cesado.

Ya me había cerciorado de que nadie podía entrar en mi habitación, pues ambas puertas estaban aseguradas por dentro; aun así, me levanté de nuevo y, acercándome a la puerta de comunicación, golpeé sobre ella mientras decía:

—¡Shaw! ¡Shaw! ¿Está usted dormido?

—¿Hola? —gruñó una voz soñolienta—. ¿Qué ocurre?

—Nada —respondí riendo—. ¿Sigues en la cama?

—Claro que sí. ¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—No, nada —contesté—. Solo te oí gemir. Supongo que hablabas dormido.

—Yo... no me di cuenta —dijo—. Lo siento, Kemball, si te desperté.

—No importa —respondí entre risas, y volví a acostarme.

Reflexioné sobre el hecho de que, aunque sin duda había estado de pie —pues había oído con toda claridad el crujido de las tablas enceradas del suelo un instante antes de llamarlo—, había fingido estar dormido. La única explicación era que, mientras dormía, se hubiera levantado de la cama, algo que no resulta raro en algunas personas, y tuve que conformarme con esa suposición.

Verdaderamente, aquella noche había estado cargada de un terror extraño e inexplicable. Aunque el alba avanzaba lentamente y desde donde me hallaba podía contemplar el primer resplandor carmesí que anunciaba la salida del sol, no conseguía apartar de mi mente aquella mano fantasmal, aquellos delgados dedos esqueléticos que habían rozado mi mejilla y dejado en ella una helada sensación.

Me levanté y me miré en el pequeño espejo ovalado del tocador. Me sobresalté al descubrir una prueba de que mi experiencia había sido algo real y tangible.

¡Sobre la mejilla izquierda tenía una tenue marca rojiza, casi como un arañazo, justo donde me había tocado aquella mano helada!

La examiné cuidadosamente, pero no parecía haber ninguna abrasión en la piel. El mortal contacto la había irritado, inflamado; parecía como si hubiera quedado chamuscada por el gélido dedo del temido Desconocido.

Moviéndome sin hacer el menor ruido para no llamar la atención de Shaw, inspeccioné minuciosamente la habitación y examiné las paredes para asegurarme de que no hubiera alguna puerta secreta, como las que abundan en las viejas casas de ese tipo. Pero no había ninguna. Las únicas entradas estaban firmemente cerradas con llave y pasador.

Poco después de las seis me vestí y salí. No podía permanecer un instante más en aquella habitación. Paseé por el pintoresco pueblo antiguo, ya completamente despierto, pues Arnay-le-Duc se acuesta temprano y cobra vida con la salida del sol. Subí la colina para contemplar las sombrías torres circulares de la antigua fortaleza de los condes de Arnay, hoy, por desgracia, grises, castigadas por el tiempo y en ruinas. Allí había resistido por última vez un destacamento del 79.º Regimiento de Infantería frente a los prusianos en 1870, cuando estos emplazaron piezas de artillería de campaña contra la fortaleza y completaron la destrucción que el tiempo había iniciado muchos años antes. Posteriormente, parte del pueblo fue incendiada por el enemigo, que ya había devastado con fuego y espada toda la hermosa campiña de la Côte d'Or y arrasado el valle del Yonne.

Mientras permanecía bajo aquellos muros destrozados, donde grandes y feas brechas daban mudo testimonio de los estragos causados por los cañones alemanes, se extendía ante mí un magnífico panorama de viñedos en pendiente, ríos y fértiles praderas. A mi espalda se abría la larga carretera hacia Lyon, bordeada a ambos lados por altos álamos plantados a intervalos regulares y extendiéndose, recta como una flecha, sobre la azulada llanura hasta la antigua ciudad de Mâcon.

Dos horas después recorríamos aquella carretera a una velocidad que jamás habría sido permitida en Inglaterra, levantando tras nosotros una inmensa nube de polvo. Asta, sentada entre Shaw y yo, parecía extraordinariamente alegre y animada; reía con despreocupación y declaraba sentirse encantada con la novedad y el cambio que suponía el viaje.

—¿Qué te ocurría esta mañana tan temprano, Kemball? —preguntó mi anfitrión con una sonrisa—. Me despertaste de repente y pensé que te encontrabas mal.

—No —respondí—. Al contrario, yo estaba despierto y te oí suspirar y gemir; por eso creí que eras tú quien estaba enfermo.

—¿Estabas despierto? —repitió, mirándome con atención tras sus gafas oscuras—. Entonces... debí de tener una pesadilla o algo por el estilo.

—Probablemente —dije. Luego añadí—: Yo tampoco pasé muy buena noche.

—Detesto dormir en camas desconocidas —declaró Asta.

—Uno termina acostumbrándose durante un viaje en automóvil —comentó Shaw, recostándose de nuevo en su asiento con el rostro vuelto hacia el frente.

Estuve a punto de contarles mi extraña experiencia; sin embargo, pensé que, de hacerlo, Asta quizá no me vería más que como a un pobre hombre asustado.

Así pues, el asunto quedó olvidado cuando, al pasar la carretera por la ladera de una colina, prorrumpimos en exclamaciones de admiración ante el vasto y magnífico panorama que se abría a nuestra vista. Dominándolo se alzaba un espléndido castillo antiguo, coronado por innumerables torres circulares cubiertas de pizarra, encaramado sobre una enorme roca que emergía del valle: una gigantesca fortaleza medieval que todavía seguía habitada. Más abajo se agrupaban los tejados inclinados de un pequeño pueblo, encerrado dentro de las imponentes murallas del castillo, cuyo acceso se hacía por dos antiguas puertas con cuerpos de guardia construidos sobre ellas; un lugar que, siglos atrás, había sido la fortaleza de uno de los barones salteadores del Yonne.

En verdad, la carretera de Lyon está llena de variedad y belleza, atravesando los fértiles viñedos y las montañas de la Côte d'Or antes de descender al valle donde el ancho Saona fluye hacia el sur para unirse al poderoso Ródano.

Atravesamos el hermoso bosque de Saussey, donde en muchos tramos las copas de los árboles se unían sobre el camino, cruzamos velozmente el pueblo de Ivry y, cincuenta kilómetros después de salir de Arnay-le-Duc, nos vimos obligados a reducir la velocidad al entrar en la activa ciudad agrícola de Chalon-sur-Saône. Allí llegamos a la ribera del río y seguimos su curso pasando por varios pueblos bien conocidos en la

región vinícola: Saint-Loup, Beaumont, Tournus y Fleurville, hasta que finalmente nos encontramos avanzando lentamente sobre los desiguales adoquines y entre las curiosas casas de altos hastiales de la antigua Mâcon.

Almorzamos en el Hotel Terminus y, después, mientras Shaw permanecía sentado fumando, Asta y yo fuimos a visitar a un anticuario que nos habían recomendado para comprar cruces antiguas.

En aquella tienda polvorienta, situada en la parte más vieja de la ciudad y atendida por un francés bajo, calvo, pero sumamente cortés, encontramos auténticos tesoros: hermosos crucifijos antiguos de marfil tallado y nácar, que Asta adquirió de inmediato con gran entusiasmo y a precios muy razonables.

Yo compré un antiguo anillo para el pulgar y un par de pequeñas curiosidades más. Como disponíamos de tiempo suficiente, paseamos luego por la vieja catedral y recorrimos la plaza del mercado.

¡Ah!, qué delicioso era ser su acompañante; qué dulce resultaba tenerla, aunque solo fuera durante una hora, completamente a solas.

Mientras regresábamos lentamente al hotel, resolví contarle la extraña experiencia que había vivido la noche anterior, o más bien, en las primeras horas de aquella mañana.

—Anoche me ocurrió algo muy extraño... o, mejor dicho, esta madrugada —le dije, volviéndome hacia ella mientras caminábamos.

Me miró rápidamente al rostro y apretó los labios, aunque solo por un instante.

—¿Qué fue? Cuéntemelo —dijo.

—¿Ve esta marca alargada y rojiza en mi mejilla izquierda? Ya casi ha desaparecido, pero esta mañana se notaba con mucha claridad —respondí.

—Sí —contestó—. La advertí cuando emprendimos el viaje. Ahora apenas se distingue.

—Pues su origen es completamente inexplicable; todo un misterio —continué—. No soy supersticioso ni creo en lo sobrenatural, pero en

aquella posada de Arnay-le-Duc hay Algo... algo inquietante. Dormía profundamente cuando, poco antes del amanecer, una mano helada me tocó la mejilla: una mano fantasmal que dejó la marca que ahora ve.

—¿Una mano? —exclamó con un jadeo, mirándome fijamente mientras sus labios palidecían y el color abandonaba de pronto sus mejillas—. Explíquelo. Yo... no puedo comprenderlo.

—Desperté de inmediato al sentir aquel contacto frío, semejante al de la muerte, y vi la mano a pocos centímetros de mi rostro: delgada, con dedos como garras y, al mismo tiempo, oscura y vaporosa, como una sombra fantasmagórica que desapareció en un instante, antes incluso de que yo, recién despertado, pudiera comprender qué era en realidad. Pero era una mano; de eso estoy absolutamente seguro.

—Sí —dijo lentamente, con voz baja y ronca, asintiendo mientras parecía sumirse en una profunda reflexión—. Sí, señor Kemball, usted no se equivocó. Yo... yo también, por extraño que parezca, viví una experiencia muy similar hace unas seis semanas, cuando me hospedaba en Scarborough con Louise Oliver, una antigua compañera de colegio. Yo también vi aquella cosa espantosa... ¡la Mano!

—¿Usted? —exclamé, mirándola fijamente—. ¡La ha visto!

Ella respondió con un leve movimiento de cabeza. Sus ojos permanecían fijos al frente, pero de sus pálidos labios, tensos por la emoción, no escapó una sola palabra.

Capítulo 18 Mi nuevo descubrimiento

El Hotel Terminus de Lyon es, como usted sabe, un establecimiento grande y elegantemente decorado junto a la estación de Perrache, con un amplio y llamativo restaurante en la planta baja, adornado al estilo conocido como *art nouveau*. Es un lugar bullicioso, por donde los viajeros van y vienen sin cesar, y donde el francés nervioso, temeroso de perder su tren, se muestra en toda su efervescencia.

Fue allí donde llegamos hacia las seis de la tarde y, a las siete, los tres nos sentamos alegremente a cenar. La cocina era excelente, los vinos magníficos y, al terminar la comida, Shaw comentó que tenía varias cartas que escribir. Aproveché la ocasión para salir a pasear con Asta, pues después de tantas horas en el automóvil resultaba agradable estirar las piernas.

Vestía con sencillez un traje negro de chaqueta y falda, además de un pequeño sombrero de paja adornado con una cinta negra, en señal de luto por Guy Nicholson. Mientras caminábamos sin rumbo fijo, nuestros pasos nos llevaron a través de la amplia plaza conocida como el Cours du Midi y luego al muelle de la Charité, junto al ancho y caudaloso Ródano, cuyas aguas resplandecían teñidas de rojo bajo los últimos fulgores del crepúsculo.

Era una tarde calurosa y sofocante, en la que parecía que media ciudad de Lyon había salido a tomar el aire por los muelles que bordean el sinuoso cauce del río y atraviesan aquella hermosa ciudad. Habíamos dejado atrás el gran puente ferroviario que cruza el Ródano y caminábamos hacia el centro cuando advertí que Asta volvía a mostrarse muy silenciosa y pensativa.

Le pregunté la causa y respondió:

—He estado pensando en la extraña experiencia que tuvo anoche. He... he estado dándole vueltas.

—¿Pensando en qué?

—He intentado descubrir qué relación puede existir entre lo que le ocurrió a usted y lo que me sucedió a mí en Yorkshire —dijo—. Vi la

mano con toda claridad: una mano delgada y huesuda, exactamente igual a la que usted describe. Pero he guardado silencio porque... bueno, porque no lograba convencerme de que aquello hubiera sido realmente posible.

—Cuénteme todo lo ocurrido —le pedí—. Cuando la vio, ¿la puerta de su habitación estaba cerrada con llave?

—Desde luego —respondió—. Louise, que está casada con un abogado de Scarborough, me invitó a pasar una semana con ella y fui sola, porque papá había viajado a Londres. La casa estaba en el Esplanade, una de aquellas grandes viviendas grises que dan al mar, en South Cliff. En la casa solo estábamos Louise, su esposo, tres criadas y yo como invitada. Mi habitación se encontraba en el segundo piso, al frente, con vista al mar, y mi experiencia fue casi idéntica a la suya de anoche. Me desperté poco antes del amanecer al sentir un contacto helado en la mejilla. Abrí los ojos y vi la mano... ¡me pareció la horrible mano de la Muerte en persona!

—¡Es verdaderamente extraordinario! —exclamé.

—Desde entonces, señor Kemball, no he dejado de preguntarme si aquel contacto no fue una advertencia de un mal inminente... una advertencia destinada a prepararme para la repentina muerte del hombre a quien amaba.

Guardé silencio. Aquellas circunstancias, tan curiosamente idénticas, resultaban verdaderamente alarmantes. De hecho, comprendí que el relato de mi extraordinaria experiencia la había llenado de temor. Parecía haberse preocupado de pronto profundamente por mi seguridad, pues, tras una breve pausa, exclamó con ansiedad:

—Por favor, señor Kemball, tome todas las precauciones posibles para protegerse. De algún modo... no sé cómo explicarlo, pero siento que esa mano aparece como una advertencia; una advertencia contra algo que nos amenaza... contra algún peligro que no esperamos o...

—Le advirtió de la terrible desgracia que cayó sobre usted tan poco tiempo después —lo interrumpí—. ¿Y a mí? ¿De qué me ha advertido?

Ella sacudió lentamente la cabeza.

—¿Cómo podríamos saberlo? —preguntó.

En un instante acudió a mi memoria el recuerdo de aquel cilindro de bronce y de las terribles desgracias que habían recaído sobre todos sus poseedores. Recordé los antiguos jeroglíficos escritos en los fragmentos de papiro marrón y arrugado, así como su traducción. Pero, sin duda, la aparición de la Mano no podía tener relación con unas palabras escritas tantos siglos atrás, antes incluso de nuestra era cristiana.

—¿Sintió realmente el frío contacto de la Mano? —le pregunté con ansiedad.

—Sí. Me despertó, exactamente igual que a usted.

—Y no había nadie más en la casa aparte de las personas que ha mencionado. Quiero decir... ¿está completamente segura de que no fue víctima de una broma, señorita Seymour? —pregunté.

—Completamente segura. La puerta de mi habitación estaba cerrada con llave y cerrojo. Era la habitación situada al final de la escalera. Había cuatro habitaciones en ese piso, pero solo la mía estaba ocupada.

—¿Y la ventana? Si no recuerdo mal, la mayoría de las casas del paseo marítimo de Scarborough tienen balcones —observé.

—La mía tenía un balcón, es cierto, pero ambas ventanas estaban perfectamente aseguradas. Recuerdo haber echado los pestillos antes de acostarme, como hago siempre.

—¡Entonces era imposible que alguien entrara por allí!

—Imposible. Sin embargo, recuerdo con absoluta claridad haber sentido el contacto de la Mano y haber visto cómo se retiraba de mi almohada. Salí corriendo de la habitación y desperté a toda la casa. Al cabo de unos minutos todos habían salido de sus cuartos, pero cuando les conté lo sucedido se rieron de mí. Louise me llevó de vuelta a la cama, asegurando que había tenido una pesadilla. Pero ya no pude volver a dormir allí y regresé a casa al día siguiente. No se lo conté a papá porque sabía que solo se burlaría de mí.

Durante algunos momentos permanecí en silencio. Sin duda, aquella era una conversación extraordinaria para mantener en una avenida tan concurrida y moderna, entre los parroquianos de los cafés sentados al

borde de la calzada y los grupos de paseantes que disfrutaban del aire fresco del río tras el calor y el cansancio de la jornada.

Era verdaderamente extraño, muy extraño, que a ella le hubiera ocurrido casi exactamente lo mismo que a mí.

Si yo hubiera sido supersticioso, sin duda habría acabado creyendo que aquella inquietante Mano —tan tangible que había dejado su huella en mi piel— era realmente un oscuro presagio relacionado con el cilindro de bronce, con aquella Cosa de la que los papiros decretaban que no debía hablar hasta el Día del Despertar. ¿Acaso no pesaba la maldición del dios Lobo sobre cualquiera que intentara conocer el contenido de aquel cilindro, depositado para su custodia en la tumba del gran Merenptah, Rey de Reyes? Incluso el simple contacto de una mano humana estaba prohibido, bajo pena de sufrir la ira del dios Sol y de Osiris el Eterno.

Mientras caminaba, recordé la curiosa traducción de aquellos antiguos jeroglíficos.

Sí, aquel incidente era el más extraño e inexplicable que me había sucedido en toda mi vida. Todo el misterio parecía desafiar cualquier explicación.

Yo no había intentado abrir el cilindro ni descubrir lo que contenía. Seguía guardado en la caja fuerte de la biblioteca de Upton End, junto con aquel viejo periódico, la carta amenazadora y la traducción de los papiros.

Continuamos paseando por el muelle, mientras Asta parecía inusualmente pálida y pensativa.

—Me sorprende que no le contara a su padre aquella extraña experiencia —comenté al cabo de un rato.

—Ocurrió en casa de una amiga y no en la nuestra. Por eso decidí no decir nada. De hecho, había terminado convenciéndome de que todo había sido fruto de mi imaginación... hasta que usted me describió lo que le ocurrió anoche. Eso me ha hecho reflexionar; me ha convencido de que lo que vi fue algo real y tangible.

—Es un misterio, señorita Seymour —dije—, uno que ambos debemos esforzarnos por esclarecer. No digamos nada... ni siquiera a su padre. Guardemos el secreto y permanezcamos atentos.

Cuando regresamos al hotel encontramos a Shaw esperándonos. Asta, fatigada, se retiró a su habitación y, poco después, él y yo salimos a pasear hasta uno de los grandes cafés de la Plaza Bellecour. Un pequeño conjunto interpretaba un vals, y centenares de personas ocupaban las mesas instaladas sobre la acera, bebiendo su *bock* o su *mazagran*.

Ya había caído la noche y el aire se había vuelto más fresco, un alivio muy bien recibido tras las largas horas recorridas por los blancos y polvorientos caminos de Borgoña. Mi anfitrión, vestido con sombrero de paja y un traje de franela gris, seguía llevando sus gafas oscuras. Nos sentamos juntos en una de las mesas de hojalata junto al borde de la acera. Un hombre y una mujer que ocupaban la mesa contigua se levantaron y se marcharon, de modo que quedamos prácticamente solos, envueltos por la penumbra.

Después de conversar animadamente —pues se encontraba de excelente humor y no dejaba de elogiar el magnífico estado de las carreteras francesas—, se quitó las gafas y comenzó a limpiarlas.

Mientras lo hacía, soltó una breve risa y me dijo en voz baja:

—Es una molestia verme obligado a llevar estas gafas..., pero supongo que debo ser prudente. Siempre hay que pagar las consecuencias de las propias indiscreciones.

—¿Por qué?

Sonrió con amargura, pero no respondió.

Aunque me había confesado que no era quien aparentaba ser; aunque sabía que era un aventurero y aunque el difunto Arnold me había advertido que no confiara ciegamente en él, por alguna razón no podía evitar sentir simpatía por Shaw. Siempre tenía un humor sereno y discreto, y sus pequeños ojos brillaban alegremente cada vez que pronunciaba alguna de aquellas observaciones ingeniosas o alguna de sus mordaces críticas.

—Creía que el peligro que existía aquella noche en Totnes ya había pasado —comenté.

—Solo de manera temporal, me temo. Gracias a su generosa ayuda, Kemball, pude escapar de sus manos, como ya lo había hecho en otras ocasiones. Pero temo que algún día las mallas de la red se cierren un poco más de lo debido. La verdad es que no me importaría demasiado... si no fuera por Asta. Ya sabe cuánto la quiero —añadió, apoyando los brazos sobre la pequeña mesa e inclinándose hacia mí.

—¿Y si llegara a ocurrirle algún contratiempo? —pregunté.

—Entonces Asta, por desgracia, se quedaría completamente sola —respondió con voz baja y ronca—. Pobre muchacha... Me temo que su situación cambiaría por completo.

Las palabras estaban a punto de brotar de mis labios para confesarle cuán locamente enamorado estaba de Asta y que pensaba pedirle que fuera mi esposa. Sin embargo, vacilé. Creo que temía que pudiera despreciar semejante propuesta, pues recordaba que, al fin y al cabo, ella era su única compañía y que, sin ella, quedaría solo y desamparado. En más de una ocasión me había dicho que Asta era el único rayo de luz que iluminaba su vida amargada. Aunque apenas había dejado atrás la adolescencia, dirigía la gran casa de Lydford con toda la habilidad y la economía de una ama de casa experimentada. Sí; la suya había sido una existencia singular: la hija adoptiva de un hombre obligado con frecuencia a ocultarse bajo disfraces y en lugares desconocidos.

—Esperemos que no ocurra nada —dije con tono animado—. ¿Por qué habría de ocurrir?

Su rostro se iluminó con una sonrisa cargada de significado. Se acomodó de nuevo aquellas horribles gafas redondas y encendió otro cigarro.

—De verdad, señor Shaw —dije—, sus sombríos presentimientos y sus extrañas declaraciones me desconciertan. Es cierto que he procurado servir a sus intereses y que lo considero un amigo, pese a las sospechas que no puedo evitar albergar. Sin embargo, hay un asunto sobre el que nunca ha sido completamente sincero conmigo: su relación con Melvill Arnold.

Se sobresaltó al oír aquel nombre, detalle que me dio mucho en qué pensar.

—No estoy seguro de entenderlo.

—Pues bien —continué—, poco antes de salir de Inglaterra recibí la visita de una tal señora Olliffe, una dama que vive cerca de Bath. Creo que usted la conoce.

—¡Sí! —exclamó con un jadeo, aferrándose al borde de la mesa y levantándose a medias de su asiento—. ¡Entonces lo ha visto! —gritó—. ¿Qué le dijo?

—Varias cosas —respondí—. Afirma que usted no era amigo de Arnold, sino su enemigo más encarnizado.

—¡Le ha dicho eso! —exclamó con amargura—. ¿Y qué más ha dicho esa mujer en mi contra?

—No mucho.

—Vamos —replicó con decisión—. Dígamelo, Kemball, de hombre a hombre. Cuénteme todo lo que esa mujer le ha dicho.

Vi que su actitud había cambiado. Sus pequeños ojos centelleaban de ira y, sobre sus pálidas mejillas, habían aparecido dos manchas escarlatas.

Por mi mente desfilaron los recuerdos de las acusaciones formuladas por aquella mujer; pero, al verlo tan alterado, no quise irritarlo aún más. Por ello le aseguré que cuanto la dama hubiera dicho no era, en modo alguno, ofensivo para él.

—No me está diciendo la verdad, Kemball —declaró, mirándome fijamente a los ojos—. La conozco demasiado bien. Le ha mentido acerca de mí.

—Probablemente —respondí—. Por una curiosa casualidad conozco el verdadero carácter de esa señora, y no es precisamente de los que inspiran confianza.

—¡Entonces la conoce! —exclamó, clavando en mí una mirada penetrante.

—Sé que en una época se hacía pasar por lady Lettice Lancaster y que fue condenada a trabajos forzados por estafadora.

—¿Quién se lo dijo? ¿Cómo sabe eso? —preguntó con rapidez.

—Es de dominio público —respondí—. Así que le ruego que descarte la idea de que cualquier cosa que esa mujer diga para perjudicarlo pueda afectar nuestra amistad.

—¡Ah, sí! —exclamó de pronto, tomándome la mano y estrechándola con calidez—. Lo sé, Kemball. Sé que usted, siendo mi amigo, no se dejará influir por habladurías malintencionadas. Esa mujer es, como muy bien dice, una aventurera sin escrúpulos. La conocí hace años, antes de su condena, pero desde entonces le perdí el rastro. Sin embargo, sé que es mi enemiga y..., bueno, si con ello obtuviera algún beneficio, no tendría el menor escrúpulo en entregarme a Scotland Yard.

—¿Entonces es realmente su enemiga?

—Mi peor enemiga.

—Ah, ahora comprendo el motivo de sus acusaciones —dije.

Un momento después, el tema quedó zanjado.

Regresamos al hotel poco antes de la medianoche y subí en el ascensor hasta mi habitación. Shaw me estrechó la mano y entró en la suya.

Desde mi ventana dominaba una amplia vista de la gran Plaza Carnot y de las calles cercanas, pintorescas bajo el resplandor de sus numerosas luces. Aún no había encendido la lámpara y permanecía contemplando el panorama cuando, de pronto, distinguí a Shaw saliendo apresuradamente del hotel y cruzando la plaza en dirección al Puente du Midi, el puente de hierro situado a la derecha que atraviesa el Ródano.

Observé que, en un instante, se había cambiado tanto el sombrero como el abrigo. Aquel repentino regreso a la calle, después de haberme hecho creer que iba directamente a acostarse, me pareció muy extraño. Sin vacilar, me puse otro abrigo, me calé una gorra de golf, bajé en el ascensor y pronto seguía el mismo camino que él había tomado.

Cuando iba a mitad del puente lo vi caminar lentamente delante de mí. Entonces reduje el paso y me limité a observarlo. Lo seguí al otro lado del río, donde dobló de pronto a la izquierda por el Quai Claude Bernard. Continuó hasta el pie del siguiente puente, el de Guillotière, y allí volvió a

girar a la izquierda por el Cours Gambetta, hasta llegar a una pequeña plaza, la Place du Pont.

Allí se detuvo de repente bajo una farola y consultó su reloj. Luego cruzó con aire despreocupado hasta la esquina de una de las media docena de calles oscuras y desiertas que desembocaban en la plaza, como si estuviera esperando a alguien.

Durante un cuarto de hora permaneció allí, fumando tranquilamente y sin sospechar en lo más mínimo que yo me encontraba cerca.

Pero, al fin, su paciencia obtuvo recompensa, porque de entre las sombras surgió una figura femenina vestida con chaqueta y falda oscuras. Tras un breve instante de vacilación, Shaw avanzó hacia ella mientras la saludaba.

Se encontraron bajo la luz de un farol y, desde el portal donde yo permanecía oculto, estaba lo bastante cerca para distinguir claramente su rostro.

Contuve el aliento.

Era el mismo rostro de la mujer que había comparecido en el banquillo del Old Bailey y había sido condenada por fraude; la misma mujer que ahora vivía con tanto lujo en Ridgehill Manor y a quien en Bath conocían como la señora Olliffe.

Durante unos instantes permanecieron inmóviles en la oscuridad de la noche, con las manos entrelazadas, sin pronunciar una sola palabra.

Y, sin embargo, apenas una hora antes Shaw me había asegurado que aquella mujer era su enemiga más encarnizada y peligrosa.

Capítulo 19 Sombras que se ciernen

Observé a Shaw pasear lentamente con la mujer por las calles traseras, pobremente iluminadas, de Lyon, mientras hablaba con ella con rapidez. Ella, sin embargo, parecía escucharlo con un obstinado silencio.

Él se iba irritando cada vez más, mientras que ella permanecía inflexible.

Vestía con sencillez: una falda de tweed y una blusa de corte turístico, y llevaba un sombrero con un largo velo, al estilo que tantas estadounidenses de viaje por Europa acostumbraban usar.

Recorrieron el barrio obrero situado en la margen oriental del Ródano, donde, detrás de las sucias persianas rojas de los cafés, llegaban ecos de música y risas, y donde numerosos grupos de obreros de las fábricas permanecían ociosos, disfrutando del fresco de la noche. Era un distrito bullicioso y pintoresco que jugaba a mi favor, pues podía seguir a la pareja sin llamar la atención.

Al llegar a la esquina de la Plaza Morand se detuvieron unos instantes. Shaw reforzaba sus palabras golpeándose la palma de la mano con el puño cerrado, mientras ella permanecía inmóvil, escuchándolo con la vista fija en el suelo. Después cruzaron juntos la amplia plaza hacia la izquierda y atravesaron el puente, pasando bajo las profundas sombras del majestuoso Ayuntamiento.

Aunque en algunos momentos llegué a estar muy cerca de ellos, me era imposible distinguir una sola palabra de cuanto decían. Solo podía juzgar por sus gestos y actitudes, y todo indicaba que la mujer había acudido a la cita obligada por las circunstancias y se negaba a hacer lo que Shaw le pedía.

¡Y, sin embargo, apenas aquella misma noche él me había asegurado que esa mujer era su enemiga más peligrosa y encarnizada!

Mientras avanzaba lentamente, sin perder de vista las dos figuras oscuras, reflexionaba sobre ello. Shaw nunca me había ocultado que la policía lo buscaba por algún delito. Su actitud franca y deportiva, unida al profundo cariño que sentía por Asta, me llevaba, casi sin querer, a simpatizar con él. Quizá porque yo amaba a la muchacha y él era su

padre adoptivo, siempre bondadoso, indulgente y preocupado por su bienestar, terminaba por estimarlo, aunque en realidad pudiera ser un aventurero.

Pero ¿por qué aquella mujer, Olliffe, como ahora se hacía llamar, me había asegurado que Shaw había sido el enemigo más feroz de Arnold? Sin duda había sido precisamente por medio de mi anfitrión como ella había sabido de mi existencia y de mi amistad con aquel misterioso difunto.

Sin embargo, mientras los veía doblar la esquina junto al Ayuntamiento y caminar por aquella amplia avenida, tan concurrida durante el día por sus elegantes comercios y ahora silenciosa y desierta, en dirección a la Plaza Bellecour, mis pensamientos regresaron inevitablemente a Asta, la joven que había perdido al hombre que amaba y de la que yo, poco a poco, había terminado enamorándome con toda sinceridad.

De pronto me detuve en seco y abandoné la persecución.

¿Qué importancia tenía para mí? Sus asuntos, cualesquiera que fueran, les pertenecían únicamente a ellos. Yo amaba a Asta. De hecho, había aceptado acompañarlos en aquel viaje precisamente porque mi creciente amor por ella me había llevado a desear ayudarla a olvidar la negra tragedia que había ensombrecido tan bruscamente su joven existencia.

Guy Nicholson había prometido revelarme algo bajo la más estricta confidencia, pero, por desgracia, unos labios misteriosamente silenciados le impidieron cumplir su promesa.

¿Quién los había hecho callar?

Descendí hacia los muelles y, siguiendo la ribera del Ródano, pronto regresé al hotel.

Dejé el sombrero en mi habitación y, al entrar en nuestro salón privado, descubrí con satisfacción que Asta seguía allí.

Había estado leyendo y acababa de levantarse cuando entré. Permanecía junto a las cortinas verde pálido de la ventana, sosteniendo uno de sus pliegues entre los dedos y contemplando la noche estrellada. Su esbelta figura juvenil se recortaba con claridad sobre el suave fondo verdoso; un

delicado rubor coloreaba sus mejillas, sus labios permanecían ligeramente entreabiertos y sus ojos brillaban con un encanto irresistible.

—He estado esperando a papá, señor Kemball —dijo—. ¿Sabe dónde está?

—Creo que ha salido —respondí—. Supongo que estará fumando en alguno de los cafés. Seguramente pensó que usted ya se había acostado.

Y me dejé caer con desgano en un sillón.

Creí advertir que sus ojos se llenaban de lágrimas cuando volvió a mirar hacia los altos ventanales abiertos y contempló la plaza iluminada por la noche. Debo confesar que aquello me sorprendió.

—Está usted angustiada —le dije en voz baja, poniéndome de pie y situándome a su lado—. ¿Qué le ocurre, señorita Seymour? Dígamelo; confíe en mí, en su amigo.

—Yo... apenas lo sé —respondió con voz extrañamente ronca. Le tomé la mano y comprobé que temblaba—. Pero...

—¿Pero qué? —pregunté.

Tenía el rostro vuelto hacia la oscuridad de la noche.

—Bueno —dijo tras una larga pausa, como si le costara decidirse a hablar —, temo que papá haya salido a reunirse con alguien. Cuando llegamos al hotel vi, entre sus cartas, una caligrafía que reconocí.

—La letra de una mujer, ¿verdad?

Se sobresaltó y se volvió rápidamente hacia mí.

—¿Cómo lo supo? —preguntó, jadeando.

—Bueno... lo imaginé —respondí con una sonrisa.

—Lo imaginó correctamente. Y sospecho que esta noche ha salido a encontrarse con ella en secreto, para...

Esperé a que terminara la frase, pero cerró los labios de golpe. El color había desaparecido de sus mejillas y en sus ojos había una expresión de miedo salvaje.

—En confianza, señorita Seymour, también debo decirle que hace media hora lo vi caminando con una dama; una persona que vive cerca de Bath bajo el nombre de Olliffe.

—¡Entonces mis sospechas eran ciertas! —exclamó—. Esa mujer ha vuelto a ejercer su influencia sobre él. ¡Mi pobre papá! Ha caído otra vez en sus garras. ¡Ah, señor Kemball, si tan solo supiera usted toda la verdad! —añadió—. ¡Si al menos me atreviera a contársela!

—¿Y por qué no? Sin duda soy su amigo. Puede confiar en que no traicionaré ningún secreto —dije con toda sinceridad.

—Se han encontrado esta noche. Algo malo está tramándose. Esa mujer es cruel, perversa y no tiene escrúpulos.

—Lo sé... y además es una delincuente condenada.

—¿Entonces la conoce? —preguntó con rapidez, mirándome fijamente.

—Sí. Conozco a lady Lettice Lancaster, como se hacía llamar en otro tiempo, y sé que fue condenada en el Old Bailey por una serie de fraudes extraordinariamente ingeniosos. ¿Fue socia de su padre?

—Creo que sí, antes de que la condenaran —respondió la joven—. Ejercía sobre él una fascinación extraña e incomprensible, como suele ocurrir cuando una mujer malvada domina a un hombre. Él actuaba según sus deseos y... bueno, sé muy poco, señor Kemball, pero, por desgracia, lo poco que sé ya es demasiado. Me sorprende que papá, conociendo el verdadero carácter de esa mujer, se atreva a volver a relacionarse con ella.

—Ella me presentó a su hermano, George King. ¿Lo conoce?

—Sí. A veces se hace pasar por su hermano y otras por su mayordomo o su chófer. Pero en realidad es su marido, Henry Earnshaw, conocido en ocasiones con el apellido Hoare.

—¿Y su padre los ayudó en sus estafas?

—Eso supongo. No tengo pruebas directas, porque ocurrió hace varios años, cuando yo apenas era una niña —respondió.

—¿Y teme que el resultado de la reunión de esta noche sea otro acuerdo entre ellos?

Asintió tristemente.

—La unión de papá con esa gente sería realmente temible —dijo—. ¡Ah, si tan solo quisiera escuchar mis consejos y poner fin a todo esto! Tiene dinero suficiente para vivir con comodidad. ¿Por qué busca el desastre de esa manera? Siempre ha sido tan bueno conmigo, desde que yo era apenas una niña, que no puedo evitar quererlo.

No respondí. ¿Qué podía decir? Anhelaba hablarle con franqueza y apartarla de aquel ambiente de maldad. Pero ¿qué podía hacer? ¿Cómo debía actuar?

—Sospecho que el pobre señor Arnold era amigo de esa mujer —dije unos instantes después, mientras ella permanecía de pie junto a la mesa, frente a mí.

—Sí —respondió—. Creo que fue su amigo y su benefactor. Hizo todo lo posible por defenderla ante el juez, pero no sirvió de nada.

—¿Alguien la entregó a la policía?

—Papá me lo dijo una vez. Cree que fue su propio marido, ese tal Earnshaw.

Permanecí unos instantes en silencio. Pensaba en aquella extraña carta que amenazaba con vengarse del misterioso erudito, el señor Arnold. A este lo habían acusado de algo que no había hecho y, sin embargo, aquella misma acusación me había proporcionado una pista sobre unos hechos muy singulares y me había advertido del verdadero carácter de la acaudalada viuda de Ridgehill Manor.

—¿Tiene su padre algún fundamento para afirmar que la condena de esa mujer se debió a Earnshaw?

—Sí, eso creo; pero nunca se lo ha contado a nadie, excepto a mí.

—Pero si él y la señora Olliffe vuelven a hacerse amigos, sin duda le revelará lo que sabe.

—Probablemente. Entonces ese hombre, Earnshaw, se volverá contra ella... y también contra papá. Ahí reside el gran peligro que temo para él.

Comprendí lo previsora que era, con cuánta atención había sopesado todas las consecuencias y cuán profundamente le preocupaba la

seguridad de su padre. Por otra parte, Shaw no parecía, en absoluto, un hombre dispuesto a correr riesgos innecesarios. Por lo que había visto de él, era un individuo lleno de astucia y habilidad, como correspondía a alguien que vivía de su ingenio.

—Cuénteme todo lo que sepa sobre la relación del señor Arnold con esa mujer de los cien nombres —insistí—. Tengo mis razones para sentir curiosidad.

—Sé muy poco. Una vez, cuando yo tenía unos quince años, papá y yo viajamos con el señor Arnold desde Viena hasta Territet y allí nos encontramos con ella, en el Hôtel des Alpes. Fue muy amable conmigo y me dijo que el señor Arnold había sido un excelente amigo suyo. Recuerdo muy bien aquel episodio, porque ese mismo día me regaló una pulsera de cadena. Todavía la conservo.

—Tengo entendido que su padre se enemistó con Arnold.

—Sí —respondió—. Tuvieron algún desacuerdo. Sin embargo, nunca llegué a conocer la verdadera causa. Evidentemente, él quería verme, porque me escribió para concertar una cita; pero cuando fui al hotel, por desgracia, me enteré de que había muerto.

—Si hubiera vivido, su intención era reunirse en secreto con su padre en Totnes, en Devonshire. Me pregunto por qué tanto secreto.

—Esa misma pregunta me ha estado inquietando desde hace mucho tiempo, señor Kemball —respondió con rapidez—. He llegado a la conclusión de que temía que la señora Olliffe se enterara de su llegada a Inglaterra y enviara a alguien a vigilar sus movimientos. Le tenía miedo.

—Entonces debía de haber alguna razón por la que esa mujer no quería que ellos se encontraran, ¿verdad?

—Eso parece.

Me quedé pensativo. La señora Olliffe sabía ahora que yo había llevado un mensaje al señor Shaw de parte del hombre fallecido que había destruido una fortuna. ¿Temería las consecuencias de ese mensaje y, por esa razón, estaría tendiendo a Shaw una rama de olivo?

Le expuse esa posibilidad a Asta, y se mostró inclinada a estar de acuerdo conmigo.

—Debemos hacer todo lo posible por romper la amistad de su padre con esa mujer —declaré—. Es una relación claramente peligrosa para él.

—Sí, señor Kemball —exclamó—. ¡Ojalá pudiéramos! ¡Ojalá...!

Su frase quedó interrumpida por un sonido que nos sobresaltó a ambos. Escuchamos, mirándonos fijamente con gravedad y sin pronunciar una palabra. El sonido procedía de la habitación contigua —el dormitorio de Shaw—, cuya puerta estaba cerrada.

Era aquel silbido bajo y peculiar que yo había oído por primera vez la mañana en que visité Titmarsh, después de la misteriosa muerte del pobre Guy, y que había vuelto a escuchar durante mi estancia en Lydford.

—¡Ahí está papá otra vez! —exclamó con voz tensa—. Evidentemente no sabe que seguimos despiertos.

El silbido volvió a oírse: un sonido bajo, prolongado y extraño, emitido en una nota aguda.

No era el silbido inconsciente de un hombre distraído en sus pensamientos, sino un sonido lleno de significado, una llamada inconfundible que, mientras permanecíamos inmóviles y en silencio, volvió a repetirse por tercera vez.

Capítulo 20 El hombre del botón carmesí

Pálida y sobresaltada, se llevó un dedo a los labios para indicarme que guardara silencio, y ambos salimos sigilosamente de la habitación, cerrando la puerta tras nosotros.

Avanzamos de puntillas por la gruesa alfombra del corredor, pasando frente a la puerta del cuarto de Shaw. Asta desapareció en su dormitorio, que estaba contiguo, mientras yo seguí hasta el mío.

No podía apartar de mis oídos aquel extraño silbido. Parecía una señal dirigida a alguien; sin embargo, aunque regresé hasta la puerta de Shaw y permanecí allí escuchando durante una hora entera, no oí el menor ruido ni movimiento alguno. La habitación estaba a oscuras y, sin duda, ya dormía.

Cuando por fin me acosté, permanecí largo rato pensando en la amistad de Shaw con la señora Olliffe. Lo que Asta me había contado no hacía sino aumentar el misterio en lugar de disiparlo.

Debí de quedarme dormido hacia las dos de la madrugada, confundido y agotado por las largas horas de viaje, cuando de pronto me despertó un grito agudo y desgarrador.

Me incorporé de un salto y escuché. Era la voz de Asta, que gritaba aterrorizada.

Sin perder un segundo salí al corredor y golpeé la puerta mientras exclamaba:

—¿Qué ocurre? Déjeme entrar.

A los pocos segundos descorrió el cerrojo y abrió la puerta. La encontré envuelta en una bata de color rosa pálido; su abundante cabellera castaña caía sobre los hombros, sus grandes ojos oscuros reflejaban espanto y desconcierto, tenía las manos crispadas y el rostro tan pálido que hasta los labios habían perdido el color.

—¿Qué ha sucedido, señorita Seymour? —pregunté, recorriendo rápidamente la habitación con la mirada.

—Yo... apenas lo sé —balbuceó, sin aliento por el miedo—. Solo... solo... —susurró en voz muy baja—. ¡He vuelto a ver la mano... la Mano de la Muerte!

—¿La ha vuelto a ver? —repetí.

Pero ella levantó un dedo y señaló la puerta del dormitorio de su padre.

—Cuénteme exactamente lo ocurrido —le dije en un susurro—. Hay algo profundamente inquietante y antinatural en todo esto, y debemos investigarlo. Anoche se me apareció a mí, a más de ciento veinte millas de aquí, y esta noche la ha visto usted. ¿Está completamente segura de que la vio?

Le hice esa última pregunta porque aún era de noche, aunque ella ya había encendido la luz eléctrica.

—Sentí un contacto frío y áspero en la mejilla y, al despertar, volví a ver la mano. Como puede ver, siempre dejo una luz de noche encendida —dijo, señalando una pequeña lamparilla infantil colocada sobre un platillo encima del lavabo.

—¿Y desapareció como la vez anterior?

—Al instante. Después me pareció oír un ligero ruido, pero debo de haberme equivocado.

—Sí —respondí, mientras examinaba rápidamente la habitación y miraba debajo de la cama—. Desde luego, aquí no hay nada.

Observé que la puerta de comunicación entre su cuarto y el de su padre seguía asegurada con el pequeño cerrojo de latón.

—Bueno —declaré—, esto es completamente inexplicable.

Mi voz debió de despertar a Shaw, porque lo oímos golpear la puerta y preguntar con voz grave y adormilada:

—¿Qué sucede ahí dentro, Asta?

—Oh, nada, papá —respondió la joven—. Solo creo que debe de haber una rata en mi habitación, y el señor Kemball la está buscando.

—¿No fuiste tú quien gritó? —preguntó con cansancio.

—Sí —respondí, mientras ella descorría el cerrojo y su padre entraba—. El grito de la señorita Seymour me despertó.

—¿Encontró la rata? —me preguntó Shaw.

—No —respondí con una risa, intentando ocultar nuestro temor—. Supongo que, si realmente había una, ya se habrá metido en su madriguera. He buscado por todas partes, pero no encuentro nada.

—¡Ah! —gruñó el hombre, todavía aturdido por el sueño—. Ese es el problema de estos malditos hoteles del continente. La mayoría están infestados de alimañas. Más de una vez he tenido ratas en mi habitación. Bueno, querida —añadió, volviéndose hacia Asta—, vuelve a acostarte y deja encendida la luz eléctrica. Así no saldrán.

La joven y yo intercambiamos una mirada y, después de reírnos con ganas del aspecto tan ridículo que presentábamos los tres, volvimos a despedirnos y yo regresé a mi habitación.

¿Qué significaba aquella inexplicable aparición de la mano? ¿Por qué el moribundo me había advertido acerca de ella?

Comprendía perfectamente la resistencia de Asta a contarle a su padre lo que había visto, sabiendo muy bien que él, hombre práctico y poco dado a fantasías, se habría burlado de ella y habría afirmado que todo había sido un sueño.

Pero no había sido un sueño. Yo mismo había visto aquella Cosa con mis propios ojos, y apenas unas horas antes mi mejilla había llevado la prueba de su existencia real.

Advertí hasta qué punto la había horrorizado aquella nueva aparición y la profunda impresión que había causado en sus nervios, ya de por sí alterados. Sabía que no volvería a acostarse aquella noche; y yo mismo, convencido de que una amenaza desconocida nos acechaba, me vestí y pasé el resto de la noche sentado en un sillón, leyendo una novela francesa.

Por fin amaneció y, en cuanto salió el sol, bajé y salí a dar un largo y reparador paseo por la ribera del Ródano.

A mi regreso encontré a Asta paseando sola bajo los árboles de la plaza cercana al hotel, y mencioné el extraño incidente de la noche.

—¡Ah, señor Kemball, por favor, no me lo recuerde! —me suplicó—. ¡Es demasiado horrible! Yo... no logro comprender qué puede ser, salvo que constituye una advertencia de un mal inminente.

—Una advertencia para los dos —respondí—. Pero ¿de quién debemos cuidarnos?

—Quizá de esa mujer.

—Me pregunto si seguirá en Lyon.

—Probablemente. Esta mañana, hacia las siete, papá envió un mensaje urgente a alguien. Llamó a un camarero y lo oí entregarle una carta con instrucciones de que la enviara inmediatamente.

No dije nada, pero media hora después, gracias a la oportuna inversión de medio luis de oro en el camarero de piso, averigüé que la nota había sido enviada a una madame Trelawnay, hospedada en el Hôtel du Globe, en la Place Bellecour.

Recordé que Trelawnay era uno de los nombres utilizados por la falsa lady Lettice Lancaster. Así pues, después de tomar mi café con leche, me excusé, fui al hotel y allí averigüé que la dama, que llevaba dos días alojada, había recibido la nota, hecho el equipaje apresuradamente y, una hora más tarde, había partido de la estación de Perrache en el expreso con destino a París.

Al regresar se lo conté a Asta y, a las once en punto, ya estábamos nuevamente en la blanca y polvorienta carretera: aquella hermosa Ruta de Italia que, atravesando profundos valles y montañas azuladas, va de Lyon a la tranquila y antigua Chambéry para continuar hacia Modane y la frontera alpina. En Chambéry, sin embargo, tomamos el camino de la izquierda y poco después llegamos a la impecablemente limpia y pintoresca estación veraniega de la alta sociedad: Aix-les-Bains.

Shaw, que se encontraba de excelente humor, se había reído de buena gana de la aventura de Asta con la supuesta rata y, al llegar a nuestro destino, se volvió hacia mí expresando su esperanza de que los tres pasáramos «unas vacaciones magníficas».

Yo había estado en Aix algunos años antes y conocía bien la vida del lugar: los baños termales, el casino, la Villa des Fleurs, las fiestas y los

paseos en barca por el lago Bourget, aquella interminable sucesión de diversiones en la que el rico ocioso podía dejar transcurrir los cálidos días del verano.

Y, ciertamente, las tres semanas que pasamos en el antiguo Hôtel de l'Europe —al que preferimos antes que a un establecimiento más moderno y ostentoso— resultaron deliciosas. Me encontraba constantemente al lado de Asta y observaba que su belleza no pasaba inadvertida para nadie. Vestía siempre con elegancia, aunque sin ostentación, pues Shaw era, al parecer, muy generoso en lo referente a sus vestidos, algunos de los cuales habían sido confeccionados por una conocida modista de la Place Vendôme.

A veces me preguntaba, mientras estábamos sentados juntos en el gran comedor o paseábamos bajo los árboles del agradable jardín, si todavía pensaba en el pobre Guy Nicholson o si, por el contrario, disfrutaba realmente de mi compañía cuando estábamos solos. Había, sin embargo, un hecho evidente: aquella estancia le había hecho mucho bien. Sus grandes ojos oscuros habían recuperado el brillo y la viveza, y en sus labios volvía a dibujarse una sonrisa encantadora que revelaba cuánto disfrutaba de la alegría y la luminosidad de la vida.

Shaw había encontrado por casualidad, en el Grand Cercle, a un francés conocido suyo llamado conde d'Auray, propietario de un castillo a orillas del lago, y un día fue a visitarlo, dejándonos almorzar solos.

Después, mientras tomábamos el café en la veranda del hotel, la contemplé con atención.

Nunca la había visto tan hermosa.

Vestía un conjunto de sarga color crema, realzado apenas por unos discretos detalles en azul pálido. Llevaba un amplio sombrero blanco, largos guantes blancos y zapatos del mismo color. Era la personificación misma del verano. Sí, era verdaderamente exquisita, pensé. Y, sin embargo, resultaba extraño que fuese la hija adoptiva de un hombre que, aun siendo juez de paz, era al mismo tiempo una persona de tan dudosa reputación.

Una y otra vez había intentado convencerla de que me revelara por qué Shaw vivía con un temor tan constante a ser arrestado. Pero ella nunca

traicionó su secreto. Precisamente por eso la admiraba, pues su lealtad hacia él era absoluta. ¿No le debía acaso todo a su bondad y generosidad? Como tantos otros hombres, supuse, habría sido engañado o traicionado por una mujer y, como consecuencia, se había resignado a vivir soltero. Para llevar un poco de juventud y alegría a un hogar que de otro modo habría sido sombrío, había adoptado a la pequeña Asta como hija.

Estábamos hablando de una fiesta que se celebraría al día siguiente cuando, de pronto, se volvió hacia mí en su silla y, con expresión serena pero grave, dijo:

—¿Sabe una cosa, señor Kemball? Estoy muy preocupada.

—¿Por qué? —pregunté de inmediato.

—Esta mañana, cuando regresaba de la sombrerería, vi a Earnshaw, el marido de esa mujer. Por suerte, él no me vio. Pero sospecho que ella también está aquí, en Aix-les-Bains.

—¿Por qué habría usted de temer aunque ella esté aquí? —pregunté.

—Yo… bueno, realmente no lo sé —balbuceó.

—Solamente… para decirle esto en confianza: creo que se está llevando a cabo alguna mala acción, alguna vil conspiración.

—¿Qué le hace sospechar eso? ¿No creerá usted que su padre está implicado en ello?

—¿Cómo puedo saberlo? —exclamó en un susurro ronco—. Vivo siempre llena de temor, sabiendo el peligro constante en que se encuentra.

—Lo sé —dije—. No comprendo por qué no actúa con mayor prudencia. En su casa, en Lydford, seguramente nadie sospecha de él y está a salvo.

—Siempre se lo digo, pero, por desgracia, no quiere escucharme.

—Usted dijo que ahora se encuentra bajo la influencia de esa mujer.

—Lo temo —respondió en voz baja, suspirando con desesperación.

Nos levantamos y salimos juntos hacia el automóvil que esperaba para llevarnos a dar un paseo por las colinas y entre las montañas, pasando por el Pont de la Caille hasta Ginebra, situada a setenta kilómetros de distancia. La tarde era magnífica y, sentados uno junto al otro,

conversamos y reímos alegremente, olvidando ambos todos nuestros temores y preocupaciones.

¡Ah, sí! Aquellos días fueron verdaderamente idílicos, pues yo la amaba con toda mi devoción, y cada hora que pasaba en su compañía hacía que el vínculo se volviera más fuerte y más firmemente forjado.

Pero ¿podría ella corresponder a mi afecto? Esa era la gran y decisiva pregunta que me había hecho a mí mismo; sí, mil veces. Todavía no me atrevía a revelarle el secreto de mi corazón, pues incluso entonces ella seguía pensando y hablando de aquel hombre honrado y recto cuyo prematuro final estaba envuelto en un misterio tan profundo.

Cenamos en Ginebra, en el enorme comedor del Beau-Rivage Genève, que daba al hermoso lago, tranquilo y dorado bajo la luz del ocaso, mientras el Mont Blanc, majestuoso y cubierto de nieve, se alzaba enfrente contra el cielo claro de la tarde. Paseamos durante media hora por la terraza, donde los turistas ingleses tomaban su café después de la cena, y luego, bajo la luz menguante del crepúsculo, Harris nos condujo de regreso a Aix, adonde llegamos alrededor de las diez, después de un día que permanecería mucho tiempo en mi memoria.

Asta tomó mi mano por un instante en el vestíbulo, levantando hacia mí sus magníficos ojos, y después de desearme buenas noches subió en el ascensor hasta su habitación. Más tarde fui al fumadero para encontrarme con Shaw, pero no logré localizarlo. Poco después, el portero del vestíbulo me dijo que se había quejado de sentirse indispuesto y que se había retirado a su habitación.

Me dejé caer en un sillón de mimbre del vestíbulo y encendí un cigarro, pues todavía era temprano. Supongo que debí permanecer allí unos treinta minutos, cuando un camarero me entregó una nota. Al abrirla, encontré un mensaje escrito apresuradamente a lápiz, de parte de Asta:

«Hay peligro, como sospechaba. Tenga cuidado. No se acerque a nosotros y no sepa nada. Destruya esto. —Asta».

Arrugué la carta y la guardé en mi bolsillo, después despedí al sirviente. ¿Qué podía significar aquello?

No había pasado más de un cuarto de hora cuando, mientras continuaba sentado fumando y reflexionando, entró desde la calle un francés alto, de

barba oscura, rostro pálido y aspecto bastante elegante, que llevaba en la solapa de su abrigo el botón rojo de la Legión de Honor.

Miró rápidamente a su alrededor y se dirigió al mostrador de recepción.

Un instante después regresó hacia mí y, deteniéndose, hizo una reverencia y exclamó en un inglés correcto:

—Perdone, señor, pero tengo el honor de hablar con el señor Kemball. ¿No es así?

—Ese es mi nombre —respondí.

—Tengo algo importante que comunicarle al señor —dijo con mucha cortesía, sosteniendo su sombrero gris de fieltro en la mano y mirando rápidamente a su alrededor—. ¿Podría hablar con usted en privado?

—Desde luego —contesté.

Recordando un pequeño salón situado a la izquierda del vestíbulo, lo conduje hasta allí y encendí la luz.

Entonces, después de cerrar cuidadosamente la puerta y encontrarnos solos, dijo con una agradable sonrisa:

—Quizá será mejor que me presente de inmediato al señor. Soy Victor Tramu, inspector de la primera división de la brigada móvil de París, y he venido, aun a riesgo de incomodarlo, para hacerle algunas preguntas acerca de dos personas relacionadas con usted que se hospedan en este hotel: el señor Harvey Shaw y la señorita Asta Seymour.

—¿Personas relacionadas conmigo? —repetí con cierto resentimiento—. ¡Son mis amigos!

El policía sonrió mientras acariciaba su sedosa barba castaña, un gesto que parecía ser una costumbre suya.

—Excelente. Entonces, sin duda, podrá proporcionarme la información que necesito.

—¿Información sobre qué?

—Sobre sus movimientos recientes y, más especialmente, sobre su lugar de residencia.

Guardé silencio, recordando las advertencias de Asta de no saber nada.

Entonces, después de cerrar cuidadosamente la puerta y encontrarnos solos, dijo con una agradable sonrisa:

—Quizá será mejor que me presente de inmediato al señor. Soy Victor Tramu, inspector de la primera división de la brigada móvil de París, y he venido, aun a riesgo de incomodarlo, para formularle algunas preguntas acerca de dos personas relacionadas con usted que se alojan en este hotel: el señor Harvey Shaw y la señorita Asta Seymour.

—¿Personas relacionadas conmigo? —repetí con resentimiento—. ¡Son mis amigos!

El agente sonrió mientras acariciaba su sedosa barba castaña, un gesto que parecía ser una costumbre suya.

—Excelente. Entonces, sin duda, podrá proporcionarme la información que necesito.

—¿Información sobre qué?

—Sobre sus movimientos recientes y, más especialmente, sobre su lugar de residencia.

Guardé silencio, recordando las advertencias de Asta de no revelar nada; pero el hombre permaneció observándome con una mirada tranquila, escrutadora e insolente.

—¿Con qué derecho, si se puede saber, me somete usted a este interrogatorio? —exigí en francés, lleno de indignación, mientras permanecía en el centro de la habitación frente a él.

—¡Ah! De modo que el señor se muestra poco dispuesto a traicionar a sus amigos, ¿eh? —rió Tramu, de quien más tarde descubrí que era uno de los detectives más famosos de Francia—. Llegaron juntos en automóvil desde Lyon y, anteriormente, desde Versalles —observó—. En Lyon su amigo Shaw se reunió con otros de sus asociados, y nuevamente aquí: ayer, en la Villa Reyssac. Como ve, conozco bastante bien lo que ha ocurrido y lo que en este momento está sucediendo. De hecho, he venido desde París precisamente con ese propósito.

—Bueno, eso seguramente no me concierne —exclamé.

—Perdone, pero debo discrepar con el señor —dijo, inclinándose ligeramente, con las manos detrás de la espalda—. Deseo conocer ciertos detalles acerca de esas personas, especialmente dónde viven.

—Será mejor que se lo pregunte directamente a ellos —respondí—. Difícilmente voy a proporcionar información a la policía sobre mis amigos —añadí desafiante.

—¡Bien! Entonces, ¿me permitirá ser franco con usted, señor? —dijo Tramu—. La realidad es que tenemos sospechas, sospechas muy graves, pero no estamos completamente seguros de su identidad.

—Entonces, ¿por qué molestarse conmigo?

—Porque usted puede establecerla con tanta facilidad que no quedaría ninguna duda.

—Pues bien, señor Tramu, me niego rotundamente a satisfacer su curiosidad o a ayudarlo contra mis amigos —respondí, y me volví bruscamente para abandonar la habitación.

—Entonces es lamentable. En ese caso, señor Kemball, debe usted considerarse detenido como cómplice y asociado de los dos individuos en cuestión —dijo con absoluta calma, aunque con firmeza.

Y mientras pronunciaba aquellas palabras, dos hombres, agentes de policía vestidos de civil, que evidentemente habían estado escuchando al otro lado de la puerta, la abrieron sin ceremonia y entraron en la habitación.

La situación era a la vez alarmante e inesperada. Me enfrentaba ahora a un problema sumamente difícil. ¡Estaba detenido! ¡Mi silencio me había costado la libertad!

Asta y su padrastro debían de haber caído ya también en manos de la policía, pues ¿acaso no se encontraban ellos arriba? Verdaderamente, el golpe había sido ejecutado con una rapidez y habilidad extraordinarias, como parecían serlo todos los movimientos planeados por el célebre Tramu, lugarteniente de confianza del señor Hamard, de la Sûreté de París.

La desgracia que Asta había temido durante tanto tiempo se había cumplido, por desgracia.

¿Qué consecuencias tendría aquello? ¡Ah, sí! ¿Qué consecuencias tendría realmente? ¿Cuál podía ser la acusación contra ellos?

Capítulo 21 Más misterio

Sin saber nada del destino de mis amigos, fui introducido sin miramientos en un fiacre y conducido a la oficina de policía, donde durante casi tres horas fui sometido a un minucioso interrogatorio acerca de mi propia identidad y de lo que sabía sobre Harvey Shaw.

Al ser Aix-les-Bains un centro de juego, atrae a la mitad de los *escrocs* de Europa; por ello, estacionados aquí y allá, se encuentran algunos de los policías más hábiles y astutos de Francia. A manos de Victor Tramu y dos de sus colegas fui sometido al más riguroso interrogatorio en una pequeña habitación desnuda, con una alfombra gastada y paredes pintadas de verde oscuro, sede de la Sûreté en aquel distrito. La población de Aix durante el verano es muy semejante a la de Montecarlo en invierno: una colección heterogénea y cosmopolita de ricos ingenuos y aves de rapiña de ambos sexos y de todas las nacionalidades.

Entre las mil y una preguntas con las que traté de esquivar sus averiguaciones, intenté descubrir la naturaleza del delito del que Harvey

Shaw era culpable, pero todo fue inútil. Pregunté directamente a Tramu si él y su hija adoptiva habían sido detenidos, pero no quiso proporcionarme ninguna información.

—Soy yo quien hace las preguntas, no usted, señor —fue su fría respuesta.

Todo el interrogatorio parecía estar encaminado a descubrir el escondite de Shaw en Inglaterra.

—Usted lo conocía en Inglaterra —observó Tramu, sentado ante una mesa sobre la cual había un aparato telefónico, mientras yo permanecía de pie entre los dos agentes que me habían detenido—. ¿Dónde lo conoció por primera vez?

—En una estación de ferrocarril.

—¿En qué circunstancias?

—Tenía que entregarle un mensaje: una carta de un amigo muerto.

Tramu sonrió con incredulidad, y lo mismo hicieron los otros dos funcionarios que se encontraban a su lado.

—¿Y ese amigo muerto? ¿Quién era? —preguntó el célebre detective.

—Un hombre a quien había conocido en un vapor entre Nápoles y Londres. Era un desconocido para mí, pero al enfermar a bordo intenté hacer cuanto pude por ayudarlo. Murió en Londres poco después de nuestra llegada.

—¿Su nombre?

—Melvill Arnold.

Victor Tramu se acarició la barba castaña.

—¡Arnold! ¡Arnold! —repitió—. Melvill Arnold… un nombre inglés. Era inglés, naturalmente, ¿verdad?

—Ciertamente.

—¡Arnold! ¡Arnold! —repitió de nuevo, mirando distraídamente hacia el otro extremo de la habitación—. Y era amigo del sospechoso Shaw, ¿eh?

—Supongo que sí.

—¡Arnold! —volvió a repetir pensativo, como si aquel nombre hubiera despertado algún recuerdo en su memoria—. ¿Era un hombre mayor, de cabellos grises, que había vivido mucho tiempo en Egipto y que era un experto en egiptología?

—Lo era.

Tramu se levantó de un salto, mirándome completamente asombrado.

—¿Y dice usted que está muerto?

—Sí; murió en mi presencia.

—¡Arnold! —exclamó, volviéndose hacia sus colegas—. ¡Ah, sí! Ahora lo recuerdo. Lo recuerdo… ¡un hombre extraordinario y misterioso! ¡Dios mío, qué cerebro tan colosal! ¡Qué conocimientos, qué amigo tan leal y qué enemigo tan formidable! Y ahora, por desgracia, está muerto. Descríbame las circunstancias en las que murió, señor Kemball —añadió con una voz llena de pesar y simpatía.

En respuesta, le relaté brevemente la historia, tal como la he contado en estas páginas, mientras todos escuchaban con atención.

—¿Y realmente lo obligó a usted a quemar los billetes de banco? —preguntó el agente de la Sûreté—. Destruyó deliberadamente su fortuna, el dinero que yo esperaba recuperar, el dinero que él… Pero no. Está muerto, así que no hay nada más que decir.

—Entonces, ¿usted conocía al pobre Arnold, señor Tramu? —observé.

—Muy bien —rió el hombre de barba castaña sentado a la mesa—. Durante años la policía de Europa lo buscó en vano. Era demasiado cauteloso e inteligente para nosotros. En lugar de disfrutar de los placeres de las capitales, prefería el desierto y sus estudios sobre antigüedades egipcias. Se desplazaba con tanta rapidez y tomando tantas precauciones que nunca pudimos echarle la mano encima. De hecho, se dice que tenía a su servicio a dos antiguos agentes de policía, cuya misión era vigilarnos y mantenerlo informado acerca de nuestros movimientos. Verdaderamente, era una mente extraordinaria; un hombre mucho más grande que su conocido Harvey Shaw.

—¿De qué se acusaba a Arnold? —pregunté con ansiedad—. ¿Por qué estaban ustedes tan interesados en conseguir su arresto?

—Oh, había una docena de cargos diferentes contra él —respondió—. Pero ahora está muerto; dejemos que su memoria, la de un hombre verdaderamente extraordinario, descanse en paz. Nuestra acción actual se refiere al hombre llamado Shaw. ¿Dónde lo visitó usted en Inglaterra?

—Él me visitó en mi casa, Upton End.

—¿Y usted no fue a visitarlo a él?

—Lo vi dos veces en el Hotel Carlton de Londres y una vez en el Hotel Adelphi de Liverpool.

—¿Y afirma usted que no tiene conocimiento alguno de sus delitos? —preguntó el funcionario con astucia.

—Si lo hubiera tenido, desde luego no habría aceptado su invitación para venir aquí en una excursión en automóvil —respondí rápidamente.

—¿Y la muchacha? ¿Quiere decir que tampoco sospecha usted nada de los delitos de ella?

—¡Sus delitos! —exclamé—. ¡Dígame, le ruego que me diga qué acusación existe contra ella!

—Ah, mi querido señor, de eso se enterará usted muy pronto —respondió el detective, acariciándose nuevamente la barba—. Me temo que, si su ignorancia de la verdad no es fingida, las revelaciones que están por venir… bueno, lo dejarán profundamente sorprendido.

—¡Pero seguramente la señorita no es una criminal! —exclamé, mirándolo consternado.

—Espere y escuche las pruebas que existen contra ella.

—No lo creeré.

—¡Ah! Porque está usted enamorado de ella, ¿verdad, señor Kemball? —exclamó el célebre detective, con un brillo perspicaz en sus grandes ojos castaños—. Un hombre siempre se resiste a creer que la mujer que ama pueda hacer algo malo. Bien, le aconsejo que espere y vea qué revelan los acontecimientos; que examine cuidadosamente esa terrible historia antes de dedicarle más pensamientos a ella.

—No necesito consejos, señor —protesté con enojo—. Si usted formula acusaciones, lo justo sería que me dijera en qué consisten.

—Eso deberá descubrirlo usted —respondió con una sonrisa astuta—. Usted se ha negado a ayudarme; por mi parte, yo me niego a satisfacer su curiosidad.

—Me ha detenido porque casualmente mantengo una relación amistosa con este hombre y su hija. Por lo tanto, seguramente tengo derecho a conocer el delito que se les atribuye —protesté indignado.

—El hecho que usted mismo ha revelado —a saber, que Shaw y Melvill Arnold eran amigos— es completamente suficiente para demostrar aquello que realmente sospechaba. La identidad del hombre ha quedado perfectamente establecida, aunque usted se negara a proporcionarme información.

—Son mis amigos —observé con resentimiento.

—Quizá ya no lo sean cuando conozca la verdadera realidad acerca de ellos —dijo, sonriendo sombríamente.

—¿Y cuál es, entonces, esa terrible acusación contra ellos?

—¿Acaso no le he dicho ya que la conocerá usted muy pronto? —fue la rápida respuesta del célebre detective, cuyo nombre era una palabra conocida en todos los hogares de Francia; y sus dos compañeros sonrieron.

El teléfono comenzó a sonar, y uno de ellos tomó el auricular y escuchó.

Después se lo entregó a Tramu, quien, por sus palabras, comprendí que hablaba con el comisario de policía de la Gare de Lyon, en París, pidiéndole que vigilara cuidadosamente la llegada de un tren.

—Gracias. Avíseme en cuanto llegue —añadió.

Luego colocó el auricular en su sitio y terminó la comunicación.

Una vez más volvió al ataque, intentando descubrir por mí dónde se había ocultado Shaw en Inglaterra. Pero yo fui tan evasivo como él mismo había sido conmigo. Estaba luchando por la mujer que amaba. Le dije vagamente que vivían en el norte de Inglaterra, con el propósito de desorientarlo, pero afirmé que desconocía su verdadero lugar de residencia.

Sin embargo, él se limitó a sonreír con incredulidad y respondió:…

—El señor está enamorado de la señorita. Los he observado a ambos durante los últimos dos días, y sé que usted conoce su dirección en Inglaterra.

¡Aquel hombre realmente nos había estado vigilando mientras nosotros permanecíamos completamente ajenos al espionaje! Una vez más, una furiosa indignación se apoderó de mí. Me reconocí a mí mismo que había actuado con imprudencia al relacionarme con un hombre que sabía que era un fugitivo de la justicia; pero jamás se me había ocurrido que pudiera verme sometido a una prueba semejante a aquella que estaba padeciendo.

Amenazando alternativamente, halagando, advirtiendo y haciendo gestos, Tramu, un verdadero maestro en el arte del interrogatorio, me sometió a preguntas hasta que el primer resplandor rosado del amanecer apareció por la ventana. Pero no consiguió obtener nada más de mí. Le dije francamente que, puesto que él se negaba a proporcionarme información alguna, yo, por mi parte, permanecería en silencio.

Su molestia era evidente. Había esperado que yo relatara dócilmente todo cuanto sabía, pero en cambio descubrió que yo podía ser tan evasivo en mis respuestas como él era hábil al formular sus preguntas. A su vez, entraron en la habitación casi media docena de funcionarios de policía, quienes me observaron con considerable curiosidad, hasta que, enfadado, exclamé:

—¡Esta actuación suya, señor Tramu, es vergonzosa! Sé que este es su abominable sistema policial francés, pero exijo que se comunique mi detención al cónsul británico, ante quien presentaré una queja.

—Mi querido señor —rió el hombre del pequeño botón rojo en la solapa —, eso será completamente innecesario. Creo que a estas alturas podemos ya prescindir de su presencia. Está usted libre de marcharse.

Y dirigiéndose a un hombre uniformado, añadió:

—Traiga al chófer.

Me volví bruscamente y abandoné la habitación, pero mientras avanzaba por el corredor vi al fondo a Harris sentado entre dos agentes uniformados.

Seguramente no obtendrían ninguna información de él, pues solo había sido contratado para el viaje y nada sabía acerca de Harvey Shaw ni de Asta, salvo… ¡ah! quizá conociera su dirección en Lydford.

Por eso le grité desde el corredor:

—¡Harris! No les diga la dirección del señor Shaw en Inglaterra, haga lo que haga.

—Muy bien, señor —respondió alegremente—. Este es un trabajo muy extraño, ¿verdad, señor? Me arrestaron mientras estaba en la cama.

—¿Dónde está el señor Shaw?

—No lo sé, señor. Supongo que él y la señorita Asta deben de estar por aquí dentro en alguna parte —fue su respuesta, mientras lo conducían a la habitación donde el gran Tramu lo esperaba.

Al regresar al hotel, el somnoliento portero nocturno me permitió entrar.

No; no había visto nada del señor Shaw ni de la señorita.

Subí apresuradamente las escaleras hasta nuestro conjunto de habitaciones, pero ellos no estaban allí. Las camas no habían sido utilizadas, pero su equipaje estaba amontonado, evidentemente por la policía, preparado para ser retirado y examinado. Los cajones y armarios habían sido registrados después de su huida, pues las habitaciones estaban en completo desorden.

En mi propia habitación, durante mi ausencia, todo había sido puesto patas arriba. La cerradura de mi caja metálica de documentos había sido forzada y su contenido estaba esparcido sobre la cama. En Francia, cuando la policía realiza un registro domiciliario, ciertamente lo hace con absoluto rigor.

¿Era posible que, al examinar las pertenencias de Shaw y Asta, la policía hubiera descubierto la dirección de su refugio en Inglaterra?

Permanecí en el centro de la habitación contemplando el montón de papeles y cartas sobre la cama, lleno de inquietud y desconcierto.

Al volver abajo, convencí al corpulento portero nocturno suizo para que despertara al gerente; y unos diez minutos más tarde este último

apareció ante mí con pantalones y chaqueta, evidentemente de muy mal humor por haber sido molestado.

Pareció sorprendido al verme allí, y le dije riendo:

—Supongo que creyó usted que me habían detenido.

—Bueno —respondió—, la policía se lo llevó.

—Solo para interrogarme —contesté—. Pero estoy buscando a mis amigos.

—Y la policía también los está buscando, según creo —respondió bruscamente—. No favorece la reputación del hotel tener huéspedes de esa clase, señor.

—¡Entonces no han sido detenidos! —exclamé lleno de alegría.

—No. Creo que la señorita, al bajar las escaleras, reconoció al inspector de la Sûreté de París. Regresó corriendo y se lo comunicó a su padre; después, tomando apresuradamente su maletín de viaje, mientras él cogía una pequeña bolsa, ambos bajaron por las escaleras de servicio y salieron por la parte trasera del edificio. Allí hay una puerta que permanece siempre cerrada con llave, pero el señor Shaw de alguna manera se había procurado una en caso de emergencia, pues la encontramos puesta en la cerradura. Cuando la policía, después de detenerlo a usted, subió para capturar a la pareja, descubrió que ya habían escapado. Debieron de correr hasta la estación y tomar el expreso nocturno a París, que salía aproximadamente a la hora en que ellos pudieron haber llegado allí.

—Y la policía está furiosa —dije—. Sin duda lo está.

—Creo que acaba de perder una captura de enorme importancia.

—¿Cuál era la acusación contra ellos? —pregunté.

—Ah, no quisieron decírmelo —fue su respuesta—. Parecían actuar con gran cautela y secreto. Examinaron todo cuidadosamente y no se marcharon hasta hace unos tres cuartos de hora.

Y con aquello tuve que conformarme.

Capítulo 22 El secreto de Harvey Shaw

Durante tres días permanecí en Aix, esperando alguna noticia o mensaje de los fugitivos; pero no llegó ninguno.

Tramu me visitó dos veces, evidentemente sorprendido por la vía de escape que Shaw había preparado con tanta astucia. Sin duda había conseguido una impresión de una de las llaves maestras de los sirvientes y había hecho fabricar otra que encajara con la puerta cerrada, la cual impedía a los huéspedes salir por cualquier otro lugar que no fuera el vestíbulo principal. Había previsto que quizá fuera necesario huir, y el hecho de que se hubiera preparado para ello demostraba que era tanto astuto como intrépido.

Las advertencias de Asta para que no dijera nada dejaban claro que aún tenían la intención de mantener en secreto su escondite. Y si Shaw era el aventurero que yo creía, no era probable que ni él ni ella llevaran consigo algo que pudiera revelar su identidad más respetable.

Así pues, finalmente, lleno de graves preocupaciones, abandoné Aix, hastiado de su música y de su alegría veraniega, y regresé a casa, deteniéndome una noche en el Grand de París, hasta llegar debidamente al Cecil, en Londres. Allí encontré un paquete de cartas que me habían enviado desde Upton End, y entre ellas había una carta formal de un bufete de abogados llamado Napier y Norman, con domicilio en el número 129 de Bedford Row, W.C., en la que manifestaban que representaban al difunto señor Guy Nicholson, de Titmarsh Court, y me rogaban que acudiera a verlos sin demora.

Actuando con precaución, por temor a ser vigilado, inmediatamente después de mi llegada telefoneé desde la habitación de mi hotel a Lydford, pero la respuesta llegó en voz de una mujer, quien dijo que «el señor» y la señorita Asta continuaban todavía en el extranjero. Por ello, hacia el mediodía de la mañana siguiente a mi regreso, fui en taxi hasta Bedford Row y pronto fui conducido al sombrío despacho privado de un anciano de voz tranquila: el señor George Napier, jefe de la firma.

—Me alegra muchísimo que haya venido, señor Kemball —dijo mientras se recostaba en su silla—. Creo que usted estuvo presente en Titmarsh poco después de la lamentable muerte de nuestro cliente, el señor Guy Nicholson. En efecto, ahora recuerdo que nos encontramos durante la investigación judicial. Bien, el señor Nicholson, al igual que su padre y su abuelo antes que él, había confiado sus asuntos a nuestras manos y, naturalmente, después de su fallecimiento examinamos sus pertenencias en busca de documentos relacionados con su patrimonio o de papeles privados que no debieran caer en manos de nadie. Entre ellos encontramos esta carta, sellada tal como usted la ve, y dirigida a usted. Evidentemente la había apartado con la intención de enviarla por correo a la mañana siguiente, pero falleció durante la noche.

Y sacando una carta de un cajón de su escritorio, me la entregó.

Miré el destinatario y observé que estaba preparada para ser enviada y que incluso llevaba ya un sello postal.

—La muerte del pobre Nicholson fue sumamente misteriosa —exclamé, mirando al abogado directamente a los ojos—. No creo que haya fallecido por causas naturales.

—Bueno, me temo que no podemos apartarnos de las pruebas médicas —respondió el hombre de rostro gris y carácter práctico, mirando por encima de sus gafas—. Naturalmente, la puerta cerrada con llave fue una circunstancia muy extraña; sin embargo, podría explicarse si uno de los sirvientes, al pasar por allí antes de retirarse, hubiera girado la llave. O bien, como usted sugirió durante la investigación, el criado que entró en la biblioteca por la mañana pudo haber creído que la puerta estaba cerrada con llave. Es posible que se hubiera atascado de algún modo, como a veces ocurre con las cerraduras.

Sacudí la cabeza con escepticismo y, con dedos impacientes, rompí el sobre del mensaje del difunto.

Por la fecha, era evidente que había sido escrito apenas unas horas antes de su muerte prematura, y decía así:

«Estrictamente privado.

Estimado señor Kemball:

Temo que, debido al hecho de haber prometido a Asta llevarla de paseo en automóvil el domingo, quizá no pueda cumplir la cita que tenía con usted. Desde nuestra conversación confidencial he estado observando y he descubierto ciertos hechos en Lydford que me causan la mayor inquietud. Shaw no es quien aparenta ser, y muchos de sus movimientos son sumamente misteriosos. Mediante una vigilancia constante, tanto mientras he estado allí como huésped, como durante la noche, cuando ellos creían que me encontraba tranquilamente en casa, he podido averiguar varios hechos extraordinarios.

Primero: en secreto y sin que nadie lo sepa —ni siquiera sus jardineros— prepara ingeniosas trampas para pequeños pájaros, que visita periódicamente durante la noche, llevándose consigo a las desdichadas criaturas que encuentra atrapadas en ellas.

Segundo: tiene la costumbre de salir por la noche y caminar por los bosques de Woldon hasta un lugar cercano al pueblo de Geddington, en la esquina del camino que viene de Newton, y allí se reúne con un hombre de mediana edad que suele detenerse en la posada. Una vez los seguí y escuché parte de su conversación. Estaban planeando algo, pero no pude descubrir qué. Sin embargo, estoy seguro de que ambos advirtieron mi presencia y, por ello, parece temerme y mostrarse molesto cada vez que visito Lydford.

Tercero: en su dormitorio hay un armario junto a la chimenea. La puerta está esmaltada de blanco y, al principio, no se distingue del resto del revestimiento de madera. Examínela y verá que está asegurada con dos de las cerraduras modernas más caras y complicadas que existen. ¿Qué contiene ese armario? Su contenido no puede ser vajilla de plata ni objetos de valor, pues hay una gran caja fuerte a prueba de incendios en la planta baja. Allí se oculta algún misterio.

Cuarto: aunque finge con gran habilidad una profunda devoción hacia Asta, la odia. ¡Pobre muchacha! Ella lo quiere y no puede ver esas miradas oscuras y furtivas que él le dirige tantas veces cuando ella está de espaldas. Pero yo las he visto, y conozco —o al menos he adivinado— la razón.

Quinto: si usted es un huésped frecuente allí, escuchará a veces que emite un extraño silbido agudo sin motivo aparente, como si lo hiciera sin darse cuenta. Pero lo hace con una intención. ¿Cuál es esa intención?

Siento que Asta corre peligro y, por lo tanto, es mi deber protegerla y esclarecer el misterio de la extraña conspiración que estoy convencido de que actualmente se encuentra en marcha. Es para tratar estos asuntos y unir nuestros esfuerzos para mantener una vigilancia constante que deseo pasar unas horas con usted. Piense cuidadosamente en estos cinco puntos y, si no puedo acudir el domingo, iré en automóvil el lunes alrededor de las once de la mañana.

Mientras tanto, tenga cuidado de no demostrar que sabe o sospecha nada. Sé que Shaw sospecha de mí y, por ello, debo encontrar algún medio de disipar sus sospechas.

Eso, sin embargo, será un asunto que tendremos que discutir seriamente cuando nos encontremos.

Asta me ha contado un incidente extraño y sumamente inquietante que le ocurrió una noche, hace algún tiempo, en la casa de una amiga: la aparición de una mano negra y sombría. Creo poseer la solución del misterio: una solución extraordinaria y terrible.

Solicito su ayuda en este asunto y deseo fervientemente reunirme con usted para discutirlo con todo detalle. Tenga la bondad de destruir esta carta.

Suyo muy sinceramente,

Guy Nicholson.»

Me quedé sentado, atónito.

Era exactamente como había creído. El hombre que había sido derribado tan repentinamente había descubierto la verdadera realidad. Había observado pacientemente y aprendido algunos hechos extraños y alarmantes.

La referencia a la mano llenó mi mente con el espantoso recuerdo de lo que había visto en aquella posada junto al camino en Arnay-le-Duc, y de la extraña advertencia de Arnold. ¿Quién era Harford, el nombre que

debía recordar? Asta le había contado a su amado su propia experiencia, ¡y él había resuelto el misterio!

Pero no había vivido lo suficiente para revelármelo. Sus labios habían quedado sellados por la muerte. El nombre de Harford seguía siendo desconocido para mí.

No sé cuánto tiempo permanecí allí contemplando la carta densamente escrita que sostenía en la mano. Pero volví a ser consciente de dónde me encontraba al escuchar la tranquila voz del señor Napier, que decía:

—Veo que la carta de mi difunto cliente le ha causado una profunda impresión, señor Kemball. Supongo que es de carácter estrictamente privado, ¿verdad?

—Completamente privado —logré responder—. No concierne a sus asuntos en modo alguno y está marcada como «estrictamente privado».

—Oh, muy bien. Naturalmente, no tengo ningún deseo de inmiscuirme en sus asuntos privados con mi difunto cliente —respondió el abogado—. Creí que podría contener algo importante y, por esa razón, dudé en enviarla por correo.

—Sí —dije con intención—, contiene algo importante; algo muy importante, señor Napier. Si esto hubiera llegado a mis manos a tiempo, quizá la vida de mi pobre amigo se habría salvado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó rápidamente, mirándome fijamente desde el otro lado de la mesa—. ¿Tiene alguna prueba? ¿Pruebas de que hubo juego sucio?

—No tengo pruebas, pero sí encuentro un motivo claro.

—¿Algo sobre lo cual pudiéramos trabajar para llevar al culpable ante la justicia, suponiendo que el señor Nicholson realmente no haya muerto por causas naturales?

—¡Le digo que no fue así! —exclamé con enojo—. El jurado del pueblo quedó impresionado por las pruebas médicas, como ocurre con todos los jurados rurales. Su cliente, señor Napier, descubrió el secreto de otro hombre, y este último tomó medidas para silenciarlo.

—¿Pero puede demostrarlo? ¿Puede decirme el nombre de ese hombre?

—Sí —respondí—, puedo decir el nombre del hombre. Y algún día lo demostraré.

—¡Puede hacerlo! ¿Por qué no pone el asunto en manos de la policía, junto con lo que se revela en esa carta? Permítame actuar a mí —sugirió.

—Yo mismo actuaré. Por ahora no es un asunto para la policía. Han llegado a mi conocimiento ciertos hechos que, si fueran comunicados a Scotland Yard, no serían creídos. Por lo tanto, de momento tengo la intención de guardar estrictamente para mí todo lo que sé.

Y, volviendo a colocar el mensaje del difunto dentro de su sobre, lo guardé cuidadosamente en el bolsillo interior de mi chaqueta. Después de despedirme del abogado, pronto me encontré en mi taxi recorriendo a toda velocidad Holborn.

¿Por qué había sospechado Nicholson que el afecto de Shaw hacia su hija adoptiva era solamente fingido? ¿Por qué afirmaba que Shaw la odiaba? ¿Por qué sentía un terror tan mortal de que algún mal pudiera sucederle?

Quizá, después de todo, al observar con tanta atención había descubierto ciertas circunstancias y las había interpretado erróneamente, pues ciertamente, hasta donde yo podía ver, Shaw estaba completamente entregado a la joven que había sido su compañera constante desde los días de su infancia. No obstante, aquella extraña carta, escrita por el hombre cuya intención había sido revelarme el secreto de la misteriosa sombra nocturna, me había decidido a continuar la vigilancia que había sido interrumpida tan bruscamente.

Yo también observaría con atención en cuanto descubriera el lugar donde se ocultaban, tan minuciosamente como lo había hecho el difunto. Si Asta se encontraba realmente en peligro, entonces yo ocuparía el lugar de protector que había dejado vacante aquel joven recto y honrado que, al parecer, había perdido la vida en el intento.

Pero pasaron los días, e incluso las semanas. Terminó septiembre y llegó octubre con lluvias y vientos fríos; y aunque regresé a Upton End y con frecuencia hice averiguaciones por teléfono a Lydford, y aunque escribí a Davis a la *Poste Restante* de Charing Cross, no pude obtener ninguna noticia de ellos. Habían bajado por aquellas escaleras traseras del hotel

en Aix y habían desaparecido por completo, como si la tierra se los hubiera tragado.

Un día de mediados de octubre, impulsado por una repentina resolución de cumplir el deseo de Nicholson de investigar, fui en automóvil hasta Lydford y, al llegar alrededor del mediodía, encontré todo tan elegante y cuidado como si su propietario se encontrara en casa.

Le conté a la ama de llaves una historia poco convincente, y ella, al reconocerme, acudió a recibirme en el largo salón revestido de chintz, cuyas persianas estaban bajadas. No había recibido noticias de su señor desde hacía un mes, me explicó aquella mujer de rostro amable. En ese momento se encontraba en Aix. Le dije que yo lo había dejado allí y que había regresado a Inglaterra, y que ahora deseaba descubrir dónde se encontraba.

Después de una breve conversación, mostré mi dedo índice izquierdo envuelto en un viejo guante y le expliqué que, durante el camino, había tenido una avería en el motor y me había lastimado el dedo.

—Creo que el señor Shaw guarda en su habitación un pequeño botiquín —dije, pues recordaba que en cierta ocasión me había mencionado que tenía uno allí—. Me pregunto si podría subir y tratar de encontrar un trozo de venda.

—Desde luego —respondió la señora Howard.

Y me condujo escaleras arriba hasta el apartamento situado sobre el salón, precisamente el lugar que yo había acudido a Lydford con el propósito de examinar. Era una habitación grande, luminosa y bien amueblada, con una enorme librería en uno de los extremos y un canario en una jaula junto a la ventana.

Sin demasiada dificultad encontró la pequeña caja negra de laca japonesa que contenía diversos medicamentos y vendas, y de inmediato le pedí que bajara a buscar un pequeño recipiente con agua tibia.

Entonces, en el instante en que hubo salido, busqué el armario señalado en la carta del difunto.

Sí, allí estaba: un armario largo y estrecho junto a la chimenea, asegurado con dos grandes cerraduras de un tipo sumamente complejo, como las

que suelen encontrarse en las puertas de cajas fuertes o cámaras de seguridad.

Me incliné y las examiné detenidamente.

Observé que la cama estaba colocada de tal manera que los ojos de cualquiera que estuviera acostado en ella quedarían dirigidos hacia aquella puerta.

¿Qué secreto podía ocultarse allí? ¿Qué era exactamente lo que el difunto había sospechado?

¡Ah, qué duda tan inquietante! ¿Qué podía haber detrás de aquella puerta?

Capítulo 23 Un extranjero

Permanecí largo rato ocupándome de mi dedo lastimado —que en realidad me lo había herido una semana antes—, al mismo tiempo que investigaba minuciosamente el apartamento del hombre desaparecido. Salvo por el armario, asegurado tan misteriosamente mediante aquellas cerraduras de combinación, no había nada extraordinario en él. La vista se extendía agradablemente sobre el amplio parque de suaves ondulaciones, y los sillones con mullidos cojines y el sofá mostraban claramente que Harvey Shaw gustaba de la comodidad y del descanso.

Sin prisa alguna por marcharme, conversé amablemente con la señora Howard, recorriendo aquella gran casa antigua y de estilo tradicional, adentrándome en habitaciones y lugares donde nunca antes había estado.

—El pobre señor Nicholson solía quedarse aquí algunas veces, ¿verdad? —pregunté con aparente indiferencia.

—Oh, sí, señor. Al amo le encantaba tener aquí al pobre joven caballero. Solía ocupar la habitación azul, casi frente a la del señor Shaw; la que da hacia la entrada principal. ¡Pobre señor Nicholson! Todos le teníamos mucho cariño. Fue muy triste, ¿verdad, señor?

—Muy triste, en efecto —respondí—. El golpe debió de haber destrozado casi por completo el corazón de la señorita Asta.

—¡Ah! Así fue, señor. Al principio pensé que la pobre muchacha perdería la razón. Estaba tan entregada a él. El señor Shaw también le tenía mucho aprecio, lo sé, porque una vez lo escuché decir que él era el único hombre que elegiría como esposo para la señorita Asta.

—¿Cuándo dijo eso?

—Estaba sentado en la sala de fumar con un amigo suyo —uno de los jueces de paz—, sir Gilbert Campbell, una noche después de la cena, aproximadamente dos semanas antes de que muriera el pobre joven caballero. Yo pasaba por allí y escuché sus palabras.

Reflexioné durante unos momentos.

O bien Shaw era un maestro consumado en el arte de preparar una maniobra secreta, o bien las sospechas de Guy eran equivocadas. Allí, en la intimidad del hogar, se afirmaba que Shaw estaba completamente entregado a Asta. Ciertamente, mis propias observaciones parecían confirmar esa suposición.

—Me pregunto quién sabrá dónde se encuentra el señor Shaw —dije al cabo de un momento—. Deseo comunicarme con él por un asunto de gran importancia.

—Bueno, señor, es muy extraño que no me haya escrito. Nunca antes había permanecido tanto tiempo en silencio.

—¿Cuánto tiempo lleva usted con él?

—Oh, unos tres años ya, señor.

Entonces descendimos juntos por la amplia escalera de roble, y salí a los hermosos jardines conversando con el viejo jardinero jefe, de barba blanca, y recorriendo los invernaderos de uvas y melocotones, todos ellos mantenidos con una perfección admirable.

¡Qué extraño!, pensé.

¿Qué pensarían todos aquellos excelentes sirvientes si conocieran la verdad? Que su amo, un hombre envuelto en misterio, era un fugitivo de la justicia; que él y Asta habían bajado sigilosamente por las escaleras traseras de un hotel y habían desaparecido en la noche mientras la policía entraba por la puerta principal.

Mientras regresaba en automóvil aquella tarde, atravesando los caminos teñidos por los colores del otoño, con praderas sonrientes extendiéndose por todas partes, repasé tranquilamente la situación.

Después de todo, no había realmente nada misterioso en el hecho de que Harvey Shaw tuviera en su dormitorio un armario cerrado con tanta seguridad. Él mismo había admitido llevar una doble vida; por lo tanto, era lógico suponer que poseía numerosos documentos e incluso quizá prendas de vestir que se veía obligado a ocultar de las miradas indiscretas de sus sirvientes.

Recordé toda la carta de Guy y comprendí que el punto principal era el hecho de que había resuelto el extraño misterio de aquella mano

inexplicable: aquel Algo sombrío que yo mismo había presenciado y contra lo cual Arnold me había advertido.

¿Qué era aquello?

Pero aparté el enigma de mi mente. Mi principal preocupación era Asta. ¿Dónde podía estar? ¿Por qué no me había enviado en secreto alguna noticia sobre su escondite? Por un acuerdo tácito, ella me había aceptado como amigo; por ello me sentía decepcionado al no recibir ninguna señal de su parte.

Aquella noche, después de leer mi periódico de Londres mientras fumaba un cigarro, como era mi costumbre, salí de la biblioteca alrededor de las once y me retiré a mi habitación.

Debía de estar profundamente dormido cuando, de repente, la alarma eléctrica que mi padre había mandado instalar años atrás en la puerta de la gran caja fuerte de la biblioteca, para mayor seguridad, comenzó a sonar con un estrépito ensordecedor, haciéndome saltar de la cama sobresaltado.

Tomé mi revólver de un cajón del tocador, hice sonar el timbre de las habitaciones de los sirvientes y encendí mi lámpara eléctrica de mano. Pero ya toda la casa se encontraba alarmada, y los perros ladraban furiosamente contra los intrusos, fueran quienes fueran.

Acompañado por mi criado Adams, bajé la escalera principal y, con el revólver en la mano, entré en la biblioteca. La ventana estaba abierta, y debajo de la puerta de la caja fuerte, sobre la alfombra, había una linterna barata de las llamadas de ojo de buey, con dos cilindros que contenían gas y otros instrumentos, demostrando que los ladrones eran hombres de método científico, pues comprendí que su intención había sido utilizar un soplete de oxígeno e hidrógeno.

Ya habían eliminado las cabezas de algunos remaches y habían perforado un pequeño agujero en el acero templado de tres cuartos de pulgada de grosor.

Todo había marchado bien hasta que tocaron la manija de la puerta de la caja fuerte, lo que activó la alarma, cuya existencia ellos jamás habían sospechado. Entonces su única posibilidad de seguridad fue huir, dejando atrás los objetos que he mencionado.

Adams telefoneó a la policía, mientras Tucker bajaba desde la casa del guarda. Yo solté a los perros y salí al camino de entrada. Pero, por desgracia, los ladrones ya se habían marchado y no era probable que fueran capturados, pues en respuesta al mensaje telefónico me informaron que el policía rural se encontraba patrullando su zona y que no regresaría hasta dentro de un par de horas.

Los tres hombres, junto con varias de las criadas, permanecimos fuera, en el césped, comentando el asunto en voz baja, en el profundo silencio de la noche, cuando de pronto escuchamos claramente, a lo lejos, en el valle más allá del Bosque del Rey, el arranque de un automóvil y cómo el sonido se fue debilitando gradualmente a medida que se alejaba por la carretera principal.

—¡Ahí se van! —exclamé—. Llegaron en un automóvil, y los estaba esperando al pie de la colina, cerca del cruce de Three Oaks.

Entonces corrí hacia el teléfono y hablé con el sargento de policía de guardia en Newport Pagnell, pidiéndole que detuviera cualquier automóvil que se aproximara desde mi casa, explicándole lo ocurrido.

Pero media hora más tarde me llamó para decirme que ningún vehículo había entrado en la ciudad desde ninguna dirección; por lo tanto, era evidente que, en lugar de pasar por Newport Pagnell, habían tomado uno de los caminos secundarios y se habían internado por alguna ruta rural hacia un destino desconocido.

No dije nada, pero para mí era completamente evidente que el objetivo del intento de robo en mi caja fuerte había sido el misterioso cilindro de bronce que yo conservaba en depósito por encargo de Melvill Arnold.

Cuando me quedé solo en la habitación, abrí la caja fuerte con mi llave y, con satisfacción, vi que el antiguo y maltrecho objeto seguía allí, junto con las cartas y la traducción de los jeroglíficos.

Una vez más saqué el pesado cilindro, el mayor tesoro de aquel extraño anciano que había destruido deliberadamente una fortuna, y lo sostuve en mis manos lleno de asombro y desconcierto.

¿Qué podía contener que llegara a asombrar al mundo?

Seguramente nada en nuestros días sorprende ya a este mundo práctico nuestro. Nos hemos acostumbrado a las demostraciones de maravillas, desde el uso del vapor hasta el desarrollo de la aviación, el descubrimiento del teléfono y la aplicación de la telegrafía inalámbrica.

¡Cuánto deseaba llamar a un herrero, cortar el metal y descubrir qué contenía!

Pero no me atrevía. Conservaba aquel objeto en depósito para alguna persona desconocida que, el jueves tres de noviembre, acudiría a mí y exigiría su entrega.

Todo cuanto me habían contado acerca de las desgracias que habían caído sobre sus poseedores y del misterioso destino que aguardaría a cualquiera que intentara manipularlo pasó por mi mente.

En verdad, mis pensamientos siguieron tal rumbo que comencé a preguntarme si la posesión de aquel objeto tendría alguna relación con la aparición de aquella misteriosa mano.

Sin embargo, poco después coloqué nuevamente el cilindro en su lugar y cerré con llave la caja fuerte, pues la policía de Newport Pagnell acababa de llegar y les indiqué que entraran.

Realizaron un examen minucioso de la habitación y se llevaron los objetos dejados atrás por los intrusos, pero no encontraron huellas digitales en ninguno de ellos. Mis visitantes eran evidentemente ladrones expertos, pues habían utilizado guantes. Y, sin duda, habían permanecido dentro de la casa durante al menos una hora antes de intentar abrir la puerta de la caja fuerte y activar accidentalmente la alarma.

Si hubieran aplicado el potente chorro de calor sobre la puerta de acero y hubieran fundido un agujero en ella, quizá habrían logrado su objetivo sin alterar en absoluto el sistema de alarma.

Al día siguiente, después de guardar el cilindro, el viejo periódico y las cartas en una bolsa, los llevé a Londres, donde los deposité en una caja en las bóvedas de la compañía de cajas de seguridad de Chancery Lane. Luego almorcé en mi club y regresé nuevamente a Upton End aquella misma tarde.

De repente, mientras cenaba solo esa noche, se me ocurrió que, si Harvey Shaw y la señora Olliffe eran realmente amigos, entonces esta última probablemente conocería su paradero.

Aquella idea me impulsó a actuar. Como la noche era clara y luminosa, con la promesa de luna llena más tarde, saqué mi grueso abrigo de automovilista, preparé una pequeña bolsa y, después de revisar el automóvil, emprendí el largo viaje en dirección a Bath.

Mi camino me llevó por Fenny Stratford y Bicester, pasando por Oxford y descendiendo hasta Newbury. Cuando pasé junto al reloj del Jubileo en esta última ciudad, eran las dos y cuarto; y en la amplia calle de Marlborough, dieciocho millas más adelante, me detuve para revisar el neumático delantero. Como esperaba, tenía un pinchazo.

Tranquilamente coloqué el neumático auxiliar y, con más de treinta millas todavía por recorrer, seguí por la antigua carretera que atravesaba la colina, pasando por Calne y subiendo Black Dog Hill hasta Chippenham, donde en la plaza del mercado encontré a un agente de policía con quien intercambié saludos.

Existe cierto encanto misterioso en conducir de noche, cuando cada pueblo y aldea permanecen oscuros y sumidos en el sueño. Sin embargo, resulta sorprendente la cantidad de personas que ya están en movimiento a horas tan tempranas. Incluso antes de que aparezca el primer resplandor del amanecer, uno encuentra hombres robustos que se dirigen al trabajo con la comida del día en una bolsa sobre la espalda, y grupos de caballos conducidos hacia los campos.

Eran casi las cinco y media cuando descendí por la pronunciada pendiente de Box Hill y, atravesando Box Village y Batheaston, me encontré recorriendo aquella carretera bordeada de árboles, con la ciudad de Bath extendiéndose pintorescamente a mis pies.

A las seis ya estaba nuevamente en el Hotel York House y, después de asearme, salí a dar un temprano paseo por la ciudad. Luego, tras desayunar, tomé mi sombrero y mi bastón y caminé durante casi tres millas por el camino que conducía a la posada de Kelston, donde pedí un vaso de cerveza y me senté a conversar con el posadero de barba blanca,

quien de inmediato me reconoció como cliente que ya había estado allí en otra ocasión.

Durante largo rato, mientras permanecía sentado en aquel acogedor salón, cuya mesa oscura y pulida conservaba las marcas de generaciones de cerveza derramada sobre ella, hablamos del clima, de las perspectivas de la cosecha y de la última injusticia relacionada con los impuestos, hasta que, con aparente indiferencia, comenté:

—Supongo que en verano reciben muchos visitantes procedentes de Londres. Quiero decir, las personas que tienen grandes casas por aquí suelen recibir a muchos invitados, ¿verdad?

—¡Oh, no sé! —respondió el anciano, dando un sorbo a su vaso, que estaba tomando conmigo—. Los Joicey sí reciben muchos visitantes, y también los Strong, pero la señora Olliffe ha estado fuera y acaba de regresar.

—¿Y el señor King?

—Él también estuvo fuera. Ridgehill ha permanecido cerrado y la mitad de los sirvientes se fueron de vacaciones.

—¿Y ya han regresado ahora?

—Sí; la señora Olliffe ha estado en el extranjero —me dijo el mayordomo ayer. Pero ahí... —y de pronto cerró los labios, como si tuviera algo que decir, pero temiera expresarlo.

—Parece que son una familia bastante peculiar, según he oído, ¿verdad? —comenté.

—Sí. Nadie acaba de comprenderlos del todo, la verdad. Justamente la noche anterior, o mejor dicho, cerca de las cinco menos cuarto de la madrugada, la señora Olliffe, su hermano y otro caballero pasaron por aquí en automóvil cuando regresaban a casa. Habían estado fuera toda la noche, según me contó el chófer ayer. El señor King conducía el automóvil.

—Toda la noche fuera —repetí, lleno de sorpresa repentina.

—Sí. Y debieron de haber recorrido una buena distancia, a juzgar por el aspecto del automóvil. Dio la casualidad de que me levanté para ver la

hora y miré por la ventana justo cuando pasaban por aquí. Y no es la primera vez que salen durante toda la noche. El pueblo lo sabe, y todo el mundo se pregunta adónde van y qué los saca de la cama de esa manera.

—¿Quién era el caballero que iba con ellos? —pregunté con interés.

—Ah, no pude verlo muy bien. Llevaba un grueso abrigo de paño y un gorro de cuadros blancos y negros. No pude distinguirle el rostro, pero por su ropa me pareció un desconocido.

—Solo lo ha visto en esa ocasión, entonces.

—Solo aquella vez, señor. Sin embargo, el chófer me dijo que no se hospeda en Ridgehill y que nadie lo vio allí. Así que debió de bajarse después de que atravesaron el pueblo. Quizá era alguien a quien estaban llevando en el camino. He visto que la señora Olliffe presta atención a algunas personas bastante extrañas de vez en cuando. Y, curiosamente, apenas ayer vino aquí un caballero y estuvo haciendo muchas preguntas sobre ella. Era extranjero; francés, creo.

—Un francés —exclamé—. ¿Cómo era?

—Oh, como la mayoría de los franceses. Tenía modales muy refinados, era de mediana edad y llevaba una barba castaña que parecía estar acariciando todo el tiempo. Almorzó aquí y permaneció toda la tarde fumando cigarrillos y mirando por esta ventana, como si esperara verla pasar. Era tan curioso e inquisitivo que me alegré cuando se marchó. Supongo —añadió el hombre— que sería alguien a quien ella conoció en el extranjero, ¿verdad?

Pero yo conocía la verdad.

Aquel visitante tan curioso era Victor Tramu.

Capítulo 24 Una palabra de mujer

Una caminata calurosa y polvorienta me llevó, siguiendo las líneas del telégrafo, de regreso a Bath, y pasé el resto del día descansando sin hacer nada en el hotel.

Si el gran detective francés se encontraba en las cercanías, no tenía ningún deseo de que me viera. Por lo tanto, consideré que lo mejor era mantenerme completamente oculto hasta la llegada de la noche.

A las cuatro, después de una larga espera, logré comunicarme por teléfono con Tucker y le pregunté si había llegado alguna carta o mensaje para mí.

—La policía ha estado aquí otra vez, y hay un mensaje telefónico, señor —respondió la voz del anciano—. Llegó alrededor de las once, de parte de una dama, señor. Lo anoté.

—Léamelo —dije.

Entonces, escuchando con atención, oí que la voz del anciano decía:

—El mensaje, señor, es el siguiente: «Por favor, pida al señor Kemball que llame, si es posible, al número 802 de Bournemouth —Hotel Royal Bath— a las seis de esta tarde. De parte de la señorita Seymour».

Mi corazón dio un salto de alegría.

—¿Nada más, Tucker?

—No, señor. Eso es todo lo que dijo la dama. Parecía muy ansiosa por hablar con usted.

—Muy bien, Tucker. Regresaré dentro de uno o dos días. Por cierto, envíe mis cartas al Grand Hotel de Bournemouth.

—Muy bien, señor.

—Y dígale a la policía que no se preocupe más por el robo. Dígales que veré al inspector de Newport Pagnell cuando regrese.

—Está bien, señor.

Entonces colgué el auricular y terminé la comunicación.

Asta estaba en Bournemouth.

Mi primer impulso fue partir inmediatamente para verla, pero, recordando el motivo por el cual había llegado a Bath, logré contener mi impaciencia, cené tranquilamente en el comedor antiguo y silencioso del hotel y después esperé hasta que cayó la oscuridad.

No tenía ningún plan definido, salvo acercarme a la mansión sin ser observado. Deseaba presentarme abiertamente ante aquella mujer que sabía que era una aventurera, pero no veía qué beneficio podría obtener de ello.

Si había alguna conspiración en marcha, naturalmente negaría conocer el paradero de Shaw.

Por lo tanto, compré algunos cigarros, que guardé en mi estuche, y cuando el crepúsculo otoñal se había convertido ya en noche cerrada, me puse mi gorra de automovilista y, tomando mi bastón, emprendí nuevamente el camino para recorrer las tres millas aproximadamente que separaban el hotel de la residencia de la rica viuda.

No tenía prisa y, al acercarme al pueblo y pasar junto a la posada de las persianas rojas, mantuve una mirada vigilante, temiendo que Tramu pudiera encontrarse en las cercanías.

Que él era quien había estado haciendo preguntas al posadero no admitía ninguna duda. No sabía de qué manera la policía francesa había descubierto la dirección de la mujer Olliffe, y por qué motivo se encontraba en Inglaterra vigilándola era igualmente un misterio.

Un hecho era evidente: la Sûreté de París tenía contra ella alguna acusación grave; y además, ella debía de estar completamente ignorante de la presencia del famoso agente de policía.

¿Descubriría yo alguna pista o conseguiría algo al advertirle de su peligro?, me pregunté.

No; era demasiado inteligente para algo así. Si, como yo sospechaba, ella había tenido alguna participación en la muerte del pobre Guy, entonces lo correcto era que las investigaciones y las acciones de la policía no fueran obstaculizadas.

Además, ¿no era acaso una circunstancia altamente sospechosa que, junto con su esposo —el hombre llamado King, que se hacía pasar por su hermano— y un desconocido, hubiera regresado a casa a aquella hora tan temprana en un automóvil, apenas unas horas después de que otro automóvil hubiera salido de King's Wood, a media milla de mi propia casa?

Atravesé el pueblo sin ser visto y salí nuevamente hacia la empinada colina, hasta llegar al bajo muro detrás del cual se encontraba la parte del terreno que rodeaba Ridgehill Manor; aquel mismo muro desde el que, unas semanas antes, había obtenido mi primera visión de la casa de la aventurera.

Por fortuna, la noche se había vuelto nublada, amenazando lluvia, y la luna estaba oculta. Así que, tras subir al muro, entré en el parque y caminé hacia el amplio césped que se extendía frente a la mansión.

Un foso seco separaba el césped del parque para impedir que el ganado se acercara, y poco después logré atravesarlo, hasta encontrarme finalmente sobre el mismo césped. Cerca de allí vi un fresno llorón y, bajo sus ramas colgantes como campanas, me detuve para esperar.

Desde donde me encontraba podía ver el gran salón iluminado, cuyas persianas estaban levantadas, aunque no había nadie dentro, a pesar de que las puertas francesas permanecían abiertas.

Podía escuchar voces —probablemente las de los sirvientes— y el ruido de los platos que estaban lavando después de la cena. Pero la noche era muy tranquila; ni una sola hoja se movía en la oscura franja de abetos que se extendía a mi izquierda y que poco después me proporcionó un refugio mejor, permitiéndome acercarme más a la casa.

Las nieblas nocturnas comenzaban a elevarse y el aire se había vuelto frío. Ciertamente, aquella mujer de tantas aventuras, aunque fuese una criminal convicta, sabía vivir rodeada de un ambiente verdaderamente agradable.

A medida que avanzaba la noche, alcancé a verla cruzar la habitación con un vestido negro de noche, escotado y adornado con plata: un vestido realmente elegante. Se acercó al piano y, al instante siguiente, llegó hasta

mis oídos la música de uno de los últimos valses de una comedia musical.

Después, su esposo, con un cigarro en la mano y vestido con un elegante traje de noche, apareció en la puerta francesa, miró hacia la oscuridad exterior y volvió a retirarse.

Pero después de aquello no vi nada más hasta una hora más tarde, cuando el mayordomo cerró cuidadosamente la ventana y echó el cerrojo. Luego, una tras otra, las luces de la planta baja de la magnífica mansión se apagaron, mientras las de los pisos superiores se encendían.

Dos ventanas, evidentemente las ventanas dobles de una habitación situada en una esquina frente a mí, permanecieron brillantemente iluminadas detrás de una persiana verde de tela holandesa; pero media hora más tarde también se apagaron.

Miré mi reloj. Eran entonces las once y media, y la casa estaba completamente a oscuras. Sin embargo, seguí esperando, preguntándome vagamente si Tramu continuaría todavía en las cercanías.

Encontré un viejo tronco de árbol y, sentándome sobre él, aguardé con paciente vigilancia, preguntándome si el agente de la policía francesa aparecería.

De pronto, sin embargo, un brillante haz de luz, evidentemente procedente de una linterna eléctrica, salió disparado desde una de las ventanas superiores y permaneció visible durante algunos segundos. Después se apagó, solo para volver a aparecer aproximadamente un minuto más tarde.

¡Era una señal, y podía verse desde la carretera principal!

Mi curiosidad se despertó por completo, y avancé con cautela por el césped hasta situarme en un punto desde el cual pudiera observar a cualquiera que saliera o se acercara a la casa por el camino de entrada.

Esperé nuevamente durante unos veinte minutos completos, cuando un ligero movimiento me hizo volverme, y vi la figura de una mujer que avanzaba apresuradamente por un costado del césped, protegida por la sombra de la franja de abetos.

Al principio me quedé perplejo sobre quién podía ser, pero poco después, cuando se vio obligada a salir de la sombra hacia la tenue luz grisácea que proyectaba la luna cubierta por las nubes, reconocí que era la mujer que se hacía llamar Olliffe.

Llevaba un vestido oscuro y un chal oscuro echado sobre la cabeza.

En su apresurado caminar no había notado mi presencia mientras yo permanecía oculto entre las sombras; por lo tanto, cuando hubo salido hacia el parque cubierto de niebla, con sus oscuros grupos de árboles, la seguí rápidamente con pasos silenciosos sobre la hierba húmeda por el rocío.

¡Evidentemente había enviado una señal a alguien desconocido para su esposo!

La seguí directamente a través de la extensa pradera hasta que llegó a un lugar donde un paso de madera permitía entrar en un bosque oscuro situado al otro lado del parque.

Allí se detuvo, y yo apenas tuve tiempo de retroceder hacia la sombra y ocultarme.

Observé, y unos minutos más tarde me sobresalté al escuchar aquel peculiar silbido de Shaw; al instante siguiente salió del bosque y se reunió con ella.

—Bueno, ¿cuál es el temor? —le oí preguntarle rápidamente—. Recibí tu telegrama esta mañana y llegué a Bath en el último tren. ¿No podrías haber escrito?

—No; habría sido sumamente peligroso —respondió ella en voz baja; y después pronunció una rápida explicación que no pude captar.

¿Era posible que hubiera descubierto la visita de Tramu? Porque claramente lo escuché exclamar:

—¡Eres una insensata! ¿Por qué me trajiste aquí? ¿Por qué no fuiste más precavida?

Pero al responderle ella volvió la espalda hacia mí, de modo que no pude distinguir sus palabras.

Permanecieron muy juntos en la oscuridad, conversando en voz baja, como si estuvieran celebrando una consulta seria, mientras yo, conteniendo la respiración, me esforzaba inútilmente por captar sus palabras.

El único otro sonido era el lúgubre ulular de un búho entre los árboles que se alzaban sobre nosotros; pues la quietud absoluta de la noche lo había invadido todo.

—Exactamente —escuché decir a la mujer—. Mi propia opinión es que él sospecha. Por lo tanto, debes actuar rápidamente, como antes.

—Yo... yo estoy dudando —respondió la voz del hombre—. No puedo decidirme a hacerlo. ¡Realmente no puedo!

—Bah, entonces déjamelo a mí —insistió ella con una voz áspera y cortante—. Te estás volviendo tímido, pusilánime. Ciertamente, no es propio de ti.

—No soy tímido —protestó él—. Simplemente preveo el peligro; un peligro enorme.

—Yo también lo veo, si no actúas con prontitud. Aléjala de Bournemouth. Llévala a cualquier otro lugar que quieras.

Estaban hablando de Asta.

Agucé el oído, pero sus palabras posteriores resultaron inaudibles.

Un instante después fui consciente de un leve movimiento furtivo entre los arbustos, cerca del lugar donde me encontraba, y volví rápidamente la cabeza.

Al segundo siguiente comprendí que, a solo unos cuantos metros de distancia, la oscura figura de un hombre había salido entre la maleza, pero con tal cuidado que no había producido el menor ruido.

Se encontraba a unos diez metros de distancia, observando a la pareja, completamente ajeno a mi presencia allí. Miraba con absoluta atención y, por su silueta en medio de la oscuridad, reconocí el rostro barbudo de nada menos que el gran agente de la Sûreté de París: Victor Tramu.

Capítulo 25 En la noche

Temiendo que su mirada aguda pudiera descubrir mi presencia, permanecí allí inmóvil como una estatua.

La pareja, enfrascada en una conversación seria, se alejó caminando sobre las hojas caídas al borde del bosque. Entonces Tramu salió silenciosamente de su escondite y se deslizó tras ellos, mientras yo me veía obligado a permanecer donde estaba.

De modo que la policía francesa había seguido el rastro de Shaw hasta su lugar de ocultamiento.

Ansiaba advertirle, pero me era imposible hacerlo. ¿Qué debía hacer? ¿Cómo debía actuar?

Asta se encontraba en el Bath Hotel, en Bournemouth. Al menos podía llamarla por teléfono y contarle lo que había visto. Así pues, cuando tanto el vigilante como los vigilados desaparecieron de mi vista, me apresuré a cruzar el parque hasta llegar finalmente a la carretera principal, y continué a paso rápido hasta regresar a mi hotel.

Me llevó una hora completa comunicarme con Bournemouth y, después de una larga espera, por fin escuché al otro lado del teléfono su dulce voz, tan conocida y querida para mí.

Le expresé mi pesar por haberla despertado, pero le dije que saldría en automóvil dentro de media hora para reunirme con ella.

—¿Dónde está su padre? —pregunté.

—No lo sé exactamente. Me dejó en el Hotel Burford Bridge, en Box Hill, el lunes pasado, y vine aquí para esperarlo. Han pasado cinco días y no he recibido ninguna carta de él.

—Entonces, ¿no ha estado en Bournemouth?

—No.

—Bien —dije—, no salga del hotel hasta que yo llegue, ¿de acuerdo?

—No lo haré, si usted desea que permanezca aquí —respondió.

Después de prometerle que estaría con ella lo antes posible, pues deseaba verla por un asunto de la mayor importancia, colgué el teléfono. Media hora más tarde pagué la cuenta, aunque era plena madrugada, y dirigiéndome al garaje puse en marcha el motor. Con mi bolsa en la parte trasera del automóvil, partí bajo la lluvia menuda hacia el este, saliendo de Bath.

Elegí la ruta que pasaba por Norton St. Philip, Warminster y Wilton hasta Salisbury, donde tomé un temprano desayuno en el antiguo White Hart. Después, dirigiéndome hacia el sur, pasé por Downton Wick y Fordingbridge, atravesé Ringwood y Christchurch, dejando atrás la vieja iglesia abacial de tonos grises, y continué por el suburbio de Boscombe hasta que, poco después de las nueve, detuve el automóvil frente a la gran entrada del Bath Hotel, en Bournemouth.

Al fin, en el hermoso patio interior adornado con palmeras donde yo esperaba, llegó Asta, mi amor perdido, con la mano extendida y una sonrisa de bienvenida. Lucía encantadora con su falda de sarga azul y su blusa de muselina. Como a aquella hora temprana no había nadie más en el lugar —los huéspedes ociosos aún no habían llegado para leer los periódicos y novelas—, nos sentamos juntos en un rincón para conversar.

Por la palidez de su rostro suave y delicado comprendí que estaba nerviosa y preocupada, aunque intentaba mostrarse valiente y fingía una alegría despreocupada que no era más que una apariencia.

—Dígame, señorita Seymour —le dije al cabo de un momento, inclinándome hacia ella con mucha seriedad—, ¿qué ocurrió aquella noche en Aix?

—¿Qué ocurrió? —repitió ella, abriendo mucho sus oscuros ojos—. Ah, en verdad fue una escapatoria por muy poco. Si papá no hubiera conseguido una llave de la escalera trasera, preparándose para cualquier emergencia, ambos habríamos sido arrestados, igual que usted.

—Sí —respondí sonriendo—. Pero a mí me liberaron. ¿Qué ocurrió con ustedes?

—Alcanzamos el expreso de París, apenas cuando estaba a punto de partir; pero papá, temiendo que nuestra huida hubiera sido comunicada por teléfono a París, decidió bajar en Laroche, donde el tren se detuvo

para cambiar de locomotora. Desde allí tomamos otro tren pasando por Troyes y Nancy hasta Estrasburgo. Luego, una vez en Alemania, naturalmente pudimos escapar de las atenciones de Tramu —añadió con una sonrisa.

—¿Y después de Alemania?

—Permanecimos una semana en Berlín; de allí fuimos a Copenhague pasando por Kiel y Korsør, y hace diez días cruzamos desde Hamburgo hasta Harwich. Ya estábamos de nuevo en casa.

—Su padre es, sin duda, extraordinariamente hábil para evadir a la policía —dije riendo.

—Nuestra única preocupación era usted —respondió ella—; si lograrían descubrir algo vigilándolo.

—No descubrieron nada, aunque me sometieron a un interrogatorio muy minucioso. Pero —añadí—, ¿cómo supo usted que Tramu estaba en Aix?

—Aquella tarde subía en el ascensor y, al pasar por el primer piso, lo vi hablando con el administrador del hotel. Papá me lo había señalado una vez en Montecarlo. Así que sospeché el motivo de su visita allí y le escribí apresuradamente una nota de advertencia antes de que tomáramos nuestras maletas y nos marcháramos sin ser vistos.

—Pero ¿por qué razón está tan ansioso por lograr que la arresten? —pregunté, mirándola directamente al rostro—. ¿No puede decirme la verdad, señorita Seymour? Recuerde que soy su amigo —añadí con sinceridad.

—Por favor, no me lo pregunte —me rogó—. No puedo traicionar al hombre que ha sido como un padre para mí durante todos estos años —añadió con voz baja y llena de dolor.

—Pero ¿está completamente segura de que él siente por usted la misma devoción que aparenta?

—Absolutamente. ¿Acaso no soy la única amiga verdadera que tiene?

Recordé aquella carta escrita por el hombre que la había amado y las acusaciones que en ella había formulado.

—¿Sabe usted? —dije—. La otra noche tuve ladrones en mi casa. Intentaron abrir la caja fuerte que contiene ese misterioso cilindro que el señor Melvill Arnold me confió.

—El cilindro —exclamó, palideciendo de inmediato como la muerte—. Ah, ese maldito cilindro, que trae desgracia y calamidad a quien lo posee. ¿Por qué no se deshace de él, señor Kemball?

—Ya lo he hecho. Ahora se encuentra en la caja de seguridad de la compañía Safe Deposit, en Chancery Lane.

Contuvo la respiración, sin apartar la mirada de mí. Después, involuntariamente, colocó su delicada mano blanca sobre la manga de mi abrigo y dijo:

—Yo... yo siempre temo por su seguridad, señor Kemball, mientras ese objeto permanezca en su poder. Entréguelo. Destrúyalo... haga lo que sea necesario; pero desháguese de él.

—Pero no puedo hacerlo hasta el tres de noviembre. Recuerde que acepté un encargo sagrado, una responsabilidad que me confió un hombre moribundo —respondí.

—Sí, pero...

—¿Pero qué? —pregunté.

Entonces, en voz baja, mientras me inclinaba hacia ella, añadí:

—Señorita Seymour, sospecho profundamente que su padre —que era amigo de Arnold— sabe qué contiene el cilindro y está sumamente interesado en apoderarse de él. ¿No es así?

Ella guardó silencio. Sus labios se movieron nerviosamente. Su indecisión para hablar me reveló la verdad. Éramos amigos y, por lo tanto, no podía mentirme deliberadamente.

Una leve sonrisa apareció en sus pálidos y refinados rasgos. Eso fue todo, pero contó su propia historia.

—Bien —dije—, los ladrones, fueran quienes fueran, eran expertos, y solo la alarma eléctrica impidió el robo. Lo que realmente contiene ese antiguo cilindro no puedo imaginarlo. En verdad, estoy lleno de ansiedad e

impaciencia por la llegada del amanecer del tres de noviembre, cuando, sin duda alguna, conoceré la verdad.

—Sí, sin duda —respondió con un tono lento y tembloroso—. Y la verdad será seguramente algo mucho más extraño de lo que jamás haya imaginado.

Nuestra conversación a solas fue interrumpida de repente por una mujer que entró en la sala de descanso; por ello, como Asta llevaba consigo su sombrero y su abrigo, le propuse que camináramos hasta la playa, idea que aceptó de inmediato.

Después, cuando estuvimos lejos de oídos indiscretos, le conté mi aventura de aquella noche, las averiguaciones de Tramu en los alrededores de Ridgehill Manor y la vigilancia que había ejercido sobre los movimientos de la señora Olliffe y su padre.

—Tramu —exclamó, quedándose blanca como la muerte—. Entonces ha encontrado al pobre papá. ¿Por qué no me dijo esto antes?

—Porque no deseaba alarmarla innecesariamente, señorita Seymour —respondí con mucha calma.

—Pero papá puede ser arrestado —exclamó—. Ah, qué fatalidad volver a relacionarse con esa mujer maldita.

—Ciertamente, ella no es amiga suya.

—Pero finge ser una gran amiga. Muchas veces he sido su invitada.

—Espero que por última vez.

—Sí. Pero ¿qué podemos hacer? ¿Cómo puedo advertir a papá? —preguntó con profunda angustia.

—Ah, señorita Seymour —dije después de un breve silencio—, temo que concede usted demasiada importancia a su padre adoptivo y demasiado poca a usted misma.

—¿Por qué? —preguntó rápidamente, con cierto resentimiento.

Nuevamente dudé. Habíamos llegado hasta el muelle, pero todavía era temprano y había pocas personas alrededor, salvo algunos hombres que acostumbraban hacer ejercicio a primera hora de la mañana.

—Sentémonos aquí un momento —propuse finalmente—. El sol resulta agradable. Tengo algo que mostrarle.

Sin decir una palabra, se sentó en el lugar que le indiqué, en un banco cercano al quiosco de música vacío. Entonces saqué del bolsillo la carta que Guy Nicholson me había escrito la noche de su trágica muerte y se la entregué.

Observé su dulce rostro, tan pálido y lleno de inquietud. Al instante reconoció la escritura de aquella mano ya sin vida y leyó la carta con avidez de principio a fin.

Le expliqué cómo había llegado tan tardíamente a mis manos, y entonces ella dijo:

—Es verdad. Él sentía aversión hacia papá por alguna razón inexplicable.

—Al parecer había descubierto alguna verdad extraordinaria. Era esa verdad la que pretendía explicarme; pero, pobre hombre, su repentina muerte se lo impidió.

La visión de aquella carta había despertado en ella los recuerdos del hombre a quien había amado tan profundamente, y al instante siguiente me odié a mí mismo por haber actuado con tanta imprudencia al mostrarle aquel extraño escrito.

¡Ah, cuánto, con qué profunda devoción la amaba! Y, sin embargo, no me atrevía a pronunciar una sola palabra de afecto. Aquel rostro sereno y dulce, con aquellos grandes y maravillosos ojos, estaba siempre ante mí, tanto dormido como despierto; y aun así, no sabía de una hora a otra si no podía ser arrestada y llevada ante un tribunal como cómplice de aquel aventurero sin igual, Shaw, el hombre que llevaba una existencia tan extraña, dividida entre la respetabilidad y la deshonra.

—No puedo comprender qué fue lo que descubrió acerca de la aparición de la mano —exclamó finalmente, mientras seguía contemplando la carta con una especie de mirada soñadora.

—Parece como si, mediante algún hecho descubierto accidentalmente, hubiera llegado a la solución del misterio —dije—. Era para explicarme esto que pensaba venir a Upton End; pero, ¡ay!, algo se lo impidió.

—Pero ¿por qué no me lo contó a mí? —preguntó—. Seguramente tenía relación conmigo, pues yo la había visto; aunque recuerde que no fue en nuestra propia casa, sino en la casa de un amigo en Scarborough.

—Y yo la vi en una posada apartada de Francia —dije—; además, antes ya me habían advertido acerca de ella.

—Sí, estoy de acuerdo, señor Kemball. Es un misterio completo. ¡Ah! Qué desgracia que el pobre Guy no viviera para contarle su teoría sobre aquel extraño asunto. Pero —añadió—, lo que ahora debemos atender es la situación del querido papá. ¿Qué propone que hagamos? ¿Cómo podemos advertirle?

—No puedo sugerir nada —respondí—. Tramu los está vigilando a ambos. Probablemente está completamente al tanto de alguna ingeniosa conspiración que se encuentra en marcha.

—¡Ah! Yo ya había previsto el peligro de que se relacionara con ella —declaró la joven, pálida y angustiada por la desesperación.

—Pero ¿por qué no ha regresado su padre a Lydford? Seguramente, mientras pudiera mantener su paradero oculto de Tramu, estaría más seguro allí que en cualquier otro lugar.

—Porque podrían estar vigilándolo, y si usted nos visitara, podrían seguirlo. Tramu es, como usted sabe, uno de los detectives más famosos de Europa.

—Y él tiene en su padre a alguien que es un verdadero maestro en el arte de evadir a sus perseguidores. Pero —añadí—, dígame con franqueza, señorita Seymour: ¿cree usted que él desea apoderarse del cilindro de bronce?

Ella volvió a vacilar.

—Bueno... sí. Como me pide una respuesta sincera, le diré que creo que su intención es conseguirlo.

—¿Por qué?

—Por el gran secreto que contiene.

—¿Y qué naturaleza tiene ese extraordinario secreto? —pregunté con impaciencia, desconcertado por su respuesta.

—¡Ah! ¿Cómo podríamos saberlo? Es un secreto para todos, excepto para la persona que se atreva a romperlo y examinar su contenido.

—¿Y se atrevería usted a abrirlo, señorita Seymour? —pregunté.

—¡No, mil veces no! —exclamó, alarmada ante semejante posibilidad—. Preferiría verlo tomado y arrojado a lo más profundo del mar. ¿Por qué no hace usted eso, señor Kemball? Llévelo en una embarcación y húndalo en las aguas profundas, donde ningún hombre —ni siquiera los buzos— pueda recuperarlo jamás. Húndalo muy profundamente —insistió—, para que desaparezcan todos los temores y puedan reinar la paz y el amor.

Pero sacudí la cabeza, expresando mi profundo pesar por mi absoluta imposibilidad de acceder a su deseo.

Y entonces, muy lentamente, emprendimos el camino de regreso al hotel, donde descubrimos que nos esperaba una sorpresa inesperada.

Capítulo 26 Contiene un mensaje ominoso

Cuando regresamos al hermoso jardín de invierno, el portero del vestíbulo entregó a Asta un telegrama. Ella lo abrió apresuradamente y lo leyó; después, en silencio, me lo entregó.

Para mi sorpresa, descubrí que procedía de Shaw. Le informaba que se encontraba de camino hacia Lydford y le pedía que regresara a casa aquel mismo día. El mensaje había sido entregado en la estación ferroviaria de Bath, por lo que parecía evidente que ya se encontraba en camino.

—¿No hay un peligro, un peligro evidente, en esto, señor Kemball? —preguntó con gran ansiedad—. Si Tramu estaba vigilando anoche, entonces lo seguirá hasta su casa.

—No veo cómo podemos impedirle que vaya ahora a Lydford —respondí —. No tenemos ninguna dirección donde pudiera recibir un telegrama.

En verdad, la situación era crítica. Harvey Shaw, completamente inconsciente de que estaba siendo vigilado, regresaba en realidad a su hogar, tan respetable en apariencia.

—Si tan solo pudiera advertirle —exclamó Asta, retorciéndose las manos.

Sin embargo, personalmente, yo no pensaba tanto en el peligro que corría aquel hombre como en el de ella. Si iba a Lydford, ¿no caería también en la red tendida por la policía?

Pero ¿cuál era la misteriosa acusación contra ella? ¿Aquella acusación que la policía francesa se había negado a revelarme?

Mientras ella se cambiaba de vestido y preparaba su pequeño baúl, yo revisé el motor del automóvil. Una hora más tarde, con ella sentada a mi lado, ya avanzábamos velozmente por la carretera de Salisbury, regresando por aquel camino llano que yo había recorrido más temprano aquella misma mañana. Desde Salisbury continuamos durante todo el día pasando por Andover, Newbury y Oxford, siguiendo la misma ruta que había atravesado durante la noche en mi viaje hacia Bath.

Fue un verdadero placer tenerla como compañera durante aquellas horas luminosas en el camino, y se veía indescriptiblemente encantadora con su

pequeño sombrero ajustado, su abrigo de piel y sus guantes de cabritilla. Era una entusiasta del automovilismo y con frecuencia conducía el automóvil de su padre, el cual ahora comprendía que habían tenido que abandonar en el garaje de Aix. La policía se había apoderado de él, pero como tanto las matrículas francesas como las inglesas que llevaba eran falsas, no se obtendría ninguna pista sobre la dirección de su propietario.

Y, sin embargo, aunque su voz me cautivaba, aunque su dulce belleza llenaba todo mi ser y embriagaba mis sentidos, experimentaba de algún modo un extraño presentimiento de desgracia.

¿Había Harvey Shaw tomado una vez más aquellas precauciones contra el desastre y logrado burlar la vigilancia del gran agente de la policía francesa? Esa era la principal pregunta que ocupaba mi mente mientras conducía el automóvil con rapidez, pues Asta parecía ansiosa por llegar a casa. Si Shaw no sospechaba nada, ¿qué podía ser más natural que Tramu lo siguiera hasta aquel escondite donde asumía el papel de un caballero rural?

La tarde otoñal avanzaba, y no pude evitar notar que, cuanto más nos acercábamos a su hogar, más pálida y preocupada se volvía la joven que viajaba a mi lado. Y yo la amaba; la amaba más de lo que mi pluma tiene capacidad para describir. Me había conquistado por completo, en cuerpo y alma. Ella lo era todo para mí.

Que estaba reflexionando sobre la carta escrita por Guy poco antes de su muerte lo comprendí por las varias referencias que hizo a ella.

—Me pregunto cuál será la solución a esa mano misteriosa que ambos hemos visto, señor Kemball —exclamó de repente, después de permanecer largo rato en silencio, con la mirada fija en el camino embarrado que se extendía ante nosotros.

—¿Se refiere usted a la solución a la que aparentemente llegó Nicholson? —pregunté.

—Sí.

—¿Cómo podríamos saberlo? Evidentemente descubrió algo... algo de extrema importancia que deseaba comunicarme.

—Me pregunto por qué hace esas extraordinarias afirmaciones sobre papá... y sobre el armario cerrado con llave de su habitación.

—No lo sé. ¿Ha visto alguna vez el interior de ese armario? —pregunté rápidamente, sin apartar la vista del camino.

—Nunca. Pero el pobre Guy parece haberlo considerado una especie de armario de Barba Azul, ¿no cree?

—Parece que albergaba una sospecha muy particular acerca de su padre —admití—. Por supuesto, él no sabía ni la mitad de lo que yo sé.

—Desde luego que no —suspiró ella—. Simplemente creía, como otros creen, que él es un caballero rural. Y lo habría sido si...

—¿Si qué?

—Si... si no hubiera sido por esa mujer horrible —añadió con voz baja y dura—. Ah, señor Kemball, si tan solo pudiera conocer la verdad... si tan solo me atreviera a contársela. Pero no puedo, no puedo traicionar al hombre que ha sido tan bueno y bondadoso conmigo durante toda mi vida.

—Pero si yo conociera la verdad real, ¿no podría servirle de ayuda? —sugerí—. ¿No podría ayudarlo por consideración hacia usted? —añadí en voz baja y con profunda seriedad, mientras mantenía la mirada fija en su rostro pálido y preocupado.

Ella me miró con una sorpresa intensa e inesperada. Sus mejillas se sonrojaron ligeramente. Después, bajando la vista, apartó la mirada y volvió a dirigirla hacia el camino que teníamos delante; fingiendo no haber comprendido mi intención, respondió sencillamente:

—Si la pesada mano de la desgracia cae sobre él, temo que también tendrá que caer sobre mí.

Qué dulce parecía. Qué sereno, grave y pensativo era su hermoso rostro.

—Debo actuar como su amigo y hacer todo lo posible para impedirlo —dije.

—¿Acaso no lo hizo ya en Aix, señor Kemball? Tenemos que agradecerle todo lo que ocurrió. Ellos esperaban descubrir muchas cosas a través de usted, y mientras usted atraía su atención, nosotros pudimos marcharnos

apresuradamente. Verdaderamente fue una fortuna que yo reconociera a Victor Tramu.

—Entonces supongo que antes ya ha tenido escapatorias por muy poco.

—Una o dos —respondió sonriendo—. Pero papá es siempre extremadamente precavido. Por lo general, recibe advertencias con anticipación.

—¿Por quién?

—Por el hombre que siempre lo vigila; un hombre llamado Surridge, que nunca permite que se conozca su verdadera identidad, pero que actúa como nuestro guardián, para advertirnos de cualquier vigilante inoportuno.

—Pero falló en Aix.

—Porque papá, imprudentemente, lo envió a cumplir un encargo con alguien en París.

—Supongo que es amigo de su padre.

—Sí, un gran amigo. En otro tiempo perteneció a la policía detectivesca de Londres, pero al retirarse descubrió que su actual ocupación era muy lucrativa: ser el protector personal de alguien a quien la policía busca constantemente. Usted lo vio en bicicleta aquella tarde en que lo alcancé con el automóvil, ¿recuerda?, la primera vez que nos encontramos —dijo sonriendo al hablar—. Su vigilancia jamás disminuye —añadió—, y nadie sospecha cuál es su verdadero oficio. Sin duda, ahora debe estar cerca de mi padre durante su viaje de regreso a Lydford.

—Entonces, ¿no le permitiría irse si todavía estuviera siendo vigilado por Tramu?

—Desde luego que no. Creo que, después de todo, podemos estar completamente tranquilos en ese aspecto —respondió ella.

Y mientras permanecía sentado al volante, me descubrí preguntándome si algún otro hombre habría amado en circunstancias tan curiosas y extraordinarias.

En el hotel de Bournemouth habíamos ocultado cuidadosamente nuestro destino, diciéndole al portero del vestíbulo que nos dirigíamos a Londres,

por temor a que alguien hiciera averiguaciones después de nuestra partida. Tomamos el té en el Randolph de Oxford, y eran casi las siete y media cuando nos detuvimos frente a la fachada de piedra gris de Lydford Hall, donde el mayordomo abrió la puerta de par en par.

El sonido del automóvil hizo salir a Shaw con sorpresa, y tan pronto como nos aseamos, los tres nos sentamos a cenar en el magnífico comedor antiguo.

No había en Shaw el menor rastro de preocupación; sin embargo, cuando el criado se retiró y le conté en voz baja lo que había visto mientras vigilaba en el parque de Ridgehill, se sobresaltó y su rostro experimentó un cambio.

—Fui un necio al haber ido allí —dijo—. Pero, por desgracia, era necesario. Surridge estaba en Bath, aunque no sabía que yo había ido a Ridgehill.

—Tramu pudo haberlo hecho vigilar, papá.

—No hay que temer eso, hija —respondió riendo—. Surridge consiguió hoy un automóvil alquilado para mí desde Bath hasta Westbury, donde tomé el tren hacia Newbury, y el “dieciséis” me esperaba allí para traerme hasta aquí. Así que es imposible que Tramu me haya seguido. No he visto a Surridge, simplemente llevé a cabo sus planes. Naturalmente, pudo haber tenido algún motivo para organizarlos de ese modo.

—Sin duda lo tuvo, papá.

En ese momento regresó el mayordomo con el siguiente plato, por lo que nuestra conversación íntima se vio interrumpida bruscamente.

Mientras permanecía sentado ante aquella mesa, lujosamente dispuesta y adornada con una abundancia de flores y una magnífica colección de antigua plata georgiana, mis ojos se dirigieron hacia la dulce muchacha de rostro encantador que, con un vestido escotado de gasa color verde agua muy pálido y un lazo de terciopelo a juego en el cabello, me tenía completamente cautivado y absorto.

Más tarde aquella noche, mientras fumaba un cigarro a solas con Shaw, quien descansaba perezosamente recostado en su sillón, percibí su molestia por el hecho de que yo lo hubiera visto reunirse con la señora

Olliffe. Y, sin embargo, ¡con qué habilidad ocultaba su enojo! Pues, por el contrario, se mostraba lleno de disculpas por el abrupto final de nuestro viaje en automóvil y me expresaba repetidamente su agradecimiento por mi silencio cuando fui interrogado por la policía en Aix.

¿Era realmente aquel el hombre que había intentado abrir mi caja fuerte y apoderarse del cilindro de bronce de Melvill Arnold?

¡No! No podía creerlo. Era un aventurero, sin duda alguna, pero los hombres de su clase suelen ser siempre leales con aquellos que les demuestran amistad. Me preguntaba qué había llevado a Guy Nicholson a dudar de su afecto por Asta. Ciertamente, yo no podía descubrir nada que me hiciera llegar a semejante conclusión.

La joven entró en la habitación para buscar un libro. Entonces, retirando el cigarro de sus labios, Shaw dijo en voz baja:

—Ven a sentarte aquí, querida. Últimamente no he estado contigo. Me temo que Bournemouth debe haberte parecido terriblemente aburrido.

—Bueno, un poco sí —declaró ella, dejándose caer en un sillón y colocando ambas manos detrás de su hermosa cabeza mientras se recostaba sobre el cojín de seda amarilla—. La inesperada llegada del señor Kemball fue muy bienvenida, se lo aseguro.

—Confieso que no tenía ninguna sospecha de que el señor Kemball estuviera en Bath —declaró su padre sonriendo.

Después, volviéndose hacia mí, añadió:

—Temía comunicarme con usted, por si Tramu estaba vigilando su correspondencia. Es uno de los pocos funcionarios policiales verdaderamente inteligentes que posee Francia.

—Evidentemente está sumamente interesado en conocerlo —dije riendo.

—Creo que así es. Y yo estoy igualmente interesado en evitarlo. Mientras permanezca aquí, sin embargo, nadie sospecha de mí y estoy completamente seguro. Es realmente sorprendente —añadió— lo que puede hacer una pequeña dosis de caridad generosa para otorgarle a alguien un aire de respetabilidad en una región rural. Conviértase en administrador de una parroquia, consiga ser nombrado juez de paz, forme parte del consejo local, ofrezca algunos tés y fiestas escolares,

haga donativos a los fondos de la iglesia, y aunque sea usted un completo extraño, a los ojos de la gente del campo no podrá hacer nada malo. Lo sé por experiencia.

—Ah, a veces es usted demasiado imprudente, papá —exclamó la joven, negando con la cabeza—. Recuerde que cuando no ha seguido los consejos de Surridge, se ha metido en peligro.

Pero el hombre de ojos pequeños y astutos sonrió ante las palabras llenas de sabiduría de la joven.

Una y otra vez regresaban a mi mente aquellas extrañas expresiones de la carta del pobre Guy. ¡Ah, si tan solo hubiera vivido! Y, sin embargo, si todavía estuviera vivo, mi amor por la joven que tenía delante habría sido una esperanza imposible. Solo durante aquellas últimas semanas ella había comenzado a abandonar su profunda tristeza. Yo sabía muy bien que a menudo permanecía durante horas sumida en amargos recuerdos. ¿Llegaría alguna vez a olvidar lo suficiente como para permitirme ocupar su lugar en su joven corazón?

Conociendo su naturaleza, su carácter honrado, sincero y abierto, a veces sentía un extraño abatimiento al pensar que, después de todo, quizá nunca podría corresponder a mi amor. Pero ahora, a medida que las semanas habían transcurrido, mi afecto se había vuelto cada vez más intenso, hasta que fui dominado por una pasión cercana a la locura. La amaba con toda mi alma, con la misma sinceridad y profundidad con que cualquier hombre haya amado jamás a una mujer a través de los siglos.

Sin embargo, por alguna razón que aún ahora no puedo determinar, sentía un extraño presentimiento de que la desgracia perseguía a aquella mujer. Experimentaba exactamente la misma sensación que Guy Nicholson había sentido cuando escribió aquella carta para mí, cuya entrega, ¡por desgracia!, se había retrasado tanto tiempo.

Poco después, cuando Asta se levantó nuevamente y salió de la habitación, Shaw se volvió hacia mí y dijo:

—Pobre muchacha, la muerte de Guy fue un golpe muy duro para ella, pero poco a poco lo está superando, ¿no cree? Nunca me habría arriesgado a viajar al continente si no hubiera sido por ella, para proporcionarle un cambio de ambiente. Pero en estas últimas semanas

hemos tenido bastante cambio, más que suficiente. Siempre es tan serena y sensata que me siento perdido sin ella, Kemball.

Sus palabras ciertamente no eran las de un enemigo. No; más que nunca estaba convencido de su devoción hacia la joven que, cuando era apenas una niña, había adoptado como si fuera su propia hija.

La mención de Nicholson, sin embargo, me brindó la oportunidad de contarle cómo había recibido tan tardíamente una carta del hombre fallecido.

—Fue escrita apenas una hora antes de su muerte —añadí.

—Escrita, supongo, después de que sus invitados se hubieran marchado, ¿verdad? —preguntó Shaw, con el rostro algo endurecido y cambiado, según me pareció—. Me mencionó a mí. ¿Qué dijo? ¿Qué le contó?

—Nada —respondí, lamentando haber hablado con tanta imprudencia.

—El pobre Guy no me apreciaba, me temo —declaró mi anfitrión tranquilamente—. Él no sabía lo que usted sabe y, por eso, me miraba con sospecha. No podía explicarle la verdad... o habría apartado de sí a la pobre pequeña Asta.

—Lo comprendo perfectamente —dije.

—Bien, ¿qué dijo en mi contra? —preguntó, mirándome de una manera extraña con aquellos pequeños y misteriosos ojos suyos.

—Nada en absoluto.

—Me está engañando. Sé lo que le ha contado. Le ha revelado algo... algo...

—No le ha revelado nada —declaré—. ¿Por qué habría de hacerlo?

Pero el hombre, recostado en su sillón, aspiró profundamente el humo de su cigarro, absorto en sus pensamientos, mientras una extraña sonrisa se extendía por sus anchos rasgos. Vi que no estaba convencido y que en su semblante aparecía una expresión oscura y peculiar que nunca antes le había visto.

Sin embargo, solo duró un instante, pues al momento siguiente volvió a sonreír y me invitó a quedarme allí aquella noche.

Yo, no obstante, rechacé la invitación, pues esperaba recibir en casa algunas cartas importantes de negocios y, por ello, me veía obligado a regresar a Upton End. Así que emprendí el viaje hacia allí alrededor de las diez de la noche.

Había recorrido unos diez kilómetros cuando, tres millas más allá del pueblo de Corby, me sobrevino una doble desgracia. No solo se reventó uno de los neumáticos traseros, sino que algo falló en mi magneto. De modo que, en medio de la oscuridad y con la lluvia comenzando a caer, quedé completamente detenido. Pasó la medianoche. Me encontraba a varios kilómetros de cualquier lugar habitado, y las magnetos son mecanismos muy caprichosos. No conseguía que el automóvil avanzara, aun cuando había colocado mi rueda de repuesto Stepney.

Debí de haber estado maniobrando y revisando el mecanismo durante unas tres horas completas, y ni una sola persona había pasado junto a mí en ninguna dirección. Las lejanas campanadas de alguna iglesia habían marcado las dos de la madrugada y, cuando estaba a punto de abandonar el intento de reajustar la magneto, escuché de pronto el sonido de un caballo que se acercaba al galope en medio de la oscuridad.

Cuando llegó a mi altura, vi que lo montaba un joven, y estaba a punto de llamarlo para pedirle que buscara ayuda cuando, con la caprichosa imprevisibilidad de esos aparatos, la magneto volvió a funcionar de repente con toda normalidad. Por lo tanto, regresé al asiento del conductor y, dejando atrás al solitario jinete, continué avanzando bajo la lluvia a través de los muchos kilómetros agotadores que aún me separaban de casa, hasta que finalmente llegué a mi propio hogar.

A la mañana siguiente, mientras estaba sentado solo desayunando, escuché un ruido y, para mi enorme sorpresa, reconocí al mismo joven jinete que se acercaba por el camino de entrada, cubierto de barro y completamente agotado. Salí con curiosidad a su encuentro, y él me entregó una nota mientras decía:

—La señorita Seymour, de Lydford, me pidió que le trajera esto inmediatamente, señor. Es muy importante. He estado cabalgando toda la noche.

—¡Sí! —exclamé—. ¡Ahora lo recuerdo! ¡Pasé junto a usted con mi automóvil!

Abrí la carta apresuradamente y encontré en ella unas palabras garabateadas a lápiz que decían:

«¡Estoy en peligro mortal! Si usted es mi amigo, venga aquí inmediatamente y sálveme.
—Asta».

Capítulo 27 En la balanza

—¿Cómo consiguió esto? —pregunté al joven—. ¿Quién es usted?

—Soy John May, señor —respondió—. Trabajo en los jardines de Lydford y anoche, poco después de las once, cuando regresaba de Rockingham, me encontré con la señorita Asta en el camino de entrada. Parecía fuera de sí. Tenía la carta y quería que fuera entregada inmediatamente. Así que fui a los establos y, sin decir nada, salí de allí.

—Entonces ella había escrito esta nota y había salido con la esperanza de encontrar a alguien que pudiera entregarla —dije, mirando su caballo y observando que estaba completamente agotado después de una noche entera de marcha.

—No sabía que era usted, señor, quien había pasado junto a mí en un automóvil —continuó el joven jardinero.

—No —respondí, volviendo a leer aquella misteriosa petición de ayuda—. Pero usted y su caballo deben quedarse aquí y descansar. Yo regresaré a Lydford en el automóvil.

Lleno de ansiedad, me puse el impermeable y la gorra, pues la lluvia caía de manera constante, y a los quince minutos de haber recibido la nota ya me encontraba nuevamente en camino por las carreteras teñidas de colores otoñales.

La mañana era la del primero de noviembre. Sin preocuparme por los límites de velocidad ni por las trampas de la policía, avancé a toda prisa hasta que, poco antes de las once, volví a detenerme frente al antiguo pórtico de piedra del Hall.

Una criada abrió la puerta y pregunté con impaciencia por la señorita Seymour.

—Está muy enferma, señor —respondió la muchacha—. Esta mañana han llamado al señor Shaw para que acudiera al tribunal como juez de paz, pero regresará dentro de una hora. El doctor Redwood está aquí, señor.

—Redwood. Entonces, ¿qué le ocurre? —pregunté.

—No lo sé muy bien, señor. Pero aquí viene la señora Howard.

Y al mirar hacia el amplio vestíbulo vi a la mujer de rostro serio vestida de negro, destacándose en la penumbra.

—Señora Howard —dije, acercándome a ella—. ¿Qué le ha sucedido a la señorita Asta? Dígamelo. ¿Está enferma?

—Mucho, me temo, señor —respondió el ama de llaves en voz baja—. El doctor está arriba con ella. Lo ocurrido durante la noche fue algo sumamente extraordinario y misterioso.

—Dígame todo, se lo ruego —pedí rápidamente.

—Bueno, señor, sucedió de esta manera —dijo la mujer—. Anoche, alrededor de las once, escuché a la señorita Asta caminar por el pasillo, pasando frente a mi habitación, y bajar hacia las dependencias de los sirvientes. Estuvo fuera quizá unos veinte minutos y luego escuché que regresaba a su habitación y cerraba la puerta con llave. Sé que lo hizo porque escuché claramente el cierre. La señorita Asta duerme en el

extremo opuesto del pasillo al lugar donde yo duermo, justo en la esquina que queda al pasar hacia la escalera principal. Bien, supongo que después de aquello debí quedarme dormida. Pero poco después de las dos de la madrugada todos despertamos al escuchar unos gritos fuertes y desgarradores de terror. En el primer instante de despertar estaba demasiado asustada para moverme, pero al comprender que era la señorita Asta, me levanté de inmediato, me puse una bata y corrí hacia la puerta de su habitación. Varios de los otros sirvientes, despertados por los gritos, ya estaban en el pasillo. Sin embargo, ella había cerrado la puerta con llave y no podíamos entrar. Le grité que la abriera, pues seguía lanzando aquellos gritos, pero no lo hizo. En ese momento llegó el señor Shaw con su bata, sumamente alarmado, y con su ayuda logramos derribar la puerta.

—Entonces, ¿él la ayudó a hacer eso? —pregunté.

—Sí, señor —respondió la mujer—. Dentro encontramos a la pobre joven en camisón, acurrucada en el suelo junto al otomano que estaba al pie de la cama. Seguía llorando histéricamente y temblando de miedo de pies a cabeza. Me incliné y, tomándola entre mis brazos, le pregunté qué ocurría, pues al entrar alguien había encendido la luz eléctrica. Durante un momento me miró fijamente con una expresión extraña e intensa, como si no me reconociera. Entonces balbuceó estas palabras: "¡Muerte!... ¡mano!... ¡mano!". Eso fue todo. Al instante siguiente se desplomó entre mis brazos y creí que había muerto. El señor Shaw estaba fuera de sí por el dolor. Me ayudó a levantarla y colocarla sobre la cama, e intentó por todos los medios reanimarla con coñac y sales aromáticas, pero sin resultado. Mientras tanto, yo había llamado por teléfono al doctor Redwood, quien llegó aproximadamente media hora después, y desde entonces ha estado aquí.

—¿Y cómo se encuentra ahora la señorita Asta? —pregunté con ansiedad.

—Sigue inconsciente. El doctor teme, me parece, tener muy pocas esperanzas de que se recupere, señor. Ha declarado que ha sufrido una impresión enorme y terrible que ha afectado su corazón.

Las circunstancias guardaban un paralelismo extraño con el misterioso final de Guy Nicholson.

—¿Nadie ha llegado a alguna conclusión sobre qué pudo haber causado esa impresión?

—No, señor. Ninguno de nosotros, ni siquiera el doctor, puede imaginar qué podrían significar las palabras “mano” y “muerte”, aparte del sentido figurado habitual —respondió la mujer—. A mí, cuando habló, me pareció una persona completamente distinta. Su pobre rostro parecía delgado, demacrado y absolutamente sin sangre, y cuando cayó en mis brazos estaba convencida de que aquella pobre criatura había fallecido.

—¿Está usted completamente segura de que la puerta de su habitación estaba cerrada con llave?

—Completamente. Escuché cómo la cerraba, como era su costumbre, y al ser la primera persona que llegó al escuchar los gritos de auxilio, intenté abrirla y comprobé que seguía asegurada desde el interior. El señor Shaw está casi fuera de sí y al principio no quiso alejarse del lado de la pobre joven, hasta que se vio obligado a acudir a las Sesiones de Paz. Parece que hay un caso importante y ningún otro magistrado está disponible para sustituirlo con tan poca anticipación. Pero espero que regrese en cualquier momento.

—¿Y la señorita Asta sigue en su habitación? —pregunté—. Creo que dijo que la puerta había sido forzada.

—Sí, señor. Por esa razón la hemos trasladado a la habitación verde de invitados, que está más abajo en el pasillo, más cerca de la mía.

—Gracias, señora Howard —dije—. Subiré a buscar al doctor. Conozco el camino.

Entonces, presa de una rápida ansiedad, subí apresuradamente la amplia escalera de roble cubierta con una gruesa alfombra, y unos momentos después me encontraba en la habitación que, por la puerta, reconocí como el lugar donde había ocurrido aquel extraño suceso.

Recordé con demasiada claridad mi propia terrible experiencia y, por aquellas exclamaciones que habían desconcertado tanto a todos, comprendí que ella también había vuelto a contemplar aquella mano semejante a una garra.

La habitación, acogedora, bien amueblada y tapizada con una bonita tela de cretona, estaba completamente desordenada. La cama —una cama de bronce, con cortinas de cretona sobre el cabecero a juego con el mobiliario— estaba revuelta, con parte de las ropas en el suelo, mientras que el edredón verde de satén había sido arrojado a cierta distancia. Una silla estaba volcada y había agua y toallas alrededor, mostrando los intentos que se habían hecho para reanimarla.

Sobre una pequeña mesa de mimbre junto a la cama había una lámpara eléctrica con pantalla, y una novela que evidentemente mi amada había estado leyendo la noche anterior permanecía abierta. Sin embargo, aunque examiné la habitación con detenimiento y cautela, temiendo a cada momento que Shaw regresara, no pude descubrir nada que explicara aquel singular fenómeno.

La ventana estaba ligeramente abierta, pero la señora Howard me había explicado que ella misma la había dejado sin seguro. Examiné la cerradura de la puerta. La llave seguía colocada por dentro, mientras que el pestillo estaba roto; además, el pestillo de un pequeño cerrojo de seguridad de latón situado más arriba también había sido arrancado. Por lo tanto, la puerta debió de haber estado cerrada con llave y además asegurada con el cerrojo. Desde luego, no podía haber habido ningún intruso en aquella habitación.

Un objeto despertó mi curiosidad y aceleró los latidos de mi corazón. Sobre la repisa de la chimenea había una pequeña fotografía enmarcada de ella y de su padre, que ella había tomado un día frente al Casino de Aix.

Pero ¿qué había visto dentro de aquella habitación para causarle semejante impresión? Más aún, ¿qué podía haber producido en ella casi exactamente los mismos síntomas que, en el caso de Guy Nicholson, habían terminado con su muerte?

Escuché unos pasos en el pasillo y, al salir de la habitación, me encontré cara a cara con el inquieto anciano doctor, vestido con su áspero traje de tweed.

Mi inesperada aparición hizo que exclamara sorprendido, pero cuando le pregunté con ansiedad por el estado de su paciente, su rostro adoptó una expresión muy grave y dijo:

—Un corazón débil y problemas cerebrales, mi querido señor Kemball. Para hablarle con franqueza, por desgracia, temo lo peor.

—Venga un momento —dije, tomándolo del brazo y llevándolo hacia el desordenado dormitorio—. Ahora —añadí, mientras empujaba la puerta hasta cerrarla tanto como era posible—, dígame con sinceridad, doctor Redwood: ¿qué piensa usted de este asunto?

—Nada por ahora —respondió con un peculiar resoplido, una costumbre suya—. No logro comprenderlo en absoluto. Pero no me gustan los síntomas. Solo ha hablado una vez. En medio de su delirio murmuró algo acerca de una mano. Debió de haber visto algo u otra cosa... algo extraño, creo. Y, sin embargo, ¿qué puede haber aquí? —preguntó, mirando sorprendido alrededor de la habitación.

—Escuche, Redwood —dije con firmeza—, los hechos son muy similares a los de Titmarsh. El pobre Nicholson vio algo, si lo recuerda. Y se había encerrado con llave, exactamente como lo hizo la señorita Seymour.

El doctor se acarició la barbilla rojiza y perfectamente afeitada.

—Admito plenamente que, en muchos detalles, es un caso completamente paralelo. Pero espero lograr que la joven recupere la conciencia lo suficiente como para describir lo que ocurrió. Los sirvientes dicen que los gritos fueron fuertes, desgarradores, llenos de horror y terror. El propio Shaw me dijo que tuvo enormes dificultades para derribar la puerta. La encontraron acurrucada de miedo allí, detrás del otomano. Y gritó algo acerca de una mano. ¿A qué cree usted que pudo haberse referido? Está completamente cuerda y posee una mente perfectamente sana; de no ser así, atribuiría el asunto a alguna alucinación.

—Fue algo más que una alucinación —le aseguré, recordando mi propia experiencia, aunque decidido a no ayudarlo a descubrir el misterio.

El muerto evidentemente había hecho un descubrimiento justo antes de sufrir su ataque fatal. Recordé aquella breve y urgente nota de Asta. ¿Había ella descubierto también algo semejante?

Sí. No podía eludirse ese hecho. Ambos casos eran idénticos en todos los aspectos.

Durante casi un cuarto de hora permanecí conversando con Redwood sobre aquel asombroso suceso. Pude ver que estaba tan desconcertado como desconfiado; por ello le exigí la promesa de guardar silencio y le aseguré que lo ayudaría a encontrar una solución a aquel extraordinario problema. No mencioné a nadie el mensaje que Asta me había enviado, pues tenía la intención de mantenerlo en secreto.

Ante mi insistente petición, me permitió entrar de puntillas en la habitación oscurecida, donde aún yacía inconsciente la mujer que amaba tan profundamente; aquella que lo era todo para mí.

Me incliné sobre aquel pobre rostro pálido, cuya transparencia cerosa recordaba la de la muerte, y toqué la mano delgada y suave que descansaba fuera de la manta. Después, con los ojos llenos de lágrimas y medio ahogado por el sollozo que no podía contener, me aparté y salí de la habitación.

—¿Se recuperará? —logré preguntarle al doctor.

Pero él simplemente levantó sus pobladas cejas con una expresión de absoluta incertidumbre.

¿Qué obra diabólica se había cometido dentro de aquella habitación cerrada con llave? Ah, sí, qué duda cabía.

Contra el hombre llamado Shaw, que tan hábilmente la había llevado a creer sinceramente que la adoraba, surgió dentro de mí un odio profundo y furioso. ¿Por qué no estaba allí, sabiendo la precaria condición de Asta? Su excusa de verse obligado a asistir a las Sesiones de Paz era, sin duda, una explicación ingeniosamente preparada. Poco imaginaba él que, antes de aquel suceso, Asta me había enviado a llamar y que por esa razón yo me encontraba allí a su lado.

Desde aquel momento en que el hombre misterioso —Melvill Arnold— había exhalado su último aliento, todas las circunstancias habían sido tan extrañas que me encontraba completamente desconcertado. Y ahora este acontecimiento ocurrido durante la noche me dejaba atónito. Solo una persona había resuelto el misterio de la mano misteriosa, y él, por

desgracia, no había vivido para revelar lo que, sin duda alguna, era una verdad terrible.

En el pasillo permanecí conversando en voz baja y contenida sobre el estado de mi amada con aquel inquieto médico rural, un hombre de la vieja escuela de los cazadores de zorros —pues en aquella región de campos verdes casi todos montaban a caballo tras los perros de caza—. Ya había enviado un telegrama al doctor Petherbridge, en Northampton, para que acudiera a una consulta, y ahora esperaba que llegara en su automóvil.

—He hecho todo lo que estaba en mis manos, señor Kemball —dijo—. Pero como desconocemos la causa, resulta bastante difícil determinar el tratamiento exacto. Todos los síntomas corresponden a un trastorno cerebral provocado por un gran terror.

—Exactamente los mismos síntomas que usted observó en Nicholson —observé.

Ante aquellas palabras, asintió lentamente y volvió a acariciarse la barbilla rosada y perfectamente afeitada.

—Bien, doctor —dije—, tengo la intención de hacer de esto un asunto personal e investigar la causa de este peculiar fenómeno.

Entonces me senté y escribí un telegrama urgente para Cardew, quien, según sabía, se encontraba ahora destinado en Aldershot.

Capítulo 28 Otra revelación

Las oscuras y angustiantes horas de aquella lúgubre mañana de otoño transcurrieron lentamente.

El doctor Petherbridge llegó apresuradamente desde Northampton y tuvo una larga y seria consulta con Redwood. Ambos hombres se encontraban profundamente desconcertados. Me reuní con ellos después de una larga y ansiosa espera, cuando salieron en silencio de la habitación de la enferma.

—Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos, señor Kemball —declaró Petherbridge—. La joven, lamento decirlo, se encuentra en una situación sumamente delicada; de hecho, en un estado de colapso.

Le rogué que permaneciera allí, y así lo hizo. Durante varias horas ambos médicos estuvieron constantemente junto a su lecho, mientras la señora Howard, preocupada y solícita por el bienestar de su joven señora, expresaba su sorpresa de que el señor Shaw no regresara.

Mi propia sospecha era que ya había huido; sin embargo, resultó infundada, pues a las dos y media llegó apresuradamente en un carruaje alquilado, ya que su automóvil se había averiado. Ambos médicos salieron a su encuentro y le explicaron que el estado de la señorita Asta no había mejorado en absoluto. Sufría una enfermedad oscura y difícil de determinar, que ellos habían diagnosticado como una afección tanto del corazón como del cerebro.

—Pobre muchacha, pobre muchacha —dijo con lágrimas asomando en sus ojos—. Hagan todo lo posible por ella, se los ruego a ambos —añadió —. Ella lo es todo para mí. ¿No podríamos llamar a un especialista?

—Sir George Mortimer, en Cavendish Square, podría examinarla —observó el doctor de Northampton.

—Enviemos un telegrama inmediatamente —insistió Shaw con ansiedad —. Acepto por completo su diagnóstico, pero me gustaría contar con la opinión de un especialista.

Ambos médicos estuvieron de acuerdo, y se envió un telegrama al gran especialista en enfermedades cerebrales.

Mientras Redwood, sentado ante la mesa de la biblioteca, redactaba el telegrama, sus ojos, pequeños y muy juntos, se encontraron con los míos. La mirada que intercambiamos fue significativa.

—¿Cómo se enteró usted de este terrible suceso, Kemball? —preguntó Shaw bruscamente, poco después.

—Vine para invitarlos a ambos a cenar el próximo miércoles —respondí, ocultando naturalmente el mensaje secreto que había recibido de la mujer a quien había llegado a amar.

Como respuesta, lanzó un gruñido de insatisfacción y caminó apresuradamente por el vestíbulo. ¿Era su impaciencia el deseo ansioso de conocer el desenlace de la pobre muchacha?

Sin duda no podía ser eso, pues ¿acaso no estaba completamente entregado a ella? Y, sin embargo, su ataque y sus síntomas eran exactamente iguales a los del pobre Guy Nicholson.

Pasé todo el día allí, observando atentamente la actitud y los movimientos de Shaw.

En una ocasión, cuando me encontró solo mirando por la ventana de la sala de estar, se acercó a mí y, mirándome con aquellos ojos pequeños y vivaces, dijo:

—Esto es un golpe terrible para mí, Kemball. He sido completamente sincero con usted; por lo tanto, sea sincero conmigo. No he estado ciego. Me he dado cuenta de que usted estaba enamorado de la pobre muchacha y... bueno, para decirle la verdad, secretamente esperaba que algún día le pidiera matrimonio. Mi propia situación es, como usted sabe, de una inseguridad constante, y mi mayor deseo era verla felizmente establecida antes de... antes de la crisis.

—Usted adivinó la verdad —respondí—. Sí, la amo; la amo más de lo que puedo expresar.

Él suspiró profundamente, un suspiro que pareció resonar por toda la amplia y silenciosa habitación.

—Bien —dijo—, me temo que nuestro dolor debe ser compartido. Petherbridge acaba de decirme que creen que no podrá vivir otra hora.

Apenas habían salido esas palabras de sus labios cuando la señora Howard hizo entrar a un hombre alto, delgado y de cabello completamente blanco: el eminente especialista, sir George Mortimer.

Sin demora, lo llevaron a la habitación de la pobre joven, y después comenzó un largo período de espera angustiosa, mientras los tres médicos permanecían dentro con la puerta cerrada.

Supongo que debió de pasar aproximadamente una hora cuando, al caminar por el pasillo alfombrado cercano a la habitación de Shaw, contigua a la de Asta, vi que su puerta estaba cerrada; pero al pasar escuché que emitía aquel silbido peculiar suyo, aunque tan bajo que apenas era audible. Lo escuché dos veces y, al detenerme, me descubrí imitándolo involuntariamente. Silbaba con tanta suavidad que apenas habría podido escucharse más allá de las paredes de su propia habitación.

¿Qué significaba aquel sonido? Probablemente solo escapaba de sus labios cuando se encontraba profundamente pensativo. Algunos hombres silban suavemente o tararean melodías mientras se visten. Sin embargo, en cualquier caso, resultaba extraño que hiciera aquello mientras Asta yacía moribunda.

Todo era caos y desorden en aquella casa que normalmente se caracterizaba por su calma y perfecto orden. Poco después de las siete, Redwood vino a buscarme y me condujo a una de las habitaciones del piso superior, donde el gran especialista me esperaba a solas.

—Creo que un amigo suyo, un tal señor Nicholson, murió hace poco tiempo en circunstancias bastante similares al caso actual —dijo sir George, de pie sobre la alfombra frente a la chimenea, con los brazos cruzados—. Ahora bien, por lo que puedo determinar, la enfermedad de la joven se debe a un trastorno cerebral, provocado quizá por un gran espanto. He visto varios casos semejantes durante mi experiencia profesional y los he tratado.

—Pero la señorita Seymour... ¿vivirá? —pregunté con desesperada ansiedad.

—Eso no puedo predecirlo —respondió con calma, con su voz suave y pausada—. Le he administrado dos inyecciones y me alegra decirle que está infinitamente mejor. De hecho, espero que recupere la conciencia muy pronto, y podemos confiar en que habrá una mejoría.

—Gracias a Dios, gracias a Dios —dije con el corazón abrumado—. Ella es muy querida para mí, sir George —añadí emocionado—, y le agradezco profundamente sus esfuerzos por salvarla.

—Comprendo... comprendo perfectamente, mi querido señor —dijo con la serenidad propia de su profesión—. Sin embargo, por lo que me han contado mis dos colegas, no puedo evitar pensar que hay... bueno, algún pequeño misterio aquí, ¿no es así?

—¿Un pequeño misterio? —repetí—. Ah, sir George, hay un misterio enorme; uno que pienso investigar a cualquier precio, ahora que Asta se ha convertido en una víctima.

Pero mientras pronunciaba esas palabras, la puerta se abrió bruscamente y entró Shaw, quien se había puesto un traje azul oscuro y cuyo rostro se veía más pálido y agotado de lo habitual. Preguntó por las últimas noticias sobre el estado de la paciente.

—Me complace decirle, señor Shaw, que probablemente se recuperará —respondió el eminente médico—. Dentro de una hora esperamos que vuelva a estar consciente y entonces, espero, podrá decirnos qué ocurrió; qué fue exactamente lo que quiso indicar cuando, presa del miedo, mencionó aquella misteriosa mano.

La mano. Recordé aquellas palabras escritas de Melvill Arnold.

—Supongo que estaba delirando, pobre muchacha —dijo Shaw—. Pero es una verdadera alegría saber que está mejorando. ¿Está usted completamente seguro de que no nos será arrebatada?

—Espero que no. He tratado casos semejantes.

—Ah, entonces, ¿no hay nada anormal en esto? —preguntó con evidente interés.

—No puedo decir exactamente eso, señor Shaw. Cuando la pobre joven se recupere podrá contarnos qué ocurrió realmente para provocar su misterioso ataque —respondió sir George con gravedad.

—Sí —dijo Shaw—. Espero que pueda aclarar el misterio. ¿Cree usted que dentro de una hora aproximadamente volverá a estar consciente?

—Lo espero sinceramente.

Entonces ambos hombres salieron juntos de la habitación. Cerca de las nueve, el mayordomo de rostro astuto vino a informarme que el capitán Cardew deseaba verme y, unos segundos después, estrechaba la mano del amigo de Guy Nicholson.

El comedor estaba vacío, pues aunque la mesa había sido preparada, nadie había pensado en cenar. Contra toda esperanza, Asta no había recuperado la conciencia. Apenas diez minutos antes había visto a Redwood, quien me confesó que había sufrido un ligero empeoramiento y que, por ello, la preocupación de los médicos había aumentado considerablemente.

Después había buscado a Shaw, pero no pude encontrarlo. La señora Howard me dijo que había ido un momento al garaje.

En cuanto conseguí quedarme a solas con Cardew, le conté, tan brevemente como pude, todo lo ocurrido.

—Entonces el caso de la señorita Seymour y el de Guy son prácticamente idénticos —dijo, mirándome fijamente.

—Sí. Y quiero que permanezcas aquí conmigo para investigar —respondí.

Le relaté cómo, al haber forzado la puerta de su habitación, ella, antes de perder el conocimiento, había hecho referencia a una mano misteriosa.

—Eso es verdaderamente extraño —declaró Cardew—. Me pregunto qué habrá querido decir.

—Eso es precisamente lo que debemos descubrir. ¿Me ayudarás?

—Por supuesto —respondió el capitán con entusiasmo—. Solo espero que la pobre joven se recupere. Sin duda los médicos deberían ser capaces de descubrir algo.

—No pueden afirmar nada con certeza. Nos corresponde a ti y a mí aportar las pruebas.

—¿Qué sospechas, Kemball? —preguntó, mirándome directamente al rostro.

—Espera y verás —respondí—. A las once, si Asta no ha recuperado entonces la conciencia, iremos a investigar la habitación donde se encontraba cuando sufrió el ataque.

Comimos algo de carne fría y bebimos una copa de clarete, pues yo no había probado bocado en todo el día, mientras que él había realizado un largo viaje desde Aldershot. Después volvimos a buscar noticias de mi amada.

Su delicado estado no había cambiado y seguía inconsciente. Más tarde, la señora Howard me informó de que Shaw se encontraba en la biblioteca escribiendo. Estaba profundamente afectado por la prolongada inconsciencia de la joven y había expresado su deseo de no ser molestado. Al pasar junto a la puerta escuché que hablaba por teléfono con alguien. Lo único que pude oír fue el número: el número de la mujer Olliffe. Intenté captar lo que decía, pero no me fue posible. Hablaba deliberadamente en voz baja, para evitar que alguien lo escuchara.

Cuando el antiguo reloj de péndulo del vestíbulo dio las once campanadas, subí la amplia escalera con Cardew y, utilizando una linterna eléctrica que unas horas antes había encontrado en la biblioteca, llegamos al corredor superior.

Redwood pasó apresuradamente junto a nosotros y, en respuesta a mi pregunta, apenas me dio esperanzas sobre la recuperación de mi pobre amada.

—Mortimer está a punto de hacer un último intento con otra inyección —dijo—. Pero temo, señor Kemball, que ahora debemos abandonar toda esperanza.

Mi corazón se detuvo. Sus palabras cayeron sobre mí como si me hubiera asestado un golpe.

—¿Sin esperanza? —logré murmurar.

—No, ninguna, señor Kemball —respondió el médico, y se apresuró a marcharse hacia las habitaciones de los sirvientes para buscar algo.

No hice ningún otro comentario. Las palabras ya no tenían sentido para mí. Si Asta me era arrebatada, entonces mi deber sería vengar su muerte. Por eso llevé a Cardew a la oscura habitación donde la joven moribunda

había contemplado la espantosa aparición de la mano y, con dificultad —pues una de las bisagras estaba rota—, cerré la puerta.

Después encendí la luz eléctrica y realizamos un examen minucioso y cuidadoso del aposento. Pero no descubrimos nada. Antes de entrar había observado que la puerta de la habitación contigua, la de Shaw, estaba cerrada, pues él continuaba abajo escribiendo.

Finalmente, cuando nos convencimos de que en aquella habitación no había nada sospechoso, le indiqué a mi amigo que, si permanecíamos silenciosamente en la oscuridad, sin hablar, nadie sospecharía que estábamos allí.

—Ahora —añadí—, voy a acostarme en esa cama mientras tú te sientas en aquel sillón del rincón. Toma la linterna y, ante el menor movimiento, ilumina cualquier cosa que puedas ver. No dudes en hacerlo, porque... bueno, quizá mi vida pueda estar en peligro, como la de Guy. ¿Quién puede saberlo?

Había tomado del rincón el pequeño bastón de fresno de Asta, que ella utilizaba a veces cuando recorría el campo, y con él en la mano me tendí sobre la almohada, completamente vestido.

Entonces Cardew, sin aliento por la emoción, apagó la luz eléctrica, sumiendo la habitación en una completa oscuridad.

Poco a poco, cuando nuestros ojos se acostumbraron a las tinieblas, pudimos distinguir una débil claridad grisácea procedente de la ventana; pero no era suficiente para que yo pudiera ver a mi amigo, sentado como estaba en el rincón con la linterna y el arma preparados. Transcurrió una hora, pero nada ocurrió. Permanecíamos allí, con todos los nervios tensos al máximo, esperando en vano.

Finalmente, una súbita idea cruzó por mi mente. Dejando a Cardew en la habitación, con la linterna preparada, pasé a la habitación contigua, la de Shaw, que seguía a oscuras, y, después de cerrar la puerta, imité aquel silbido peculiar suyo. Silbé tres o cuatro veces, sorprendido de poder reproducirlo con tanta exactitud. Luego esperé, escuchando con toda atención.

No pude oír nada.

Así que regresé sigilosamente a la cama de la habitación de Asta, pues creo que Cardew comenzaba ya a impacientarse. Entonces, mientras permanecía tendido sobre el lecho, le advertí que tuviera mucho cuidado.

—Enciende la luz al menor ruido, recuerda.

Contuve la respiración y pude escuchar el latido de mi propio corazón en medio del silencio absoluto. Después de unos momentos —pues ambos estábamos atentos al zumbido de un automóvil que se alejaba y preguntándonos de quién sería—, emití de nuevo aquel silbido bajo y extraño.

Una vez, dos veces, tres veces lo repetí, con suavidad y precaución, para que nadie que pasara frente a la puerta pudiera sentirse atraído por él.

Después volví a escuchar conteniendo la respiración.

Pasaron unos segundos; segundos de intensa ansiedad.

Entonces, de repente, mis oídos atentos captaron un curioso sonido parecido a un tic-tac, y al instante siguiente un torrente de luz blanca cayó sobre las sábanas, muy cerca de mi cabeza.

Me incorporé de un salto con un grito, porque allí, junto a mí, vi algo: la terrible mano semejante a una garra.

Capítulo 29 Revela el secreto de Shaw

Aquella cosa era repugnante, peluda y espantosa: una enorme tarántula de color marrón oscuro, del tamaño de la palma de una mano, que, en el instante en que fue descubierta, se volvió y corrió rápidamente sobre las sábanas para desaparecer en la oscuridad.

Cardew se había puesto de pie de un salto, lanzando una exclamación de horror y sorpresa, después de haber encendido la luz; pero, aunque buscamos rápidamente por toda la habitación, de arriba abajo, no logramos encontrar en ninguna parte al espantoso arácnido. El secreto había quedado descubierto.

Aquel repulsivo ser cubierto de pelos, que aquella noche en Arnay-le-Duc se me había aparecido como una mano misteriosa y siniestra, era en realidad una enorme araña venenosa cuya picadura resultaba tan mortal como la de una cobra.

Armados con palos, Cardew y yo exploramos cada rincón y cada hueco de la habitación, pero había desaparecido con tanta rapidez que no pudimos determinar hacia qué dirección se había marchado.

—Bien —jadeó mi amigo, completamente asombrado—. Jamás habría esperado algo así.

—Yo tampoco —respondí sin aliento—. Pero ahora la causa de la muerte del pobre Guy resulta absolutamente evidente. Fue mordido por ese arácnido que Shaw, con toda probabilidad, dejó deliberadamente en la biblioteca de su joven amigo antes de regresar a casa aquella noche fatal. Creo que ahora comprendo la verdad —añadí—. Esta especie particular de *lycosa tarántula*, según he leído, se encuentra en los bosques primitivos del Perú y solo ataca a los seres humanos cuando están inmóviles o dormidos. Su picadura es extremadamente mortal. Produce primero un estado de estupor, seguido de coma o parálisis, y la víctima muere rápidamente. Sin embargo, si la marca de la picadura queda oculta y nadie sospecha de ella, como fácilmente puede ocurrir entre el cabello, entonces los síntomas son idénticos a los de una inflamación cerebral: la enfermedad de la que se supone que murió el pobre Guy.

—Entonces sospechas que Shaw conservaba a esa horrible criatura como mascota, ¿eh? —balbuceó, mirándome desconcertado.

—Como mascota y como instrumento de asesinato —respondí—. Al tener hábitos nocturnos, si se introduce en una habitación permanecería cuidadosamente escondida durante todo el día y solo atacaría a la víctima por la noche, mientras esta duerme. Yo mismo escapé por muy poco cuando viajaba en automóvil por Francia con Shaw... —y entonces, en pocas palabras, le describí mi propia experiencia, así como la visión de Asta de aquello que ambos habíamos considerado una mano extraña y sobrenatural.

—Entonces ese miserable Shaw evidentemente pretendía que usted muriera —dijo—. Por Júpiter, amigo mío, ha tenido usted una escapatoria por muy poco.

—Sí. Debió de transportar en secreto a su peligrosa mascota dentro de una caja, supongo. Y seguramente se la llevó consigo cuando huyó de Aix.

Entonces, recordando de pronto aquel silbido peculiar suyo, comprendí cómo Shaw lo había utilizado para llamar de vuelta a la enorme araña.

—Apaga la luz, Cardew —dije—. Ten preparada tu linterna. Tengo una idea.

—Pero... —vaciló, con cierta aprensión.

—No tengas miedo. Queremos volver a ver a esa criatura horrible... y matarla —respondí.

Al segundo siguiente, la habitación quedó nuevamente sumida en la oscuridad y, después de unos momentos, comencé a imitar suavemente aquel silbido peculiar que había aprendido de Shaw.

Luego esperamos en un silencio absoluto, sin mover un solo músculo.

Una y otra vez silbé, pero no pudimos escuchar ningún movimiento. Estábamos seguros de que la enorme araña se encontraba en algún lugar de la habitación, pero no lográbamos descubrir dónde.

—Enciende la luz —grité por fin.

En un segundo, la habitación volvió a quedar iluminada y, para nuestra sorpresa, a mitad de las cortinas de cretona rosa y blanca que estaban detrás de la cabecera de la cama, apareció la horrible criatura con sus largas patas, inmóvil y sobresaltada por el repentino encendido de la luz.

Había descendido lentamente desde el pequeño dosel situado sobre la cama, buscando el lugar donde yo había estado acostado.

En un instante intentó volver a subir por la cortina, pero fuimos demasiado rápidos para ella; con dos o tres golpes certeros de nuestros bastones la hicimos caer, y pronto quedó tendida, muerta, sobre el suelo.

Salí audazmente en busca de Shaw, pero no pude encontrarlo. Su habitación estaba desordenada, pues al parecer había recogido algunas pertenencias, había hecho el equipaje apresuradamente y se había marchado.

¡El automóvil que habíamos oído salir de la casa mientras estábamos en la habitación de Asta evidentemente había sido el suyo! Había escapado justo en el momento en que descubrimos el ingenioso método mediante el cual había cometido sus crímenes.

Llamamos a los tres médicos y les mostramos la enorme araña muerta. Entonces, en ese mismo instante, los tres coincidieron en que Guy Nicholson había sucumbido a su picadura, y el examen del cabello de la pobre Asta, aún inconsciente, mostró claramente el lugar donde también ella había sido mordida, justo encima de la oreja derecha.

Los tres médicos permanecieron completamente atónitos. Sin embargo, sir George no perdió tiempo en aplicar diversos antídotos y tratamientos reconstituyentes, y al amanecer vino a mí con la alegre noticia de que había experimentado una mejoría.

Nuestro conocimiento de la verdadera causa de su enfermedad había llegado justo en el último momento.

Un examen más detallado de las paredes de la habitación de Asta produjo el sorprendente descubrimiento de que la puerta de un armario empotrado en la pared, junto a la chimenea, estaba deformada y, al cerrarse, dejaba una abertura de una pulgada en la parte inferior. El armario estaba revestido interiormente con paneles de madera y, en uno de los paneles traseros, se había cortado una pequeña trampilla de unos

diez centímetros cuadrados, de modo que pudiera retirarse desde el interior del armario correspondiente que se encontraba en la habitación contigua de Shaw.

La investigación demostró que aquel armario era precisamente el que estaba asegurado con aquellas dos cerraduras especiales; y al abrirlo por la fuerza descubrimos que Shaw había mantenido allí a la araña venenosa, pues dentro había agua y alimento, además de un grueso guante de goma que, sin duda alguna, utilizaba cuando deseaba manipular a su horrible mascota, y una pequeña jaula de alambre en la que podía transportarla.

Para liberarla en la habitación de Asta, solo tenía que mover la pequeña pieza de panel recortada en la parte posterior de su encierro y, deseosa de escapar, la criatura pasaría por allí, como seguramente lo había hecho la noche en que mi amada había sido atacada.

Para hacerla regresar, Shaw solo tenía que silbar. La araña conocía aquella llamada.

Después del ataque contra Asta, el miserable evidentemente había perdido al animal en medio de la confusión y, al no gustarle la luz, la criatura había buscado refugio en el pequeño dosel de cretona sujeto al techo, sobre la cabecera de la cama.

El saber que su mordedura no había resultado mortal, como en el caso de Nicholson, y que Asta podía recuperarse y describir lo que había visto, unido al hecho de que no había podido hacer que su mascota regresara junto a él, lo había aterrorizado y había escapado.

Llamé rápidamente por teléfono a la policía de Northampton y, poco después, dos agentes llegaron en bicicleta; a ellos les hicimos una declaración de lo ocurrido. Luego, una hora más tarde, una orden de persecución y captura del asesino fue transmitida por los cables telegráficos.

Lenta, muy lentamente, Asta recuperó la conciencia; pero no se me permitió verla, ni tampoco se le permitió, en efecto, hablar.

Sin embargo, saber que mi amada volvería nuevamente a la vida era, por sí solo, suficiente para mí.

Al menos había resuelto dos aspectos de aquel asombroso misterio de avaricia y astucia. Había descubierto la cruel e ingeniosa manera en que Guy Nicholson había sido asesinado a causa del conocimiento que había adquirido accidentalmente, y también había demostrado que Shaw pretendía que la pobre Asta corriera la misma suerte.

Pero ¿cuál era el motivo de aquel doble crimen?

Ese punto era, por sí mismo, el más desconcertante de todos.

Capítulo 30 El tres de noviembre

Durante todo el día siguiente permanecí en la mansión, pero, como puede imaginarse, la consternación fue enorme cuando los sirvientes supieron, y a través de ellos toda la comarca, que el señor Harvey Shaw, el magistrado del condado considerado un modelo de respetabilidad, era buscado por la policía.

Resultaba curioso comprobar con qué rapidez desaparece la popularidad ante el primer soplo de escándalo. Las mismas personas que más habían ensalzado a Shaw eran ahora las primeras en insinuar cosas oscuras y en declarar que siempre habían sospechado que llevaba una doble vida.

Sir George permaneció allí, pero los dos médicos locales salieron para realizar sus visitas habituales. Asta había mejorado considerablemente y, aunque se le había ordenado no hacer referencia a los trágicos

acontecimientos de las últimas horas, se me permitió verla durante cinco minutos cerca de las siete de la tarde.

Débil y muy pálida, se encontraba vestida con una chaqueta de seda azul y sostenida por almohadas. Cuando entré, extendió su pequeña mano blanca y una sola palabra temblorosa, mi nombre, escapó de sus labios.

A la luz tenue de la habitación vi que sus grandes ojos estaban llenos de lágrimas; lágrimas de alegría que también empañaron los míos.

—He tenido... he tenido un sueño terrible —logró decir—. Pero, señor Kemball, cuánto me alegra que solo haya sido un sueño y que el doctor diga que estoy mejorando.

—Espero, señorita Seymour, que dentro de una semana esté completamente recuperada y pueda volver a sus actividades habituales —dijo sir George con tono alegre.

Y al escuchar aquellas palabras, volvió sus maravillosos ojos completamente hacia mí.

Apenas sé qué palabras de consuelo y felicitación pronuncié. Cómo podría recordarlo. Solo recuerdo que, cuando el gran especialista me tocó el hombro como señal de que debía abandonar su lado, me incliné y besé su suave mano blanca.

Durante todo el día y durante toda aquella noche permanecí esperando con impaciencia recibir noticias de la captura de Shaw. Sin embargo, sabiendo que era un verdadero maestro en el arte de evadir a la policía, llegué a desesperar de que alguna vez fuera apresado y llevado ante la justicia para recibir su castigo.

Mientras permanecía sentado fumando en su sillón, en la amplia sala de estar, reflexioné profundamente y comprendí con qué maravillosa astucia y previsión había engañado a Nicholson, a Asta, a mí mismo y, en realidad, a todo el mundo, haciéndonos creer que estaba entregado a la joven a quien, tantos años atrás, había adoptado y criado como si fuera su propia hija.

Aquella decisión de matar al hombre que ella amaba y después acabar también con ella no había sido un impulso repentino, sino el resultado de un plan cuidadosamente elaborado y extraordinariamente ingenioso. Si la

enorme tarántula había sido introducida en mi habitación de aquella posada francesa con malas intenciones, o si simplemente se había escapado y había buscado refugio allí, no podía determinarlo. Sin embargo, en el caso de Guy y Asta debía de haber existido, según mi conclusión, algún incentivo muy poderoso: un motivo que nadie había imaginado jamás.

En cuanto al incidente de Scarborough, debió de haber colocado la tarántula en secreto en la habitación de Asta y luego haber logrado recuperarla. De hecho, una investigación que hice posteriormente demostró que había sobornado a una de las criadas para que, mientras todos estaban ausentes, le mostrara la casa; su explicación fue que estaba pensando en comprarla.

Shaw era un criminal extraordinario. Audaz y desafiante, pero al mismo tiempo siempre preparado con algún medio de escape en caso de verse acorralado. Su hazaña en el hotel de Aix demostraba hasta qué punto era astuto e inteligente en el arte del engaño. Conservaba una apariencia de la más absoluta respetabilidad y hasta había conseguido ser incluido en la lista de jueces de paz; él, un hombre que consideraba el asesinato como la práctica de una ciencia, había llegado a condenar a cazadores furtivos, hombres que maltrataban a sus esposas, vagabundos y borrachos a penas de prisión.

Y, sin embargo, había sido tan hábil que el Departamento de Investigación Criminal nunca había reconocido en el rico propietario de Lydford Hall al fugitivo que llevaba tanto tiempo buscando.

Permanecí allí una segunda noche, para estar cerca de la mujer a quien amaba con tanta intensidad.

Sir George me aseguró, mientras estábamos sentados juntos antes de retirarnos durante unas horas de sueño, que su paciente evolucionaba favorablemente y que podría volver a verla al día siguiente. Cardew también permaneció allí, y mientras los tres fumábamos conversamos sobre aquel extraño asunto, preguntándonos qué motivo podía tener Shaw para intentar, con semejante ingenio y con tanta sangre fría, un segundo crimen.

Pero no logramos llegar a ninguna conclusión definitiva. Todo aquel asunto permanecía completamente envuelto en misterio.

A la mañana siguiente se me permitió ver nuevamente a Asta. Parecía mucho mejor y hablaba con bastante animación.

—Señor Kemball —dijo, después de que hubiéramos conversado durante algunos minutos—, yo... yo... quiero contarle algo... algo muy importante... cuando estemos solos.

—No, ahora no, señorita Seymour —interrumpió sir George, señalando a su paciente con el dedo mientras reía—. Más tarde... un poco más tarde. Hoy no debe alterarse.

Y así, con un encantador gesto de disgusto, se vio obligada a guardar silencio por orden del médico.

Supongo que debí de permanecer allí un cuarto de hora completo, aunque el tiempo transcurrió tan rápidamente que pareció apenas unos instantes. Después le pedí que conservara el ánimo y salí nuevamente.

No había mencionado en absoluto al hombre que se encontraba fugitivo.

La única observación llena de preocupación que hizo fue una advertencia:

—Tenga cuidado cuando entre en mi dormitorio. Hay algo allí —me había dicho.

Pero yo simplemente había reído y le había prometido que no entraría sin necesidad.

Hacia las once llegó Redwood y, al encontrarse conmigo en el vestíbulo, puso bajo mis narices un ejemplar del *Times* de aquel día, preguntándome:

—¿Ha visto esto, señor Kemball? Me parece que le concierne. Ese es el nombre que usted mencionó ayer, ¿no es así?

Ávidamente examiné las líneas que me señalaba. Era un anuncio que decía:

«Respecto a Melvill Arnold.—¿Tendrá a bien el caballero a quien el señor Melvill Arnold confió cierto antiguo objeto de bronce entregarlo conforme a lo prometido, comunicándose primero con los señores Fryer y Davidson, abogados, 196 London Wall, Londres, E.C.?»

Lo leí una y otra vez.

Entonces, de pronto, recordé que era el tres de noviembre. ¡Ese día tenía instrucciones de entregar el cilindro de bronce a la primera persona que lo solicitara!

Las palabras del moribundo, pronunciadas en voz baja y suave cuando me había entregado el pesado cilindro, rogándome que lo conservara bajo custodia segura, volvieron a mi memoria mientras permanecía allí con el periódico en la mano.

Así que resolví ir inmediatamente a Londres y presentarme ante la firma que había publicado el anuncio.

Poco después de las tres, subí en el ascensor de un gran edificio de oficinas en London Wall y atravesé las puertas giratorias de los señores Fryer y Davidson.

Cuando el empleado me pidió mi nombre, le entregué una tarjeta, añadiendo que había acudido en respuesta al anuncio, y pocos momentos después me encontré en una cómoda sala privada con un hombre de mediana edad, delgado, bien afeitado, de rostro fino y mirada despierta, quien se presentó como el señor Cyril Fryer, jefe de la firma.

Después de agradecerme mi visita, dijo:

—Quizá, señor Kemball, pueda contarle brevemente lo que sé acerca de la peculiar actuación de nuestro cliente, el señor Melvill Arnold. En los últimos años vivió principalmente en el extranjero por ciertos motivos personales y, un día, a principios de este año, recibimos de él una carta bastante curiosa escrita en papel del hotel Carlton, en la que nos comunicaba que había regresado inesperadamente a Inglaterra y que había confiado a un amigo cierto cilindro de bronce que contenía algo de gran importancia. Ese amigo, curiosamente, no fue nombrado, pero nos dio instrucciones de publicar un anuncio hoy, tres de noviembre. Hicimos averiguaciones en el Carlton, pero allí no lo conocían. Hoy hemos publicado el anuncio siguiendo las instrucciones de nuestro cliente, y usted se encuentra aquí en respuesta a él.

—Hay un considerable misterio rodeando este asunto, señor Fryer — exclamé.

—No lo dudo. Nuestro cliente, a quien conozco desde hace muchos años, era un hombre muy reservado y misterioso —respondió el abogado, recostándose en su sillón acolchado.

—Pues bien —dije—, lo conocí a bordo de un barco entre Nápoles y Londres.

Y entonces le describí detalladamente su repentina enfermedad, cómo me había inducido a aceptar aquel encargo y su muerte. El señor Fryer escuchó mi relato con el mayor interés.

—Entonces la carta debió de ser escrita la tarde de su llegada a Londres. Probablemente la redactó en la sala de fumadores del Carlton. Pero por qué razón intentaría engañarnos, no puedo imaginarlo —exclamó el abogado.

—Lo recuerdo —dije—. Yo estaba con él en un taxi cuando se detuvo en el Carlton y entró, pidiéndome que esperara. Así lo hice, y regresó unos quince minutos después. Mientras tanto debió de escribirles a ustedes. En aquel momento estaba muy enfermo y esa misma noche murió.

—¿No nos mencionó?

—No mencionó absolutamente a ningún amigo, salvo a uno: un señor Dawnay, a quien posteriormente entregué una nota.

—¿Dawnay? —repitió el señor Fryer—. ¿Se refiere usted a Harvey Shaw?

—Exactamente. Entonces lo conoce, ¿verdad?

El abogado asintió afirmativamente, mientras las profundas líneas de su rostro delgado se marcaban todavía más.

Entonces le conté la destrucción voluntaria que su cliente había hecho de una gran cantidad de billetes ingleses, los cuales me había obligado a quemar. Al oír aquello, el hombre sentado ante su escritorio soltó una risa sombría y dijo:

—No creo que debamos lamentar su destrucción. Fue mejor que fueran quemados.

—¿Por qué?

—Bueno… porque no eran auténticos.

—¡Pero seguramente su cliente no era un falsificador! —exclamé.

—Desde luego que no. Era un gran hombre. Cruelmente juzgado por el público, durante los últimos años se vio obligado a ocultar su verdadera identidad bajo otro nombre y vivir en el más estricto retiro. Sus acciones fueron consideradas simples rarezas, pero era un gran pensador, un organizador extraordinario, maravillosamente moderno entre los hombres modernos; un hombre cuyos proyectos financieros aportaron millones a los bolsillos de quienes estaban asociados con él y, sin embargo, cuyo conocimiento del antiguo Egipto y de la egiptología más árida era quizá único. Pero, por encima de todo, siempre fue honrado, íntegro y justo.

—Para mí fue un completo enigma —declaré—. Como lo fue para la mayoría de las personas. Yo, que fui su asesor legal y amigo durante muchas adversidades, fui el único que llegó a comprenderlo. Ni siquiera estaba enterado de su muerte. Si él llegó a tomarle afecto, no me sorprendería descubrir que le ha dejado una herencia considerable.

—Me hizo un regalo antes de morir —dije.

Y le hablé de los billetes que había encontrado en el sobre, así como del hecho de que conservaba el cilindro en la seguridad de las bóvedas de la *Safe Deposit Company* en Chancery Lane.

Al comprobar que el abogado era completamente sincero y abierto conmigo, le relaté las curiosas y sorprendentes circunstancias que habían ocurrido desde que había conocido al señor Harvey Shaw.

Mientras permanecía sentado en la luz cada vez más débil de aquella tarde de noviembre, le narré los hechos en su orden correcto, tal como los he dejado consignados en las páginas anteriores de esta historia personal.

El hombre que estaba frente a mí permaneció sentado con los brazos cruzados, casi en completo silencio, escuchando atentamente cada palabra. El crepúsculo desapareció y la oscuridad cayó rápidamente, como ocurre en noviembre en la City. Había dado órdenes de que no nos interrumpieran, y permaneció inmóvil, tan absorto por mi extraño relato que ni siquiera se levantó para encender la luz.

Le conté todo, absolutamente todo, hasta que llegué a la descripción del descubrimiento de aquella venenosa tarántula en la habitación de Asta.

Entonces golpeó repentinamente la mesa con el puño y se puso en pie, exclamando:

—¡Ah! He estado esperando escuchar esto desde el principio. ¡El miserable pretendía matar a la pobre muchacha! Había razones… razones muy poderosas para hacerlo.

—¿Cuáles eran? —pregunté rápidamente—. Le he contado todo, señor Fryer. Ahora sea completamente sincero conmigo, se lo ruego, y dígame toda la verdad.

Guardó silencio. Apenas podía distinguir su rostro delgado, marcado por profundas arrugas, mientras permanecía sentado en las sombras, de espaldas a la ventana, pues la oscuridad ya era casi completa.

Finalmente se levantó y encendió la luz, diciendo mientras lo hacía:

—Bien, señor Kemball, puesto que usted parece haber estado tan íntimamente relacionado con los últimos acontecimientos de la vida del pobre Melvill Arnold, le explicaré toda la verdad, incluso corriendo el riesgo de quebrantar el secreto profesional. Mi cliente ha muerto, pero el cobarde intento contra la señorita Asta Seymour debe ser vengado. Ese hombre, Harvey Shaw, será llevado ante la justicia. Escuche, y le contaré una historia más extraña que la mayoría de las que los hombres han escuchado jamás: un romance de la vida real en el que, sin embargo, cada palabra es verdadera.

—El cilindro —dije con ansiedad—. ¿Sabe usted qué contiene?

—No tengo el menor conocimiento de ello —declaró—. Eso lo investigaremos juntos más adelante… después de que haya escuchado el extraño relato del hombre a quien usted conoció con el nombre de Melvill Arnold.

Capítulo 31 La verdad acerca de Arnold

—El verdadero nombre de su amigo era —como ya habrá deducido por las cartas amenazadoras que recibía en Kingswear, en Devon— Arnold Edgecumbe —comenzó el abogado, apoyando los codos sobre el escritorio y mirándome fijamente a los ojos—. Mi firma era la representante legal de su padre, un acaudalado fabricante de Bradford que, al morir, dejó a su hijo una cuantiosa fortuna.

»Hace veinte años se casó con una mujer extraordinariamente hermosa. Fue un matrimonio por amor, y de esa unión nació una hija. Sin embargo, seis meses después del nacimiento de la niña, la señora Edgecumbe murió de tisis, y su esposo quedó inconsolable por la pérdida. Estaba profundamente enamorado de su mujer, y aquel golpe fue devastador.

»Poco después, para distraer su mente, dirigió su atención a los negocios financieros de la City y se asoció con un hombre llamado Henry Harford.

—Harford —dije con sorpresa—. Ese era el hombre contra quien me advirtió. Las palabras que escribió todavía están en mi poder.

—Tenía poderosas razones para hacerlo —prosiguió el hombre sentado tras el escritorio—. La sociedad entre ambos, que eran especuladores audaces y de gran éxito, elevó muy pronto la firma hasta convertirla en una de las casas financieras más prestigiosas de Londres. Negociaban con millones como otros negocian con miles y, en el transcurso de pocos años, ambos amasaron enormes fortunas.

»De pronto, cuando se encontraban en la cima de su prosperidad, estalló un escándalo de enormes proporciones. Se descubrió que, mediante la promoción de ciertas compañías fraudulentas, cuyas acciones habían tenido una amplia aceptación, habían obtenido beneficios colosales. Los accionistas, que se contaban por millares —viudas, clérigos, oficiales retirados y personas por el estilo, siempre dispuestas a dejarse seducir por un prospecto bien redactado—, montaron en cólera, y el Fiscal Público tomó cartas en el asunto.

»Aunque le aseguro que mi cliente era completamente inocente de todo aquello y que, posteriormente, devolvió hasta el último penique que

había recibido de esas operaciones, la indignación pública fue tan grande y se le denunció con tanta vehemencia como un estafador que, víctima de las circunstancias, se vio obligado a huir del país.

»Confiando ciegamente en su socio, Harford —quien, mediante una maniobra muy hábil, logró exculparse, aunque sin duda era el verdadero culpable—, la noche de su huida puso a su pequeña hija, a quien adoraba, bajo su cuidado, rogándole que la adoptara y que jamás le revelara el verdadero nombre de su padre.

—¿Entonces Asta es hija de Edgecumbe... y el verdadero nombre de Shaw es Harford? —pregunté, poniéndome de pie de un salto cuando aquella asombrosa verdad se reveló ante mí por primera vez.

—Exactamente. Con esos hechos ya presentes en su mente, podrá seguir mi relato con mayor facilidad.

Volví a dejarme caer en mi asiento, completamente atónito.

—Pues bien —continuó—, por mucho que Harford se esforzó en ocultar su relación con aquellas promociones fraudulentas —entre las cuales se encontraba, quizá lo recuerde, la Britannia Banking Corporation—, el Fiscal Público, tras examinar las cuentas y los libros de la empresa, decidió que él también era culpable. Dos meses después de la desaparición de su socio se dictó igualmente una orden de arresto contra él.

»Harford, siempre precavido, sin embargo, el día anterior había tomado consigo a la pequeña Asta y había partido hacia Grecia, país con el que no existía tratado de extradición.

»Mientras tanto, Edgecumbe tenía una hermana menor que se había casado con un hombre de mala reputación, un experto falsificador de billetes llamado Earnshaw, quien en ocasiones utilizaba el apellido King. Ambos habían colaborado en gran medida con Harford en sus negocios fraudulentos, sin que Edgecumbe tuviera el menor conocimiento de ello.

»Aquella mujer y su marido eran aventureros de la más ingeniosa especie y, junto con Harford, obtuvieron enormes ganancias haciendo circular por el continente hábiles imitaciones de billetes del Banco de Inglaterra.

»Edgecumbe ignoraba por completo todo aquello y, de hecho, solo llegó a descubrir esas operaciones por casualidad. Parece que la noche de su huida de Inglaterra regresó a la oficina después de que hubiera sido cerrada, con el propósito de recoger dinero para su viaje. En la caja fuerte solo encontró cuarenta libras, pero al forzar un cajón del escritorio de su socio descubrió un gran fajo de billetes nuevos. Los tomó y dejó sobre la mesa una nota explicando lo que había hecho.

»Sin embargo, antes de llegar a Dover comenzó a sospechar que aquellos billetes no eran auténticos. Así que los conservó y no dijo nada. Aquella fue la primera vez que sospechó que Harford llevaba un doble juego.

»Durante todos los años transcurridos desde entonces hasta su muerte conservó aquellos billetes como prueba contra Earnshaw y su cómplice, pero, para evitar que después de su fallecimiento fueran encontrados entre sus pertenencias, al parecer consiguió que usted los destruyera.

—¿Pero quién era ese Harford… o Shaw? —pregunté con impaciencia.

—De eso sé muy poco —respondió el señor Fryer—, salvo que, antes de conocer a Edgecumbe, había vivido durante muchos años en Ecuador y Perú, donde se dedicó a la aventurada actividad de recolectar orquídeas y especímenes de historia natural. Probablemente fue allí donde conoció a la gigantesca tarántula venenosa y adiestró una para que acudiera cuando él la llamaba.

»Por lo que usted me ha contado acerca de la carta amenazadora, parece que la hermana de Edgecumbe sospechó que él la había denunciado a la policía y, después de cumplir su condena por estafa, ella y su marido volvieron a estrechar relaciones con Harford, quien, bajo el nombre de Harvey Shaw, representaba entonces el papel de un importante terrateniente rural. Sus ingresos procedían en parte de sus operaciones financieras y en parte de colocar en distintos bancos del continente los billetes falsos que imprimía en secreto en una habitación de Ridgehill Manor.

»Esa fue la razón por la que las policías de Europa llevaron diez años buscándolo: la policía inglesa por las acusaciones relacionadas con sus actividades en la City, y las policías continentales porque había defraudado a centenares de oficinas de cambio en toda Europa,

cambiando miles de sus extraordinarias imitaciones de billetes del Banco de Inglaterra por moneda extranjera u oro.

»Sin embargo, era un hombre de ideas colosales, un lingüista extraordinario y poseía un talento excepcional tanto para inventar como para eludir a sus perseguidores. Actuaba con tanta audacia y desempeñaba tan perfectamente su papel de caballero inglés que, en numerosas ocasiones, pasó literalmente ante las narices de quienes lo buscaban activamente.

—Entonces ¿Edgecumbe ignoraba por completo el verdadero carácter de su antiguo socio? —exclamé.

—Absolutamente… hasta que fue demasiado tarde. Solo terminó de convencerse el mismo día de su muerte. Quería que usted lo ayudara, aunque al mismo tiempo le advirtió contra él.

»Al parecer, durante sus escasas visitas a Inglaterra había ido descubriendo poco a poco los instintos criminales de Harford y el hecho de que poseía aquella mascota venenosa que, según creo, el propio Harford describía jactanciosamente como **"la Mano"**. Sin embargo, Edgecumbe fue lo bastante diplomático para no enfrentarse con él.

»Asta, ignorante de su verdadero origen, consideraba a Harford como su padre y le profesaba la mayor estima. Si Edgecumbe lo hubiera denunciado, habría destruido la ilusión de la joven, en quien estaban depositadas todas sus esperanzas y que lo consideraba a él no como a un padre, sino como a un amigo muy querido.

»Al llegar a Inglaterra parece haberle escrito inmediatamente, rogándole que fuera a verlo sin que Harford lo supiera; pero cuando ella llegó al hotel fue únicamente para descubrir que ya había muerto.

—Pero esa espantosa tarántula… la **"Mano"**, como Harford la llamaba… Seguramente Edgecumbe debía sospechar algo —dije.

—Probablemente ignoraba que aquel animal fuera tan mortalmente venenoso y jamás imaginó el uso que ese miserable llegaría a darle —respondió el abogado—. ¡La verdad solo se reveló cuando ya era demasiado tarde! Recuerde que depositó toda su confianza en usted… y únicamente en usted, que era un completo desconocido.

—Sí. Me entregó aquel cilindro de bronce. Me pregunto qué podrá contener.

—Tomemos un taxi hasta Chancery Lane —propuso el señor Fryer—. Vayamos a recogerlo, tráigamoslo aquí, abrámoslo… y averigüémoslo.

Capítulo 32 El secreto de un corazón

—El señor Edgecumbe siempre tuvo una marcada inclinación por las antigüedades y, cuando abandonó Inglaterra, se dedicó al estudio de la egiptología para ocupar su tiempo —dijo el abogado mientras viajábamos en un taxi por Newgate Street—. Pasó muchos años en Egipto y, como disponía de una fortuna considerable, pudo llevar a cabo exploraciones muy extensas, para las cuales obtuvo privilegios especiales del Jedive. Muchos de sus descubrimientos han enriquecido el Museo Británico, el Louvre y otros museos del continente, mientras que aquí, en Londres, en un lugar cuya llave obra en mi poder, se conserva una magnífica y valiosísima colección de objetos pertenecientes al período de Shaaru hasta el del primer Amenhotep. Todo ello pasará a ser propiedad de su hija, la señorita Asta. Ni siquiera la colección del Museo Británico puede compararse con ella en valor o interés. Cada una de las piezas reunidas por nuestro difunto cliente es absolutamente única.

—Como lo es el cilindro de bronce —añadí.

—Sí. Debo confesar que, desde que recibimos la carta en la que nos pedía publicar el anuncio del tres de noviembre dirigido a una persona desconocida —usted, señor Kemball—, no he dejado de preguntarme qué podrá contener. Sean cuales hayan sido las acciones del difunto señor Edgecumbe, no debemos perder de vista el hecho principal: la muerte de su esposa, a quien adoraba, provocó en él ciertas excentricidades. Sentía una devoción inmensa por su pequeña hija, Asta, y, para que jamás supiera que su padre había sido acusado y obligado a huir de la justicia, convenció a su socio para que la adoptara, solo para descubrir más tarde que aquel hombre era un delincuente sin escrúpulos y que, además, estaba asociado con un hombre y una mujer que, sin duda alguna, también eran criminales. Sin embargo, después de haber dado aquel paso diez años antes, ya no podía echarse atrás. Cuando estalló el escándalo, yo le aconsejé que permaneciera y afrontara las consecuencias. Pero la muerte de su esposa lo había destrozado por completo, y su única respuesta fue decir que estaba cansado de la agitada vida de los negocios y que prefería el anonimato y el estudio en el extranjero. Sí, señor Kemball —añadió mi acompañante—, Arnold Edgecumbe fue un hombre verdaderamente extraordinario: de gran talento y vastísima cultura, dotado de una percepción excepcional y tan honrado como pocos hombres lo son hoy en esta ciudad de Londres. Sabía que el arresto de Harford traería deshonra sobre Asta y, por esa razón, le pidió a usted que se hiciera amigo de ella. La situación era, en verdad, única.

Al llegar a las bóvedas de la Safe Deposit Company descubrimos, por desgracia, que habían cerrado un cuarto de hora antes; no nos quedó, pues, más remedio que esperar hasta la mañana siguiente.

Así que, tras intercambiar unas últimas palabras con Fryer, me despedí de él prometiéndole regresar al día siguiente. Después me dirigí directamente a la estación de St. Pancras y tomé el tren hacia Lydford, donde llegué poco después de las nueve de la noche.

Encontré a Asta tan mejorada que la habían dejado al cuidado de una enfermera a la que sir George había hecho venir ese mismo día desde Londres. Y, ante mi insistente ruego, la enfermera accedió a permitirme ver a su paciente a solas.

Mientras permanecía de pie junto a su cama, con nuestras manos entrelazadas en un elocuente silencio, vi que sonreía con alegría al verme llegar.

Poco después, cuando me indicó que tomara asiento y la felicité por su rápida recuperación, le relaté con la mayor serenidad posible todo lo que había averiguado aquel día en Londres.

—El señor Arnold era mi padre —dijo, mirándome con asombro y estupor —. Nunca lo supe. Yo... no puedo creerlo. Y, sin embargo, qué bondadoso fue siempre conmigo. Qué hermosos regalos solía hacerme cuando era niña. Y con cuánto cariño me besaba cada vez que nos encontrábamos. Ah, sí —prosiguió—. Debí haberlo comprendido; debí haberlo adivinado. Pobre y querido padre... Murió sin revelarme el secreto de mi nacimiento.

—Era un hombre muy solo, Asta —le dije en voz baja, llamándola por su nombre de pila por primera vez—. Amó profundamente a tu madre y veneró siempre su memoria. Y te ocultó que había sido cruelmente juzgado como un tiburón financiero y un estafador. Te confió al hombre que yo conocía como Shaw, creyéndolo íntegro y un amigo. Pero, por desgracia, su confianza fue traicionada de la peor manera.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Usted ha sido el único que siempre estuvo de mi lado, señor Kemball — dijo apenas por encima de un susurro, fijando en mí su luminosa mirada —. Cuando vi aquella horrible araña en mi habitación, le envié un mensaje a usted, después de hacerla salir al pasillo. Empecé a sospechar vagamente que alguien la había puesto allí deliberadamente. Pero Shaw debió de hacer que volviera a entrar en mi habitación después de que yo me quedara dormida.

—Yo era amigo de tu padre —respondí—, y espero...

—Pobre y querido padre. ¿Por qué no me lo dijo? Me escribió para que fuera al hotel y me insistió en que no dijera nada al señor Shaw. Tal vez tenía algo que contarme... Ah, ¿quién sabe? —añadió pensativa—. Pero, por desgracia, llegué demasiado tarde... demasiado tarde.

—Probablemente pensaba revelarte toda la verdad —observé, contemplando su rostro pálido y demacrado—. Pero, si lo hubiera hecho,

quizá... quizá tú y yo no habríamos llegado a ser tan buenos amigos como lo somos hoy.

—Quizá no —suspiró—. Recuerdo que, cuando viajamos en automóvil a Aix, Shaw cuidaba con mucho esmero una pequeña caja. Ah, sí. Le debo a usted más de lo que jamás podré pagarle.

—No —respondí con suavidad—. Pero... déjame hacerte una confesión, Asta.

Y tomé la pequeña mano que descansaba fuera del edredón de plumón.

—Cuando te conocí, llegué a sentir celos del pobre Guy. Perdóname... porque..., porque, Asta, te amaba.

Su pálido rostro se tiñó de rubor y bajó los ojos. Intentó retirar la mano de la mía.

—Pero comprendí que era un hombre noble y honrado, y resolví hacerme amigo suyo. Por desgracia, su amistad conmigo, porque pensaba consultarme y contarme lo que había descubierto, le costó la vida.

—No —dijo con angustia—. No recuerde eso. Es demasiado terrible... demasiado terrible.

—Sé el golpe que aquello significó para ti —proseguí con apasionamiento —. Compartí todo tu profundo dolor porque te amaba...

—No... no...

—Déjame terminar. Déjame decirte, Asta, de una vez por todas, lo que siento y lo que llevo en el corazón. Sabía que, con el recuerdo del pobre Guy todavía vivo en ti, no podías sentir nada por mí... quizá apenas simpatía. Sé que, al principio, casi llegaste a odiarme. Sin embargo, guardé mi secreto para mí y seguí amándote, Asta; amándote mucho más de lo que mis palabras pueden expresar.

Y me incliné para atraerla suavemente hacia mí.

Ella no respondió. Tan solo me miró fugazmente, mientras un largo suspiro escapaba de sus labios.

—En toda mi vida jamás he amado a otra mujer que no fueras tú, y mientras viva nunca amaré a ninguna otra —declaré con voz apasionada —. Si no llegas a ser mi esposa, Asta, ninguna otra mujer lo será jamás.

Antes no podía hablar... no me atrevía. No podía creer siquiera que sintieras algún afecto por mí, y pensaba que tendría que dedicar mucho tiempo a enseñarte la dulce lección que tanto anhelaba compartir contigo. Pero esta noche, amada mía, he arrojado todas mis vacilaciones al viento. Ahora que sé que vas a vivir, te lo he confesado todo. Amor mío, te pido que seas mi esposa.

—Y yo... yo creía...

—Sí —dije, estrechando con más fuerza su mano y rodeándole suavemente el cuello con un brazo.

—Nunca pensé que usted me amara —dijo de pronto.

Pero la expresión de sus magníficos ojos, el tono de su voz y la dulce sonrisa que, en su inmensa alegría, floreció espontáneamente en sus labios al oír mi confesión, me dijeron mucho más de lo que habría podido decirme un libro entero.

Y lentamente mis labios encontraron los suyos en un beso largo... muy largo; un beso de amor extasiado que, desde aquel instante, transformó por completo mi vida.

—Te amo, querida. Te amo con toda mi alma —le dije, contemplando el pequeño rostro pálido y delicado que descansaba sobre mi hombro mientras permanecía recostada.

—¿Me amas?

Sus palabras fueron apenas un suspiro, pero las oí con toda claridad en el silencio de la habitación.

—Te amo —repetí con fervor y sencillez—. Te amo, Asta, como nunca he amado y como jamás volveré a amar. Pero tú... era de ti de quien dudaba; era tu amor el que temía no haber conquistado todavía. ¿No tienes nada que decirme? Descansas entre mis brazos. Me has permitido besar tus labios...

Entonces resonó en la habitación una mezcla de risa y sollozo que me dejó sin palabras. Dos suaves brazos se enlazaron alrededor de mi cuello y permanecieron allí; dos dulces ojos, velados por las lágrimas, se clavaron en los míos con una expresión que me dejó mudo de felicidad; y

dos cálidos labios, alzándose hacia los míos, correspondieron tímidamente a una de las muchas caricias que yo le había prodigado.

—Sí, Lionel, te amo —dijo por fin, tan quedamente que tuve que acercar el oído a sus labios para distinguir sus palabras—. Y... si de verdad deseas que sea tu esposa...

—¿Que si de verdad lo deseo? —repetí—. Amor mío, ¿no comprendes que vivo únicamente para ti, solo para ti? Que hacerte mi esposa es el mayor, casi el único anhelo de toda mi vida.

—Entonces será como tú deseas —respondió con dulzura.

No recuerdo las apasionadas palabras que brotaron de mis labios. Solo sé que volvimos a besarnos una y otra vez, incontables veces, y permanecimos abrazados, con la dicha inocente de dos niños, embriagados por aquella felicidad recién nacida.

Durante largo rato, en realidad, no pronunciamos una sola palabra más. Nuestros corazones estaban demasiado colmados para necesitar expresarse con frases.

Así permanecimos hasta que un leve golpe de la enfermera en la puerta nos devolvió bruscamente a la realidad.

Y, antes de abandonar aquella habitación, sin preocuparme por la presencia de la enfermera, me incliné y besé con ternura en los labios a la que habría de ser mi esposa.

¡Ah! ¿Podría describir adecuadamente lo que sentía aquella noche, con el corazón desbordándose de deseos de confiar a un amigo íntimo el secreto de nuestro amor? No. Prefiero dejar que quienes alguna vez han amado imaginen la inmensa felicidad que experimenté al saber que, al fin y al cabo, Asta me amaba y que ya estábamos comprometidos.

Capítulo 33 Trama y contra-trama

Al día siguiente, en Londres, me reuní con el señor Fryer, según lo convenido, a las once y media en el restaurante Holborn, por su proximidad a Chancery Lane. Desde allí nos dirigimos juntos a las bóvedas de la Safe Deposit Company, donde retiramos el antiguo cilindro de la caja fuerte en la que yo lo había depositado. Después tomamos un taxi y nos dirigimos a la City.

En Red Lion Street, junto a Holborn, encontramos a un cerrajero y lo llevamos con nosotros a las oficinas de Fryer, en London Wall. El hombre traía consigo varias herramientas y, cuando se sentó a examinar el misterioso cilindro, movió la cabeza y comentó:

—Este va a ser un trabajo bastante difícil. Está soldado con mucho cuidado. Tendré que limarlo.

—¿Es una soldadura antigua? —pregunté.

—No, señor. El bronce sí es muy antiguo, pero hace poco le quitaron la tapa y luego la volvieron a soldar. Después la pintaron de verde para imitar la pátina del bronce antiguo. Quien hizo esto debía de ser uno de esos falsificadores de antigüedades.

—Bien —dijo el abogado—. Empiece de una vez y ábralo.

El artesano se sentó a la mesa y, tomando una larga lima afilada, comenzó a desgastar el duro metal, mientras nosotros permanecíamos a un lado observándolo atentamente.

¿Qué podía ocultarse con tanta seguridad en su interior? ¿Qué era aquello que incluso se le había ocultado al señor Fryer, confidente del difunto en todos los demás asuntos?

Durante un cuarto de hora el hombre trabajó con ahínco, pero apenas logró avanzar sobre el antiguo metal. Entonces el abogado me condujo a un despacho contiguo y, tras una breve conversación, dijo:

—Desde nuestra conversación de anoche he estado reflexionando cuidadosamente sobre todo este asunto. El motivo del cruel e ingenioso asesinato de su amigo Nicholson resulta ahora perfectamente claro.

Harford sabía que existía un testamento porque, ahora lo recuerdo, después de que yo lo redactara, el señor Edgecumbe me dijo que había revelado su contenido a su amigo. En él disponía que toda su considerable fortuna pasara a su hija; pero, si ella moría soltera, la herencia correspondería a Harford, en reconocimiento a su amistad y a la bondad que había mostrado hacia la señorita Asta. Si Nicholson se casaba con ella, el dinero escaparía para siempre de su control. Por eso, ayudado sin duda por Earnshaw y su esposa, lo asesinó mediante un procedimiento que confirma plenamente la opinión que siempre tuve sobre la astucia y la extraordinaria habilidad del antiguo socio de mi cliente. Poco antes de morir, Edgecumbe había llegado, de algún modo, a conocer la existencia de aquella enorme araña que Harford tenía como mascota y, sospechando el uso que podía darle, hizo un último esfuerzo para advertírselo a usted. Nicholson, contra quien muy probablemente ya se había intentado un atentado una noche mientras dormía en la mansión, también descubrió el secreto de Harford. Pensaba revelárselo a usted, pero fue atacado y murió antes de poder visitarlo. Después, Harford empezó a temer que usted pidiera en matrimonio a su pupila; de ahí que llevara consigo a su siniestra mascota al continente, donde usted vio aquella terrible "mano" y estuvo a punto de perecer bajo su mortal ataque en la vieja posada francesa. Sí, señor Kemball —añadió Fryer—, no me cabe la menor duda de que Harford jugó su última carta cuando permitió que la espantosa araña entrara en el dormitorio de la señorita Asta. Su intención era que muriera y que toda la fortuna de Arnold Edgecumbe pasara a ser suya; un plan que, por desgracia, habría tenido pleno éxito si sus sospechas no se hubieran despertado providencialmente.

Una llamada repentina del cerrajero nos hizo regresar apresuradamente al despacho de Fryer. Allí vimos que la tapa del antiguo cilindro había sido limada por completo.

—Hay algo dentro, señor —dijo el hombre, dirigiéndose al abogado—. Tal vez prefiera sacarlo usted mismo.

Y el señor Fryer extrajo una tira de una antigua correa de cuero, de la que pendía un gran sello de arcilla, muy antiguo, en cuya superficie aparecía impreso un cartucho egipcio.

Capítulo 34 El contenido del cilindro

El señor Fryer tomó entonces el cilindro entre las manos y, con dedos ansiosos, extrajo primero una hoja de papel moderno de unas seis pulgadas de largo, doblada muchas veces a lo largo. Al desplegarla vi que algunas partes estaban amarronadas, como si hubieran sido chamuscadas, y que en la parte inferior llevaba uno de los largos sellos verdes utilizados por el servicio consular, cancelado junto con las firmas de certificación.

Bastó una mirada para que reconociera de qué se trataba.

—Vaya —dijo—. Este es un testamento reciente, firmado hace un año ante el cónsul general británico en Nápoles. Ya lo veo —continuó, leyéndolo rápidamente—. La desilusión que sufrió respecto de Harford, a quien había considerado su amigo, lo llevó a revocar su testamento anterior y, por los términos de este, deja toda su fortuna, así como cuanto pueda derivarse del conocimiento contenido aquí, de manera incondicional a su hija Asta. Pero, en caso de que ella fallezca, la herencia deberá destinarse a la fundación de un sanatorio para el tratamiento de enfermos de tuberculosis sin recursos.

—Entonces tenía, sin duda, sospechas sobre Harford.

—Sin la menor duda. Con el propósito de advertir a Asta de la existencia de aquella araña mortífera y, probablemente, de adoptar otras disposiciones en su favor, vino a Inglaterra desde Egipto. Por desgracia, murió el día anterior a que ella acudiera al hotel. Cuando me escribió, debió de presentir su muerte inminente, pues sabía muy bien que padecía del corazón y que podía fallecer de un momento a otro. Su intención, al otorgar este nuevo testamento en secreto y ponerlo en sus manos, era que, si Asta llegaba a morir en circunstancias misteriosas, el asesino recibiera un duro golpe al descubrir que, después de todo, la fortuna no revertiría a él. Y mire —añadió—. Lea lo que está escrito aquí.

Me incliné sobre su hombro y leí aquellas líneas de letra pequeña, pero clara, escritas evidentemente después de que el documento hubiera sido formalizado en el Consulado:

Memorándum redactado por mí en este día cuatro de febrero de 1909: En caso de que mi querida hija Asta fallezca de forma repentina o misteriosa antes de que este cilindro sea abierto, deseo que las circunstancias de su muerte sean investigadas a fondo. El hombre llamado Harford, alias Harvey Shaw, a cuyo cuidado confié imprudentemente a mi amada hija, posee como mascota un ejemplar de la Lycosa tarantula del Ecuador, extremadamente venenoso y peligroso, que ataca a los seres humanos cuando están dormidos. En Ecuador y en Perú, debido a su tamaño y conformación, se le conoce con el nombre de «La Mano de la Muerte». Las averiguaciones que he realizado demuestran que su mordedura provoca una inflamación cerebral, por lo que los médicos de Sudamérica son engañados con mucha frecuencia. Sospecho que Harford pretende utilizar a su mascota para cometer asesinatos en secreto y, por la presente, dejo constancia de mis firmes convicciones para que mi albacea, el señor Cyril Fryer, haga de ellas el uso que estime conveniente, según su criterio.
Firmado: Arnold Edgecumbe.

—Por Dios —dije—. Esa es una acusación bastante categórica.

—Sí, y muy cercana a la verdad —respondió mi amigo—. Con esas sospechas rondándole la cabeza, me pregunto cuál sería el contenido de la carta para Harford que usted entregó en la estación de Totnes.

—Iba dirigida a nombre de Dawnay.

—Uno de los nombres que utilizaba; uno de sus verdaderos nombres de pila. Es evidente, sin embargo, que en ella no dio a Harford motivo alguno para sospechar que conocía la existencia de aquella extraña mascota; de lo contrario, no habría llevado a cabo ese atentado, demasiado exitoso, contra Nicholson.

—Sí, pero al recibirla supo que quien la había escrito estaba muerto —dije—. Tal vez su cliente actuó con cierta imprudencia al enviarla. Desde ese momento puso a Asta en peligro.

—Sin duda tenía algún motivo, aunque con ello expuso a Asta al peligro. Sin embargo, si no hubiera enviado esa carta, usted jamás habría conocido a la joven ni habría sido el instrumento para desenmascarar la hábil e ingeniosa conspiración de la que ella ha logrado escapar con vida por muy poco —observó el abogado.

El cerrajero ya había cobrado su trabajo y se había marchado.

De modo que volvimos a quedarnos completamente solos.

—La redacción de este último testamento es peculiar —prosiguió el señor Fryer—. Hace referencia a «todo cuanto pueda derivarse del conocimiento aquí encerrado». ¿Qué conocimiento encerrado será ese, me pregunto?

Y, tomando el cilindro, volvió a mirar en su interior.

—¡Vaya! ¡Aquí hay algo más! —exclamó.

Introduciendo un largo abrecartas de acero, logró extraer un pequeño rollo de antiguos papiros de color pardo que, extremadamente frágiles y desmoronándose al menor contacto, estaban cubiertos de enigmáticos jeroglíficos egipcios.

—Esto, con toda probabilidad —declaró—, es lo que el cilindro contenía originalmente cuando fue descubierto en la tumba del gran Merneptah. Debemos conseguir una traducción.

—Sí —respondí con entusiasmo—. Llevémoslo al Museo Británico. El profesor Stewart podrá descifrarlo enseguida.

Así pues, volvimos a guardar el papiro en su estuche de bronce y lo llevamos con nosotros en un taxi. Media hora después estábamos sentados en el despacho del profesor, el mismo eminente egiptólogo al que había conocido durante mi visita anterior.

El ilustre erudito se colocó las gafas con extrema parsimonia y, con sumo cuidado, desplegó el frágil vestigio sobre la mesa, cubriéndolo luego con una lámina de vidrio. Permaneció largo rato inclinado sobre aquellos extraños y toscos dibujos. Finalmente rompió el silencio y, alzando la vista hacia nosotros por encima de sus gafas redondas, dijo:

—Puedo decirles desde ahora que este es uno de los documentos más notables e interesantes que jamás hayan salido de Egipto. Al igual que los papiros que descifré para el señor Arnold, encontrados junto con este cilindro, está escrito con los jeroglíficos utilizados durante el período posterior a la liberación de Egipto por Alejandro Magno, cuando el país era gobernado por Ptolomeo y sus descendientes. Recordarán, quizá, que Ptolomeo I reinó desde el año 323 hasta el 285 a. C., y fue sucedido por otros doce reyes de su dinastía. La célebre Cleopatra era hija de Ptolomeo

XI y, en el año 43 a. C., se convirtió en reina de Egipto. Lo que tenemos ante nosotros, en este fragmento de papiro, es un testimonio de extraordinaria importancia acerca de aquella famosa soberana. Fue escrito en Tebas por un hombre llamado Sanehat, o Sa-nehat, «hijo del sicómoro», general y favorito de la corte, durante el año y el mes de la muerte de Antonio. Escuchen, y les traduciré uno o dos pasajes para que comprendan su significado.

El célebre egiptólogo limpió cuidadosamente sus gafas, volvió a colocárselas y, examinando las ya desvaídas líneas de jeroglíficos, continuó:

—El comienzo es bastante extenso. En él, Sanehat, hijo del sicómoro —probablemente llamado así por haber nacido o vivido en algún lugar célebre por su sicómoro sagrado— describe el amor entre Cleopatra y Antonio, así como los inmensos tesoros del maravilloso palacio de los Ptolomeos, situado en el centro de la ribera de la bahía oriental de Alejandría. Relata cómo Antonio y Octaviano lucharon desesperadamente por el dominio del mundo en la batalla de Accio y cómo, después de aquel magnífico banquete real que Ateneo ya nos describió en sus escritos, Antonio se hundió cada vez más en el torrente de su desenfrenada pasión por Cleopatra. Aquí encontramos descrita la maravillosa belleza de la reina, sus encantos —sus miembros semejantes al oro y su cabello como el lapislázuli, tan precioso en el Egipto de entonces— y también sus pecados, narrados por la mano de uno de sus generales de mayor confianza, quien, por cierto, aparece mencionado al menos en otros dos documentos de este mismo período: uno conservado hoy en San Petersburgo y otro en Berlín, publicado en facsímil en los *Denkmäler* de Lepsius. El texto nos habla de la fastuosa existencia llevada por esta brillantísima Reina de Reinas, de las riquezas y favores que prodigó a Antonio y a sus capitanes, y de cómo mandó construir su tumba junto al templo de Isis Loquias, en el extremo oriental del puerto, donde hoy se alza el fuerte Silsileh. Todo ello resulta extraordinariamente interesante por proceder de la mano de uno de los más fieles favoritos de la reina; pero hay algo más, algo que despierta inevitablemente nuestra curiosidad y que merece ser investigado. Escuchen; les leeré únicamente los pasajes más importantes.

Hizo entonces otra pausa y, aproximadamente a la mitad del arrugado papiro, leyó la siguiente traducción fragmentaria:

«Horus, vida de los nacimientos, señor de las coronas, vida de los nacimientos, rey del Alto y Bajo Egipto, Jeper-ha-ra, hijo del Sol, Amen-em-hat, eternamente ascendente hacia la eternidad. Orden para quienes la lean. He aquí que esta orden de la Reina te es enviada para instruirte acerca de su voluntad...

»Cleopatra, cuyo deseo dominante era reinar sobre un Egipto aún más grande y extender las fronteras del sur, permanecía en el palacio de sus padres, mientras Antonio defendía valerosamente la fortaleza de Pelusio contra Octaviano. En lo más profundo de la noche, el gran mayordomo me condujo a la cámara de las perlas de la Reina. Ella, reclinada sobre su lecho de perlas y oro, mientras ardían incensarios de exquisitos perfumes, me ordenó guardar silencio y despidió a sus esclavas. Había recibido como mensajero de Antonio a Neb-ka-n-ra, quien le informó del poder de Octaviano...

»Entonces me ordenó, junto con mis capitanes User-ref y Hordedef, dirigirme al tesoro de la Casa Blanca y tomar posesión de las más valiosas de sus joyas para ponerlas en lugar seguro, no fuera que el maldito Octaviano, al vencer, asaltara el palacio.

»Obedeciendo sus órdenes, llamé a mis dos capitanes de mayor confianza y, en secreto, fuimos a la Casa Blanca. Abriéndola con la propia llave de la Reina, sacamos de allí gran cantidad de oro y piedras preciosas... junto con las grandes joyas de Sotor de Euegetes y de Ruddidet... y los sagrados zafiros de Amen-em-hat... y a la noche siguiente los ocultamos. Cinco veces emprendimos, al amparo de la oscuridad, el camino hacia el tesoro, y en cestas de verde tamarisco sacamos de él... collares de esmeraldas, perlas, electro y malaquita nueva... los cien rubíes del tamaño de huevos de paloma... las copas de oro y piedras preciosas y las grandes fuentes de oro incrustadas de joyas que se utilizaron en el banquete ofrecido a Antonio... Sabed que quince cestas repletas de piedras preciosas de ka, estatuas de oro, pectorales de esmeraldas, cuentas de lapislázuli

y perlas de inmenso valor fueron retiradas y escondidas en un lugar que Octaviano —¡maldito sea su nombre!— jamás habría de conocer.

»...Y al amanecer, cuando nuestra tarea hubo concluido, regresé ante la Reina y, arrodillándome, le revelé el sitio donde las habíamos ocultado. Ra había extendido el miedo sobre la tierra; el terror reinaba por doquier, y la Reina quedó sumamente complacida, recompensándome con cincuenta talentos. Después me ordenó escribir este relato y depositarlo donde permaneciera a través de las edades, para que, si la muerte acababa con ella, el paradero de su tesoro no se perdiera por completo para el mundo.

»Sabed, pues, vosotros que os atreváis a abrir este tubo de bronce que ella me entregó y a afrontar la ira del Dios Sol y de Osiris el Eterno, que la fosa que hemos excavado... y donde hemos ocultado el gran tesoro, el oro, el lapislázuli, los escarabajos del corazón y las piedras khulal engastadas en oro pertenecientes a nuestra reina Cleopatra la Magnífica, se encuentra a trescientos siete codos hacia el lugar donde nace el sol, tomando como punto de partida el ángulo oriental del templo de Dendera, fundado por nuestra Reina y adornado con su imagen grabada por Uba-aner sobre uno de sus muros. Colocándoos de espaldas al ojo de su imagen, avanzad trescientos siete codos y allí encontraréis ocultos el oro y las joyas que nuestra Reina reservó para Antonio...

»Yo, Sanehat, dejo escrito este testimonio para que el gran tesoro de Cleopatra no se pierda para siempre. Lo escribo a fin de que aquel amado por Ra, por Horus y por Hathor que lea este mensaje mío pueda buscar y pueda encontrar... pues Antonio luchó con valentía y fue de la batalla a la muerte por su propia mano, al creer erróneamente que su Reina había muerto. Sí; apenas hace una luna, en el esplendor de sus días, fundaron los *synapothanomenoi* (los que están destinados a morir juntos), y así Antonio se quitó la vida al enterarse de la supuesta muerte de su Reina.

»Aún no se han puesto dos soles desde que User-ref y Hordedef, mis fieles y amados capitanes, fueron ejecutados por orden de la Reina, en el mes de Paofi... el séptimo día, cuando el dios entró en su horizonte..., para impedir que revelaran el escondite de sus joyas. Yo he huido hasta Tebas porque, ¡ay!, su mano se ha alzado también contra mí por la misma causa... y este testimonio escrito lo depositaré en la tumba del gran Merneptah para que permanezca allí durante generaciones bajo la protección de Ra, hasta que sea descubierto por un hombre valiente que venga después de mí y sobre quien descanse para siempre la bendición de nuestro gran Osiris. Perfectamente concluido en paz. Que Tahuti hiera a quien destruya este rollo.»

—¡Qué extraordinario! —exclamé, completamente atónito.

—¿Existe todavía ese templo de Dendera?

—Con toda seguridad —respondió el profesor—. Yo mismo he visto la imagen esculpida de Cleopatra en uno de sus muros, así como la de su hijo Cesarión. Por cuanto puedo apreciar, este documento, que ha permanecido resguardado en su cilindro durante casi dos mil años, es completamente auténtico; y, dado que es bien sabido que la extraordinaria reina de Egipto debió de poseer tesoros incalculables, este testimonio de Sanehat merece, sin duda, ser investigado. Evidentemente fue escrito el mismo día de la muerte de Cleopatra, aunque antes de que se supiera que la magnífica reina se había quitado la vida para no ser llevada cautiva a Roma.

—¿Y cree usted que esa colección de gemas aún existe? —preguntó Fryer.

—Después de leer un documento tan auténtico como este, me inclino seriamente a pensar que muy bien podría encontrarse. Recuerdo que los alrededores del templo son desérticos y que, en el lugar señalado, el terreno no presenta indicios de haber sido excavado en tiempos recientes.

—Entonces el contenido de este papiro debe mantenerse en el más absoluto secreto y habrá que ponerse en contacto, con la debida discreción, con el Gobierno egipcio para obtener autorización que

permita realizar exploraciones en las inmediaciones —dijo Fryer, dejando que su instinto de hombre de negocios se impusiera de inmediato.

—Desde luego —respondió el profesor—. Naturalmente, este asunto despierta en mí el mayor interés y, si puedo prestar alguna ayuda, será un verdadero placer hacerlo. Personalmente, creo que gracias a este importante papiro podrían recuperarse los grandes tesoros que, según se sabe, pertenecieron a Cleopatra y cuyo destino la historia no vuelve a mencionar después de su muerte.

Capítulo 35 Desenlace

Han transcurrido doce meses.

Los días han pasado con rapidez desde aquella inolvidable mañana en que permanecí junto al profesor Stewart, observándolo mientras, a través de sus gafas, descifraba aquellos desconcertantes jeroglíficos que Sanehat había escrito dos mil años atrás.

Sin duda habrán leído los periódicos y, por supuesto, conocerán los interesantes resultados de las excavaciones realizadas y aún en curso por el *Egypt Exploration Fund*, bajo los auspicios del Gobierno egipcio, con el que el señor Fryer, en su calidad de albacea del difunto Arnold Edgecumbe, llegó a un acuerdo satisfactorio para ambas partes.

Desde hace ya algunos meses, el profesor Stewart se encuentra en el templo de Dendera, aquella ciclópea construcción que Cleopatra mandó erigir para sí misma. Y aunque de cuando en cuando han aparecido en la prensa vagas noticias acerca de importantes descubrimientos realizados en las inmediaciones de aquel célebre monumento, lo cierto es que, por el momento, procuramos mantener en la mayor reserva posible el verdadero alcance de los hallazgos. Solo puedo decir que antiguas joyas, valoradas en muchos miles de libras, extraídas de aquel lugar, ya han llegado a Londres: joyas, ornamentos y escarabajos del corazón que en otro tiempo adornaron la persona de la más espléndida de las reinas de Egipto.

Pero es en mi propia reina, de dulce semblante, en quien más pienso: ella, que ahora está sentada a mi lado, en silencioso amor, aquí en Upton End, mientras escribo estas últimas líneas. Llevamos ya ocho meses de casados y, después de disfrutar de una deliciosa luna de miel a orillas del Nilo —durante la cual visitamos, naturalmente, el templo de Cleopatra, donde el profesor Stewart dirigía las excavaciones—, hemos regresado a nuestro hogar para establecernos en paz y felicidad, gozando de una dicha campestre, perfecta y completa, destinada a perdurar para siempre.

El detestado nombre de Harvey Shaw jamás vuelve a mencionarse entre nosotros. Y no es para menos. Apenas un mes después de su huida de Lydford, dos hombres, uno de ellos extranjero, llegaron de noche a una solitaria cabaña cerca de Hexworthy, en pleno y agreste Dartmoor, y pidieron ver al inquilino, un caballero que recientemente había alquilado la casa amueblada.

La anciana ama de llaves, con su marcado acento de Devon, subió a avisar a su patrón de la visita, pero encontró la puerta cerrada con llave. Shaw, pues era él, había reconocido la voz de Víctor Tramu y comprendió al instante que, por fin, lo habían localizado.

El segundo visitante, un conocido inspector de New Scotland Yard, subió precipitadamente las escaleras y ordenó al acusado que abriera la puerta. Pero, mientras insistían, oyeron el disparo de un revólver. Derribaron la puerta y encontraron al asesino del pobre Guy Nicholson tendido en el suelo, con un balazo en la cabeza y completamente muerto.

También se descubrió que, al día siguiente de la fuga de Harford, la policía encontró Ridgehill Manor completamente desocupada, y hasta la fecha no ha logrado dar con Earnshaw ni con su astuta esposa. Sin embargo, las autoridades confían en que, disponiendo únicamente de escasos recursos, tarde o temprano volverán a ser descubiertos practicando su antiguo oficio de colocar billetes falsificados entre cambistas del continente europeo.

Asta, en lugar de vivir de la caridad de un delincuente e intercambiar sin saberlo billetes falsos por dinero auténtico y monedas de oro, como había hecho tantas veces, es ahora una mujer rica por derecho propio, mientras que el señor Fryer ha recibido un cuantioso legado por su labor como albacea.

Cardew, siempre aficionado a las aventuras, obtuvo seis meses de licencia para colaborar en las excavaciones de Egipto y, recientemente, tras su regreso, nos ha visitado aquí, en Upton End. Nos ha contado muchas cosas interesantes acerca de los descubrimientos realizados allí en los últimos tiempos.

Y como prueba de la autenticidad de aquel relato medio borrado por el tiempo —escrito por el fiel general de Cleopatra, a quien ella más tarde quiso dar muerte para salvaguardar el secreto de su tesoro, y conservado durante tantos siglos dentro de aquel cilindro de bronce—, se alzan ahora ante mí, junto a la estatuilla de oro de Osiris, protegidos bajo campanas de cristal sobre una mesa auxiliar de la biblioteca donde esta noche escribo, un vaso canopo de alabastro y cuatro antiguas copas de oro, de entre siete y diez pulgadas de altura, profusamente incrustadas con magníficos rubíes, zafiros y esmeraldas: las mismas copas que un día contuvieron el vino servido en aquellos fastuosos banquetes báquicos que la gran reina ofrecía a Antonio, sobre quien ejercía aquella fascinación fatal.

Representan tan solo una muestra de lo que ya ha sido recuperado y que, más adelante, será repartido entre el Gobierno egipcio, el Museo Británico y la propia Asta.

Aunque nos esforzamos al máximo por ocultar los hechos reales a la prensa, en estos momentos continúan extensos trabajos de exploración, pues todo indica que la inmensa fortuna de la reina fue enterrada

apresuradamente bajo unas piedras en el cauce de una corriente de agua que se secó hace siglos. La acción del agua dispersó las gemas sueltas y, gracias al tamizado diario de la arena, siguen recuperándose piedras preciosas, tanto talladas como en bruto.

Jamás, en estos tiempos modernos de progreso y descubrimientos, un hallazgo arqueológico había provocado semejante oleada de entusiasmo en los círculos especializados; y, ciertamente, nunca antes se había localizado un tesoro tan magnífico y auténtico como el millón perdido de Cleopatra.

Arnold Edgecumbe, siempre atraído por el estudio de la arqueología egipcia, había dedicado los últimos diecisiete años de su vida quebrantada a las investigaciones en el Alto Egipto; y, en verdad, el descubrimiento que realizó en la tumba de Merneptah ha dado como resultado la recuperación de una gran cantidad de las gemas y adornos que fueron utilizados por la propia Cleopatra.

Todos los museos nacionales de Europa han ofrecido con entusiasmo adquirir ejemplares de estos hallazgos; por ello, el patrimonio del difunto Arnold Edgecumbe, el hombre tan cruelmente mal juzgado y perseguido por los inversionistas, se verá enormemente enriquecido gracias a este extraordinario descubrimiento que, la noche de su muerte, me predijo que asombraría a este mundo moderno tan prosaico.

Muchas veces me he felicitado por haber escapado por tan poco de una muerte repentina aquella noche en la vieja posada francesa, pues la astuta inteligencia y la verdaderamente diabólica capacidad de improvisación del padre adoptivo de Asta, desde el momento en que logró atribuir con éxito el fraude a su amigo Arnold Edgecumbe y obligarlo a huir a Egipto, hasta aquella noche en que estuvo a punto de acabar con la vida de la joven, lo revelaron como un auténtico maestro del crimen.

Pero los días de oscuridad, incertidumbre y desesperación han quedado felizmente atrás. Las nubes se han disipado y ahora la luz de la felicidad ilumina a la querida y dulce muchacha que, hace ocho meses, se arrodilló junto a mí ante el altar de aquella iglesia rural de piedra gris y torre cuadrada, cuya aguja podemos ver asomarse, mientras contemplamos el

atardecer de verano, más allá de la antigua avenida de olmos que atraviesa el parque.

—Sí, amor mío, por fin soy verdaderamente feliz —me susurra suavemente al oído, inclinándose para besarme en respuesta a una pregunta—. Tan feliz que no puedo expresar adecuadamente lo que siento en medio de esta paz perfecta.

Y así, con la dulzura prolongada de su caricia aún sobre mis labios, un beso más colmado de amor y de santa pasión que cualquiera de los que Cleopatra dio a Antonio junto al Nilo, la estrecho entre mis brazos con toda la ternura de mi afecto y con toda la fuerza de mi alma; y mientras lo hago, pongo fin a esta extraña narración personal y escribo:—